Dionisio Byler

Todo lo que te preguntabas sobre la Biblia

(Y algunas cosas que preferirías no saber)

TODO LO QUE TE PREGUNTABAS SOBRE LA BIBLIA

(Y ALGUNAS COSAS QUE PREFERIRÍAS NO SABER)

Todo lo que te preguntabas sobre la Biblia

(Y algunas cosas que preferirías no saber)

Dionisio Byler

 Biblioteca Menno

Biblioteca Menno
Secretaría de AMyHCE
www.menonitas.org
2ª Edición

ISBN: 978-1503055971

Índice

Prólogo

¿Todo lo que te preguntabas? ¿Algunas cosas que preferirías no saber? Naturalmente quien escribe no es adivino ni sabe qué es lo que cada persona pueda querer saber. Espero que el título de este libro no resulte del todo fraudulento, sin embargo. Hay aquí mucha información que confío que será de gran utilidad tanto para los que tienen el hábito de leer la Biblia como para los que todavía no hayan adquirido ese hábito. Y sospecho que algunas de las opiniones sobre las diversas cuestiones tratadas, levantarán alguna que otra ampolla en personas que preferirían respuestas dogmáticas tradicionales. No son esas lo que se encontrará aquí, sino una síntesis bastante personal de dónde entiendo que se encuentra en este momento la investigación histórica sobre los orígenes y la naturaleza de esta fascinante colección de escritos.

Desde hace años soy profesor en un seminario evangélico interdenominacional. Resulta ser un caldo de cultivo interesante para la exploración de preguntas y respuestas acaso algo novedosas. Como seminario evangélico, SEUT (Seminario Evangélico Unido de Teología, El Escorial, España) pone especial énfasis, naturalmente, en la enseñanza de la Biblia. Sería difícil mantener una identidad plenamente cristiana —que no hablar ya de la específicamente evangélica— sin que la Biblia

figurase en lo más medular de nuestro programa de estudios. Como seminario interdenominacional, nos vemos obligados en todo momento al diálogo con otras tradiciones que las de cada uno de los que participamos, tanto los profesores como los estudiantes. Nadie renuncia a la corriente del cristianismo en que ha nacido o a la que ha derivado en su peregrinar por la vida; pero todos valoramos con especial respeto e interés lo que nos aportan aquellas otras corrientes del cristianismo, que sostienen otros miembros de nuestra comunidad teológica. Como institución de enseñanza a nivel universitario, por último, es nuestro deber mantenernos informados sobre cómo van evolucionando la investigación y las opiniones en el campo del saber al que nos dedicamos.

El pensamiento teológico no es «una ciencia», puesto que trata de realidades espirituales que se hallan más allá de lo que es posible someter a los rigores de los métodos propios de la investigación científica. Pero en los últimos siglos, la forma científica de trabajar nos ha enseñado mucho e influye mucho en la metodología que empleamos. En particular, hemos aprendido que todo lo que pensamos saber puede someterse a la luz del escrutinio de toda clase de preguntas, investigación —y hasta dudas. Si lo que creíamos es cierto, tiene forzosamente que salir airoso de cualquier tipo de investigación. Si no lo es, acabará cayendo y habremos avanzado todos hacia la verdad, que no sólo es el objetivo último de la ciencia sino también uno de los objetivos penúltimos de la vida espiritual cristiana. El otro, naturalmente, es el amor; y nuestro objetivo último, vivir en relación de justicia con Dios y con el prójimo.

El origen de este libro, como casi todos los que he publicado, es diverso.

Hace algunos años escribí para *Separata*, publicación cuatrimestral de SEUT, «Una visión histórica y panorámica de la Biblia». Pretendía ver la Biblia como un todo y llegar a una conclusión general de lo que podría

ser su mensaje. Era y sigue siendo mi sospecha, que muchas personas leen habitualmente la Biblia pero carecen de una visión general de ella como un todo.

En junio de 2004 empecé a publicar en *El Mensajero*, publicación mensual de la Asociación de Menonitas y Hermanos en Cristo en España (AMyHCE), una serie de artículos breves sobre cada uno de los libros de la Biblia. En esta serie de reseñas, se observará un estilo y lenguaje un poco más familiar y popular que en el resto de este libro, en conformidad con el público lector de *El Mensajero.* Pero tal vez lo que más llame la atención, es la uniformidad de la extensión de las explicaciones sobre los diversos libros, a pesar de que éstos son algunos muy breves y otros bastante largos. La extensión de estos artículos venía determinada por el espacio que tenía disponible, al que cada mes dedicaba el folio de la contraportada. A medida que progresaba este proyecto (concluido en el número de julio-agosto de 2009), empecé a pensar que sería interesante coleccionar en un libro estas reseñas breves de los libros de la Biblia, junto con aquel resumen anterior, del mensaje y la visión de la Biblia como un todo.

El librito resultante habría sido un poco breve y además, yo quería darle algún valor añadido: algo no publicado anteriormente sino escrito especialmente para este libro. Es así como concebí la idea —tan habitual en el mundo de la informática— de un catálogo de «preguntas frecuentes» sobre la Biblia. El caso es que no sé cuál es la frecuencia con que la gente se hace estas preguntas. Las 25 sobre las que al final escogí escribir, son más bien las que yo opino que deberían ser preguntas que se hace frecuentemente la gente sobre la Biblia. En cualquier caso, eran preguntas sobre las que me apetecía escribir las conclusiones a que me iban conduciendo mis lecturas constantes en el campo de la investigación bíblica.

Una vez terminado ese proyecto (de las «Preguntas frecuentes»), me pareció oportuno ordenar el libro como aparece aquí. El lector

avanzará, entonces, desde una visión panorámica muy general de la Biblia como un todo; pasando por una mirada más atenta a diversas cuestiones que atañen al carácter y la historia de la Biblia como colección entera; para desembocar en la colección de reseñas de los libros de la Biblia. En cada una de las tres etapas, espero que la lectora halle cosas nuevas que se hacen más comprensibles gracias a lo leído anteriormente, pero que a la vez aporten un entendimiento en mayor profundidad.

Naturalmente, nada podrá sustituir jamás la propia lectura de la Biblia para llegar cada cual a sus propias conclusiones. Tal vez mis lectores y compañeros de viaje en esta aventura del descubrimiento bíblico, viendo cómo he abordado yo estas cuestiones, quieran formular sus propias respuestas y su propia visión. Una visión que no tiene por qué ser igual que la mía sino tal vez radicalmente diferente, según sus propios conocimientos, sus propias experiencias de la lectura bíblica y su propia manera de entender sus verdades.

Esto viene a reconocer, por cierto, que sé muy bien que mucho de lo que ofrezco aquí es opinión. Opiniones informadas desde el hábito de leer la Biblia una y otra vez, hasta perder la cuenta cuántas veces; en castellano en mi juventud, pero desde hace décadas especialmente en griego y hebreo y arameo. Opiniones informadas a la luz de mis muchas lecturas de especialistas en la investigación bíblica. Pero siempre, inevitablemente, opiniones personales a estas alturas de mi vida. Opiniones que seguramente me seguirán evolucionando con el paso de los años y según muchas cosas adicionales que siga aprendiendo —o así espero.

Seguramente corresponde explicar el orden en que aparecen las reseñas de los libros de la Biblia en la tercera sección. Por diversos motivos, he decidido seguir para los libros del Antiguo Testamento, el orden en que éstos se hallan en la Biblia Hebrea. La razón más práctica es que como desde hace muchos años leo la Biblia en sus lenguas

originales, me he acostumbrado a hallar los libros en ese orden —y hoy día me cuesta a veces hallarlos en las Biblias cristianas. Hago tres excepciones a esa regla: En primer lugar, he decidido abordar el libro de Isaías —después de los Salmos, el libro más largo de la Biblia— en dos partes. En segundo lugar, he agrupado algunos de los «profetas menores» (es decir los más breves) para tratarlos a la vez, y para ello he alterado muy ligeramente el orden en el que deberían aparecer.

Algo parecido a esto último pasa en el Nuevo Testamento, donde aunque sigo el orden habitual con que vienen las cartas apostólicas en las Biblias católicas y protestantes, he tratado sobre la carta de Judas a la vez que la de 2 Pedro, adelantándola así a las cartas de Juan.

La lectora atenta observará de vez en cuando algunas incoherencias; cosas que se explican con algún matiz de diferencia en una página de este libro que en otra. Este es el resultado inevitable en un libro escrito durante el transcurso de varios años, durante los cuales, naturalmente yo seguía leyendo la Biblia. Y he leído en estos mismos años muchos libros *acerca de* la Biblia, la historia del Medio Oriente Antiguo, el Imperio Romano, etc. Entre la enormidad de material que contiene la propia Biblia y las muchas otras cosas que he ido aprendiendo, nadie debería sorprenderse de que de vez en cuando se me escapen algunas cosas que no casan exactamente con otras dichas en otro lugar y momento.

Podría haber revisado meticulosamente una vez más todo el libro tratando de eliminar esas diferencias, pero he preferido dejar cada cosa más o menos como la había escrito en su momento. Observo que los propios autores de la Biblia se sentían bastante cómodos con la presencia de desajustes a veces bastante notables, entre lo que ponían en una parte y lo que ponían en otra. ¿Voy a ser yo acaso mejor que ellos?

Por último, debería excusar la falta de una bibliografía y notas a pie de página.[1] Los lectores y las lectoras en quienes he pensado al escribir todo esto no son investigadores especializados en estas cuestiones, que estén para la labor de leer abundantes anotaciones bibliográficas. Ni tampoco estaba yo para la labor de escribirlas. He escrito fundamentalmente de memoria y aunque es probable que muy pocos de estos conceptos sean realmente originales míos, tampoco me he ceñido rigurosamente a la disciplina de documentar cada una de las afirmaciones que hago.

Mis lecturas tienen, por cierto, algunas limitaciones bastante marcadas. Primero, la limitación que me impone mi propio interés personal, donde ciertos libros me pican la curiosidad y otros no. (Pero —quién sabe— esos otros libros tal vez me habrían sido más útiles.) Segundo, la limitación de mis bolsillos. Es escandalosa la cantidad de libros que habría tenido interés en adquirir y leer, pero cuyo precio estaba muy por encima de los 100 €. A esos precios, ni siquiera se los puede permitir una facultad de teología con recursos modestos como SEUT —no todos, por lo menos.

Y por último, desde que estudié en USA hace 40 años, suelo leer la literatura profesional de investigación bíblica en inglés, más que en español. Esto me brinda cierta excusa para no cargar un libro como este con datos bibliográficos, puesto que está destinado a lectores cuya lengua es el castellano.

Reconozco que esta carencia de información bibliográfica supondrá un inconveniente importante para estudiantes seminaristas y otras personas que por inclinación personal o por hábitos de investigación, la echarán a faltar. Seguramente habrá muchas oportunidades donde sentirán cierta irritación al descubrir que no he indicado dónde —en

[1] He añadido, sin embargo, una brevísima bibliografía al final de esta segunda edición (2014). Ver pp. 259-61.

qué libros o publicaciones— he hallado determinada información o he basado mis opiniones. He preferido la posibilidad de irritar a esas pocas personas, antes que el efecto de intimidar a otras muchas con una sobrecarga de información.

Sin embargo a estas otras muchas personas que prefieren no tener que lidiar con anotaciones bibliográficas, es mi deber recordarles algo que ya he indicado: En estas páginas hay algunas cuestiones que no sólo son debatibles sino que, en efecto, se debaten con más o menos intensidad en el mundo de la investigación bíblica. Hay por consiguiente, algunas opiniones que otras personas por lo menos tan inteligentes y con por lo menos tantas lecturas como yo, no compartirían. Me resisto a ser tenido por nadie como una especie de guía infalible. Me reconozco en plena evolución de mis opiniones y formas de entender estas cosas, con la esperanza de leer y aprender todavía mucho más en los años que el Señor me conceda vivir.

Estoy plenamente convencido de la validez de lo que aquí explico, naturalmente. ¡Pero también confío que todavía me queda mucho por aprender!

Y cuando todo se haya dicho y hayan cesado mis palabras y las de todos los expertos, cada persona seguirá siendo responsable de leer la Biblia por sí misma y formarse sus propias opiniones.

I. Una visión histórica y panorámica de la Biblia

Nuestra historia[1] podría empezar en muchos lugares o momentos, pero elijo el episodio cuando Josías era rey en Jerusalén (finales del siglo VII a.C.) y había mandado efectuar importantes obras de reparación del vetusto y desvalido templo construido por su antepasado Salomón. Hurgando y haciendo una limpieza general entre los montones de trastos, objetos valiosos abandonados y olvidados, telas raídas y rollos de pergamino, los trabajadores descubrieron un documento cuyo contenido provocó todo un revuelo en la corte.

Aquellos manuscritos se enrollaban hacia el centro sobre varas de madera sujetadas a los extremos, de manera que lo primero que verá quien intenta enterarse de qué va, es lo que está en el medio del libro. Por lo que sabemos de la reacción que provocó y las acciones que emprendió de inmediato Josías, está claro que el rollo era más o menos equivalente al libro de Deuteronomio actual, que consta de 34 capítulos. ¿Qué hallamos a la mitad del libro, en el capítulo 17?

[1] La configuración total de esta reconstrucción de los hechos es mía y el presente artículo está escrito de memoria, lo cual explica la falta de citas bibliográficas. Sin embargo se basa en toda una vida de leer y en los distintos particulares no hay ningún planteamiento realmente novedoso. Como sucede con toda visión de la historia, ésta inevitablemente tiene que ver con el presente (con lo que quien escribe considera que sea importante) tanto o más que con el pasado. Y una visión panorámica del mensaje bíblico nunca puede aspirar a ser más que la personalísima perspectiva particular de quien escribe. Reconozco que casi todo lo aquí escrito clama a voces ser matizado o explicado o apuntalado con bibliografía, pero claro, si hiciese todo eso el resultado sería un libro y ya no una mirada panorámica.

Instrucciones específicas acerca de la conducta del rey y su responsabilidad expresa de velar por que se cumplan a rajatabla las provisiones de la ley de Moisés. Como es natural, el rollo fue llevado de inmediato al rey.

LOS LIBROS EMPIEZAN A TOMAR FORMA

Ahora bien, aquel rollo de Deuteronomio probablemente databa de un siglo antes de Josías, cuando las anteriores reformas religiosas en Jerusalén en tiempos de Ezequías (siglo VIII a.C.). Aquel siglo había visto un asombroso florecer de las letras hebreas. Había sido el siglo de los primeros grandes poetas proféticos: Amós, Oseas, Miqueas e Isaías… y también la redacción del rollo de Deuteronomio. (Hablar de «la redacción de Deuteronomio» no significa suponer que en ese momento se creasen todos sus contenidos, muchos de los cuales obviamente son antiquísimos.) Quienes prepararon ese rollo probablemente prepararon también la primera edición de lo que suele conocerse como la «Historia Deuteronomista», es decir, los seis libros (excluyendo Rut) comprendidos entre Josué y II Reyes.

Ahora bien, a pesar de las reformas emprendidas, unas dos décadas después de Josías Jerusalén fue totalmente destruida y arrasada y las clases gobernantes fueron llevadas al destierro en Babilonia. Es allí, entonces, donde con toda probabilidad se emprendió la edición más o menos final de la Historia Deuteronomista. Es también en Babilonia donde, siempre a base de escritos anteriores, se crea la narración épica acerca de Moisés, Sinaí y el desierto, que abarca los libros de Éxodo, Levítico y Números.

Cómo prólogo a esa narrativa fundacional nacional de la población ahora exiliada, tenemos la épica de los patriarcas, Génesis 12-50, que explica en términos de parentesco la unidad nacional de varios de los pueblos que sometió David y también gobernó Salomón. Allí grandes sectores de la población —israelitas y judíos, desde luego, pero también edomitas, moabitas, amonitas, etc.— figuran como descendientes directos de Abraham o de su familia inmediata. Si destaca Israel es sólo porque en él recae el derecho de primogenitura patriarcal, de donde se

deduce la legitimidad de su gobierno sobre estos pueblos «hermanos». (Dentro de Israel, Génesis establece la primacía de las tribus de Judá y Efraín (José), de donde se deduce la legitimidad específica de las dinastías reinantes en Jerusalén y Samaria.)

Pero los grandes profetas del siglo VIII habían creído que el Dios nacional de Israel era también Dios de todas las naciones, las juzgaba a todas conforme a normas invariables de justicia social y levantaba y derribaba naciones y regímenes de gobierno en todo el mundo. Entonces, a modo de prólogo de toda esta colección de historia nacional (Génesis 12 a II Reyes), tenemos los once capítulos iniciales de Génesis, donde aprendemos que antes de elegir a Israel, Dios desde siempre había sido y seguía siendo también el único Dios creador y sustentador de toda la humanidad. Se establece así que la elección de Abraham siempre había tenido un único propósito: la bendición de la humanidad entera.

La Ley y los Profetas

Después de la reconstrucción de Jerusalén a finales del siglo VI a.C., se completó la colección de cuatro grandes rollos de los «profetas posteriores», a saber: Isaías, Jeremías, Ezequiel, y Los Doce. (Los «profetas anteriores» son, en la tradición judía, lo que venimos describiendo como la «Historia Deuteronomista», es decir, los seis libros entre Josué y II Reyes.)

Esta colección (los libros de Génesis a Deuteronomio, más la Historia Deuteronomista, más los cuatro grandes libros proféticos) sería conocida como «La Ley y los Profetas».

La envergadura de esta colección quita el aliento.

Más que ley, es una filosofía de la vida, una manera de entender la realidad, para que quien esté dispuesto a vivir por sus preceptos halle paz con Dios, bienestar y prosperidad para su familia, y relaciones armoniosas con el prójimo.

Y más que historia, es una filosofía de la historia, una explicación del porqué de la historia. Lo más interesante aquí es quizá la escrupulosa

integridad de sus redactores, que no tuercen los datos para acoplarlos al esquema de su interpretación de los hechos. Según esta filosofía de la historia, Dios recompensa a cada cual según sus obras; a los buenos con prosperidad y larga vida, a los malvados con castigos y muerte. Pero esta enorme colección está plagada de «excepciones a la regla» como el rey Manasés, calificado como el peor de todos los reyes de Judá y sin embargo el más longevo; o el propio Josías, calificado como el mejor de todos los reyes, pero que murió derrotado por los egipcios cuando todavía relativamente joven. Es más, esta idea central de que Dios recompensa a cada cual según sus obras se mantiene en toda la colección a pesar de que los profetas sucesivos van viendo postergada, generación tras generación, la tan anunciada y anhelada salvación nacional y renovación espiritual del mundo entero. Si la idea de que existe un Dios galardonador de buenos y castigador de malos puede ser sostenida incluso hoy, milenios más tarde, es porque quienes la propusieron la creyeron tan válida que no exigía falsear los datos de la historia para mantenerla.

«La Ley y los Profetas» es, además una colección profundamente ética. Es asombroso su compromiso con la justicia social, su idea de la igualdad del valor de todo ser humano como «imagen de Dios», el constante descrédito de las pretensiones de superioridad de las castas dominantes típicas de toda sociedad humana. Al contrario, la atención de «La Ley y los Profetas» siempre acaba volviendo a la suerte que corren los pobres y extranjeros, las viudas, los huérfanos, los ciegos, todos los que incluso en nuestra propia sociedad —que alardea de «progresista»— siempre tienen el camino más cuesta arriba.

Pero si damos por concluida la colección de «La Ley y los Profetas» ya medio milenio antes de Cristo, es porque con los últimos profetas de esta colección vemos claramente que se ha agotado un ciclo histórico, una manera de concebir de la relación entre Dios y los judíos. Desde la adopción de la monarquía cuatro siglos antes, la vitalidad nacional, moral y espiritual de Israel dependía de dos cosas: Por una parte, Dios suscitaba profetas que denunciasen los males sociales y apelasen al modelo revolucionario de Moisés, libertador de los esclavos de Egipto. Por otra parte los reyes, especialmente la dinastía de David, atentos a la denuncia profética, impulsaban las reformas necesarias.

Después de Hageo y Zacarías, que vieron frustradas sus esperanzas en Zorobabel, príncipe de la dinastía de David que el emperador persa había puesto como gobernador en Jerusalén, nadie jamás volvería a esperar nada de esa dinastía. Y junto con la monarquía se agota también la era de los grandes profetas de Israel. Malaquías, el último de ellos, anuncia veladamente lo que a continuación será la realidad judía durante seis siglos.

A partir de estos tres profetas lo importante pasarán a ser otras dos instituciones.

EL TEMPLO Y LOS LIBROS SAGRADOS

En primer lugar tenemos el Templo y el sumo sacerdote. El sumo sacerdote gozaría casi siempre del rango de gobernador delegado del imperio de turno —persa, griego alejandrino, griego antioqueno y romano—, descontando un breve episodio de independencia nacional.

La segunda institución que guiaría al pueblo judío a partir del atardecer de los grandes profetas bíblicos, sería el creciente prestigio de su colección de libros sagrados, la Biblia. Con el tiempo surgiría la sinagoga como el lugar para su conservación y estudio. La sinagoga probablemente nace en las comunidades de la diáspora judía. [Es importante tener presente que a partir del exilio los judíos que viven en Palestina serán siempre una minoría. Durante más de un milenio la principal concentración de judíos estaría en Irak (Babilonia) —aunque Jerusalén sería siempre, hasta hoy, la capital espiritual o sentimental.] Junto con la Biblia y la sinagoga, como parte de un mismo fenómeno, cobra especial importancia la sucesión de los «escribas» autorizados para instruir al pueblo en los preceptos bíblicos.

Pero nos hemos adelantado a nuestra historia. A mediados del siglo V a.C. llegan Esdras y Nehemías a Jerusalén, a la cabeza de sendas legaciones persas pero con la intención clara de renovar la visión y las prácticas de la etnia judía. Con ellos se consolida la realidad de Jerusalén como capital de provincia persa, ahora ya sin la más mínima pretensión de soberanía ni grandeza estatal, dedicada sencillamente a servir a Dios en torno al Templo reconstruido. La misión de los judíos es ser una luz

en el Imperio y en el mundo entero, dando testimonio de la grandeza y las virtudes del Dios Invisible, Creador y Sustentador del Universo, a quien desde la antigüedad habían servido sus antepasados.

El rollo de Esdras y Nehemías sería añadido a la cola de *la tercera gran colección* de la biblioteca nacional (a la par con la Ley y los Profetas): la colección de «Las Escrituras». Esta colección estaba compuesta primeramente por los cinco libros de salmos, luego también diversos libros de la tradición sapiencial universal (Proverbios; luego Job y Eclesiastés) y algunos libros breves de índole variada: Rut, Ester, Cantar de los Cantares, Lamentaciones.

La misión de Esdras y Nehemías había generado tensiones gravísimas entre la población autóctona del campesinado judío que jamás había sido desterrado, y los descendientes de la antigua nobleza de la era monárquica que volvieron del destierro y se asentaron en Jerusalén en el período persa. Con el paso del tiempo, sin embargo, esas tensiones tendieron a desaparecer y se redacta una última síntesis de la historia nacional: los dos rollos de Crónicas.

La principal diferencia entre Crónicas y la Historia Deuteronomista (Josué a II Reyes) es que Crónicas es fundamentalmente una historia *judía* (el reino de Israel poco menos que desaparece), centrada en el Templo (la dinastía de David pierde protagonismo, relativamente, en consonancia con las realidades que ya hemos descrito, cuando los que mandan en Jerusalén son la dinastía sacerdotal). Los libros de Crónicas coronan la visión judía para su existencia en torno a Sion o Jerusalén y su Santo Templo, y por ello figuran hasta hoy al final de la Biblia hebrea. El período de paz, tranquilidad y prosperidad que empieza a partir de entonces sería tal, que durante siglos «no pasó nada». Bueno, lo que pasó fue que la población judía medró y prosperó hasta que en tiempos de los romanos encontramos una importante minoría judía en todo el mundo, desde Hispania hasta más allá de las fronteras más orientales del Imperio. A todo esto ha pasado tanto tiempo como el que abarcó la dinastía de David.

Nos queda un último libro para completar la colección de las Escrituras: Daniel, redactado en el siglo II a.C., frente al enorme reto que supuso el programa imperial de helenización que intentó imponer Antíoco IV Epífanes, rey griego de la dinastía seléucida. En Daniel

tenemos, por una parte, la voz de la gran multitud de judíos que siguen viviendo en la diáspora en todo el mundo, colaborando con los gobernantes de turno y dando siempre testimonio de las virtudes del Dios de los judíos; y por otra parte una visión panorámica de la sucesión de los imperios paganos, fomentando la fe de que a pesar de las terribles persecuciones que padecen los judíos fieles en Jerusalén bajo el gobierno griego, Dios intervendrá soberanamente para socorrer a su pueblo.

JESÚS Y LA ÚLTIMA OLEADA DE ESCRITOS SAGRADOS

Poco más que un siglo después de la redacción de Daniel, el imperio de turno es ya el romano. Las condiciones de vida son tan terribles y opresivas que se suceden uno tras otro diversos movimientos de renovación o incluso alzamientos populares contra el Imperio. Entre tantas propuestas distintas acerca de cuál debe ser el futuro del pueblo judío, aparece la de Jesús de Nazaret, hijo de María, que primero en Galilea y luego en Jerusalén mismo enseña un mensaje de paz y reconciliación, de denuncia y lucha sin cuartel contra el mal a nivel personal y espiritual pero también político, aunque siempre con una metodología no violenta.

Jesús puso en práctica en su propia vida la enseñanza que predicaba. Las autoridades, tanto las judías como las imperiales, podían tolerar una enorme variedad de convicciones personales religiosas o filosóficas. De hecho durante el Imperio Romano florecieron multitud de movimientos religiosos, incluso el propio cristianismo. Y en el judaísmo desde la más remota antigüedad y hasta el presente siempre han abundado multitud de movimientos (o «sectas», como las llama el propio Nuevo Testamento sin ningún sentido peyorativo) con diferentes maneras de interpretar la vida y las Escrituras. Pero lo que no podían tolerar ni las autoridades imperiales ni las judías era que se cuestionase la mismísima base de la sociedad civilizada, donde la religión había estado desde siempre al servicio de las autoridades civiles y militares, garantizando el apoyo divino del *statu quo*. Es así como las autoridades judías y los romanas, ambas famosas por su tolerancia y profundo sentido de la justicia, se acabaron aliando para matar a Jesús.

Pero los adeptos a la «secta» judía de *los cristianos* no se desanimaron y desaparecieron, como era previsible y como había sucedido con la eliminación de tantos otros cabecillas de movimientos revolucionarios judíos. Al contrario, éstos no sólo aseguraron que *el camino* de Jesús seguía siendo plenamente vigente y practicable, sino que, como Jesús mismo, veían en la persecución, en la derrota, en el martirio, en el fracaso a todos los niveles, la mismísima señal de su triunfo final; y consiguieron sobrevivir y medrar. No sólo esto, sino que decían inspirarse en la experiencia de ser testigos vitales de que Jesús estaba materialmente vivo a pesar de su ejecución, y que ahora gobernaba el destino de toda la humanidad desde el cielo, sentado a la diestra de Dios.

Este movimiento empezado por Jesús culmina una de las dos tendencias contradictorias que habían ido madurando desde hacía siglos en el judaísmo. Una tendencia era la de encerrarse en sí mismos como etnia apartada y sagrada para Dios; la segunda era la de dar testimonio entre las naciones acerca del Dios de Israel y promover su reconocimiento y adoración en todo el mundo (al estilo de Daniel). El fariseo Saulo de Tarso, conocido también como Pablo, fue uno de los principales defensores de esta última línea entre las sinagogas (o *iglesias*) de los seguidores de Jesús. Su apertura hacia los gentiles no suponía una novedad, entonces, sino la intensificación de una de las corrientes ya presentes en el judaísmo desde siempre.

En el transcurso de unos 60 años, el movimiento empezado por Jesús dio lugar a un nuevo florecer de la literatura judía, que a la postre acabaría por enriquecer la colección de los libros sagrados.

Esta ampliación de la colección sucedió como reacción a una iniciativa radical que amenazó con desarraigar a los cristianos de sus orígenes judíos. Cuando la Segunda Guerra Judía de los romanos, que en el año 135 concluyó con la destrucción total de Jerusalén y del Templo y la prohibición de que ningún judío jamás volviese a asentarse allí, hubo en todo el Imperio un auge del antisemitismo que siempre había sido típico de los romanos. Las sinagogas cristianas, que a todo esto ya estaban compuestas mayoritariamente de conversos no judíos, procuraron distanciarse de la raza que era objeto de tanto prejuicio, odio y persecución. El antisemitismo de algunos de los autores

cristianos de la época ofende profundamente la sensibilidad de cualquier lector moderno.

En esas circunstancias, un tal Marción llegó a opinar que el Dios de la Biblia Hebrea es un dios racista, vengativo, cruel y caprichoso, una especie de demonio inferior; mientras que el Dios y Padre de Jesucristo era el verdadero Dios perfecto. En algunos aspectos Marción coincidía seguramente con las opiniones de los gnósticos, que consideraban que el verdadero Dios perfecto ni siquiera se había rebajado a crear el mundo material que, por material en lugar de sólo espiritual, era obviamente una corrupción. Según algunos gnósticos, Jesús mismo no se habría materializado plenamente (lo cual le habría contaminado) sino que sólo aparentó forma humana para guiar a sus seguidores a la luz de una existencia puramente espiritual después de la muerte.

Marción propuso a las iglesias cristianas una nueva colección de escritos sagrados que *sustituyese* los libros judíos. Se trataba de una edición revisada del evangelio de Lucas y siete de las cartas de Pablo. En su revisión de Lucas y Pablo, Marción quitó, naturalmente, todo aquello que diera a entender que existe alguna conexión entre la Biblia judía y la fe en Jesús.

Los Profetas y los Apóstoles

La iglesia católica —es decir la que a la larga consiguió imponerse en todo el Imperio— contraatacó de diversas maneras. Una de ellas, la que aquí nos interesa, fue la publicación, en un solo volumen de hojas cosidas por el lomo, de la edición griega de la colección de la Ley, los Profetas y las Escrituras, a lo que añadieron los cuatro evangelios, las cartas de Santiago, Pedro, Juan y Judas, las doce cartas atribuidas a Pablo, Hebreos, y el Apocalipsis de Juan. Este volumen de proporciones descomunales (el pergamino para cada ejemplar requería las pieles de cientos de ovejas) se conocía como «Los Profetas y los Apóstoles» y su propósito era funcionar como libro de lectura en la liturgia de las iglesias cristianas, haciendo de símbolo y sustancia de la conexión entre la iglesia cristiana y la larga historia judía que empezaba con Abraham

pero tenía raíces desde la mismísima creación del universo por el mismo Dios que es también el Padre de Jesucristo.

Este libro, del que se conservan tres magníficos ejemplares del siglo IV d.C., es lo que hoy llamamos *La Santa Biblia*, una expresión griega que viene a significar algo así como «los documentos sagrados».

Es menester destacar dos particularidades de esta primera edición de lo que ya podemos reconocer como la Biblia de los cristianos:

En primer lugar, el texto y la relación exacta de los libros de la primera parte, es decir la Ley, los Profetas y las Escrituras, no quedarían fijados del todo —ni en la sinagoga ni en la iglesia— por algún tiempo. Esos tres ejemplares del siglo IV de la Biblia griega contienen varios escritos que posteriormente acabarían teniendo una consideración menor por parte de los cristianos de Occidente (los evangélicos les damos la designación de «apócrifos»).

En segundo lugar y de mucha mayor importancia, es el hecho de que cuando los cristianos publicaron su «Biblia», ésta fue desde el principio un todo, sin fisuras: «Los Profetas y los Apóstoles». No existió al principio una colección designada «Nuevo Testamento» en contraposición con otra colección designada «Antiguo Testamento». En ese sentido, las ediciones modernas, que separan bruscamente entre Antiguo y Nuevo Testamentos, nos hacen un flaco favor, distorsionando la intención de los cristianos antiguos que nos legaron la Biblia. Puestos a no distinguir entre las colecciones de «La Ley», «Los Profetas» y «Las Escrituras», ¿por qué introducir una distinción —con nueva página de título, para colmo— al empezar la cuarta colección de documentos?

Pero si esa separación entre dos categorías o colecciones de escritos sagrados es ya «un flaco favor», mucho peor resulta la publicación de «El Nuevo Testamento» como libro por separado, como entidad literaria que se tiene en pie por sí sola, independientemente de las tres otras colecciones que constituyen «La Biblia». La publicación de «El Nuevo Testamento» como libro independiente viene a dar la razón a los marcionitas que querían *sustituir* la Biblia judía con una colección de libros *cristianos*. Viene a negar la continuidad expresa entre la fe judía y la de los seguidores de Jesús, que es la clara convicción e intención de

los autores del propio «Nuevo Testamento» y que constituyó la posición de batalla asumida por la iglesia primitiva frente a la herejía marcionita.

EL MENSAJE DE LA BIBLIA

La creación y publicación de *La Santa Biblia* como un todo, conlleva por consiguiente en sí misma un mensaje, a saber:

Hay un solo y único Dios: el Dios de Israel.

Desde siempre Dios ha tenido y tiene un proyecto de bendición para las naciones, derivado del conocimiento de su gloria, su poder y su autoridad divinas. Este conocimiento fue revelado en primera instancia a su pueblo escogido, los judíos; y gracias a Jesús y sus seguidores, se hace concreto por fin en el anuncio de ese evangelio (es decir *buenas noticias*) entre todas las razas, pueblos y nacionalidades de la humanidad. La salvación de las naciones viene, entonces, de los judíos —como le dijo Jesús a la samaritana. Como explica el apóstol, esto sucede cuando los individuos de las demás razas nos incorporamos al Israel espiritual como ramas de olivos silvestres que son injertadas al tronco de un olivo que ha sido cultivado con esmero durante siglos.

Dios reivindicará a sus fieles y desde hoy ya reina sobre los que aceptan que él los gobierne. Pero muchos sólo contemplarán la plena reivindicación de su fe más allá de esta vida, que como la de muchos profetas y Jesús y los apóstoles, será de sufrimiento y pobreza, incomprensión y burlas o persecución.

El *pueblo de Dios* auténtico, espiritual, es aquel que le adora con integridad y vive en relación con el prójimo con justicia, perdón, reconciliación y paz, conforme a la enseñanza y el ejemplo de Jesús.

La única manera de reflejar auténticamente la gloria y el reinado de Dios es, entonces, seguir el ejemplo de Jesús:

- Amar a Dios con absoluta lealtad y convicción, apasionadamente y con toda coherencia e integridad, confiando en él con paciencia pase lo que pase.
- Amar al prójimo y al enemigo como a uno mismo, con generosidad, paciencia y bondad, conforme al modelo de la entrega no

violenta de Jesús a favor de nosotros, que éramos sus enemigos a muerte.

Estos dos puntos finales no sólo resumen —como dijo Jesús— «La Ley y los Profetas», sino que resumen también el mensaje de la totalidad de «Los Profetas y los Apóstoles», es decir, *La Santa Biblia* de los cristianos.

II. Preguntas frecuentes sobre la Biblia

1. ¿Qué es la Biblia?

La Santa Biblia cristiana es una colección de escritos de naturaleza muy diversa, que desde mediados o finales del siglo II de nuestra era, viene siendo utilizada habitualmente como fuente de inspiración para el pensamiento y las doctrinas cristianas. No todos los teólogos cristianos han buscado en la Biblia su fuente principal de inspiración —muchos se han nutrido preferentemente de la filosofía— pero ninguna teología es propiamente cristiana si se concibe a espaldas de la Biblia.

Durante los siglos XV y XVI, el período de la historia de Europa conocido como el «Renacimiento» (en el sentido de la recuperación de los gustos artísticos, la ciencia y las filosofías de las antiguas civilizaciones griega y romana) hubo un interés marcado en toda la literatura de la antigüedad. Este interés coincidió, además, con el invento de la imprenta de tipos móviles, que hizo posible por primera vez en la historia de la humanidad, la reproducción «masiva» (en realidad, sólo unos pocos cientos de ejemplares a la vez) de obras literarias. En el campo de la teología cristiana, esto significó recuperar un interés marcado en los escritos más antiguos de la cristiandad: la Biblia cristiana. Con pensadores extremadamente influyentes como Erasmo de Rotterdam y Martín Lutero, se da un fuerte impulso a recuperar la Biblia como eje central y referente obligado para la teología cristiana. Esto da lugar, en el protestantismo de los siglos XVII y XVIII, a un escolasticismo en torno a

la Biblia, donde ésta se entiende ya místicamente como más o menos dictada —en cada palabra y letra— por Dios mismo.

La Biblia pasó así de ser el referente obligado para la teología cristiana —por ser la colección de documentación más antigua y fiable con respecto a los orígenes del movimiento cristiano— a ser objeto de exaltación y devoción en sí misma como «Palabra de Dios» (un término que el propio Nuevo Testamento reserva para Jesús de Nazaret).

Esencialmente, la Biblia es la colección de referencia para la formación intelectual y moral de los escribas judíos, a la que se suma una segunda colección, de escritos creados durante las primeras generaciones del movimiento mesiánico judío, conocido como *cristianismo.* En esta colección hay una enorme diversidad de estilos y de géneros literarios. Hay recuerdos de los siglos de la corte de la dinastía del rey David. Hay colecciones de pronunciamientos proféticos sobre una gran diversidad de situaciones históricas, sociales, políticas y religiosas. Hay largas listas de genealogías, especialmente las relacionadas con las diversas ramas del sacerdocio que oficiaba en el templo de Jerusalén en los últimos siglos a.C. Hay colecciones de refranes típicos de la sabiduría tradicional del Oriente Medio en la antigüedad. Hay poesía de temática muy variada: poemas que ensalzan la vinculación especial entre Dios y el pueblo judío, poemas que ensalzan la monarquía y la dinastía del rey David, poemas religiosos de tipo íntimo y personal en momentos difíciles y en situaciones festivas… incluso hay una colección de poemas eróticos. Hay distintas clases de correspondencia: cartas oficiales entre los gobernadores de Jerusalén y sus soberanos los reyes persas, pero también cartas escritas por líderes de la primera y segunda generación del movimiento cristiano. También hay amplias colecciones de instrucción para la conducta adecuada en sociedades rurales y pequeñas aldeas de familias emparentadas entre sí, en la antigüedad remota.

Naturalmente, cada uno de estos estilos literarios —y otros que no hemos mencionado— exige estrategias diferentes para su lectura e interpretación.

Cuando leemos cosas que se escriben en nuestra propia época y entorno, sabemos instintivamente cómo sortear las diferencias de estilo, propósito y tema abordado. No leemos de la misma manera un e-mail de un amigo que *spam* enviado por un desconocido. No leemos de

la misma manera un artículo de opinión que el reportaje de una noticia en un mismo periódico. No leemos de igual manera la publicidad que hallamos en el buzón, que el manual que viene con el último electrodoméstico que hemos adquirido, o que la guía telefónica. Todo esto lo hacemos instintivamente, sin percatarnos de los diferentes «filtros» con que vamos evaluando la información que vamos leyendo. Decidimos que algo no merece la pena seguir leyendo… o nos acabamos emocionando hasta las lágrimas, según decisiones inconscientes acerca de la fiabilidad, importancia o interés que puede tener para nosotros, nuestro conocimiento (o no) de quien lo escribió, etc.

Los diversos tipos de material que trae la Biblia también fueron escritos con la presuposición de que sus lectores sabrían qué «filtros» aplicar. Sin embargo, como los leemos ahora miles de años después de que se escribieron —y en un mundo radicalmente distinto al de su origen— nuestra aplicación instintiva de «filtros de lectura» puede errar mucho el blanco con respecto a las intenciones con que se escribieron. En lugar de leer cada documento bíblico teniendo en cuenta sus características especialísimas, solemos meter toda la Biblia en el mismo saco de «Sagradas Escrituras», con resultados a veces cómicos, a veces trágicos.

En resumen, la Biblia es una amplia colección que nos da un muestrario importante de las enseñanzas típicas del entorno de «los escribas» de Israel en los últimos siglos antes de Cristo, a lo que se añade una colección también importante de escritos que vienen de líderes de las primeras generaciones del movimiento cristiano.

Es, a la vez, la fuente y referencia obligada para toda doctrina que se pueda presentar legítimamente como «cristiana».

2. ¿Cuántos libros tiene la Biblia?

Las distintas tradiciones religiosas tienen diferentes colecciones que reconocen como «Biblia». La relación entre las diferentes tradiciones y los libros que aceptan como propiamente «Biblia» es frecuentemente a la vez de causa y de efecto, en un círculo que se refuerza a sí mismo. Una tradición admite ciertos libros porque los entiende ser «inspirados»

por Dios para los efectos necesarios como Biblia; y los acepta porque la doctrina que se desprende de su lectura les resulta próxima y reconocible. Pero esos libros aceptados como inspirados generan, a sus vez, precisamente el tipo de doctrinas y tradiciones religiosas que harán que aceptar la validez de esos libros parezca natural.

Existen fundamentalmente tres o cuatro colecciones diferentes, aceptadas por diversas tradiciones religiosas.

1. En primer lugar estaría lo que a partir del siglo II fue aceptado por la iglesia «católica» —es decir la universal, la que se hallaba representada por todo lo ancho del territorio abarcado desde Hispania y Mauritania en el occidente, hasta Persia y la India en el oriente —pero especialmente en todo el Imperio Romano. Esta Biblia consistía de la versión griega de la colección sagrada de los judíos, más la colección de escritos apostólicos: un total de **78 escritos** de longitud muy variable (desde sólo unos 20-30 renglones y hasta 150 salmos).

Esta es la Biblia que utilizan las diversas iglesias «ortodoxas», que derivan de la iglesia de la mitad griega (oriental) del Imperio Romano. El Antiguo Testamento está constituido por 5 «libros» de la Ley, 17 «libros» de Historia, 9 «libros» de Sabiduría, 19 «libros» de Profetas, y 4 de Macabeos. El Nuevo Testamento —la misma colección que reconocen todas las tradiciones cristianas— está compuesto por 4 evangelios, el libro de los Hechos de los Apóstoles, 27 cartas apostólicas, y el Apocalipsis de Juan.

2. Durante los primeros siglos de nuestra era, la corriente «rabínica» del judaísmo se fue consolidando como una tradición coherente, alternativa a la tradición de los judíos «mesiánicos» (los *cristianos*). La tradición rabínica tiene muchos aspectos, cada uno de ellos importantes; pero el que nos interesa aquí es su definición «estrecha» del listado de los libros esenciales para la fe y práctica de la religión de Israel. Entre los rabinos la versión griega de la Biblia entró en un fuerte desprestigio por su utilización habitual por los cristianos en sus encendidas controversias con el judaísmo rabínico. Puesto que no podían contestar adecuadamente a algunas de las alegaciones cristianas que se basaban en el texto griego, los rabinos tendieron a refugiarse cada vez más en la versión hebrea (con

algunas secciones en arameo). De hecho, los rabinos encumbraron una de las varias tradiciones textuales de la Biblia hebrea, descartando (o tal vez desconociendo) otras tradiciones textuales.

Naturalmente, los rabinos tampoco reconocieron el rango de «Biblia» a los escritos apostólicos cristianos. Pero desecharon también una multitud de otros libros que venían circulando entre los judíos (y cristianos) con más o menos prestigio y aceptación, dentro de la colección de «libros» de uso habitual en las sinagogas. Algunos de estos libros eran «sectarios»; es decir, nunca habían sido aceptados universalmente por las sinagogas de todo el mundo y eran de hecho muy críticos con el judaísmo oficial, especialmente con el sacerdocio jerosolimitano. Otros de estos libros eran falsificaciones obvias, alegando contener revelaciones proféticas de Enoc, Noé, los Patriarcas, Esdras, etc., pero que claramente databan de una era muy reciente, no desde los albores del mundo o de Israel.

La «Biblia Hebrea» contiene, entonces un total de **24 «libros»**: los 5 «libros» de la Ley; 8 «libros» de los Profetas, divididos a su vez entre los «Profetas anteriores» (la narración continua entre Josué y 2 Reyes) y los «Profetas posteriores» (Isaías, Jeremías, Ezequiel y «los Doce»); y 11 «libros» de Escrituras.

3. Cuando Jerónimo (siglo IV-V d.C.) emprendió una revisión a fondo de la traducción de la Biblia al latín (la versión Vulgata), que era la lengua de uso corriente en la mitad occidental del Imperio Romano, decidió dar prioridad a la tradición textual hebrea que a todo esto ya se empezaba a imponer generalmente en las sinagogas judías. Sus motivos para esa decisión no son difíciles de comprender. A los libros judíos se les presuponía el haber sido escritos inicialmente en hebreo y sólo haber sido traducidos a la postre al griego. Aunque muchos de los judíos de lengua griega, así como las iglesias cristianas, aceptaban la leyenda que afirmaba que la traducción había sido realizada milagrosamente, con el mismo rango de inspiración divina que los textos originales en hebreo, Jerónimo no pudo más que observar que había discrepancias importantes entre las dos tradiciones textuales, la hebrea y la griega. Y en sus consideraciones primó más la originalidad que se le presumía a la

versión hebrea, que las fábulas de inspiración que circulaban en torno a la traducción al griego.

Pero puesto a revisar la traducción al latín cotejando a la vez con el texto hebreo, Jerónimo observó, inevitablemente, que algunos de los libros de «la Biblia cristiana», es decir la Biblia griega, carecían de un «original» homologado en la Biblia hebrea. Jerónimo decidió conservarlos, pero con una nota aclaratoria de que estos escritos eran tal vez dudosos en cuanto a su procedencia y fiabilidad para la elaboración de la doctrina cristiana. La Iglesia Católica ha mantenido desde entonces la tradición iniciada por Jerónimo, distinguiendo entre los libros estrictamente «canónicos» (los mismos que la Biblia hebrea) y los libros «deuterocanónicos» (los de la Biblia griega que no habían sido admitidos a la Biblia hebrea). Las Biblias católicas, sin embargo, eliminan del todo unos pocos libros de la Biblia griega, como 3 y 4 Macabeos, para quedarse con un total (sumando el Nuevo Testamento) de **71 escritos**.

4. Aunque los Reformadores protestantes eran igual de antisemitas que los católicos en su antipatía contra los judíos, tendieron a llevar más allá sus dudas acerca de la legitimidad de los libros «deuterocanónicos». La mayoría de las diversas tradiciones evangélicas o protestantes los tachan de «apócrifos», descalificándolos enteramente para su uso en la elaboración de la doctrina cristiana, y quedándose con solamente 39 libros para el Antiguo Testamento (los mismos que en la Biblia hebrea, pero separando en dos, los libros de Samuel, Reyes, Esdras-Nehemías; y en 12, el rollo de los Doce. Sumando a esto los 27 del Nuevo Testamento, el resultado es que las Biblias evangélicas o protestantes constan, generalmente, de **66 escritos**.

Martín Lutero también ponía en duda la idoneidad de algunos libros del Nuevo Testamento para la doctrina cristiana: concretamente, Hebreos, Santiago, Judas, y el Apocalipsis. Pero su valoración negativa de estos escritos no se ha plasmado en la eliminación de estos cuatro escritos en las ediciones protestantes de la Biblia.

En el protestantismo anglicano o «episcopal», entre tanto, se ha tendido a publicar Biblias que incluyen los «libros apócrifos» (es decir, los que para los católicos tienen la designación de «deutero-

canónicos»), con el resultado de que estas Biblias contienen el mismo número de libros que las católicas.

5. En algunos círculos cristianos se ha impuesto la moda de publicar y promover el Nuevo Testamento solo, despojado de tres cuartas partes de la Biblia, dando como resultado una «Biblia» de tan sólo **27 escritos**. Ya en el siglo II de nuestra era, la Iglesia decidió que prescindir del Antiguo Testamento era una herejía —y nada ha sucedido en estos últimos 19 siglos que nos impulse a cambiar de parecer. El Nuevo Testamento sin el Antiguo es una «Biblia» hereje, que marginando mil años de experiencia del pueblo de Dios y tres cuartas partes del testimonio bíblico —probablemente con intereses antisemitas solapados—, sólo puede producir doctrinas que por incompletas y sin matizar, son también herejía. Viene a ser el equivalente —al revés— del reconocimiento judío rabínico de tan sólo el Antiguo Testamento, que se puede respetar como una postura coherente para el judaísmo, pero sería imposible de defender desde el punto de vista cristiano.

Biblia Hebrea	**Biblia Ortodoxa**	**Biblia Católica**	**Biblia Protest.**
Torah (la Ley)	*Pentateuco*		
Génesis	Génesis	Génesis	Génesis
Éxodo	Éxodo	Éxodo	Éxodo
Levítico	Levítico	Levítico	Levítico
Números	Números	Números	Números
Deuteronomio	Deuteronomio	Deuteronomio	Deuteronomio
Nevi'im (Profetas)	*Libros históricos*		
Josué	Josué	Josué	Josué
Jueces	Jueces	Jueces	Jueces
	Ruth	Ruth	Ruth
Samuel (1 y 2)	1 Reinos	1 Samuel	1 Samuel
	2 Reinos	2 Samuel	2 Samuel
Reyes (1 y 2)	3 Reinos	1 Reyes	1 Reyes
	4 Reinos	2 Reyes	2 Reyes

	1 Crónicas	1 Paralipómenos (o Crónicas)	1 Crónicas
	2 Crónicas	2 Paralipómenos (o Crónicas)	2 Crónicas
	1 Esdras		
	2 Esdras	Esdras	Esdras
	Nehemías	Nehemías	Nehemías
	Tobit	Tobías	
	Judith	Judith	
	Esther (+ material griego)	Esther (+ material griego	Esther
	1 Macabeos	1 Macabeos	
	2 Macabeos	2 Macabeos	
	3 Macabeos		
	4 Macabeos		
	Libros sapienciales		
	Job	Job	Job
	Salmos	Salmos	Salmos
	Odas		
	Proverbios	Proverbios	Proverbios
	Eclesiastés	Eclesiastés	Eclesiastés
	Cantar de los C.	Cantar de los C.	Cantar de los C.
	Sabiduría	Sabiduría	
	Sira	Eclesiástico	
	Profetas		
Isaías	Isaías	Isaías	Isaías
Jeremías	Jeremías	Jeremías	Jeremías
	Lamentaciones	Lamentaciones	Lamentaciones
	Baruc	Baruc	
	Carta de Jerem.		
Ezequiel	Ezequiel	Ezequiel	Ezequiel

	Daniel (+ narr. griegas)	Daniel (+ narr. griegas)	Daniel
Los Doce	Oseas	Oseas	Oseas
	Joel	Joel	Joel
	Amós	Amós	Amós
	Abdías	Abdías	Abdías
	Jonás	Jonás	Jonás
	Miqueas	Miqueas	Miqueas
	Nahum	Nahum	Nahum
	Habacuc	Habacuc	Habacuc
	Sofonías	Sofonías	Sofonías
	Hageo	Hageo	Hageo
	Zacarías	Zacarías	Zacarías
	Malaquías	Malaquías	Malaquías
Ketuvim (Escrituras)			
Salmos			
Proverbios			
Job			
Cantar de los C.			
Ruth			
Lamentaciones			
Eclesiastés			
Esther			
Daniel			
Esdras-Nehem.			
Crónicas (1 y 2)			
	Nuevo Testamento		
	Mateo	Mateo	Mateo
	Marcos	Marcos	Marcos
	Lucas	Lucas	Lucas
	Juan	Juan	Juan
	Hechos	Hechos	Hechos

	Santiago		
	1 Pedro		
	2 Pedro		
	1 Juan		
	2 Juan		
	3 Juan		
	Judas		
	Romanos	Romanos	Romanos
	1 Corintios	1 Corintios	1 Corintios
	Gálatas	Gálatas	Gálatas
	Efesios	Efesios	Efesios
	Filipenses	Filipenses	Filipenses
	Colosenses	Colosenses	Colosenses
	1 Tesalonicenses	1 Tesalonicenses	1 Tesalonicenses
	2 Tesalonicenses	2 Tesalonicenses	2 Tesalonicenses
	1 Timoteo	1 Timoteo	1 Timoteo
	2 Timoteo	2 Timoteo	2 Timoteo
	Tito	Tito	Tito
	Filemón	Filemón	Filemón
	Hebreos	Hebreos	Hebreos
		Santiago	Santiago
		1 Pedro	1 Pedro
		2 Pedro	2 Pedro
		1 Juan	1 Juan
		2 Juan	2 Juan
		3 Juan	3 Juan
		Judas	Judas
	Apocalipsis	Apocalipsis	Apocalipsis

3. ¿CUÁNDO SE ESCRIBIÓ LA BIBLIA?

Los escritos que constituyen el Nuevo Testamento se escribieron en una época para la que gozamos de abundante documentación. Pueden sostenerse teorías dispares sobre las fechas exactas, que en la opinión de algunos puede variar en cuestión de una o dos generaciones (20-50 años), pero en general no se admiten dudas de que el Nuevo Testamento se redactó en la segunda mitad del siglo I de nuestra era (o en algún caso, a lo sumo, las primeras décadas del siglo siguiente). Digamos que tenemos una «ventana» de entre 40 y 70 años durante los que se tuvo que redactar la totalidad del Nuevo Testamento.

No sucede lo mismo con el Antiguo Testamento, sin embargo, la mayoría de cuyos escritos no sólo son anónimos, sino que además se redactaron en un entorno que prefería «esconder» o «hacer desaparecer» el propio acto de la escritura, para presentarlos como indiscutiblemente tradicionales «desde siempre». Estorba, además, para la identificación de cuándo se escribieron estos escritos, el hecho de que tenemos importantes lagunas en cuanto a nuestro conocimiento de la historia de los judíos. Puesto que es muy poco lo que se sabe acerca de los judíos durante los siglos V, IV y III a.C., caben todas las posibilidades acerca del «origen» de estos escritos. Podrían ser de una antigüedad remota, datando algunas de sus páginas del segundo milenio a.C. ¡Pero también podrían ser relativamente recientes, escritos precisamente en esos siglos de los que sabemos poco o nada, pero redactados de tal manera que *daban la impresión* de ser de una antigüedad remota!

Si de los judíos de la provincia persa de *Yehud* y después la provincia griega de *Judea* sabemos muy poco, tampoco sabemos mucho de los judíos de Egipto en esos siglos; y lo poco que sabemos no contribuye casi nada a nuestra capacidad de decidir cuándo se escribieron estos «libros». Pero lo que más frustra es que no sabemos casi nada acerca de los judíos de Babilonia, Persia y Arabia —pero hay indicios importantes de que es precisamente en esas latitudes que se creó esta colección sagrada judía, seguramente con el fin de mantener viva y vigente la adoración del Dios de Israel en la Dispersión: lejos de la Tierra de Israel, donde era imposible realizar los sacrificios rituales en el Templo de

Jerusalén —en los que hasta entonces se venía volcando la devoción religiosa.

Como no sabemos prácticamente nada sobre los judíos babilonios durante esos siglos, caben todas las posibilidades. Una posibilidad es que cuando los sacerdotes y escribas de Jerusalén fueron deportados al exilio en Babilonia, hayan podido rescatar de las llamas del Templo sus libros sagrados, que a la postre conservaron y copiaron fielmente en Babilonia hasta poder devolverlos al Templo cuando se reconstruyó. Alguna leyenda, al contrario, atribuye a Esdras el haber plasmado por escrito las tradiciones aprendidas de memoria y transmitidas de generación a generación de forma exclusivamente oral durante el exilio, para traer los libros —ahora volcados en tinta sobre pergamino— cuando fue enviado por el rey persa a la provincia de *Yehud.* Aunque esa leyenda sobre Esdras sólo tendría que ver con los cinco libros de la Ley, invitaría a imaginar que algo parecido sucediera con los demás escritos de la Biblia hebrea.

En general hay dos formas de abordar la cuestión de cuándo se escribieron los libros del Antiguo Testamento. Una sería la dogmática, otra sería la de investigación crítica. La forma dogmática de zanjar la cuestión es la que deviene de ciertas corrientes fundamentalistas de la fe evangélica, que hacen de la Biblia no sólo la fuente de sus doctrinas, sino una doctrina en sí misma y un objeto de su devoción religiosa. Ellos no tienen duda alguna de que Moisés escribió los cinco libros de la Ley (aunque tal vez Josué redactara el capítulo sobre la muerte de Moisés); Josué, Samuel y cada uno de los profetas escribieron los libros que llevan sus nombres; Salomón escribió los libros de sabiduría y David el libro de los Salmos; y los libros de Reyes y Crónicas los escribieron personas más o menos contemporáneas con los hechos narrados; o en cualquier caso, profetas tan inspirados que es como si hubieran sido testigos oculares de los hechos. Naturalmente, el Espíritu Santo se encargó de que estos libros se copiaran fielmente y se transmitieran sin la menor alteración, de generación en generación, hasta que el testigo fue recogido por la Iglesia Cristiana ya en nuestra era.

La investigación crítica prefiere estudiar con detenimiento las pistas que ofrecen estos propios libros sobre cuándo, por quién y para qué fines se fueron redactando y reescribiendo distintos segmentos del

Antiguo Testamento. Investiga vorazmente cualquier pista que puedan ofrecer las crónicas de los distintos reinos de la antigüedad, que pudieran arrojar luz sobre lo que estaba pasando a la sazón en Israel y entre los judíos. Comparan todo esto con las excavaciones arqueológicas continuas que se vienen haciendo en Israel y otras partes del Oriente Medio desde hace más de un siglo, sopesando todo tipo de evidencias de toda índole, para tratar de llegar a unas conclusiones más o menos razonables acerca de cuándo y en qué circunstancias pudieron tomar forma estos escritos. Las conclusiones a las que llega la investigación crítica nunca tienen el carácter de dogma. En cualquier momento podría aparecer un descubrimiento arqueológico o algunos papiros cuya existencia no se sospechaba, pero que pueden arrojar luz nueva sobre la cuestión —o podría publicarse una forma original de argumentar sobre la base de datos ya conocidos—, lo cual nos haría tener que revisar nuestras teorías.

Sobre los resultados de esta investigación crítica hay diversidad de opiniones. En cuanto a este servidor, me parece verosímil imaginar —pero baldío afirmar rotundamente— que algún tipo de documentación se salvara de la quema del Templo de Jerusalén por los babilonios en el año 586 a.C. Pero enfatizaría especialmente la memoria prodigiosa con que en culturas no literarias se conservan tradiciones orales. (Culturas no literarias lo eran todas antes de la invención de la imprenta y la alfabetización generalizada.) En las culturas no literarias los métodos de producción de «libros» eran muy diferentes que los de ahora. La gente componía en la cabeza para recitar en voz alta. Aunque a la postre se escribiera el resultado, la escritura era fundamentalmente inaccesible y no tenía en absoluto fines de divulgación. La divulgación —si se hacía— era siempre en voz alta. Los aprendices de escriba aprendían a escribir, naturalmente, pero especialmente aprendían a encomendar a la memoria un extenso repertorio de sabiduría ancestral e información tradicional que, en el caso del Antiguo Testamento, a la postre quedaría reducida a la escritura en libros.

Considero que es probable que para mediados del siglo III a.C. la mayoría de estos libros estuvieran redactados en una forma que nos resultaría más o menos reconocible. Es entonces cuando se empezó el proyecto de pasar —por escrito— la Biblia judía al griego. Esto nos

llevaría a suponer que ya estaban escritos en hebreo el Pentateuco (los cinco libros de la Ley) y los Profetas Anteriores y Posteriores (la historia continua entre Josué y 2 Reyes; y los rollos de Isaías, Jeremías, Ezequiel y los Doce). Considero que es probable que Eclesiastés se escribiera en el siglo II a.C. En el caso de Daniel, puede que las historias de los 6 capítulos primeros, así como las de Susana, Bel y el Dragón (tres secciones «apócrifas» o «deuterocanónicas» de Daniel), sean del siglo III, pero el resto del libro data claramente del siglo II a.C. La colección definitiva de los Salmos puede que sea incluso posterior a Daniel, aunque desde luego muchos de los salmos en sí, son antiquísimos. Esther sólo se pudo escribir cuando ya no se recordaba casi nada de las realidades políticas del Imperio Persa: probablemente hacia el siglo III a.C. o incluso posterior.

4. ¿Quién escribió la Biblia?

Esta pregunta habrá que abordarla por partes, puesto que la respuesta es muy diferente para el Nuevo Testamento que para el Antiguo. Empezaremos por el Antiguo, para que podamos valorar plenamente la diferencia que existe con respecto al Nuevo.

Aunque la escritura se inventó hace unos cinco o seis mil años, esto no es lo mismo que la realidad que conocemos hoy día, donde es casi universal que todos —con la excepción de niños muy pequeños y de algunos segmentos muy marginales y relegados de la población humana— lean y escriban de una manera casi automática, con total naturalidad. La escritura probablemente se desarrolló en diversas civilizaciones como ayuda a la memoria, por personas cuya responsabilidad profesional era conocer y conservar información. En primera instancia, probablemente su fin fuera llevar la contabilidad en operaciones mercantiles y especialmente para la recolección de tributos debidos a los soberanos y a los templos. Luego también existió el interés en desplegar en monumentos, las hazañas atribuidas a los soberanos y hacer constar su debido reconocimiento de la ayuda prestada por los dioses en la realización de esas hazañas.

La capacidad para escribir y leer era el patrimonio del gremio de los «escribas», que típicamente guardaban celosamente el secreto de cómo lo hacían, perfectamente conscientes del poder que esto les daba ante sus semejantes e incluso ante los reyes y soberanos de la tierra a quienes servían y para quienes eran indispensables. Durante miles de años no hubo nada ni remotamente parecido a lo que entenderíamos como la «publicación» de obras literarias. Incluso en el caso de las inscripciones en monumentos que ya hemos mencionado, la idea no era tanto de publicar entre toda la población las hazañas de los soberanos y de los dioses, sino de conservar esas inscripciones en el secreto de templos y tumbas, como memorial y testimonio ante los propios dioses.

Lo mismo se podría decir sobre las «bibliotecas» halladas en excavaciones arqueológicas. Típicamente compuestas de grandes colecciones de tablillas de arcilla en las que se hacían muescas con cuñas y luego se dejaban secar al sol, sólo se conservan cuando el lugar donde estaban almacenadas se incendiaba, convirtiendo la arcilla en tiesto. En su uso «normal», el método resultaba muy poco manejable y las tabletas de arcilla probablemente se consultaban muy poco —o nada—, y si se conservaban después de escritas, seguramente era para efectos más o menos «mágicos», como testimonio ante los dioses. ¡A ver qué mortal era capaz de defraudar a los recaudadores de los templos y de los reyes, a sabiendas de que sus pagos quedaban registrados ante la presencia de los dioses!

En general, entonces, a la escritura —un arte secreto y misterioso— se le atribuían poderes más o menos mágicos. Pura magia tenía que parecer la capacidad de los escribas para hacer perdurar durante generaciones y siglos —en la presencia de los dioses en templos y tumbas— las palabras que escribían. En cualquier caso para todos los usos prácticos, durante miles de años, todo lo que la persona considerase información importante lo archivaba en su memoria —de donde era mucho más fácil recuperarla que de los «libros», que eran por su propia naturaleza escasísimos e inaccesibles.

Los escribas eran una élite especializada, cuya formación llevaba muchos años. Eran los grandes sabios de su día, respetados por todos —y tal vez temidos por la conexión entre la escritura y los dioses y la magia. Se encontraban por definición entre la gente poderosa e

influyente y su manera de entender la vida tenía siempre ese sesgo de privilegio y honor. Sería un contrasentido —para aquellos tiempos— hablar de «literatura popular». «El pueblo», por definición, era todo lo contrario que los escribas. Los escribas podían defender los intereses de los pobres y marginados; pero si lo hacían era siempre desde la magnanimidad de las personas superiores que se dejan conmover por la condición ajena, como una muestra más de su especial nobleza de espíritu.

En todas las civilizaciones de la antigüedad, el gremio de los «escribas» era hondamente conservador. Tal es así que, por ejemplo, la lengua sumeria se siguió empleando durante más de mil de años cuando ya había desaparecido como lengua viva y hablada. Algo parecido sucedió con el latín, que siguió utilizándose como única lengua válida para las disquisiciones de los teólogos, los científicos y los eruditos, más de mil años después de que dejaran de hablarlo las personas corrientes. El conservadorismo de los escribas no sólo se ve en su conservación de «lenguas muertas» sino también en las fórmulas y formulismos con que escriben. Era un poco como los notarios hoy día. Si uno compra o vende una propiedad inmueble o tiene que levantar acta notarial de cualquier asunto, expone al notario los datos a hacer constar; pero éstos se redactarán con las frases exactas que son tradicionales para esos efectos, una jerga especializada de los notarios que no admitirá dudas si en algún momento el asunto acaba ante un tribunal. Esta era más o menos la función de los escribas de la antigüedad. Incluso aunque utilizaran el lenguaje habitual de sus vecinos y no una lengua muerta, lo hacían siguiendo fórmulas tradicionales que sólo eran manejadas plenamente por el propio gremio especializado de los escribas.

Suponiendo que las proclamaciones de los profetas de Israel se hayan recogido por escrito, entonces, el proceso probablemente habría sido así: Pongamos el ejemplo de que Isaías se presenta en el atrio del Templo de Jerusalén advirtiendo a los adoradores acerca de los propósitos de Dios. La función del profeta —como la del escriba— estaba ampliamente reconocida por la sociedad entera, incluso por la corte. Entonces, el contenido de lo profetizado tal vez fuera comunicado a un escriba del Templo, que levantaría acta de la pronunciación profética.

No es probable que lo hiciera con las palabras exactas de Isaías, sino ciñéndose a las formas estilizadas propias de los escribas; las fórmulas adecuadas y necesarias para que el registro de la profecía constase en los archivos del Templo dignamente, como testimonio adecuado ante el Señor.

En el caso de Jeremías tenemos una situación excepcional. El profeta contrata a un escriba, Baruc, para que anote al dictado las profecías que Jeremías había venido proclamando durante años. Esto significa que Jeremías seguía recordando lo que había ido diciendo. El motivo de escribirlas ahora no es dar las profecías a conocer, cosa que Jeremías ya venía haciendo oralmente, sino darles el poder sobrenatural que solía atribuirse a los misterios de la escritura. Es probablemente con el fin de anular ese poder sobrenatural de las palabras escritas, que el rey destruye el rollo cuando se lo leen. Así como Jeremías tuvo que valerse del escriba Baruc, no es verosímil suponer que los otros profetas supieran escribir. Hay que suponer también por último, que Baruc, al poner por escrito los pronunciamientos proféticos que Jeremías le iba diciendo, los adaptaba para expresarlos adecuadamente siguiendo las formas tradicionales y con los términos propios de la escritura —que para eso era escriba.

Si la escritura de los profetas dependió de la intervención especializada de los escribas, también había escribas asignados a la corte de Jerusalén (algunos de cuyos nombres se conocen). Allí redactaban y leían cartas y levantaban actas de las diferentes acciones emprendidas por la corona. Éstas también se escribían siguiendo las fórmulas apropiadas para el caso y también serían archivadas en el Templo, como memorial eterno ante el Señor.

Hasta aquí tenemos pliegos sueltos, sobre una gran diversidad de temas y que datan de diferentes épocas. El papiro —a todo esto ya no se usaban más las tablillas de arcilla— tiene relativamente poca duración; el pergamino bastante más. En cualquier caso si se considera que es necesario conservar estos registros archivados, será necesario copiarlos. Lo más natural es copiarlos en «rollos» —documentos mucho más extensos—, ordenando el material conforme a los criterios propios que inspiran a los escribas para tales efectos. Por el resultado final,

vemos varios principios que operan en la recopilación y redacción de estos rollos.

En primer lugar habría que mencionar la selección. No es posible conservarlo y copiarlo todo. El escriba que trabaja en determinado rollo tendrá que decidir qué es lo que se conserva, qué será lo que se perderá. Porque siempre, la mayoría del material se acabará descartando y perdiendo.

La selección sucede principal y fundamentalmente en la mente y en la memoria del escriba. Consultar un escrito era harto trabajoso y requería las dos manos para abrir el rollo. Para copiarlo, harían falta dos: uno para leerlo en voz alta, otro para escribir. La propia escritura era difícil de descifrar. El hebreo, por ejemplo, se escribía sin vocales. Además, en la antigüedad no se dejaban espacios entre palabra y palabra ni existían signos de puntuación ni se escribía siempre en la misma dirección. (Se podía alternar, por ejemplo, un renglón de izquierda a derecha y el siguiente de derecha a izquierda.) Esto indica, entre otras cosas, que la función de la escritura era en cualquier caso apoyar a la memoria; quien no sabía ya de antemano lo que ponía en determinado rollo, se las vería en apuros para leerlo. Es por eso que la selección de materiales para la elaboración de un «rollo» más extenso a partir de documentos sueltos, tuvo que suceder fundamentalmente en la mente y la memoria del escriba, que sólo escribía una vez que tuviera perfectamente «redactado» en su cabeza lo que pensaba poner.

En segundo lugar, está claro que existió una tendencia a organizar el material por orden cronológico, desde las narraciones sobre la Creación al principio de Génesis, pasando por los patriarcas, el éxodo, los años del desierto, la conquista de Canaán, los siglos de los jueces y los diversos reyes de Israel y de Judá, hasta la destrucción de Jerusalén y el Exilio babilónico —y la reconstrucción posterior de Jerusalén y el templo. Este tipo de organización cronológica no sólo figura en los libros de la Ley (de Génesis a Deuteronomio) y en los Profetas Anteriores (de Josué a 2 Reyes) y los libros de Crónicas, sino incluso también en los rollos de los Profetas Posteriores: Quizá especialmente los rollos de Isaías y de los Doce, aunque también los de Jeremías y Ezequiel.

En tercer lugar, es obvio en los rollos de los Profetas Posteriores, que también se empleó como criterio de organización el asociar los

pronunciamientos proféticos con los nombres de determinados profetas. Sabemos (los propios libros de la Biblia lo indican) que hubo muchos profetas; pero sólo se conservan «libros» de unos pocos. Seguramente los nombres que se conservan vienen a representar una cierta «línea» o tendencia profética en determinado tipo de situación o en determinada época. Si un contemporáneo de Isaías —o un profeta varias generaciones posterior— decía algo que seguía más o menos la misma tendencia que lo que se venía archivando como «de Isaías», lo natural era archivar ahí el asiento de esta otra profecía también. Al fin de cuentas, lo importante no es Isaías en cuanto hombre, sino el contenido y la tendencia o línea que siguen sus declaraciones proféticas como portavoz del Señor. Las profecías no son «de Isaías» sino de parte de Dios, que se sirve de Isaías como portavoz. Si otro dice las mismas cosas inspirado por el mismo Espíritu, ¿por qué no archivar esa profecía con las «de Isaías»?

En cualquier caso, para cuando toma forma el «libro» de Isaías, ya han intervenido varias generaciones de escribas, que con todo derecho y autoridad y naturalidad —porque para eso mismo son los profesionales autorizados— han contribuido a darle forma a la redacción.

El proceso seguía siendo fundamentalmente oral. No era necesario sustituir el rollo por escrito con mucha frecuencia; y entre tanto la tradición oral seguía en pleno desarrollo de generación en generación de los escribas. Cuando era necesario, se asignaba a un escriba realizar una copia nueva, añadiendo las actualizaciones y el material adicional que juzgara oportuno desde su condición de escriba debidamente autorizado para ello. El «rollo» resultante era por una parte hondamente conservador. Era importante poder afirmar que devenía de una antigüedad remota, transmitido fielmente por toda la sucesión de las generaciones de los escribas. Al escriba se le tenía que poder presuponer ser puntillosamente fiel con los rollos que copiaba. Pero este carácter conservador y anticuario no impedía el que se mejorasen y actualizasen los rollos con datos o interpretaciones contemporáneas —que tal vez ya venían perteneciendo a la tradición oral del «libro»— y que revalidaban su vigencia presente como testimonio delante del Señor.

En cuarto lugar, si en los rollos de los Profetas Posteriores, bajo el nombre de determinados profetas en particular se seguía, a la par, el criterio de similitud de tendencia o de contenido profético, en los libros de la Ley es visible un criterio de organización muy parecido. Aunque unificado como un todo bajo el esquema del periplo por el desierto antes de la conquista de la tierra de Canaán, el material que hallamos entre Éxodo y Deuteronomio está organizado más o menos por temas. El conservadorismo de las copias —con todo y admitir la inserción de material nuevo—, sin embargo, hace que si cierto material ya venía agrupado de determinada manera, era difícil redistribuirlo a la postre siguiendo otros criterios. Lo normal era insertar material nuevo en determinado punto, siguiendo los criterios propios del escriba de turno, para luego retomar la copia exacta del manuscrito que se venía copiando. Esto hace que a veces la misma temática reaparezca en diferentes lugares en la configuración final de los libros de la Ley o los escritos sapienciales (los que transmiten la sabiduría tradicional de los escribas).

Una vez hecha la copia, como ésta era superior a todas luces: nueva y por eso en mejor estado de conservación desde luego, pero también mejorada y puesta al día a la vez que perfectamente fiel con respecto a los materiales copiados, el libro antiguo se destruía. Sólo podía haber un único ejemplar autorizado. Un libro no podía existir simultáneamente en versiones diferentes, lo cual sólo generaría confusión y desconfianza acerca de la exactitud de la copia.

¿Quién escribió el Antiguo Testamento, entonces? Nadie en particular; o los sabios escribas de Israel como grupo colectivo, en el transcurso de varias generaciones y probablemente, varios siglos. Los escritos del Antiguo Testamento son anónimos y además se precian de serlo. Es importante ese anonimato porque se les presupone una enorme antigüedad y a la vez, se les presupone ser copias exactas de lo que se viene conservando «desde siempre». Los escribas que actuaron en su producción no pueden mencionarse a sí mismos puesto que si lo hicieran, pondrían en duda la propia antigüedad del libro, desautorizándolo como copia fiel. Por tanto estos libros tenían obligatoriamente que ser anónimos.

Hacia el siglo III a.C., sin embargo, en el período conocido como «helenista» por la preponderancia de la cultura griega en todo el orien-

te, tomamos conciencia de que se ha producido un cambio extremadamente importante. En Alejandría, Egipto, no sólo tenían una copia de la Ley y los Profetas, sino que juzgaron oportuno traducir estos libros al griego. Esto sólo podía ser con la finalidad de que su lectura fuese comprensible más allá del gremio de los escribas hebreos. Entre tanto, cuando Esdras había traído la Ley a Jerusalén desde Persia, no es inverosímil suponer o que lo que trajo fue una copia o bien que se hicieron copias que permanecieron en Persia y Babilonia.

Las exigencias de la vida de los judíos como una minoría étnica y religiosa dispersada por una extensión geográfica enorme —lejos casi todos del Templo de Jerusalén y su liturgia sacrificial— hizo que la meditación de las tradiciones sagradas de Israel fuese tomando forma como casi la única manera de conservar su identidad y unidad como judíos. Inicialmente, esto debió de producirse entre las familias hereditarias de los escribas, que empezaron a admitir que la creación de una copia no debía conllevar la destrucción de la copia anterior. En cualquier caso, desde que existen varias —incluso muchas— copias posibles, ya no se puede seguir indefinidamente añadiendo material nuevo y actualizaciones y puestas al día. Las actualizaciones tuvieron que hacerse en libros paralelos, que brindaban interpretación bíblica desde diversos puntos de vista.

La primera mención que tenemos de las sinagogas es en Egipto en el siglo III a.C. Se conocían como «casas de oración»; pero en cuanto podían hacerse con una copia de los escritos sagrados de Israel (y hacerse también con los servicios de algún escriba que los pudiera leer e interpretar), está claro que el estudio de estos rollos tuvo en las sinagogas su principal centro de actividades. En la tierra de Israel, puesto que tenían a mano el Templo y su ritual, la sinagoga probablemente no llegó a difundirse hasta pocas décadas antes de Cristo. Para cuando se escriben los evangelios (segunda mitad del siglo I), resulta perfectamente verosímil indicar que en tiempos de Jesús hasta una aldea relativamente insignificante como Nazaret de Galilea, no sólo tenía una sinagoga en tiempos de Jesús, sino como mínimo el rollo de Isaías —quizás otros también— y que Jesús, el hijo del carpintero del pueblo, se contaba entre los que sabían leerlo. ¡Mucho habían cambiado las cosas!

Entre los cambios, está la valoración y reconocimiento de los autores como individuos, que no sólo como intermediarios de información tradicional. Esto lo vemos, en el Nuevo Testamento, especialmente en las cartas y en el Apocalipsis, escritos «firmados», es decir, que indican en su prólogo la identidad del autor. Incluso en casos como los evangelios, Hechos y Hebreos, aunque el nombre de sus autores no figura en el prólogo, la tradición de la Iglesia los asoció desde muy temprano con figuras de la primera o segunda generación del cristianismo.

Sin embargo los métodos de trabajo de los autores y el hecho de no poner su nombre en el texto, nos indican que Mateo, Marcos y Juan probablemente fueron también escribas judíos (escribas judíos convencidos de que Jesús es el Mesías, naturalmente). Tenemos en Marcos la típica labor de recopilación de materiales tradicionales, anotados tal vez independientemente en pliegos sueltos, de los que se teje un relato continuado que incorpora milagros, enseñanzas, debates con adversarios y un recorrer a pie el territorio de Galilea y el desplazamiento a Jerusalén que culmina en la Pasión. Los métodos de trabajo de Mateo y Lucas son también la labor típica de escribas que copian un libro (en este caso Marcos), eliminando muy poco pero añadiendo otros materiales que les constan a ellos. Mateo y Lucas parecen haber integrado, a su copia «mejorada» del evangelio de Marcos, de diferente manera y en diferentes puntos del relato, otra colección ya escrita que a la postre no se conservó. Juan emprendió el trabajo independientemente, prefiriendo no someterse a las limitaciones de copiar Marcos, que no se prestaba adecuadamente para su propio proyecto de narrar el ministerio y la Pasión de Jesucristo. Pero desde luego sus métodos de trabajo también eran muy similares a los que desde la antigüedad habían sido propios de los escribas.

Lucas, en sus prólogos al evangelio y a los Hechos de los Apóstoles, indica un interés en los métodos propios de la historia, que es una novedad en los textos bíblicos, aunque a todo esto ya era bastante habitual en los historiadores griegos y latinos. Alguno de los escribas que intervinieron en la formación de los libros de Crónicas, ya había indicado que quien quisiera más información sobre determinados reyes, podía hallarla en las crónicas reales y en los rollos de los profetas. Pero el alegato que hace Lucas de haber realizado una investigación minu-

ciosa, entrevistando testigos oculares y cotejando también fuentes escritas, se asemeja mucho a los métodos de trabajo típicos de los historiadores seculares, que pretenden un cierto grado de imparcialidad y objetividad con respecto a los hechos que narran. Lucas se esfuerza, además, por coordinar los hechos narrados en este rincón insignificante del Imperio, con los reinados de los Césares y el ejercicio de diferentes gobernadores y funcionarios. Desde luego esta intención de imparcialidad y objetividad de Lucas es única en la Biblia y al final tropieza con el propio propósito del Evangelio como proclamación absolutamente convencida y ferviente de un artículo de fe: ¡Jesús es el Cristo, el Hijo resucitado de Dios! Pero aunque al final puede más el deseo de proclamar el evangelio que el de escribir una historia objetiva e imparcial, el hecho de que Lucas tan siquiera intentase esto último, nos indica a las claras cuánto han cambiado las cosas desde la redacción de los escritos del Antiguo Testamento.

También es atribuible al entorno de los escribas judíos, la redacción del libro de Hebreos. Hebreos es anónimo y el hecho de que sólo se admitió al Nuevo Testamento alegando que hubo sido escrito por el apóstol Pablo, es otra indicación de lo que habían cambiado las cosas. Si en la antigüedad el anonimato se entendía como garantía de ser una tradición «desde siempre», por tanto también garantía de fidelidad y autoridad, ahora había que asignar un autor a cada obra —aunque ello fuera una ficción— con la misma finalidad de garantizar la fidelidad y autenticidad del escrito. El escriba que preparó Hebreos, entonces, con el interés tradicional de los escribas por desaparecer en el anonimato para que el texto se acepte por sí solo como autoridad recibida, acaba siendo ninguneado por el interés de quienes ya no comprendían esos valores tradicionales y sólo podían aceptar que el libro tuviera autoridad, si se decía que lo había escrito una persona importante y conocida.

Algunas de las cartas «de Pablo», por otra parte, indican expresamente que otros colaboraron con él en la redacción. Pablo nunca llega a explicar en qué consistía esa colaboración. Otras cartas «de Pablo» seguramente fueron redactadas más bien por el entorno de Pablo, personas muy allegadas a él y autorizadas por él para estos efectos. En algún caso es muy dudoso que Pablo haya intervenido en absoluto; probablemente fue escrita en su nombre y sintiéndose perfectamente

autorizados para ello, pero por alguno de sus seguidores de segunda generación después de que Pablo ya hubo muerto.

5. ¿DÓNDE SE ESCRIBIÓ LA BIBLIA?

Los evangelios de Marcos y Mateo, tal vez también Juan, indican claramente un entorno judío «mesiánico» (es decir, *cristiano*), donde la convivencia entre los adeptos a las distintas «sectas» o ramas del judaísmo era a veces difícil, pero otras veces absolutamente natural. En general habría que decir que los evangelios se escribieron seguramente después de la caída y destrucción de Jerusalén y del templo judío (el templo de Herodes) en el año 70 d.C. Después de eso los judíos tuvieron muy difícil su continuidad en sus tierras ancestrales y tendieron a emigrar a Galilea, a Siria y al oriente del río Jordán. Sin duda hubo muchos que emigraron mucho más lejos: a Egipto, a Babilonia y a Roma, donde ya se encontraban importantes concentraciones de judíos. Donde emigraban los demás judíos, es natural imaginar que emigraban también los de persuasión «mesiánica». Con todo, lo más probable es que Marcos y Mateo, tal vez Juan, vivieran entre los judíos de Galilea o Siria, muy próximos geográficamente a los lugares donde vivió y actuó Jesús; lugares, por tanto, donde se conservaban todavía anécdotas y recuerdos vivos sobre Jesús.

Es más difícil situar a Lucas, que al indicar en los últimos capítulos de Hechos haber acompañado a Pablo hasta Roma —después de acompañarlo por Macedonia, Acaya, Asia Menor y Judea— pudo haberse instalado en casi cualquiera de estos puntos para escribir sus dos libros. Algo parecido habría que decir con respecto a las cartas de Pablo. No hay escasez de teorías acerca de dónde y en qué circunstancias se escribió cada una; pudieron haberse escrito en diferentes puntos del itinerario de Pablo indicado por Hechos.

Los versículos del prólogo al Apocalipsis indican que el autor se encontraba en la isla de Patmos, en el mar Egeo, frente a la costa de Asia Menor (donde se encuentran las siete iglesias a las que manda «cartas»).

La primera carta de Pedro indica que escribe desde Babilonia. Desde siempre ha sido habitual poner «Babilonia» entre comillas y entenderlo como una referencia cifrada a la ciudad de Roma. A mí no me parece en absoluto inverosímil imaginar que Pedro se encontraba de verdad en Babilonia. No veo nada en el contenido de la carta que haga pensar que fuera necesario esconder en clave secreta el lugar donde se escribió. Por otra parte, desde hacía siglos la comunidad judía de Babilonia era la más importante del mundo. Ambas ciudades, Roma y Babilonia, estaban a una distancia parecida de las regiones indicadas para los destinatarios de la carta. Si es verdad que Pedro entendió que su apostolado debía centrarse en los judíos (y el de Pablo en los gentiles), ¿dónde mejor que Babilonia para emprender esa labor? Aunque el caso es que también había miles de judíos en Roma…

El tema es más interesante con respecto al Antiguo Testamento. Por una parte, casi todo el Antiguo Testamento da una importancia fundamental a la tierra prometida de Israel y a la ciudad de Jerusalén. Está claro que lo que pasaba en aquella tierra, las vicisitudes políticas y especialmente la existencia del Templo y del ritual sacrificial que se celebraba allí, era visto como de primerísima importancia por los escribas que redactaron estos escritos. Pero por otra parte, también es evidente que la tierra de Israel y la ciudad de Jerusalén figuran más como un ideal perdido, como un lugar añorado desde la distancia, que como una realidad presente.

Pongamos el libro de Génesis por ejemplo. Empieza con la tierra entera y todos su moradores como creación e interés de Dios. Luego cuando abordamos la historia de los patriarcas, resulta que Abraham es oriundo de Ur, una ciudad próxima a Babilonia. Abraham emigra primero a la zona fronteriza entre Irak, Siria y Turquía, luego a Palestina, pero no sin pasar también por Egipto. Para cuando concluye el libro de Génesis, sin embargo, Jacob y sus descendientes se han instalado en Egipto; no precisamente pasándolo mal sino más bien aprovechándose de privilegios especiales otorgados por el Faraón. Palestina (o «Canaán») puede que sea «la Tierra prometida», pero la familia es original de Irak y prospera y les va muy bien en Egipto. El libro de Génesis es un espejo perfecto para un judaísmo que ha echado raíces en las tierras a las que ha emigrado, a veces por deportaciones políticas, otras veces

sencillamente porque un país como Egipto les ofrece más posibilidades de prosperidad. La Tierra prometida se puede ver con cierta nostalgia o añoranza, pero el caso es que no se está mal en Egipto, especialmente cuando alguien como José está instalado en la corte.

Pero no sólo el Génesis. El argumento del resto de los libros de la Ley, hasta el final de Deuteronomio, también sucede fuera de la Tierra prometida. Ésta sigue siendo una meta, una promesa, algo por lo que suspirar… pero Deuteronomio concluye con Moisés como el típico judío de la dispersión o el emigración. Con ganas de ir allí, tal vez, pero muriendo sin nunca plasmarlo en la realidad.

Los Profetas Anteriores arrancan con la toma de la Tierra con Josué, pero para cuando concluye 2 Reyes, los judíos han sido desterrados y llevados al exilio babilónico. Desde Babilonia (y Egipto, donde también fueron muchos judíos de la generación del destierro), todo el periplo en la Tierra de Israel se ve como un paréntesis que admite lecturas muy diversas. Por una parte es hondamente trágica la desaparición del Templo. Por otra parte está claro que en su propio país ellos no habían sido ni especialmente prósperos, ni especialmente fuertes, ni especialmente fieles a su Dios; jamás habían conseguido vivir en paz. Todo había sido guerras constantes en lo político; y castigos divinos en lo religioso, puesto que no habían sabido dar la talla en lealtad a su Dios. Desde Babilonia y Egipto, entonces, la narrativa de los Profetas Anteriores, vista como un todo, ofrece muchas sombras entre escasa luz. Acaso —¡quién sabe!— fuera más fácil servir a Dios con una lealtad fulgurante desde su condición como minoría que lucha por hallar espacios donde seguir adorando a su Dios, que no desde la presunta gloria de ser un país independiente.

Podríamos seguir… pero ya más o menos se ve adónde quiero ir a parar. Lo más probable es que los escribas que nos legaron estos libros, vivieran casi todos en Babilonia (no la ciudad, necesariamente, sino toda la extensa región del oriente que abarcaría Arabia, la Mesopotamia y Persia).

Desde luego, el libro de Esdras deja claro que Esdras trajo «la Ley» consigo desde Persia. A la postre, los manuscritos que acabaron siendo considerados más fiables por la tradición rabínica también parecen haber sido los babilónicos. Y el último gran florecer de la literatura

religiosa judía fue el Talmud *bavli*, es decir «babilónico», de aproximadamente el 600 d.C. ¡Seis siglos después de Cristo, los escribas judíos más importantes seguían encontrándose en Babilonia! Desde luego, los judíos de Babilonia no sufrieron los mismos sobresaltos políticos que los que habían optado por volver a sus tierras ancestrales. La provincia Persa de *Yehud* fue pobre y contaba con muy poca población. Algo mejor le fue a la *Judea* de los griegos hasta la gran crisis que desató el alzamiento de los Macabeos y la independencia fugaz de un reino judío en Jerusalén. Con la entrada en el panorama de los romanos las cosas tampoco se estabilizaron, hasta que en el año 70 d.C. Jerusalén fue otra vez arrasada; y el grandioso y monumental Templo de Herodes, pasto de las llamas.

¡Nada hubo en aquellos siglos que pareciera quitar la razón a esa mayoría de los judíos que nunca se plantearon seriamente emigrar a la tierra de sus antepasados! Entonces sugiero que hay que leer el Antiguo Testamento desde la dispersión judía y para la dispersión judía… y que probablemente se redactó también en, durante y para la dispersión judía. El centro religioso y sentimental de todos los judíos estaba en Jerusalén. Allí tal vez estuvieran sus corazones. Pero sus cuerpos, sus vidas y sus familias estaban en Babilonia, en Egipto y en Roma. Y en muchos otros lugares por todo el mundo. Es ese pueblo judío disperso por el mundo el que crea y conserva la Biblia hebrea y empieza a meditarla asiduamente en sus sinagogas y a crear una forma de religión que gira en torno a ese estudio de la Biblia.

En Jerusalén estaba el Templo (cuando lo hubo): ¿qué necesidad tenían los jerosolimitanos de crear la Biblia? Pero en Babilonia, ¡ah!, en Babilonia hizo falta tener algo en torno a lo cual continuar adorando y sirviendo al Dios de sus antepasados. No me parece inverosímil que los escribas del templo de Jerusalén salvaran del incendio y el pillaje algunos de sus pergaminos y papiros preciados para llevárselos consigo al exilio en Babilonia. Aunque en cualquier caso los escribas, que eran además tenidos por sabios, seguramente no necesitaban los libros en sí para recordar lo que venía escrito en ellos. ¡Para eso tenían bien ejercitada la memoria! En cualquier caso, es en la propia Babilonia que tendría sentido la creación definitiva y el estudio continuo de casi todos los libros del Antiguo Testamento.

En mi opinión, entonces, el Antiguo Testamento sólo se comprende adecuadamente cuando se aborda como literatura del destierro, para desterrados. (Aunque esta es una opinión imposible de validar con evidencias materiales. Los manuscritos más antiguos que se han descubierto son todos de Palestina, concretamente de las cuevas del Mar Muerto.)

6. ¿PARA QUÉ SE ESCRIBIÓ LA BIBLIA?

Cada uno de los libros de la Biblia probablemente se escribió con una finalidad propia, indicada por el propio contenido de lo escrito. En cuanto al Antiguo Testamento, seguramente lo primordial era su utilidad para la instrucción de los escribas como élite sabia e instruida conforme a las tradiciones de los propios escribas hebreos.

Más que tratar de indicar el fin con el que se escribió cada uno de sus «libros», podemos tratar de indicar la finalidad que tiene no tanto el acto de escribirlos, sino el hecho de tenerlos como una colección sagrada en cuyo estudio hay grande beneficio.

En un principio, como ya hemos indicado, los actos políticos y los pronunciamientos proféticos en Jerusalén se escribían y conservaban como memorial delante del Señor. No era tanto con la finalidad de que nadie los leyera, como de que estas cosas constaran ante el Señor —para que el Señor las recordase y juzgase los hechos de los hombres, recompensando a los justos y castigando a los perversos… hasta las generaciones de sus descendientes.

Los escribas de Jerusalén en el antiguo reino de Judá eran funcionarios estatales y el Templo era el centro del culto estatal. La religión de Judá estaba patrocinada por la corona; la corona pagaba, la corona mandaba y la corona recibía a cambio unos servicios que consideraba indispensables para la continuidad y prosperidad del reino y de la dinastía. El rey había mandado construir el Templo y lo había dedicado personalmente. El Templo —naturalmente— estaba construido dentro del complejo palaciego del rey: la Ciudad de David, a cuyo pie se hallaba la ciudad de Jerusalén. El rey había nombrado las familias hereditarias de los sacerdotes principales, el sacerdocio menor que realizaba otras

labores secundarias, los cantores, los porteros… y los escribas, naturalmente.

El rey sufragaba los gastos de todo el aparato religioso, que era inseparable del aparato estatal puesto que estado y religión eran la misma cosa como siempre lo fueron en todas partes hasta hace bien poco. Como funcionarios al servicio de la corona, la responsabilidad de los escribas era levantar acta de todo lo que merecía la pena guardar como memorial delante del Señor en el Templo. Todo lo que escribían —incluso en aquellas ocasiones cuando no era especialmente favorable con respecto al rey de turno— tenía como última finalidad garantizar la buena voluntad de la deidad para que el reino prosperara y la dinastía se perpetuara.

Hoy describiríamos esa función de la religión en sociedades tradicionales como «propagandística», en el sentido de que el efecto de los valores religiosos enseñados, era fomentar la estabilidad del régimen; en este caso, la dinastía de David. El deber de los funcionarios religiosos era, por una parte, asegurarse de que la corona no ofendiera a la deidad; y por otra parte, asegurarse de que los campesinos, entendiendo que la corona y la deidad defendían por igual la estabilidad del régimen, cumplieran con la debida mansedumbre sus responsabilidades de obediencia y sumisión y la entrega de una parte muy importante del producto de sus tierras. Naturalmente, en la medida que algunos de los funcionarios de la religión de Jerusalén pudieron convencerse de que la política de la corona se apartaba de lo que agradaba al Señor de Israel, podían expresarse muy críticos y duros con esas políticas. Pero siempre desde su lugar de privilegio como funcionarios al servicio del rey, pagados por el rey, dependientes del rey para la misma existencia de su cargo.

En el exilio babilónico hay que suponer que los que siguieron en el ejercicio profesional de sus funciones como escribas, pasaron a hacerlo para la corona primero babilónica y después persa. En efecto, observamos en el libro de Nehemías que Esdras, el escriba que trae la Ley a Jerusalén desde Persia, es antes que nada un funcionario del rey persa —como también lo es Nehemías, desde luego. Naturalmente, ambos cumplen rigurosamente con la exigencia de llevar a cabo exactamente lo que el rey les ha encomendado. La organización que emprenden de la

provincia persa de *Yehud* es por mandato del rey y por tanto hay que suponer que tenía la finalidad de hacer más gobernable o más productiva la provincia —para el rey de Persia.

Tal vez sorprenda pensar que durante algunas generaciones los escribas de Israel que nos legaron el Antiguo Testamento, hayan sido funcionarios al servicio de reyes extranjeros. Pero hay que tener presente que los escribas eran sobre todo, las personas instruidas del reino. Eran los sabios, los consejeros, los astrólogos y magos. Un rey cosmopolita como los de Babilonia y Persia, que se forjaron vastos imperios, naturalmente tenía que valorar el cúmulo de sabiduría existente entre los escribas de los reinos conquistados. ¿Por qué no fomentar el que los escribas de Jerusalén siguieran conservando y perfeccionando sus propias tradiciones, que tal vez en determinado momento pudieran resultar útiles para el rey? Es precisamente así como el libro de Daniel representa los servicios que presta Daniel a la corona. Esos relatos sobre Daniel tienen mucho de leyenda y poco de verosimilitud histórica excepto precisamente en este particular: la naturalidad con que la élite gobernante de los reinos conquistados era aprovechada para el aparato de gobierno del conquistador. Concretamente en el caso que aquí nos interesa, los que tenían competencia profesional como sabios y escribas.

La utilidad práctica de nuestros escritos para beneficio de la corona imperial se observa en cualquier caso, por el hecho de que la provincia de *Yehud* —donde fueron llevados desde la corte persa por Esdras— fue en efecto dócil y gobernable (aunque en absoluto próspera), durante el transcurso de varias guerras y cambios de régimen, pasando de los persas a los griegos egipcios y por último a los griegos sirios.

Reconstruido y ya funcionando el Templo otra vez, sin embargo, está claro que los escribas de Jerusalén así como sus parientes que permanecían en Babilonia, pusieron empeño en que los libros fueran de utilidad para la vida práctica de a diario en la provincia de *Yehud*, tanto como para los judíos que seguían en el exilio. Aunque la perspectiva fundamental que tiene la colección es la que se ve desde la distancia, desde la dispersión judía por todo el mundo, la vida que describe es vida en la tierra de Israel.

Muy al contrario que lo que tal vez hubiéramos imaginado, el material que produjeron aquellos escribas resultó ser muy peculiar y único. El producto de las labores de los escribas judíos consiguió plasmar la idea de que Israel había sido un experimento social y religioso muy especial: ¡Habían sido elegidos por su Dios para anunciar las excelencias de Aquel quien los escogió de entre las naciones para poner entre ellos su Nombre!

La dura realidad del exilio forzado por el conquistador extranjero, también invitaba a la honda reflexión sobre qué fue lo que pasó; por qué una historia con tantísima promesa inicial, tuvo que acabar tan mal. Los resultados saltan a la vista y siguen inspirando nuestra espiritualidad e invitando nuestra reflexión miles de años más tarde: el Dios de Israel no sólo escoge y promete, sino que exige pureza de compromiso con Dios mismo y con el prójimo. Dios es justo, es imparcial en su justicia; recompensa a justos y pecadores conforme a sus obras; y ni siquiera los que han recibido sus más exageradas promesas y mimos en el pasado, se eximen de ser examinados, a la postre, ante el escrutinio de esa justicia divina e imparcial.

Los escribas judíos en el exilio babilónico, sin embargo, llegaron a otras conclusiones adicionales en el proceso de conservar y perfeccionar sus tradiciones sagradas: Más allá del juicio «final» que suponía la destrucción de la nación y del Templo, más allá del propio acto de expulsarlos de su tierra a vivir como pueblo subyugado en la tierra de sus conquistadores, el amor eterno de Dios sigue encerrando una promesa también eterna. La memoria de los actos de fidelidad de Dios en el pasado acaba suscitando la fe en que Dios volverá a intervenir con compasión y misericordia en el futuro. Aunque el hijo ha sido rebelde, el padre no puede dejar de amarlo.

Con el paso de los siglos, el perfeccionamiento de estos escritos y de la colección entera acabó acumulando una riqueza insondable, una profundidad y belleza extraordinarias. Acabó por fin desbordando su entorno natural entre los escribas de Israel, para traer consolación y esperanzas a la totalidad del pueblo judío en su exilio en Babilonia, Egipto, Roma y todo el mundo. La colección como tal sería fuente de inspiración para toda suerte de movimientos de renovación entre los judíos. Es como uno de estos movimientos judíos de renovación inspira-

dos por el testimonio de la Biblia hebrea, que hay que entender a Jesús y sus discípulos, los apóstoles del cristianismo.

Pero probablemente no es con ese fin que se escribieron estos libros, sino sencillamente como el esfuerzo concertado de generaciones de los escribas de Israel, por comprender su pasado y llegar a conclusiones sabias sobre cómo vivir. Para que conociendo los propósitos y la forma de actuar del Dios de Israel en el pasado, fuese posible recuperar la esperanza de que el futuro puede ser mejor que las tinieblas del presente.

La Biblia Cristiana, que naturalmente incluye el Nuevo Testamento además del Antiguo, tiene sin embargo su propia finalidad como colección entera. En primera instancia los escritos del Nuevo Testamento tienen el fin de consolidar y promover el movimiento judío «mesiánico» o *cristiano.* Las cartas de los apóstoles (los documentos más antiguos del Nuevo Testamento) persiguen una finalidad de brindar orientación a las pequeñas comunidades mesiánicas dispersas por el mundo. Comunidades más o menos aisladas unas de otras y que sufrían la presión constante de paganos idólatras por una parte, y de judíos «no mesiánicos» por la otra.

Los evangelios se escriben en la segunda generación cuando ya empiezan a desaparecer los recuerdos de testigos oculares de la vida, hechos y predicación de Jesús. Se consideró que frente al desarrollo de toda suerte de afirmaciones dogmáticas sobre los poderes extraordinarios y la condición sobrenatural de Cristo, era fundamental no perder de vista a aquel hombre Jesús, el galileo de carne y hueso, hijo de María, mortal, que pudo pasar hambre y sed, capaz de sentirse afectado hasta las lágrimas por la muerte de un amigo… del que los evangelios conservarían el recuerdo y darían testimonio. Los evangelistas consideraron que un Cristo divinizado falseaba la realidad: Jesús había sido un hombre, había vivido y enseñado y dado el ejemplo —hasta la muerte— antes que nada como hombre. El más grande de los profetas de Israel, sin lugar a dudas; pero esencialmente siempre un hombre al que es posible seguir e imitar en su devoción a Dios y amor al prójimo.

El Apocalipsis, con toda probabilidad el último de los libros del Nuevo Testamento en aparecer ya en la tercera generación, procura dar instrucción a las comunidades cristianas ahondando en esa misma para-

doja: En el Apocalipsis el gran Señor victorioso ante quien se postran todos los seres vivos del universo, es a la vez el Cordero como inmolado: el hombre Jesús de Nazaret, cuya carne es igual que la de todos los hombres. Débil, indefenso y mortal como cualquiera de nosotros, es precisamente por su extrema indefensión hasta la muerte, que ha sido exaltado al trono en los cielos. Estas mismas cosas, más o menos, ya se venían diciendo aunque de otras maneras, desde las primeras cartas de Pablo.

Cuando se suman en una misma colección la producción literaria de los escribas de Israel y estos escritos de las primeras generaciones del cristianismo, el resultado es nuestra Santa Biblia cristiana.

¿Qué finalidad inspira la formación y colección entera de la Biblia cristiana? La Biblia cristiana da fe de que el Dios de Israel es el Dios de todos los cristianos: el único y verdadero, el que es y que vive, el Creador de todo lo que existe. La Biblia cristiana da fe de que es imposible entender a Jesús fuera del marco de referencia de su propio pueblo judío. La historia de Israel produce y desemboca en Jesús; por lo cual, Jesús sólo tiene sentido si se enmarca dentro de esa historia. Cualquiera otra forma de cristianismo, cualquiera otra forma de entender a Jesús, falsea y tuerce la verdad, constituyéndose en engaño y vanidad. Es el error en que han incurrido reiteradamente quienes han basado su comprensión del cristianismo en presuposiciones filosóficas paganas o seculares, en lugar de sobre la base del testimonio de Israel.

7. ¿Qué es la inspiración de la Biblia?

La Biblia misma no desarrolla una «doctrina» de inspiración de la Biblia como tal. Una prudencia y silencio que no haríamos mal en imitar. Hay, sí, alabanzas y admiración de «la Palabra», «la Ley» o «los mandamientos» de Dios, además de un «temor» y reconocimiento del poder eficaz de los pronunciamientos de los profetas de Israel. Hay alabanza de «la Sabiduría» como don divino. Y en el Nuevo Testamento, Jesús es reconocido y exaltado como «Palabra» de Dios. Nada de esto viene a ser exactamente lo mismo que hablar de «inspiración» de la colección de escritos que hoy tenemos como la Biblia.

En 2 Timoteo 3,16, tenemos un término, «inspiración», que traduce el vocablo griego *theópnevtos*. Este término se emplea esta única vez en la Biblia; y aquí, en relación solamente con las tradiciones literarias de Israel. (Sería anacrónico imaginar que esto era equivalente al Antiguo Testamento cristiano; figuraban algunas obras que acabarían siendo descartadas de nuestras Biblias y tal vez faltaban algunas que se acabaron por aceptar.)

Aquí, entonces, «Pablo»[1] viene a recomendar a Timoteo que continúe los buenos hábitos con que fue educado desde niño, asistiendo a la sinagoga judía donde recibía instrucción en las tradiciones ancestrales de Israel. Pablo considera que «toda escritura» es *theópnevtos* «y conveniente para enseñanza, para amonestación, para corrección, para formación en justicia, con el fin de que todo hombre que pertenece a Dios esté debidamente capacitado para toda buena obra». Aunque de momento no hemos definido el término griego *theópnevtos*, está claro que lo que pone aquí es para recomendar esta colección de escritos para unos fines determinados. Esos fines son sencillos y claros y efectivamente guardan relación con lo que ponen estos escritos: La persona que los aprende sabrá cómo comportarse y cómo tratar al prójimo, viviendo una vida cuyo obrar es bueno, cuyas obras son buenas.

Llegamos así al término *theópnevtos* en sí, que viene a expresar una acción de Dios: respirar o soplar. Pero la acción de soplar o respirar —*pneo*— guarda una relación estrecha con el término griego *pnevma*: aliento, respiración, aire, viento… espíritu. En el siglo I se consideraba que el ámbito de lo *pneumático* —del aire y el viento— era por definición el ambiente propio de los seres espirituales, muy especialmente los dioses y demonios. Nuestro texto viene a decir, entonces, que los textos sagrados de Israel con que se había formado Timoteo desde niño, comparten en algún sentido ese «no sé qué» de lo divino; que leyéndolos (u oyéndolos leer, que en aquella época era mucho más frecuente) uno tiene encuentros con el aliento o el soplo —el Espíritu, si se quiere— del Dios de Israel.

---

[1] 1 Timoteo es una de las cartas «de Pablo» que probablemente fueron redactadas por alguna persona del círculo de sus allegados más próximos, que se sintió plenamente facultado para hacerlo en el nombre de Pablo. Ver las explicaciones en: *4. ¿Quién escribió la Biblia?*

Esto es ya desgranar mucho —tal vez excesivamente— el sentido de esta palabra. Una palabra que nunca sabremos si se puso con la intención de decir todo lo que acabamos de decir sobre ella… o si tal vez fue sencillamente un término del que el autor echó mano porque no se le ocurría otra forma de enfatizar que era necesario seguir asistiendo a las sinagogas judías para seguir aprendiendo lo que venía en los libros que allí se manejaban.

En cualquier caso, seguramente lo importante no es explicar exactamente en qué consiste o cómo funciona ese «no sé qué» del Espíritu de Dios en relación con la Biblia, sino ceñirnos a los fines prácticos para los que 2 Timoteo 3,16 recomienda su lectura y estudio: si leemos la Biblia asiduamente, acabaremos perfectamente capacitados para que nuestra conducta y trato de los demás puedan describirse como «buenas obras».

8. ¿EN QUÉ IDIOMA SE ESCRIBIÓ LA BIBLIA?

Tres son las lenguas en que se escribió la Biblia.

En primer lugar, el hebreo, que era la lengua de Canaán y por tanto de los reinos de Israel y Judá. En los relatos de los patriarcas —en Génesis— nada indica que hubiera dificultades para entenderse con las gentes del país; así como cuando los hermanos de José van a Egipto a comprar grano, sí necesitan recurrir a un traductor. Lo que la Biblia llama Canaán y a la postre (desde la época del Imperio Romano) se conocería como Palestina, venía a ser la zona al sur —y tierra adentro— de los territorios fenicios. Las grandes ciudades fenicias estaban en la costa y al norte de Israel, pero todos parecen haber empleado dialectos mutuamente comprensibles. Las historias que relacionan a los israelitas y los filisteos, por otra parte, tampoco indican que existieran problemas de comunicación. David, por ejemplo, pudo servir como vasallo del rey filisteo de Gat. Y a la postre, la guarda palaciega de David (que lo protegía siempre que el ejército de Israel se sublevaba) serían mercenarios filisteos, con los que al parecer los israelitas se entendían perfectamente —en cuanto al idioma por lo menos, si no en cuanto a lealtad al rey.

Por su contenido, algunos de los Salmos parecen haber sido himnos fenicios a Baal, en los que se sustituyó el nombre del Señor. El hebreo, entonces, el idioma de la tierra de Canaán o de Israel y Judá, es la lengua en la que se escribe casi todo el Antiguo Testamento.

Algunas partes del Antiguo Testamento, sin embargo, están escritas en «caldeo» o arameo, que era la lengua de Asiria, utilizada después por Babilonia como lengua franca para el gobierno de los diversos reinos subyugados. A partir de la conquista de Judá y la destrucción de Jerusalén, tiende a desaparecer la lengua hebrea como idioma de la mayoría de la población, acelerándose el auge que seguramente ya venía teniendo desde antes el arameo como lengua internacional. Cuando Babilonia fue conquistada poco después por los persas, se siguió con el arameo como lengua de preferencia y uso habitual. Igual que a los babilonios, a los persas les resultó presumiblemente más cómodo adaptarse ellos al uso de la lengua aramea, entendida en todas partes, que no tratar de reemplazar todos los estamentos de la burocracia de gobierno con personas cuya lengua habitual fuera el persa.

Cuando se reconstruyen Jerusalén y el templo, tanto los naturales del país que nunca habían ido al destierro, así como los que regresaban, se comunicaban habitualmente en arameo. Nehemías indica cierta irritación con esta pérdida de la lengua de sus antepasados; pero nada pudo hacer para evitarlo. La propia correspondencia con la corte persa que viene reflejada en Esdras y Nehemías, viene en arameo. Con la salvedad de los capítulos iniciales, el libro de Daniel también está escrito en arameo. Existe incluso la curiosidad de un versículo en medio del inmenso libro de Jeremías, que viene en arameo y no en hebreo.

Por otra parte, como ya explicamos en la sección sobre cuántos libros hay en la Biblia, las secciones «deuterocanónicas» (designación católica) o «apócrifas» (designación protestante) del Antiguo Testamento vienen de la versión griega de la Biblia; y no había textos homologados por los rabinos en hebreo para ellas: algunos capítulos de Daniel y de Esther, 1 y 2 Macabeos, Judith, Tobías, Sira (o «Eclesiástico»), Sabiduría, Baruc. Estas partes griegas del Antiguo Testamento no se suelen incluir en las ediciones evangélicas o protestantes de la Biblia.

El Nuevo Testamento se escribió íntegramente en griego. A veces es un griego un poco tosco, como sería propio de judíos de Galilea o Siria

que tal vez hablaban preferentemente el arameo en la intimidad, y el griego sólo en situaciones públicas o cuando había que tratar con personas no judías. En la propia Roma, las gentes que habían llegado de la parte oriental del Imperio —Grecia, Asia Menor, Siria, Palestina, Egipto— preferían el griego, de cuya lengua y cultura los romanos se profesaban especialmente admiradores. De manera que en Roma la población judía donde primero echó raíz el «mesianismo» o *cristianismo*, conservaba todavía una preferencia por el griego. Nada más natural para Pablo entonces, al escribir a sus correligionarios romanos, que hacerlo en griego y no en latín.

9. ¿Las traducciones tienen el mismo valor inspirado que los textos en su lengua original?

Naturalmente.

La naturaleza de la inspiración de la Biblia no se encuentra en la superficialidad de determinada secuencia de letras y palabras como si se hubieran escrito al dictado de Dios y tuvieran algún «poder» mágico en sí mismas. No, la Biblia funciona como texto sagrado de los cristianos desde la necesidad inevitable de interpretarla para que tenga sentido para los lectores (y oyentes). El acto de interpretación constituye la necesaria actualización del texto bíblico —un texto que nos llega desde tiempos remotos en la antigüedad— para acercarlo al mundo y las necesidades de los lectores y oyentes. Sin interpretación, la Biblia sería un texto muerto, carente de valor, que caería rápidamente en el olvido. Sería conservada, a lo sumo, sencillamente por su valor anticuario, como botón de muestra de una civilización desaparecida hace miles de años.

Y una traducción es sencillamente una forma de interpretación —tal vez la más esencial y primera interpretación, que para la mayoría de los cristianos es anterior a cualquier otro ejercicio de interpretación bíblica. Como interpretación, entonces, la traducción no sólo es válida sino necesaria para que la Biblia pueda «funcionar» como Biblia en la mente, la imaginación y la voluntad de los creyentes cristianos.

Es posible imaginar otras maneras de entender un libro como texto sagrado de una religión. Para los musulmanes, por ejemplo, el Corán es la palabra eterna e increada de Alá, preexistente desde siempre en la mente de Alá… en árabe medieval. El Corán traducido deja ya de ser el Corán, porque deja de tener la forma exacta que ha tenido eternamente en la mente de Alá. Pero para los cristianos, la Biblia es una serie de documentos compuestos, trabajados y perfeccionados a través de generaciones por escriba fieles de Israel (en el caso del Antiguo Testamento), o escritos para la edificación de la Iglesia por los apóstoles y sus seguidores inmediatos (en el caso del Nuevo Testamento). La Biblia nos instruye y edifica nuestra espiritualidad, desde luego, pero no como objeto alienígena descendido del cielo, sino como reflexiones de hombres como nosotros que han tenido que bregar con las vicisitudes de la vida —igual que nosotros— procurando hallar el sentido que pueda tener nuestra existencia humana delante de Dios.

En Nehemías 8,1-8 tenemos un relato de traducción ya en tiempos bíblicos. La situación es una donde «la Ley» acaba de traerse a Jerusalén desde Persia, pero está escrita en hebreo, naturalmente —una lengua que con la excepción de los escribas, ya nadie entiende. Entonces se organiza un acto de lectura pública, pero no sin la colaboración de traductores que repiten en arameo para los oyentes, renglón a renglón, lo que Esdras va leyendo.

Esa descripción tal vez esté un poco romanceada, pero indica claramente la situación en incontables comunidades por todo el Medio Oriente durante los siglos cuando los judíos empezaban a congregarse en sinagogas para el acto de oír leer y comentar la Biblia. El primer obstáculo con que tropezaban es que la Biblia estaba escrita en una lengua que ya sólo los escribas conocían. Empieza así la larga tradición de las traducciones orales —sobre la marcha— del texto bíblico al arameo, que culminaría en la colección escrita de *targumes*. El *targum* es una traducción rabínica que además de traducir, viene a dar explicaciones en arameo sobre el sentido de los textos. Por ello, los *targumes* son una fuente interesante de conocimiento acerca de los hábitos judíos de interpretación bíblica durante los primeros siglos de nuestra era.

El mismo impulso que daría lugar a los *targumes* ya había dado fruto, en los siglos inmediatamente antes de Cristo, en la rica tradición de las traducciones de la Biblia hebrea al griego, conocida como *La Septuaginta.* El nombre viene de la leyenda sobre el rey griego de Egipto del siglo III a.C., que quería una copia de la Ley de los judíos para la famosísima biblioteca que estaba creando en Alejandría. Los emisarios del Sumo Sacerdote de Jerusalén mandaron los rollos y setenta traductores, que fueron recibidos con fasto y pompa por la corte de Egipto. La leyenda se cuenta de diversas maneras, pero una de las versiones sería que los setenta traductores trabajaron independientemente en sendas celdas, incomunicados unos de otros; y cuando completaron el trabajo, se descubrió que la traducción de cada uno de los setenta era exactamente idéntica, hasta la última letra. Desde luego lo que hay entre manos aquí es un claro reclamo, por parte de los judíos que habían adoptado el griego como su lengua natural, de que esta versión de la Biblia, la que se encontraba en griego, era tan inspirada y válida como los rollos hebreos que podía haber en Jerusalén o en Babilonia.

La creación de la Septuaginta (que se fue completando con el paso de las décadas con los demás libros de la Biblia) es uno de los hitos de la cultura universal. Nunca antes se había emprendido una labor de esta naturaleza ni semejante extensión. Aunque no fuera más que por pura curiosidad histórica resulta interesante observar cómo ya, hace más de dos mil años, un grupo de personas abordó la nada desdeñable tarea de traducir una colección tan amplia de documentos de tan variados géneros literarios: narraciones históricas, poesías y canciones, leyes y tratados religiosos con argumentación legal, correspondencia oficial y oraciones personales, alegorías, proverbios populares, disertaciones filosóficas sobre la sabiduría, cuentos e historias edificantes…

Hicieron esto sin tratados de gramática comparada y sin diccionarios bilingües, sencillamente por su familiaridad con ambas lenguas, la de origen y la de destino. Al hacerlo tropezaron con el mismo tipo de dificultades con que posteriormente siempre han tropezado los traductores. Dificultades de falta de correspondencia exacta entre palabras en una lengua y otra, dificultades de diferentes estructuras gramaticales (en el caso del hebreo y el griego, en su estructura de fondo ni siquiera son lenguas parecidas).

Para hacer frente a estas dificultades a veces forzaron traducciones más o menos literalistas, poco agraciadas en la lengua de destino; otras veces optaron por equivalencias dinámicas y paráfrasis que suenan muy bien en griego pero se apartan algo de las palabras y la estructura gramatical del original hebreo; otras veces optaron por auténticos *midrashes* —explicaciones tan breves como una o dos palabras o tan largas como varios versículos— para aclarar el sentido que entendían que tenía el texto original hebreo. Es decir que en el transcurso de la traducción de la Septuaginta tenemos ya prácticamente la gama entera de las técnicas de traducción que se siguen usando hasta el día de hoy.

Esta tradición ya antigua en el judaísmo cuando nace el cristianismo, entonces, de volcar los textos sagrados en nuevas lenguas para que su comprensión y estudio fuese accesible para todos, es adoptada con especial entusiasmo por los cristianos.

Es difícil exagerar la importancia de este hecho.

Por una parte, el mensaje de la revelación bíblica queda desvinculado de las palabras exactas con que se comunica. Los *targumes* y algunas secciones de la Septuaginta, así como las traducciones parafraseadas hoy día, se sienten libres de cambiar unas expresiones por otras más o menos equivalentes, añadir explicaciones más o menos extensas, quitar palabras o frases redundantes, etc. Para los cristianos, entonces, el valor de la revelación bíblica no depende de los giros gramaticales ni del apego a un sistema léxico en particular. El mismo fondo de la cuestión se puede expresar de cualquier manera que comunique con el oyente o lector, sin dejar por ello de funcionar para todos los efectos como «Sagrada Escritura».

Por otra parte, toda traducción a una nueva lengua es también una adaptación a una nueva situación cultural. La predisposición a traducir supone también una predisposición a transformar el mensaje hasta cierto punto, para hacerlo comprensible en un nuevo contexto cultural, para personas que entienden la vida de otra manera que como se entendía en el Oriente Próximo hace miles de años. Esto es algo que comprenden los musulmanes —¡y lo rechazan! Entienden que aceptar la validez del Corán traducido al español supondría, en esencia, aceptar la validez de la cultura española como algo profundamente diferente de la cultura árabe del siglo VII d.C. Consideran, sin embargo, que aceptar la

validez de la cultura occidental sería cuestionar desde sus raíces la verdad tal cual la recibió el Profeta. Sería cambiar aspectos importantes de como él entendió la Fe, sustituyéndolos por conceptos extraños a Mahoma, que él seguramente no habría mantenido ni mantuvo.

Esta comparación nos ayuda a entender la importancia del hecho de la traducción en el cristianismo. En principio los cristianos deberíamos poder aceptar que la manera que entenderán y vivirán su fe en Cristo una persona de una tribu de África o Sudamérica, un chino, un francés o español o estadounidense, serán *diferentes*. Los propios textos sagrados hablarán de distinta manera y la propia enseñanza cristiana será recibida de maneras distintas según la cultura donde la Biblia «habla» en el idioma local. El cristianismo —ni tampoco la Biblia— no posee «verdades universales», entonces, sino que la verdad fulgurante de la persona de Cristo se experimenta en su relación con cada persona, en su propio mundo, cultura y vivencia. La teología china resultante, si la Biblia se ha traducido bien al chino, debería parecernos a nosotros que «está en chino» —es decir que es incomprensible. Y la teología en lenguas europeas tiene que parecerle al chino medio —como en efecto les parece— una sarta de especulaciones y supersticiones europeas que no hay quién las entienda.

Lo que está en juego es si el Dios de los cristianos de verdad ama al mundo y nos acepta en nuestra particularidad y diversidad, cada cual con su propia lengua y costumbres y maneras de entender la vida; o si la única manera de conocerlo sería la de primero aprender el idioma y las costumbres de las personas que escribieron los libros sagrados —o aprender un presunto idioma divino o de los ángeles.

10. ¿Cuál versión de la Biblia es la mejor?

La Santa Biblia. La que se tenga a mano ahora mismo; esa es la mejor.

Lo importante es leer la Biblia asidua y regularmente, los días cuando apetezca y también los días que no haya ganas. Pensar y meditar sobre las cosas leídas; aprenderse de memoria trozos más o menos extensos... De nada sirve decantarse por una versión supuestamente

superior de la Biblia, pero no leerla como un hábito indispensable de la vida. Mucho mejor es la versión supuestamente inferior de la Biblia… pero que de verdad se lee y se medita y de la que se van aprendiendo textos de memoria.

Dicho lo cual, las distintas versiones resultan especialmente aptas para distintas finalidades.

Habría que empezar por explicar la diferencia entre una «versión» y una «traducción».

Normalmente entendemos como «traducción» el resultado de las labores de un individuo que conoce las tres lenguas «originales» de la Biblia. La motivación que puede tener el individuo para emprender su propia traducción puede ser muy diversa; pero frecuentemente incluye el deseo de poner al alcance de otros, todo lo que uno ha ido aprendiendo del texto bíblico que lee habitualmente en hebreo, arameo y griego. Frecuentemente incluye, también, una cierta frustración con el lenguaje más o menos «religioso» o «litúrgico» o por lo menos tradicional, desfasado con respecto a como se habla en la calle a día de hoy, que se emplea en las versiones más antiguas. Las traducciones resultantes suelen ser frescas, a veces sorprendentes, entusiastamente actualizadas, juveniles. Suelen reflejar claramente, también, los énfasis característicos de la teología e interpretación de la vida y espiritualidad, de la persona que ha emprendido la traducción. Si toda traducción es un proceso de interpretación, estas traducciones personales de la Biblia son también interpretaciones personalísimas del mensaje bíblico.

Las «versiones» son el resultado de un comité, frecuentemente interdenominacional e internacional, a veces interconfesional (lo cual incluiría una representación católica). La propia disciplina de trabajar en grupo, de someter el borrador de la traducción a la revisión minuciosa de otros expertos que saben tanto como uno mismo, elimina generalmente las interpretaciones más descabelladas y no contrastadas que es natural que aparezcan en un trabajo de traducción puramente personal. Cuando el trabajo es interdenominacional e interconfesional a conciencia, también se tienden a eliminar interpretaciones escoradas hacia una determinada tradición eclesial. El católico tendrá que justificar su borrador de traducción ante los evangélicos y viceversa; el luterano tendrá que justificar su borrador de traducción ante los bautistas y vice-

versa. Cuando el trabajo es además internacional, el resultado será razonablemente apto para utilizar en cualquier lugar donde se utilice el español. Esto es de gran ventaja para el uso posterior que se haga de la versión de la Biblia en estudios bíblicos, citas en libros de teología o de inspiración para la vida cristiana, etc. Tiene, eso sí, el inconveniente de que cada país tiene expresiones muy propias y bonitas, que sin embargo se evitan en una versión internacional porque en otros países no serían comprendidas.

El resultado final es que una «versión» producida por un amplio comité de expertos, será eminentemente sobria, fiable, ampliamente aceptable, sin elementos extraños de distorsión doctrinal personal o denominacional; de un castellano esmerado y biensonante en todas partes, a veces de gran belleza literaria. Pero carecerá de la chispa y frescura y los asomos de genialidad inspirada, que suelen ser características de la «traducción» emprendida por un individuo apasionado de la Biblia. Una cosa no es necesariamente «mejor» que la otra; según qué usos se pretenda dar a la Biblia.

Luego las diferentes versiones o traducciones tienden a seguir distintas filosofías de traducción que también es menester tener muy en cuenta según qué usos se piense dar a la Biblia. Hay traducciones que se esmeran mucho por reflejar siempre que sea humanamente posible, la propia estructura gramatical y los giros idiomáticos del original. El resultado suele ser a veces todo lo difícil de entender que puede ser el propio documento original, puesto que el hebreo y griego de hace miles de años tiene construcciones muy extrañas, sobre cuyo significado los expertos a veces no consiguen ponerse de acuerdo.

A veces se procura traducir, siempre que sea posible, una misma palabra en la lengua original, con otra misma palabra en castellano. Esto tiene la virtud de que el lector puede reconocer la aparición de las palabras en diferentes lugares, por la conexión que puede existir entre un pasaje y otro de la Biblia.

Naturalmente esto tiene limitaciones importantes puesto que no hay idioma en el que las mismas palabras tengan siempre el mismo significado. En castellano, por ejemplo, «blanco» puede ser un color; también puede ser el lugar hacia donde se apunta al disparar un arma. Traduciendo del castellano a otro idioma, la palabra que empleamos para el

color «blanco» probablemente jamás comunicaría la idea del lugar hacia donde uno hace puntería. En la antigüedad se entendía que en el corazón reside el raciocinio, la inteligencia, la sabiduría, la memoria, la mente. (Las emociones solían situarse en el vientre.) Entonces, hay innumerables textos bíblicos donde habría que traducir, en lugar de «corazón», «mente» o «inteligencia»; porque en castellano no es lo mismo hacer algo «de todo corazón», que «con inteligencia». «Corazón» es más correcto si se pretende una exactitud, palabra por palabra, entre la lengua original y el castellano; pero «mente» o «voluntad» o «intelecto» sería más correcto si se pretende expresar en castellano lo mismo que se expresaba con el término «corazón» en el original.

A pesar de las limitaciones ineludibles, esas traducciones «literalistas», que hacen todo lo posible para que lo que se lea en castellano tenga la misma construcción gramatical y refleje el mismo vocabulario que el original, son muy útiles en las Biblias de estudio. Con ellas, aunque uno no entienda los idiomas originales, sin embargo puede ver con más o menos exactitud cómo es que se expresaban los autores. El castellano normalmente resultará más o menos deficiente, poco elegante, «difícil» y rebuscado. Aunque si uno se acostumbra, puede acabar pareciendo de una belleza singular. El ejemplo más claro sería aquí la antigua versión Reina-Valera, que para los evangélicos que crecimos con ella desde niños, tiene una especie de majestuosidad y belleza espiritual que nos cuesta ver en otras traducciones más modernas.

Otras versiones y traducciones, optan por las «equivalencias dinámicas»; es decir, expresiones desde las que difícilmente se podría reconstruir lo que había sido el texto original; pero que comunican con gran efectividad en el castellano de hoy. La primera reacción al abordar una traducción así es de asombro ante la claridad; lo fácil que es entenderlas. Por este motivo son Biblias eminentemente aptas para regalar a quien nunca ha leído la Biblia; y para empleo regular en grupos donde la gente no suele leer mucho, especialmente si no suelen leer obras literarias históricas de la lengua castellana. Son también más aptas para jóvenes, cuyo castellano está una generación más evolucionado que el de sus padres. Hay términos que los mayores, aunque no los usemos habitualmente, los oíamos usar cuando éramos niños y por tanto nos

resultan comprensibles; pero que nuestros hijos y nietos ya no comprenden.

La interpretación que ofrecen las traducciones en «equivalencias dinámicas» es bastante más evolucionada y meditada. En lugar de limitarse a poner con equivalentes más o menos exactos en castellano, palabra por palabra y frase por frase, lo que ponían los originales, se medita sobre qué es lo que se quiso decir, adónde quería ir a parar el autor, para decir esas mismas cosas de otras maneras más acordes con la lengua castellana y el mundo moderno. Este grado más avanzado y ambicioso de interpretación, sin embargo, encierra posibilidades importantes de que la interpretación sea equivocada. De hecho, cuando uno se pone a comparar traducciones de esta naturaleza, llama la atención lo *diferentes* que resultan entre sí. ¡Hasta tal punto que uno frecuentemente se queda perplejo, porque no sólo no es lo mismo lo que ponen, sino que no parecen en absoluto *querer decir* lo mismo ni querer ir a parar a lo mismo!

De manera que lo que se gana en «claridad» y facilidad de lectura, es a cuesta de tener que fiarse más de que quien lo pone en sus propias palabras ha acertado a comprender y transmitir el mensaje.

Por último están las Biblias parafraseadas. Esto es llevar la misma tendencia un paso más allá. La paráfrasis es el abandono de las correspondencias exactas, donde el traductor dice a su propia manera lo que entiende que venía a querer decir el autor original. Esto es mucho más que cambiar palabras por otras que puedan resultar más claras o cambiar la estructura gramatical de la oración para que suene más como solemos expresarnos en castellano. Es más que sustituir otras frases más o menos equivalentes (por ejemplo refranes castellanos que vienen a comunicar el mismo valor tradicional que un antiguo refrán hebreo). La paráfrasis es una redacción original en castellano, aunque se espera que con los mismos contenidos (en general) y los mismos principios y enseñanzas (en general, aunque todo adaptado al mundo moderno).

La paráfrasis abunda aun más en todas las virtudes —pero también los defectos— de las equivalencias dinámicas. Desde luego si la paráfrasis no resulta de una claridad meridiana, con una lectura muy llevadera y que invita a seguir leyendo… entonces ha fracasado en su objetivo

primordial. La lectura de la paráfrasis suele ser interesante, edificante, estimulante. Pero hay quien opina que no es lo mismo que leer los autores de la Biblia sino que se ha sustituido otro autor moderno, cuyo mensaje puede ser pero frecuentemente no es, el mismo mensaje que el de los autores bíblicos. El debate está servido. ¿Cuándo nos hemos apartado tanto de las palabras concretas con que se expresaron los autores originales, que hay que decir que el resultado ya no es en absoluto el mismo escrito?

Aquí habría que volver a mencionar la diferencia entre una versión que resulta del trabajo de un comité, y la traducción emprendida por un individuo. Por su propia naturaleza como paráfrasis, ésta es siempre el resultado de una enorme creatividad personal. Puestos a redactar la Biblia otra vez, en nuestras propias palabras, ¿cómo haríamos para poner de acuerdo un comité acerca de cómo hacerlo?

En mi opinión las paráfrasis tienen sus usos (limitados), que serían más o menos los contrarios a los usos (limitados) de las traducciones excesivamente literalistas. Desde luego no sería en absoluto correcto basar un estudio bíblico o una predicación en una paráfrasis, puesto que siempre quedaría la duda de si lo que se ha estudiado o predicado es la Biblia o si otro autor moderno. Pero como Biblia de iniciación y evangelización, tal vez éstas sean las mejores.

11. ¿Quién decidió, cuándo y por qué, cuáles libros constituyen la Biblia?

Como ya hemos visto en la respuesta a la pregunta 2, no hay una decisión definitiva que a todos convenza por igual, acerca de cuáles libros constituyen la Biblia. Las distintas comunidades de fe que emplean la Biblia —judíos, ortodoxos, católicos y protestantes— han decidido la cuestión distintamente.

Por la naturaleza de la colección bíblica en tanto que colección de materiales muy diversos, las decisiones parecen haber sido más sobre qué escritos excluir, que no sobre cuáles incluir. Es decir que coleccionar escritos, como hoy día podemos coleccionar libros a lo largo de la vida, era fácil. Más complicado fue decidir, entre todos aquellos escritos que

se podían coleccionar, cuáles eran realmente fundamentales e indispensables. Y cuáles, al contrario, sostenían puntos de vista inaceptables o eran sencillamente falsos y engañosos en sus contenidos.

Lo que es hoy nuestro Antiguo Testamento cristiano empezó su andadura como la literatura que los sabios y escribas de Israel consideraban ser esencial para la instrucción de sus aprendices. Si la meta del escriba era formar a sus hijos (y tal vez algún otro aprendiz admitido al seno de su familia para este fin) hasta hacer de ellos hombres sabios, instruidos, dotados de todos los conocimientos esenciales para sus privilegios y responsabilidades como escribas, tenía que tener claro cuál sería el material a enseñarles.

Aunque esta instrucción era fundamentalmente oral, donde los hijos sencillamente escuchaban y repetían de memoria lo que les recitaba de memoria el escriba a lo largo de los años, también tenían que aprender el arte de la escritura. Para este fin tenían ejercicios de «copia» de documentos más o menos extensos. El escriba recitaría el material que debían escribir sus aprendices —probablemente de memoria aunque tal vez recurriera también a un rollo escrito como apoyo a la memoria—; los jóvenes escribían lo que les iban recitando, trabajando a la vez la exactitud, la rapidez de escritura y la claridad de la letra. Y lo que era igualmente importante, se valían del propio ejercicio de escritura, como apoyo al cometido fundamental de aprenderse de memoria lo que oían recitar.

Los escribas de las distintas ciudades y naciones seguramente tenían sus propias colecciones de material tradicional para la instrucción de sus aprendices. En Israel, está claro que el material tradicional para la formación de escribas tendió a cuajar en la *Tanaj*, «La Ley y los Profetas y demás Escrituras», que hoy constituyen nuestro Antiguo Testamento cristiano.

El material era amplio y diverso. Los aprendices a sabios escribas debían familiarizarse con las tradiciones ancestrales acerca de Moisés y sus instrucciones para la vida de las tribus de Israel. Esto los capacitaría para juzgar con sabiduría cuando había conflictos entre el pueblo donde se recurría a los escribas para saber qué antecedentes podían ayudar a dirimir la cuestión.

Debían familiarizarse asimismo con todo el ritual templario y las diversas instrucciones específicas para los sacerdotes y levitas, y los ritos a seguir para cada ocasión.

Debían familiarizarse asimismo con la historia de su nación, Israel, desde la perspectiva e interpretación de los hechos, que brindaban las tradiciones de los escribas; es decir, su forma de entender la historia de Israel como vigilada y controlada por su Dios. Un escriba formado adecuadamente en Israel tenía que adoptar esa forma de entender la historia: Dios tenía un pacto y una relación especial con Israel, que comprometía a Israel a no adorar ningún otro de los dioses que adoraba todo el mundo. Toda la historia y todo el sufrimiento de los judíos a través de los siglos, se explicaba como consecuencia de no haber cumplido a rajatabla con esas exigencias.

Debían familiarizarse asimismo con toda la tradición profética: los pronunciamientos de los profetas ante multitud de circunstancias históricas, tanto en el plano internacional como en el de la política interna de la nación. Esto era esencial (junto con la interpretación israelita de la historia, que ya hemos mencionado) porque los escribas podían contar con ser consultados sobre políticas a realizar en el presente y se solicitarían sus vaticinios acerca del futuro y lo que se podía esperar que Dios fuera a hacer.

Debían estar familiarizados con las tradiciones poéticas de Israel: Salmos y cantos de todo tipo y para toda ocasión, desde luego; pero también los poemas eróticos del Cantar de los Cantares.

Por último, debían estar familiarizados, naturalmente, con todas las tradiciones de sabiduría para todo tipo de situación: refranes y dichos populares, alabanzas de la propia sabiduría; actitudes tradicionales sobre la familia y el respeto debido a los mayores, a la corona y a la nobleza; y un largo etcétera de sabiduría práctica que, en la medida que la fueran interiorizando y haciendo suya en su conducta de a diario, haría de ellos las personas auténticamente sabias que se les presuponía ser en cuanto que escribas.

Para estos efectos los aprendices tenían mucha instrucción tradicional que aprender. Entre otras muchas tradiciones, naturalmente,

todo lo que acabó cuajando como los «libros» del Antiguo Testamento. Pero hay que insistir que había mucho más.

Con el paso de las generaciones, sin embargo, llegó a existir un consenso amplio de que con estos escritos, los que hoy conforman nuestro Antiguo Testamento, se cubrían las exigencias esenciales. Otras cosas se podían y debían aprender, naturalmente. Pero éstas en concreto, no podían faltar en un escriba debidamente preparado.

Existían tradiciones con fórmulas mágicas, conjuros y exorcismos para toda ocasión, con los que algunos escribas seguramente se sintieron especialmente fascinados, pero no eran esenciales para todos los escribas. El libro de Daniel (también las historias sobre José en Egipto) indican una fascinación con el tema de la interpretación de sueños, sobre lo cual también había una extensa colección de tradiciones y literatura. Algunos de los sabios podían especializarse en esto, pero tampoco era esencial para todos. Había una amplia colección de tradiciones y literatura futurista, con revelaciones de ángeles donde se aprendía lo que Dios tenía predeterminado que iba a suceder. Está claro que algunos sabios de Israel se sintieron especialmente fascinados por la posibilidad de saber el futuro; pero esas tradiciones tampoco eran esenciales para todos los escribas, más allá de algunos lineamientos generales que podemos hallar en ciertos pasajes de los profetas.

De hecho, estas diversas tradiciones opcionales, aparte de los libros esenciales, bien podían ser consideradas como «sectarias»: falsas, engañosas y perjudiciales. Si el amplio consenso de los sabios escribas judíos rechazó como medulares y esenciales estas otras tradiciones, en parte es porque intuían que darles demasiado valor desvirtuaba sus valores propios como escribas sabios de Israel y desviaba su atención de lo que habían sido tenidas como verdades tradicionales en Israel desde siempre.

Por último, con el auge del cristianismo hubo todo un florecer de literatura cristiana. El mesianismo centrado en la figura de Jesús de Nazaret también pareció sectario y prescindible, por engañoso y falso, a la amplia mayoría de los escribas judíos. Los evangelios indican, de hecho, que Jesús mismo ya había tenido sus más y sus menos con los escribas, que no entendían o no aceptaban adónde él quería reconducir la vida de Israel y su relación con su Dios.

En los primeros siglos de nuestra era, entonces, el judaísmo rabínico acabó descartando —descartando como no esenciales ni suficientemente centrados en los valores tradicionales— la gran mayoría de las tradiciones y la literatura de Israel. La literatura sectaria, tanto cristiana como de otras sectas judías, desde luego. Pero también libros de conocimientos esotéricos, exorcismos y fórmulas mágicas, interpretación de sueños y adivinación del futuro. El material con que se quedaron resulta sobrio, extraordinariamente diverso, suficiente en técnicas de narración en prosa así como en belleza poética. Versa suficientemente, por lo menos a manera de iniciación elemental, sobre casi todos los temas imaginables para la formación de escribas sabios dentro de las tradiciones de Israel.

Sin embargo la mayoría de los cristianos (con la sola excepción de la mayoría de los protestantes, en los últimos siglos) prefirió no limitarse a esta selección rabínica, que se les antojó demasiado restrictiva. Fundamentalmente, como ya hemos indicado, se quedaron además con algunos libros judíos que ya circulaban en lengua griega cuando nació el cristianismo y que por tanto, ellos consideraban que eran lo suficientemente tradicionales como para no ser excluidos. Lo que hizo la Iglesia, entonces, fue sencillamente dar por buena la colección de los escritos tradicionales judíos que habían coincidido en ser traducidos al griego, lo cual había dado pie a que se conocieran en todas partes.

Sin embargo hubo dos retos importantes que afrontar en los primeros siglos del cristianismo y que exigieron que la Iglesia cristiana determinara con claridad y exactitud cuáles escritos tendrían, ya no para la sinagoga sino para la Iglesia, el reconocimiento como obras esenciales y suficientes, necesarias para una comprensión redondeada del evangelio cristiano.

El primer reto fue el del marcionismo, que en el siglo II cuestionó la vinculación entre la Iglesia y las tradiciones de Israel. Marción propuso un cristianismo enteramente «gentil», es decir, sin ninguna conexión con Israel. Los escritos del Antiguo Testamento le parecían racistas, inaceptablemente llenos de violencia, excesivamente politizados, excesivamente «carnales», es decir, centrados en esta vida en lugar del más allá. Opinaba que los evangelios y cartas del Nuevo Testamento, con la salvedad de algunas de las de Pablo, también resultaban excesivamente

vinculados al judaísmo. Propuso limitar los escritos esenciales, imprescindibles y enteramente recomendados, a una versión de Lucas y Hechos debidamente depurada de influencias judías, y unas pocas de las cartas de Pablo.

La inmensa mayoría de los líderes de la Iglesia de aquella generación, sin embargo, se dieron cuenta de que si se desvinculaba el cristianismo de la historia de Israel y de la enseñanza tradicional judía, Jesús quedaba totalmente desautorizado y en entredicho. Transformar a Jesús en una especie de filósofo de la religión interiorista o del más allá, aparecido de repente sin ningún trasfondo ni antecedentes —un superhombre divino sin pueblo ni religión donde encajaba— era falsear tan absolutamente el recuerdo vivo que se tenía de Jesús, que el resultado no podía más que ser supersticiones y especulaciones vanas y engañosas. Suponía nada menos que negar a Jesús e inventarse un Cristo que nunca existió.

Los líderes de esa generación de la Iglesia, entonces, se reafirmaron en la continuidad del cristianismo con las antiguas tradiciones que venían desde Moisés e incluso mucho antes, desde Abraham. Tenían claro que debían seguir empleando la Biblia de los judíos; pero también los cuatro evangelios íntegros, enteros; y también todas las cartas que se conservaban de Pablo, así como las de Santiago, Pedro, Juan y Judas. Y también el Apocalipsis. Sobre Hebreos, por ejemplo, hubo dudas; pero no porque su tema principal es una aplicación a Cristo de toda la temática del templo y el sacerdocio y los sacrificios, sino porque al ser anónimo, se dudó de que fuera una obra auténticamente apostólica. Al final prevaleció la teoría de que era «de Pablo» y se aceptó.

No consta que ningún individuo ni ningún comité de expertos decidiera esto. El empleo de toda esta literatura venía siendo más o menos tradicional en las comunidades cristianas para la instrucción de sus fieles. Entonces frente al reto del marcionismo, las iglesias cristianas sencillamente se reafirmaron en lo que venía siendo su usanza tradicional.

El segundo reto fue el de la enorme proliferación de escritos cristianos, de calidad muy diversa y con todo tipo de tendencia y doctrina. A todo esto, naturalmente, ya no estamos en el mundo de aquella antigüedad donde sólo contados individuos, los escribas profesionales,

dominaban la escritura y lectura. Estamos en el mundo romano. La gente realmente capaz de leer y escribir seguían siendo una minoría pequeña, pero ya no estamos hablando de individuos excepcionales y profesionales, sino de muchas personas instruidas en letras. Así es como pudo surgir una gran cantidad de escritos de todo tipo. Y lo que es más importante, escritos que manifiestan todo tipo de tendencia. Había sin lugar a dudas, mucha escritura edificante; pero también mucho disparate, mucha chifladura y especulación sobre todo tipo de cuestión. No faltaron por ejemplo quienes, ante lo poco que se sabía de los primeros años de la vida de Jesús, pretendieran enmendar la situación con novelitas edificantes sobre la vida de la Virgen o la infancia de Jesús.

Lo mismo que los rabinos judíos tuvieron que decidir claramente que sólo algunos libros muy selectos eran esenciales, suficientes y enteramente recomendables, los líderes de la Iglesia tuvieron que limitar dramáticamente el listado de lecturas realmente útiles y necesarias. Hubo que diferenciar entre escritos apostólicos de valor contrastado como testimonio de la vida y las creencias de las primeras generaciones de los cristianos… y la multitud de otros libros y escritos que podían ser, en el mejor de los casos, edificantes pero no esenciales; y en el peor de los casos, mentirosos, peligrosos y absolutamente contrarios al testimonio de Cristo y de los apóstoles.

Para esto tampoco consta que interviniera ningún individuo en particular ni se nombrara un comité. Los libros que acabaron siendo aceptados universalmente son los que ya estaban difundidos por todo el mundo y ya estaban siendo empleados para provecho en la instrucción de los cristianos. Los otros libros normalmente sólo circularon en una única región y nunca fueron aceptados más allá de ciertos círculos muy limitados. Algunos de los «Padres de la Iglesia» realizaron catálogos de «herejías» y de los fundadores de las mismas; pero hoy se duda mucho que, por ejemplo, «los gnósticos» realmente existiesen salvo en esos catálogos de herejías. El mote de «gnósticos» resultó ser un cajón de sastre donde meter un montón de personas e ideas muy diferentes entre sí, con el único fin de descalificarlos todos a la vez como sectarios peligrosos y contrarios al testimonio de Cristo y los apóstoles.

Mientras la Iglesia siguió siendo una minoría perseguida dentro del Imperio Romano, la descalificación de bulto de las personas e ideas como «herejes» no tuvo consecuencias más graves que la sencilla ruptura de comunión. Pero en cuanto el Imperio adoptó el cristianismo como su religión oficial, empezó la larga y triste historia de persecución con torturas y ejecuciones de «herejes». A todo esto, sin embargo, todo el mundo aceptaba cuáles libros realmente constituían «la Biblia». La exclusión de ideas y escritos y la descalificación —a veces con una saña y brutalidad espantosa— siguió practicándose durante muchos siglos. Pero lo que había en juego ya no era decidir si esas obras descalificadas debían ser consideradas esenciales, suficientes y enteramente recomendadas como parte de la Biblia, sino si era admisible su lectura *además* de la de la Biblia.

Los ejemplares más antiguos que se conservan de la Biblia, datan de los siglos IV y V. Al contrario que los «rollos» de la colección judía, que existían cada uno por separado, estas primeras Biblias cristianas estaban hechas de hojas de pergamino cosidas por el lomo, con escritura por ambas caras. Y en el mismo libro se escribía la colección entera, desde Génesis hasta Apocalipsis. El libro resultante era de unas dimensiones colosales. ¡Se exigía la piel de cientos de ovejas para cada Biblia! Seguramente las propias limitaciones físicas —por mucho que al escribir sobre dos caras se duplicase el espacio disponible para la escritura— estimularon el que se impusieran límites severos a cuáles libros realmente era esencial incluir en la Biblia. Si hubieran dispuesto del papel y de la imprenta… por no hablar de ordenadores e internet, ¿quién sabe si al final nuestras Biblias hubieran incluido el doble de escritos? La pregunta es baladí, naturalmente. Existían los medios que existían y se optó por limitarse a los libros que se escogió… y punto. Curiosamente, sin embargo, aquellas primeras Biblias —de los siglos IV y V— son diferentes entre sí. Tienen los libros en diferente orden y en unas hay libros que hoy no aceptamos; mientras que a veces faltan algunos de los que sí aceptamos.

Es decir que no hubo una (única) «decisión» con la debida autoridad para hacer valer e imponer cuáles libros debían admitirse como parte de la Biblia. Durante el transcurso de varios siglos, tanto en la sinagoga como en la Iglesia, se fue tomando constancia de que todo el mundo

aceptaba más o menos los mismos escritos. Y el hecho de que «todo el mundo» los aceptaba, impulsaba a otros —que tal vez tuvieran sus dudas o en cuyas iglesias locales tal vez existieran otras tradiciones— a también plegarse, entendiendo que lo que todo el mundo aceptaba, seguramente era lo correcto y necesario.

A todo esto hoy día, tras dos mil años de cristianismo, la lista de escritos admitidos a la Biblia se puede dar por enteramente cerrada y es difícil —imposible— imaginar que cambie. Lutero consideró que algunas partes del Nuevo Testamento sobraban —Hebreos, Santiago, Judas, el Apocalipsis— pero los luteranos no dejan de publicarlas en sus Biblias. Hace algunas décadas hubo un impulso por incluir en Biblias publicadas en Estados Unidos, la Carta de Martin Luther King desde la cárcel de Birmingham. Desde luego es una carta de una claridad espiritual meridiana, que inspira y resulta inspirada. Pero, naturalmente, la iniciativa no podía prosperar. ¡Es inimaginable que se pueda dar la espalda a dos milenios de tradición cristiana, para modificar hoy día los contenidos de la Biblia!

12. ¿Qué es el Antiguo Testamento?

El Antiguo Testamento es la versión cristiana de la *Tanaj* o Biblia hebrea (la de los judíos).

El carácter del Antiguo Testamento es preliminar con respecto al Nuevo. Contiene material de fondo que es indispensable y esencial para poder comprender e interpretar correctamente los escritos que constituyen el Nuevo Testamento. Sin embargo, para los cristianos (no así para los judíos) el Antiguo Testamento por sí solo resultaría incompleto —se quedaría *antiguo*, precisamente— sin la culminación de sus temas con la llegada de Cristo y las instrucciones apostólicas para las primeras comunidades cristianas.

Sin el Antiguo Testamento nos las veríamos y desearíamos para alcanzar a entender el Nuevo. Sería la típica situación de quien se encuentra en medio de un grupo de personas, todas ellas desconocidas para él pero muy amigos entre sí, que están hablando encendidamente sobre un mutuo amigo de ellos que tampoco conoce. Al cabo de un buen rato de escuchar la conversación —suponiendo que no se aburrie-

ra antes— tal vez podría pensar por fin estar empezando a entender la conversación. Pero desde luego, en cuanto se metiera en la conversación y empezara a opinar, quedaría sobradamente en evidencia su ignorancia y haría el ridículo. Sus interlocutores, suponiendo que fueran personas con tacto, disimularían su torpeza y seguirían con su conversación ignorando lo que ha dicho. Pero si no tuvieran ese tacto, probablemente le darían un «corte» con alguna palabra o gesto de impaciencia —y con toda la razón del mundo.

Esa es más o menos la situación en que se encuentran los cristianos que se apuntan al final de la «conversación» sobre Dios —el Nuevo Testamento— sin molestarse por enterarse cómo ésta había empezado y los temas que se venían tratando y la profundidad que ya había adquirido la «conversación» para cuando escriben los apóstoles. La forma de cristianismo que desarrollarán será desde luego «curiosa» y «original»; pero desesperantemente ignorante y equivocada desde el punto de vista de quienes sí se conocen toda la Biblia.

Como se trata de material preliminar, conocimientos esenciales de fondo que explican los razonamientos y las opiniones del Nuevo Testamento, en muchos particulares el Antiguo Testamento acabará aburriendo a veces a los cristianos, a quienes algunos temas que se tocan allí nos resultarán poco interesantes.

Los largos capítulos de genealogías en los libros de Crónicas, por ejemplo, fueron de importancia intensa para las personas que veían en ellas el listado de las generaciones de sus antepasados; pero el interés decae sensiblemente en todos los que no descendemos de aquellas familias. Los varios siglos de altibajos políticos y militares de los reinos de Israel y de Judá encierran, sin lugar a dudas, algunas lecciones importantes acerca de las políticas sociales que agradan a Dios y la lealtad fulgurante que le debemos todos. Pero no deja de ser el relato de altibajos políticos y guerras de países que han desaparecido hace miles de años y que por consiguiente, ya no pueden tener la más mínima consecuencia práctica directa sobre nosotros hoy. Pueden influir, tal vez, en nuestras actitudes y religión, pueden servir de buen o mal ejemplo para nuestros políticos y militares o incluso para particulares; pero no sufrimos para nada las consecuencias de las decisiones de aquellos reyes como las sufrían sus súbditos y sus enemigos. Los deta-

lles de los rituales que celebraban los sacerdotes para todo tipo de ocasión, seguramente resultaban prácticos e interesantes para los que se preparaban para suceder a sus padres en el cargo sacerdotal; pero sólo interesarán hoy como podría interesar un documental de televisión sobre las costumbres de un país exótico y lejano.

A pesar de ello, los cristianos estamos obligados a familiarizarnos con esos escritos.

Por una parte, no podemos ignorar el carácter de «sabiduría» que es propio de estos libros. Contienen las reflexiones maduras de generaciones de sabios que reflexionaron a fondo —en el transcurso de todo un milenio— sobre la vida, la justicia, el lugar de Dios en la vida y en el universo, la esperanza y el sufrimiento… Es de necios despreciar tamaño legado de sabiduría. Aquella gente vivía con otras costumbres y tenían infinitamente menos desarrollada que nosotros la tecnología, desde luego, pero no eran tontos. Eran tan inteligentes y tan humanos como nosotros. Y los enredos, placeres y peligros de las relaciones en matrimonio y en familia, en el entorno de las amistades y frente a las autoridades y la tiranía, son temas comunes a todos los mortales.

Pero lo más esencial es que «el Dios de Israel» es también el Dios y Padre de Jesucristo, a quien adoraron los apóstoles y adoramos todos los cristianos. El conocimiento de Dios fue en aumento durante los siglos hasta culminar en la persona de Cristo. No todo lo que se dice acerca de Dios en el Antiguo Testamento es plenamente compatible con la revelación del Padre que experimentamos mediante el Hijo y por el derramamiento del Espíritu Santo. Pero incluso allí donde el Nuevo Testamento supera, corrige o se contradice con algo que ponga en el Antiguo Testamento, es necesario saber en qué particulares y por qué.

El desarrollo del conocimiento de Dios en la Biblia es de la misma naturaleza que el desarrollo de todo conocimiento humano: Aprendemos a veces mucho más de nuestros errores que de nuestros aciertos.

Si ignoramos el camino por el que se llega a la revelación plena de la Verdad en el Nuevo Testamento desde el Antiguo, sabremos quizá «la respuesta correcta» del Nuevo, pero sin comprender por qué es correcta, sin entender cómo es que sabemos que es correcta. Seguiríamos por tanto ignorantes de fondo, pudiendo caer fácilmente en el error en

cualquiera otra cuestión donde hubiera que razonar acerca de Dios y acerca de la conducta humana que agrada a Dios. En algunos casos esa ignorancia de fondo acaso nos impida reconocer que esa «respuesta correcta» para la era apostólica, ya no lo puede ser más en nuestra propia era y en nuestro propio mundo.

En cualquier caso, está claro de sobra que los autores del Nuevo Testamento se sabían de memoria extensiones prodigiosas de los escritos del Antiguo Testamento. La Ley y los Profetas, los Salmos y demás Escrituras de Israel, afloran en la pluma de los apóstoles con una naturalidad que quita el aliento. Las frases del Nuevo Testamento que parecen recogidas directamente del Antiguo —aunque con esas pequeñas variaciones que indican que no tienen los libros por delante sino que han interiorizado sus contenidos en su mente y corazón— son multitud. Se diría que el propio lenguaje apostólico —las formas instintivas de razonar y explicarse que tienen— son las aprendidas de toda una vida de escuchar y meditar sobre los antiguos escritos de Israel. Razón de sobra para que nosotros también, puestos a interpretar los escritos de los apóstoles para la vida de la Iglesia hoy, leamos y meditemos asiduamente aquellos mismos escritos que los inspiraron a ellos.

13. ¿Qué es el Nuevo Testamento?

Rogando un poco de paciencia, para venir a explicar qué es el Nuevo Testamento —y qué es lo que añade al Antiguo—, vamos a empezar por decir algunas cosas adicionales primero acerca del Antiguo.

Y es que el Nuevo Testamento representa la última etapa de ampliación de la colección de nuestros escritos sagrados cristianos. La Biblia hebrea o *Tanaj*, contiene (1) la Ley, (2) los Profetas y (3) las demás Escrituras. Existe un debate acerca de hasta qué punto esta división en tres partes refleja sendas expansiones del material literario que se consideraba sagrado —o esencial e indispensable para la formación en sabiduría según las tradiciones de Israel. Podría ser que el Pentateuco (los cinco libros de la Ley) tuviera aceptación como una colección acabada ya tan pronto como la época de Esdras, de quien se dice que la

trajo desde Persia. La colección de los profetas podría haber alcanzado ese mismo grado de aceptación aproximadamente en la misma época. Tal vez algunas generaciones más tarde que la Ley, pero siempre en el período cuando el imperio de turno fue el persa.

La aceptación definitiva de la colección de las (demás) Escrituras parecería ser posterior, entre otras cosas, porque contiene algunos escritos que tal vez se hubiera esperado ver integrados en las otras colecciones: La historia de Ruth se podría haber integrado en la sucesión narrativa de «los Profetas anteriores», entre Jueces y 1 Samuel, como en efecto figura en las Biblias cristianas protestantes. El libro de Daniel se podría haber integrado a la colección de «los Profetas posteriores», por ejemplo entre Ezequiel y Oseas, como en efecto figura en las Biblias protestantes. Hay otros indicios de que los libros de esta tercera colección seguramente fueron los últimos en alcanzar su forma definitiva, tal como hoy los conocemos. Naturalmente, si su redacción presente data de tan tarde como el siglo II o I a.C., la aceptación de «las (demás) Escrituras» como parte de la colección sagrada también parecería constituir una etapa final de la consolidación de la Biblia hebrea.

Si partimos desde la Ley como la colección inicial, añadirle los Profetas (la narración entre Josué y 2 Reyes, más la colección que va desde Isaías hasta Malaquías (pero sin Rut ni Daniel), el resultado no sólo es que se añade más material, sino que —muy especialmente— cambia el carácter y el mensaje de la colección entera vista como un todo. ¡No es en absoluto lo mismo una Biblia que concluye con la muerte de Moisés sin haber alcanzado entrar a la Tierra Prometida, que una Biblia que describe el fracaso monumental de los siglos vividos en esa tierra y cierra —con Malaquías— describiendo las dificultades, el desánimo y las divisiones entre los que han regresado a ella desde el destierro! Bien es cierto que Malaquías aporta un mensaje esperanzador: Dios intervendrá para traer aliento y orden al intento hasta ahora fracasado de reconstruir la gloria de Jerusalén. Pero en cualquier caso, está claro que aunque todo lo que contienen los libros de «los Profetas» (anteriores y posteriores) ya viene preanunciado en las bendiciones y maldiciones de Deuteronomio, con los profetas descubrimos mucho más al detalle cómo actúa Dios en la historia. Y descubrimos mucho más al detalle lo

difícil que es dar la talla como pueblo de Dios escogido para brillar como una luz entre las naciones.

El anuncio en Deuteronomio de la llegada futura de otro profeta como Moisés halla su eco en Malaquías (siguiendo una tradición profética recogida también, por ejemplo, en el libro de Isaías); pero para cuando hemos añadido toda esta colección de «los Profetas», la naturaleza de las esperanzas que suscita esa promesa está mucho más desarrollada.

Así también, si partimos de la colección de «La Ley y los Profetas», añadir «las (demás) Escrituras» no supone solamente añadir más material sino que cambia el carácter y el mensaje total de la colección general. Desde luego toda la literatura sapiencial ensancha nuestra comprensión de la vida. No sólo Proverbios. Tal vez especialmente las voces inquietantes de Job y Eclesiastés, que se atreven a explorar las limitaciones reales de la sabiduría que podemos alcanzar los humanos. Y la voz del Cantar de los Cantares, que nos instruye con desenfado lúdico sobre la bondad del placer sexual —y su valor como parábola de la dimensión pasional del amor entre Dios y su pueblo (lo cual, a su vez, crea resonancias que aumentan la fuerza de aquellos pasajes de los Profetas que nos hablan de los «celos» de Dios). ¡Y qué decir de los Salmos! Desde luego, una Biblia con los Salmos no es lo mismo que una Biblia que no los trae.

Pero muy en particular, la *Tanaj* o Biblia hebrea, concluye con 1 y 2 Crónicas, de tal suerte que el último pensamiento que nos deja es el de la invitación a volver a Jerusalén y reconstruirla, aunque ahora está en ruinas. Se puede comprender perfectamente que para los judíos durante siglos y milenios, esta Biblia configurada así, con ese final, ha sido una fuente inagotable de esperanza en días mejores que tarde o temprano llegarán.

¿Qué aporta entonces el Nuevo Testamento a la colección entera de la Biblia?

Al igual que las otras secciones, no es solamente que ahora la Biblia es más larga… pero que sigue diciendo más o menos lo mismo que diría sin estos libros añadidos. No, el Nuevo Testamento transforma y matiza el carácter y el mensaje general de **toda** la Biblia. Crea ecos de resonan-

cia que aumentan el poder y la significación de algunos pasajes del Antiguo Testamento. A la vez, pone sordina que disminuye la fuerza o transforma el significado de otros pasajes del Antiguo Testamento. La presencia del Nuevo Testamento en la colección bíblica, nos obliga a releer toda la colección entera a la luz de los datos nuevos que aporta: fundamentalmente, la revelación postrera de Dios en su Palabra, Jesús, el hijo de María. La vida y obras, las palabras y milagros, la pasión y resurrección de Jesús, no sólo impregnan y dan especial significado a los propios libros del Nuevo Testamento, sino que aparecen como respuesta divina a todas las interrogantes suscitadas por todo lo que nos venía contando el Antiguo.

La transformación es tan importante, que aunque contienen aproximadamente los mismos libros, no es lo mismo la *Tanaj*, la Biblia hebrea, que el Antiguo Testamento cristiano. No contienen el mismo mensaje ni proyectan la misma esperanza… ni han hecho de base, históricamente, para una misma religión. Con solamente la *Tanaj*, se es judío; con el Antiguo Testamento (que necesariamente señala siempre hacia Cristo), se es cristiano.

Pero a la inversa, un Nuevo Testamento sin el Antiguo halla enteramente trastocado, escorado y mermado su mensaje. Un Nuevo Testamento sin el Antiguo ya deja de ser la Biblia cristiana; y cuanto más las iglesias cristianas tiendan a alimentarse exclusivamente del Nuevo Testamento, tanto más se apartarán del mensaje verdadero que trae. Porque el Nuevo Testamento sólo puede tener ese carácter de testamento Nuevo—como parte de la Biblia cristiana— a la luz del Antiguo.

¿Qué es el Nuevo Testamento, entonces?

Hechas ya todas estas puntualizaciones:

El Nuevo Testamento es la colección de los escritos que en todas partes donde se había difundido el cristianismo para cuando llegan los siglos III y IV de nuestra era, habían hallado un reconocimiento unánime como testimonio indispensable acerca de Jesús y de las primeras generaciones de sus seguidores.

Sabemos que las Biblias más antiguas que se conservan (siglos IV y V) son Biblias *cristianas*, porque a ellas ya se ha añadido inseparablemente los escritos del Nuevo Testamento. En ellas vienen los cuatro

evangelios, el libro de los Hechos de los apóstoles, las cartas de Santiago, Pedro, Juan, Judas y Pablo (y Hebreos) y el Apocalipsis de Juan.

14. ¿Qué es el Pentateuco?

El Pentateuco son los libros de «la Ley», es decir, los primeros cinco libros de la Biblia: Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio. ¿Y qué es, entonces, «la Ley» bíblica? Fundamentalmente, se trata de las instrucciones de sabiduría para una vida feliz y próspera, que agrada a Dios y conduce a la armonía entre las personas.

Inevitablemente, a los modernos el concepto de «ley» nos sugiere dos cosas que eran inimaginables en la antigüedad remota desde la que nos llega la Ley bíblica:

En primer lugar, tenemos el concepto de que todas las personas son —o al menos deberían ser— iguales ante la ley; que ninguna persona puede estar por encima de la ley. Una reflexión momentánea nos hace caer en la cuenta de que esta es una idea muy moderna. Lo tradicional en las sociedades humanas ha sido precisamente lo contrario: las personas —ciertas personas— estaban «naturalmente» por encima de las leyes: El rey y toda su familia y parentela, por supuesto. Luego también los diversos estamentos de la nobleza: la nobleza terrateniente, la nobleza guerrera y la nobleza sacerdotal o clerical.

Las relaciones entre los diversos nobles se regían por pactos entre señores y vasallos en algunos casos, o acuerdos de no agresión cuando las fuerzas eran demasiado iguales o no interesaba forzar la cuestión de la supremacía de uno sobre otro. Estos acuerdos seguramente se entendían tener una especie de fuerza de «ley», donde cada parte tenía estipulado exactamente cuáles eran sus deberes. Sin embargo, como se comprenderá, todo dependía siempre de la relación de fuerza real entre las partes. Es decir que siempre que tuviera suficiente poder, ese poder bruto que se defiende con las armas, «la persona» estaba siempre por encima de «la ley».

Las instrucciones bíblicas de sabiduría para la vida tampoco debían interpretarse jamás estar «por encima de» las personas. En tiempos del

Nuevo Testamento (algunos de) los fariseos pretendían dar esa clase de supremacía a la Ley. Pero Jesús nunca aceptó —ni los profetas de Israel tampoco habrían aceptado— que «el hombre fue creado para guardar el sábado» y no al revés. Al contrario, en las instrucciones bíblicas de sabiduría para la vida, siempre prima la persona, el individuo, las circunstancias especiales y excepcionales de la vida. Especialmente cuando esa persona es pobre y padece indefensión ante la crueldad o indiferencia de los poderosos. Es de sabios —es de gente sabiamente instruida en los valores bíblicos— el saber discernir cuando hay que ser flexibles. No hemos entendido nada de «la Ley» bíblica si no hemos entendido esto: que las personas importan más que las reglas. Especialmente las personas que quedan desprotegidas ante la avaricia, inflexibilidad o crueldad de sus «superiores».

En segundo lugar, tenemos el concepto de que toda legislación es —o debería ser— el producto de un consenso racional, procesos más o menos dilatados en el tiempo que posibilitan el que se pueda oír a todas las partes afectadas. Hoy en día el concepto de «ley» goza de una cierta presuposición de legitimidad democrática, donde quienes legislan han sido elegidos por los afectados y tienen (o al menos fingen tener) en cuenta el bien común.

Otra vez, una reflexión momentánea basta para darnos cuenta de que esto no podía en absoluto ser el concepto de «ley» corriente en la antigüedad.

Al contrario, las leyes eran sencillamente la imposición de la voluntad del fuerte sobre el débil. Naturalmente, los fuertes tenían, entre sus muchos otros elementos de fuerza con que hacer valer su «ley», todo el aparato propagandístico que les prestaba la religión. Todas las leyes de todos los pueblos se entendían dimanar directamente de los dioses. Y los dioses se entendían ser exactamente igual de caprichosos que los señores de la guerra y los reyes de la tierra. Jamás era necesario justificar una ley como de beneficio ulterior para los que debían obedecerla. Tener que dar explicaciones sería admitir no tener la clase de poder real y eficaz —poder bruto— necesario para el propio acto de legislar.

Hay disposiciones legales bíblicas con esas mismas presuposiciones de un origen divino que no es en absoluto necesario justificar. Las cosas

se mandan como se mandan porque así lo ha querido el Señor, que para eso es Dios. ¡Ay del infeliz mortal que pida explicaciones al Cielo!

Pero —y aquí está el quid de la cuestión— «la Ley» bíblica trae muchas explicaciones de beneficios. Procura convencer, no domeñar la voluntad humana. Su lugar natural no es la corte imperial donde mandan a capricho, un día una cosa y otro día la contraria. Su lugar natural es los debates de los sabios y profetas de Israel sobre los misterios de la voluntad de Dios y qué es lo que hace que nuestras vidas puedan llegar a ser enteramente humanas y saludables.

Por eso el Pentateuco, con todo y constituir los libros de «la Ley», trae bastantes más historias que legislación. Porque lo que pretende inculcar es decisiones inteligentes, desde el conocimiento personal de Dios —que no obediencia bruta sin entendimiento.

15. ¿Cuál es la función de los profetas en la Biblia?

La primera persona descrita como profeta en la Biblia es Abraham, en el capítulo 20 de Génesis —aunque es difícil saber qué significa allí ese término. Y es que en esa historia no es Abraham sino el rey cananeo Abimelec, quien recibe revelación divina mediante un sueño. Jacob, como Abraham, tiene una serie de encuentros con Dios —pero Jacob nunca es calificado como profeta. José tampoco, pero su función es típica de los profetas de la antigüedad en todas las civilizaciones, en que tiene poderes para adivinar el futuro, que el rey de Egipto reconoce como de gran utilidad para el gobierno. En los libros de la Ley, sólo Abraham y Moisés reciben el calificativo de «profeta». Aunque José también recibe revelaciones en sueños; y a la postre se manifiesta capaz de interpretar los sueños ajenos. Curiosamente, en una conversación con sus hermanos —siendo ya primer ministro de Egipto— José indica poseer una copa de oro que suele utilizar para la adivinación.

Otro caso curioso en los libros de la Ley es el de Balaam, recordado hoy día especialmente por la historia de que le reprendió su burra. Aunque la historia de Balaam nos llega por intermediación de escribas muy posteriores en la historia de Israel —como ya hemos indicado— su papel es el propio de los profetas de la antigüedad en todo el mundo.

Como José, es una persona que presta servicios a sueldo a los reyes de la tierra, como agorero y pronosticador. A sus palabras se les presupone el poder de determinar —que no solamente adivinar— el futuro. Tanto el rey Balac que lo contrata, como los propios escribas que nos legaron la historia bíblica, parecen dar por supuesto que este es el caso. Como Balaam se limitó a bendecir al pueblo que Dios deseaba bendecir —en lugar de maldecirlo— Israel sortea airosamente el peligro. La historia sólo reviste de interés, sin embargo, precisamente si se entiende que existió un peligro real de que Balaam maldijera en lugar de bendecir, lo cual habría supuesto un contratiempo insuperable para el futuro de Israel.

Esto nos recuerda la eficacia de las palabras de Elías —según el relato bíblico— para producir una sequía de tres años, así como para provocar las lluvias al final de ese período. Lo que hay entre manos es mucho más que adivinar o pronosticar el futuro. La presuposición (no sólo en Israel sino en todo su entorno de naciones vecinas en la antigüedad) era que las palabras de los profetas eran poderosamente eficaces para **crear** el futuro que predecían.

Los profetas no son los únicos cuyas palabras tienen ese efecto determinante —o profético, si se quiere— sobre el futuro. Es famosa la discordia entre Esaú y Jacob, por el derecho a recibir la bendición de su padre, el patriarca Isaac, que había de determinar la suerte de todas las generaciones de sus descendientes. Hacia el fin del libro de Génesis, el patriarca Jacob pronuncia una serie de bendiciones sobre sus hijos, que se entienden determinantes sobre el desarrollo posterior de las doce tribus que de ellos descenderían. Hay en todos estos casos una presuposición de que la bendición final del padre sobre sus hijos, tendrá un carácter decisorio sobre el futuro de todos sus descendientes.

La palabra profética, que actúa eficazmente sobre el futuro sobre el cual se pronuncia, no era tenida en cuenta solamente en su aspecto de bendición, sino también de maldición. Ya hemos mencionado el peligro paradójico que se habría podido producir en el caso de que Balaam maldijera al pueblo de Israel que el Señor pretendía bendecir.

La maldición fue muy temida en todas las sociedades de la antigüedad. Y hasta hace bien poco. Por poner un ejemplo entre muchos que serían posibles, la trama de algunas de las óperas italianas más famosas,

como *Don Giovanni*, *Rigoletto*, *La forza del destino* y *Cavalleria rusticana* giran en torno al tema del desenlace fatídico de una maldición. En principio, quizá diríamos que los profetas bíblicos no suelen maldecir. Aunque también es indudable que algunos de sus declaraciones negativas contra determinados reyes y sus políticas, tal vez cobrarían especial fuerza si las entendiésemos no como predicciones o adivinaciones, tanto como declaraciones poderosamente eficaces para provocar el propio mal que pronuncian. No en balde la Biblia cuenta escasísimos casos de martirios de profetas. Los reyes y nobles denunciados (en todas partes, no sólo en Israel) parecen haberles tenido tal miedo que aunque a veces procuraban silenciarlos, no solían atreverse a quitarles la vida.

El papel de agoreros, pronosticadores del futuro, astrólogos, magos, etc., en las cortes de todos los reyes y poderosos de la antigüedad está sobradamente documentado, así como su especial vinculación con los dioses y los templos. Su función más visible es la de la ayuda que prestan a los gobernantes. Aquí no hay más que recordar la frase que se dijo de Elías y también de Eliseo al final de sus días: «¡Padre mío, padre mío: los carros de Israel y su gente de a caballo!» Es decir que como magos de un manifiesto poder extraordinario, estos profetas de Israel eran reconocidos como los auténticos defensores del reino, a pesar de que a veces (especialmente Elías) le llevaban la contraria al rey. Desde luego no había en la antigüedad ninguna corte que se preciara, que careciera de los servicios de este tipo de persona. Según los relatos del libro de Daniel —que aunque provienen de una época muy posterior sin embargo evidencian la continuidad de las mismas costumbres—, los reyes de Babilonia y Persia contaban con un gran plantel de magos y adivinos a su servicio, entre los cuales no podía menos que destacar el propio Daniel.

Moisés es recordado sobre todo como dador de la Ley; pero es imposible leer las historias sobre él sin observar que fue un mago de poder inigualable, a la vez que contaba con una capacidad inusual para conocer el futuro. Como los magos y adivinos de todo el mundo, todas estas capacidades se atribuyen directamente a su especial relación con la Deidad. Es que Moisés habla con Dios como quien habla con su vecino; he ahí el secreto de su poder sobre la naturaleza y de su

conocimiento del futuro. En cualquier caso, el ámbito de actuación de Moisés es claramente el político. Lo único que le faltó para ser rey fue solamente el título de rey. Por lo demás, comandaba los ejércitos, disponía la legislación, ejercía de juez... en fin, no hay asunto de gobierno del pueblo que escapara a su control. (Un control que le delegaba Dios, naturalmente; pero es que todos los reyes de la antigüedad se entendía que lo eran por designación divina —o que eran ellos mismos dioses.)

A la vez que su influencia política, algunas historias sobre Moisés, Elías y Eliseo, así como el episodio donde el joven y todavía desconocido Saúl va a consultar al juez Samuel acerca de unas asnas que se le han perdido a su padre, indican que los particulares también solían consultar a estos videntes, agoreros o magos —profetas, en una palabra— con respecto a cuestiones de índole puramente personal.

Los adivinos —en aquel entonces, al igual que hoy— contaban con una enorme diversidad de artes mánticas para el ejercicio de su profesión. Hasta tenemos en la Biblia el relato de una sesión de espiritismo, donde el rey Saúl manda convocar el alma difunta de Samuel para conocer el resultado de la batalla del día siguiente. Como sucede tantas veces en la Biblia, el autor de este relato se limita a repetir lo que se dice que sucedió, sin afirmar rotundamente que esto sea en efecto posible o si tal vez la propia médium estaba sencillamente embaucando mentes débiles y sugestionables, como suelen hacer hasta el día de hoy. Por su parte, sabemos que David no solía emprender ninguna acción militar sin que antes un sacerdote o profeta consultara al Señor por él, mediante el *urim y tumim* —una especie de dados que echaban. El caso es que en Israel, como en todo el mundo de su entorno en la antigüedad, los profetas, adivinos, agoreros y magos de toda índole, tenían un amplio abanico de artes de las que podían echar mano para su labor al servicio de quien les pagaba para conocer el futuro.

En cualquier caso, es necesario destacar que en principio, el fenómeno del profetismo era más o menos el mismo en todo el mundo de los tiempos y lugares bíblicos. Ya hemos mencionado el caso de Balaam. A la vez, conviene recordar que pronosticadores israelitas del futuro tan famosos como el patriarca José o el profeta Daniel, se desenvolvieron al

servicio de reyes extranjeros (de Egipto y de Babilonia y Persia, respectivamente).

Para cuando va tomando forma definitiva la Biblia heberea, los sabios escribas de Israel determinan que el verdadero espíritu de profecía había desaparecido de la tierra durante el período persa. Es así como ya no hay cabida en su colección sagrada para ningún profeta posterior a Malaquías.

Pensándolo bien, es relativamente fácil sentenciar, siglos más tarde, cuáles fueron, en su día, los profetas que realmente habían entendido lo que Dios estaba haciendo en su generación. Pero es extraordinariamente difícil determinar eso mismo acerca de los contemporáneos de uno.

Los siglos de experiencia acumulada, habían enseñado a los sabios escribas de Israel a desconfiar rotundamente de todo aquel que dice saber qué es lo que va a pasar.

No negaron que antaño, en un pasado remoto, hubo quienes pudieran pronunciarse inequívocamente de parte del Señor de Israel. Lo que vinieron a determinar, sin embargo, es que eso ya no estaba sucediendo en el presente. Determinaron que a partir de ahora, había guía suficiente en su propia tradición escrita para conocer la voluntad del Señor. Esto significó que quien dijese tener una presunta revelación nueva o era un mentiroso y engañador o bien, como los últimos capítulos de Daniel, recibe ese conocimiento a partir del estudio de los profetas de antaño. (En el caso de Daniel, esas revelaciones vienen inspiradas por la meditación en el rollo del profeta Jeremías.)

Aquí es importante la reflexión de que lo que los cristianos llamamos la colección de libros históricos dentro del Antiguo Testamento, es para los judíos y en la Biblia hebrea, **los Profetas Anteriores**. Desde luego se entienden con un cariz radicalmente diferente si lo que se cree que contiene el relato entre Josué y 2 Reyes es historia histórica —equiparable a lo que escriben los historiadores seculares hoy día. Pero si se cree que lo que contienen esos libros es «profecía» —es decir, el veredicto del Dios de Israel acerca de toda la historia de sus antepasados—, su mensaje se tiene meridianamente en pie aunque sus diversas historias tengan tanto o más de ficción que de hechos fehacientes. Flaco favor nos hacen algunos predicadores al enrocarnos en la postura de que

esos libros son «historia». Es menester recuperar la concepción de ellos como «profecía». En estos libros, aprendemos cómo ve Dios las diferentes clases de política que pueden emprender los gobernantes, y cómo ve Dios el comportamiento de los pueblos gobernados. Esa es en síntesis la esencia de la profecía bíblica: revelar el veredicto divino sobre la realidad humana.

Establecido entre los escribas el principio de que el espíritu de profecía había abandonado la tierra, no por ello cesaron las especulaciones futuristas entre los judíos ni entre los propios escribas de Israel. Lo que se da a partir de entonces, es el auge de libros que se presentan como escritos por un personaje del pasado remoto. ¿Qué mejor manera de empezar un libro de revelaciones divinas, por ejemplo, que afirmando que éstas fueron recibidas por Enoc en los albores de la humanidad, antes de que en lugar de morir, fuese trasladado al cielo por su singular piedad religiosa? Las revelaciones del libro conocido como 1 Enoc tuvieron tal difusión, que hay cosas en las cartas de Pedro y de Judas, en nuestro Nuevo Testamento, que sólo se entienden a la luz de ese escrito.

El libro de Daniel es un claro ejemplo en la propia Biblia de un escrito «nuevo» atribuido a una persona del pasado remoto. Data del siglo II, pero la figura de Daniel se sitúa en los imperios babilónico y persa. Sin embargo, en el capítulo 9 se ve claramente que la fuente natural de inspiración para conocer los propósitos y planes de Dios, es ahora la meditación en «Moisés» (es decir, la Ley) y los Profetas. Puede hasta aparecerse un ángel con revelación posterior, pero el requisito previo es meditar, confesar y obedecer lo ya escrito.

Los siglos inmediatamente antes y después de Cristo fueron de una profusión florida de todo tipo de especulación futurista entre los judíos. El judaísmo rabínico logró desarraigar casi del todo la especulación futurista, habida cuenta de los desmanes y tragedias indecibles provocadas cuando la gente se creía lo que cualquiera les decía que iba a suceder.

Entre los cristianos, sin embargo, fue más complicado. El principio de que el espíritu de profecía había desaparecido de la tierra hacía siglos, no se tenía en pie ante su convicción de que Jesús es el postrer «profeta como Moisés» anunciado en Deuteronomio. Es obvio en el Nuevo

Testamento, que los cristianos también daban crédito a Juan el Bautista como profeta verdadero, así como a muchos otros que surgieron de sus propias filas en la primera generación apostólica. Desde luego Pablo recomienda el de profecía como el más deseable de todos los dones del Espíritu, un don que todos deberían aspirar a poseer. Pablo define con suma precisión lo que él entiende por profecía: «Pero el que profetiza, habla a los hombres para construcción, estímulo y consuelo» (1 Co 14,3).

Si el libro de Apocalipsis es en algún sentido típico de la profecía que aceptaban los primeros cristianos, es menester observar la enorme continuidad con la manera de entender la vida que aprendemos de «los Profetas» en la colección hebrea. Esto es venir a observar que el Apocalipsis versa con gran claridad y contundencia sobre la perversidad del Imperio Romano y sobre el veredicto divino contra esa cumbre de la civilización humana. ¿Qué es esto, si no una actualización de cómo la colección de «los Profetas» en la Biblia hebrea venía a pronunciar un veredicto divino negativo sobre la monarquía en Israel y Judá y contra las demás cumbres de la civilización de la antigüedad: los egipcios, fenicios, asirios, babilonios y persas? Desde el cielo, Dios ve con desagrado la degradación de la humanidad y nos ofrece un futuro alternativo. Un futuro donde gobierna Dios y donde la humanidad vive en paz y en armonía. Un futuro que empieza cada vez que alguien es capaz de declarar por la fe, contra todas las evidencias, que el Cordero ha vencido en el propio acto de entregar su vida.

Toda la tradición profética de la Biblia, entonces, viene a desembocar en este mismo mensaje. Dios anhela darnos un futuro diferente que el futuro que nos prometen nuestros gobernantes y nuestras civilizaciones corruptas. Un futuro de luz y de paz, de igualdad, hermandad, salud, perdón… y alegría infinita. Un futuro donde habrán cesado las guerras, las calamidades y la maldad; y donde Dios habrá secado nuestras lágrimas, sosteniéndonos a todos y cada una, en un mismo tierno abrazo maternal.

16. ¿QUÉ ES LA LITERATURA SAPIENCIAL?

En principio, se entienden como la literatura sapiencial de la Biblia, los libros de Proverbios, Eclesiastés y Job; quizá también Cantar de los Cantares; luego también los «deuterocanónicos» o «apócrifos» Eclesiástico (ben Sira) y Sabiduría de Salomón.

Sin embargo, como ya hemos explicado, hay un sentido en el que la totalidad de la colección de nuestro Antiguo Testamento, es el producto del colectivo de los sabios escribas de Israel.

Desde luego, ellos entendían que la Ley era sabiduría por excelencia, sabiduría divina destilada para Israel a la manera de instrucción para vivir vidas justas, armoniosas y piadosas, vidas agradables ante Dios y ante los hombres. Probablemente los escribas de Israel no entenderían que habláramos de «literatura sapiencial» excluyendo los libros de Génesis y Éxodo, que cuentan sobre dos de los sabios más grandes de Egipto: José y Moisés, respectivamente; y excluyendo Daniel, que cuenta de uno de los sabios más grandes de Babilonia y Persia. Luego también, toda la colección de los Profetas Anteriores y Posteriores, ¿qué contienen, si no sabiduría divina, el veredicto divino sobre la conducta deficiente de los hombres; y la sabiduría de esperar y confiar en Dios a pesar de las apariencias?

Toda la Biblia hebrea, nuestro Antiguo Testamento, es entonces esa colección de escritos esenciales en la formación de cualquier escriba que se preciara de poseer los conocimientos esenciales para ejercer como escriba y como sabio en Israel. Conociendo solamente los tres o cuatro libros «sapienciales», pero desconociendo la Ley y los Profetas, entonces, nadie habría sido aceptado como «sabio» en Israel. Es esencial tener esto en cuenta aunque nos detengamos ahora en observar algunos rasgos propios de la «literatura sapiencial» en su sentido más limitado, distinguiendo estos pocos libros de la colección entera.

Quizá el rasgo más sobresaliente de los libros tipificados hoy día como «literatura sapiencial» en la Biblia, sea que como tal sabiduría, su carácter es universal.

Proverbios explora el carácter de la sabiduría —el saber hacer y la templanza personal, así como el conocimiento de la naturaleza de todas las cosas— como fundamento para la propia creación. Es la creación la que manifiesta, por excelencia, la sabiduría del Creador. La sabiduría es, entonces, un rasgo propio de Dios a la vez que un don que Dios otorga. Pero es un don divino que se consigue con grandes esfuerzos humanos: el mucho estudio, la mucha memorización de tradiciones escritas y la mucha meditación sobre su significado. Al contrario del conocimiento que puede venir por apariciones de ángeles o por oír la voz del Señor, el conocimiento que es propio de la sabiduría, sólo se consigue aprendiendo de otras personas que ya son (o fueron) sabias.

Por eso los refranes y las enseñanzas de Proverbios son muy parecidos a los refranes de todos los pueblos de la humanidad. Son sabiduría universal que está al alcance de todas las personas, no importa cuál sea su país o su religión. Como también es universal el «descubrimiento», en Cantar de los Cantares, de la belleza obsesiva de las pasiones que despierta el placer sexual.

Una de las exigencias para la sabiduría —que es lo que más se aproximaba en la antigüedad a nuestro concepto de «las ciencias»— es la capacidad para dudar, cuestionar, explorar otras posibilidades que las trilladas y dadas comúnmente como válidas. El «sabio» bíblico, así como el científico hoy día, entonces, necesita por una parte estudiar mucho las «autoridades» en la materia; pero a la vez necesita también ser capaz de plantear preguntas novedosas y explorar adónde esas preguntas nos llevan. Esto hacen los libros de Job y Eclesiastés, cada uno a su propia manera.

Naturalmente, la sabiduría científica de los autores de la Biblia no era superior a la de sus coetáneos en la antigüedad. Nada saben de física cuántica ni de la velocidad constante de la luz, del maravilloso mecanismo de evolución biológica que contiene el ADN ni de la formación de las galaxias hace decenas de miles de millones de años. No disponen de herramientas ni teorías para predecir cambios en el clima o explicar por qué algunas regiones son desérticas y otras gozan de lluvia abundante. Pero la literatura sapiencial bíblica no es por ello «ignorante». Se manifiesta claramente a la altura de cualquiera de los sabios de su época. Y aunque en el último siglo hemos avanzado mucho en el cono-

cimiento de la psicología humana y la propia química de nuestros sentimientos… muchos de aquellos antiguos conocimientos de la naturaleza humana siguen siendo válidos hoy.

Bien es cierto que el ser humano reacciona y se relaciona diferentemente según su entorno social y las costumbres vigentes durante sus años formativos. Nuestro entorno tecnológico y urbano es tan diferente a las sociedades de la antigüedad, que es inevitable que algunos de aquellos preceptos sabios hoy se hayan quedado desfasados. Pero no es de sabios descartarlo todo como inservible. De hecho, siguen haciendo de buena y sólida base para ahondar hoy también en la sabiduría. Una sabiduría que ahora, como entonces, se va a tener que atrever a hacerse preguntas novedosas y explorar adónde esas preguntas nos puedan conducir.

17. ¿Qué son los evangelios?

Quizá habría que empezar por decir lo que un evangelio no es, descartado lo cual, podemos pasar a decir lo que sí es.

Los cuatro evangelios que tenemos en el Nuevo Testamento no son sendas biografías de Jesús —por mucho que traigan algunos datos biográficos. Dos de los cuatro evangelios, por ejemplo, no nos cuentan nada acerca del nacimiento ni la genealogía de Jesús; lo cual significa que ese tipo de información no es esencial para que un evangelio sea evangelio. Ninguno de nuestros cuatro evangelios explora el desarrollo psicológico de la persona de Jesús; sus años formativos en la niñez y la adolescencia.

Por no contar, ni siquiera nos cuentan claramente cuál era su estado civil. Desde luego, todo parece indicar que durante sus últimos tres años, que es lo que podemos calcular que duró su ministerio público en Galilea y en Jerusalén, no tenía esposa e hijos. Tradicionalmente se viene entendiendo que esto significa que Jesús fue siempre soltero. Nada hay en los propios evangelios que obligue a pensar así. Nada cambiaría en los cuatro, si resultase que Jesús era viudo y que todos sus hijos habían muerto en algunas de las epidemias o hambres que asolaban aquella región de vez en cuando en aquellos tiempos. Desde luego,

no es verosímil que los padres de Jesús no hubieran hallado pareja para su primogénito ni lo hubieran casado siendo él relativamente joven —lo tradicional en las familias judías de aquella era.

Todo esto no viene en alegar que es seguro que Jesús fuera en efecto viudo o divorciado y que sus hijos se le hayan muerto. El único motivo de mencionar este tema, es observar que si los evangelios fuesen **biografías**, sería inexcusable el desinterés absoluto que manifiestan acerca de 30 de sus 33 años de vida.

Tampoco son nuestros cuatro evangelios el fruto de una investigación histórica rigurosa acerca de los orígenes del movimiento cristiano. Desde luego, se parecen mucho más a esto que a la biografía. De hecho Lucas, en sendos prólogos a su evangelio y al libro de los Hechos, indica conocer algo de los métodos de investigación histórica que se estilaban entre los griegos y latinos: entrevistar a testigos oculares siempre que sea posible, cotejar la documentación escrita que pueda existir acerca de los hechos, decidir entre todas esas fuentes cuál sería la reconstrucción más verosímil de los hechos… También se estilaba variar el estilo literario creando escenas dialogadas, donde los protagonistas conversasen entre sí. Esta técnica realzaba el interés del lector a la vez que hacía de vehículo para explicar lo que los protagonistas pensaban y opinaban. Naturalmente, esos diálogos tenían que ser imaginarios (¡No existían magnetófonos ni cámaras de vídeo!), pero debían reflejar con verosimilitud lo que se pudo haber dicho y las opiniones e ideas que los protagonistas realmente pudieron haber mantenido.

Pero al final ninguno de nuestros cuatro evangelios —ni siquiera Lucas— consigue la objetividad imparcial que hoy día entendemos ser necesaria para escribir una historia secularmente rigurosa de los hechos narrados. Porque al final ninguno de ellos, ni siquiera Lucas, pretende solamente narrar hechos históricos. Lo que pretenden, es hacer de «evangelistas», es decir «evangelizadores»; promotores comprometidos de una causa, de un «evangelio» que proclaman, de un «evangelio» que exige una respuesta de fe y de compromiso personal.

Los cuatro evangelios del Nuevo Testamento no pretenden informarnos sino transformarnos.

Esa es la naturaleza del evangelio y de la evangelización hoy día, y fue por consiguiente también la naturaleza de los evangelios cuando se escribieron. Naturalmente, para poder tener ese efecto transformador, los evangelios tienen que persuadirnos de que la información que nos transmiten es fiable. Pero para esto no es necesario que sean históricamente verificables cada una de las escenas que narran. Lo que sí es necesario es que el carácter y el mensaje de Jesús de Nazaret traspase nuestras barreras psicológicas y espirituales interiores, hasta «tocarnos», suscitando en nosotros —los lectores— la experiencia religiosa de la «fe» y el reajuste de nuestra voluntad que describimos como «arrepentimiento» y «conversión». Un evangelio sólo puede hacer las veces de **evangelio** si es capaz de suscitar ese tipo de reacción en el lector (o en el *oyente* de la lectura, que durante los primeros siglos fue siempre lo más frecuente).

Se venía evangelizando oralmente «en todo el mundo» desde el día de Pentecostés narrado en Hechos. ¿Por qué surgen, entonces, estos documentos escritos con la pretensión de hacer lo mismo que ya venían haciendo con éxito los predicadores cristianos?

Probablemente porque la evangelización oral empezaba a sufrir mutaciones demasiado importantes como para ser ignoradas. El mensaje que corre de voz en voz siempre cambia. La versión de lo contado siempre es diferente que lo que se oyó. Cada persona interpreta o entiende a su manera y añade o suprime detalles, por muy fielmente que esté convencido de estar contando lo que oyó. Esto es inevitable: ¡Es parte de la naturaleza humana!

Las primeras generaciones de los cristianos observaron este fenómeno que estaba ocurriendo con respecto al evangelio y decidieron que la única manera eficaz de limitar o encauzar esa evolución, era la de volcar esa proclamación en documentos escritos. Las diferencias notabilísimas que hallamos, por ejemplo, en Juan con respecto a Marcos, indican la dimensión de las mutaciones que empezaba a sufrir el evangelio que se proclamaba. Sabiamente, se optó por no eliminar la diversidad que ya existía, sino conservarla como testimonios dispares sobre un mismo evangelio que todos predicaban.

Es por ello que nuestro Nuevo Testamento trae cuatro «evangelios» y no sólo uno.

En realidad, «evangelio» sólo hay uno: «las buenas noticias» de Jesús el Mesías, el Hijo de Dios y Salvador de la humanidad. En el griego original, los títulos de estos cuatro libros son «Según Mateo», «Según Marcos», «Según Lucas» y «Según Juan». Un único evangelio… contado según quién sea el que lo cuenta.

18. ¿CUÁL ES EL VALOR DE LAS EPÍSTOLAS?

«Epístola» es una vieja palabra castellana, hoy en desuso, que significa sencillamente «carta». El Nuevo Testamento conserva algunos de los documentos de la correspondencia que existió entre los primeros líderes del movimiento mesiánico en las décadas inmediatamente después de Cristo.

Son de utilidad sin igual para alcanzar a comprender la fe, las esperanzas, la enseñanza y la vivencia práctica de las primeras comunidades cristianas. Esconden también, sin embargo, una «trampa» que puede ser mortífera para el auténtico espíritu de Cristo.

Empecemos por la utilidad. Puesto que no se escribieron «para nosotros» —dos mil años después—, estas cartas nos permiten observar, con naturalidad y falta de artificio, las realidades que vivieron aquellos primeros cristianos; su fe, esperanza y doctrina, desde luego; pero también sus desencuentros, tensiones, faltas de unanimidad, pecados… Si Pablo o Pedro o Santiago o Juan hubieran sido capaces de imaginar que su correspondencia secreta (hay que recordar que el «mesianismo» o *cristianismo* era una secta clandestina) caería en manos de millones de lectores una veintena de siglos más tarde, quizá habrían cedido ante la natural tendencia a disimular los defectos de aquellas primeras comunidades y las desavenencias y discordias entre sus líderes, y exagerar sus virtudes. El resultado habría sido tan artificial e idealizado, que de poco nos servirían para entender nuestros propios pecados y lo difícil que nos resulta ponernos de acuerdo hoy.

En las cartas del Nuevo Testamento, entonces —todas, por cierto; no olvidemos las siete cartas en los primeros capítulos del Apocalipsis— hallamos pequeñas instantáneas que nos han capturado, para toda la

posteridad, determinados momentos en el diálogo y el desarrollo de las primeras comunidades cristianas.

Desde el invento de la imprenta a finales de la Edad Media, estas cartas han sido leídas con enorme interés por los cristianos y sus contenidos se han enseñado, aplicado a situaciones nuevas y defendido constantemente con singular vehemencia en la predicación cristiana típica. Los consejos y la enseñanza —incluso los saludos y las instrucciones prácticas sobre cuestiones puntuales— que los apóstoles juzgaron oportuno mencionar en estas cartas, han resultado ser una fuente inagotable para la predicación cristiana en los valores del evangelio —y para las lucubraciones eruditas interminables de los teólogos.

La «trampa mortífera para el auténtico espíritu de Cristo» que hemos mencionado que esconden estas cartas, es la de que es fácil olvidar que estos fragmentos que conservamos de la correspondencia que existió entre aquellos primeros cristianos, son eso: fragmentos de una correspondencia ajena a nosotros.

En primer lugar, no es verosímil imaginar que Pedro o Santiago —ni siquiera Pablo— no tuvieran otras opiniones y convicciones, sobre otros muchos temas, que las que mencionan en estas cartas. Desde luego, si se pasaron la vida entera predicando, tienen que haber dicho muchas otras cosas que aquí no constan. Tienen que haber tocado en muchísimos otros temas. Si hubieran guardado un diario donde cada noche apuntar sus ideas y vivencias del día, sin duda podríamos ver cómo sus convicciones, fe, sueños, aspiraciones y conceptos teológicos, iban evolucionando con el paso de la vida… como nos pasa a todos.

Y en segundo lugar, la correspondencia secreta entre los líderes de un movimiento clandestino, tiene por su propia naturaleza que basarse en la confianza mutua entre el escritor y los lectores (u oyentes) destinatarios y partir desde la base de un gran cúmulo de cosas que no hace falta decir porque se sobreentienden. Cuando nosotros las leemos en nuestra existencia urbana y digitalizada del siglo XXI, mucho de lo que los apóstoles y aquellas primeras comunidades podían dar por sobreentendido… ya no se entiende; o al menos no de la misma manera. Algunos de los temas más apremiantes… hace muchos siglos que dejaron de apremiar; y entre tanto otros muchos temas han pasado a parecernos de primerísima importancia.

Por poner un ejemplo: Una lectura atenta de las cartas del Nuevo Testamento nos deja ver que si hubo un tema que necesitaba atención en aquellas décadas, era el de la inesperada acogida positiva que tuvo el evangelio de Jesucristo entre personas que no eran israelitas o judíos. Esto obligó a las comunidades «mesiánicas» o *cristianas* a inventar formas de convivencia en una misma comunidad, con los que el testimonio del Antiguo Testamento parecía condenar a la exclusión.

El impulso separatista judío probablemente tuvo su razón de ser inicial en el exilio, cuando la nobleza política y militar y sacerdotal de Jerusalén se valió del concepto de «elección divina» y «santidad» (separación) para conservar su identidad a pesar del destierro. A partir de la generación de Esdras y Nehemías, la noción de pureza racial se instala ya en la Jerusalén reconstruida y en la provincia gobernada desde dicha ciudad. Y ese más o menos venía siendo el estado de las cosas, tanto entre los israelitas de la diáspora como entre los judíos de Palestina hasta los tiempos de Jesús. Bien es cierto que no sería justo ignorar la realidad —especialmente en la diáspora— de que muchos «gentiles» se sintieron fuertemente atraídos por el Dios de Israel y asistían a las sinagogas como «temerosos de Dios» o tomaban el paso definitivo de la circuncisión para convertirse en israelitas de pleno derecho. La posibilidad de conversiones al judaísmo no estaba reñida con la obligatoriedad de la separación exclusivista entre los judíos y los «gentiles».

Inesperadamente, sin embargo, desde la primera generación, la fe en Jesús halló un recibimiento casi tan numeroso entre los «gentiles» como el que hallaba entre sus propios hermanos judíos. Y desde la decisión espontánea de Pedro de bautizar a incircuncisos que habían recibido la señal del Espíritu Santo, decisión ratificada por los demás líderes del movimiento cristiano en Jerusalén, las comunidades mesiánicas se encontraron ante la obligatoriedad de hallar formas de convivencia que no pusieran en entredicho la pureza, la santidad ni la elección divina de un pueblo apartado para Dios. De una manera u otra, prácticamente todas las cartas tienen este dilema y este reto como telón de fondo.

A partir de la matanza de millones de judíos por el régimen nazi de Alemania en la primera mitad del siglo pasado, la relación entre judíos y

cristianos acaso debiera volver a suscitar otra vez el nivel de interés que observamos en las cartas del Nuevo Testamento. La cosa se complica mucho, sin embargo, porque ni los judíos e israelíes de nuestro tiempo tienen mucho en común con los de entonces, ni tampoco los «cristianos» tenemos mucho en común —por no decir que casi nada— con Jesús y con los autores de estas cartas. Casi todo lo que ellos creían ser cierto, a nosotros nos parecería falso; y viceversa. (Hoy creemos que es posible volar, ir a la luna y volver, desplazarnos a grandes velocidades sobre ruedas sin caballos, llenar una habitación de luz con tan sólo pulsar un interruptor, hablar con cualquier persona en cualquier lugar del mundo mediante un diminuto aparato que llevamos en el bolsillo, hacernos un transplante de corazón —o de cabello. A aquellos judíos y cristianos por igual, todo esto les habría parecido supersticiones infantiles o puro engaño satánico.)

Por consiguiente, si pretendiésemos desarrollar el diálogo entre el judaísmo y el cristianismo (y con el Islam, la otra gran religión monoteísta descendida de la fe de Abraham) basándonos en los términos del debate hace dos mil años, tal vez —con mucha suerte— conseguiríamos resolver las tensiones entre los judíos y cristianos *de entonces.* Pero si estos judíos y estos cristianos de ahora —por no hablar de los musulmanes— no somos los de entonces ni creemos lo que creían entones ni entendemos la vida como la entendían entonces, los debates de entonces no nos resuelven nada *ahora*. ¡*Ahora…* tenemos siglos de cruzadas e imperialismo occidental, *jihad*, persecución de herejes y genocidios que han envenenado nuestras relaciones tan exageradamente, que las propias palabras inocentes y llenas de luz y esperanza que se escribieron en estas cartas, parece que nos pueden estallar en las manos y provocar una hecatombe de masacres religiosas indiscriminadas!

Es sólo un ejemplo.

Desde luego el apego fetichista a las fórmulas y formulismos del pasado, no es en absoluto lo que se recuerda haber sido característico en Jesús; ni es tampoco el espíritu que se respira en estas cartas. Los apóstoles se atreven a la innovación, a probar fórmulas radicalmente nuevas en un mundo donde las respuestas trilladas de ayer ya traían poca consolación y esperanza.

Las cartas del Nuevo Testamento nos resultan de una utilidad insuperable, entonces, para conocer algo —por poco que sea— sobre los orígenes del movimiento cristiano. Pero no nos pueden resolver la papeleta para el siglo XXI porque no abordan en absoluto las realidades del mundo en el que hoy nos toca vivir. A lo sumo —¡y gracias a Dios!— podemos recoger de ellas y de toda la Biblia algunos principios muy generales y amplios, para nada inútiles. Como que, por ejemplo, el espíritu de Cristo nos lleva a perdonar ofensas y no devolver mal por mal. O que, por ejemplo, la auténtica espiritualidad que agrada a Dios nos lleva a ser generosos con los que padecen necesidad en este mundo donde todos los días se nos mueren miles de personas por falta de alimentos y agua potable. O que cuando todo pinta negro y parece que no nos queda ninguna esperanza para este planeta, *la oración de fe* puede todavía mover montañas y provocar cambios sorprendentes.

19. ¿Por qué hay un libro erótico —el Cantar de los Cantares— en la Biblia?

En la antigüedad no existía la idea de una barrera o diferencia clara entre los aspectos religiosos de la vida o las creencias, y los aspectos seculares o profanos. La vida se entendía como un todo que abarcaba el espíritu, el alma, el cuerpo, los deseos, la actividad, las convicciones, los proyectos, la ética, la familia, el entramado social donde encajaba el individuo… ¡Absolutamente todo!

Tal es así que la muerte del cuerpo se entendía como un dejar de existir. A lo sumo se podía hablar del *Seol* como un lugar donde iban a parar los muertos. Pero concebido el Seol como un lugar debajo de la superficie de la tierra, quizá la idea que comunicaba se aproximaba más a nuestro concepto de «cementerio» que al concepto griego del Hades o al medieval europeo de Cielo, Purgatorio e Infierno.

De ahí que la esperanza típica del Antiguo Testamento para más allá de la muerte no fuera en la resurrección. El Nuevo Testamento indica que en esa época existieron diferencias entre los saduceos y los fariseos sobre la resurrección. La resurrección, que defendían los fariseos y por consiguiente también los cristianos, no dejaba de ser un concepto inno-

vador, que no convencía en absoluto a los israelitas de ideas más conservadoras. No, la esperanza más típica para más allá de la muerte en el Antiguo Testamento era el de la supervivencia mediante la «simiente» o descendencia.

En cierto sentido se parecería bastante a los conceptos modernos de que la reproducción de los organismos vivos tiene como única función propagar réplicas del material genético. Los genes serían lo que sigue vivo —en nuestros descendientes— aunque nosotros hayamos muerto. No es exactamente lo mismo que la esperanza en el Antiguo Testamento, puesto que allí se entiende que la «simiente» o descendencia conserva no sólo los rasgos físicos sino especialmente el propio carácter moral de los antepasados. De hecho, alguien podía ser «hijo de» otro, sencillamente con ese sentido moral o de parecido en sus conductas y rango social. La expresión «hijo de David» significaría para los judíos, entonces, no solamente o no necesariamente la descendencia biológica del David de 2 Samuel, sino especialmente la rectitud de corazón ante Dios y el rango político y militar de rey de los judíos. Y todos los convertidos al judaísmo mediante la circuncisión, son tenidos por descendientes lineales directos de Abraham.

Toda la vida era una, entonces. No era posible distinguir entre aspectos religiosos y aspectos seculares de la vida. De manera que los poemas eróticos del Cantar de los Cantares tuvieron tanta cabida en esta colección bíblica de la sabiduría ancestral de los escribas de Israel, como los poemas de alabanza y adoración (y de queja y lamentación) que contiene el libro de Salmos. Si en los Salmos los cielos, las estrellas, los montes y los valles cantan las alabanzas del Creador, ¿por qué no iba a cantarlas también el acto de la cópula carnal y el placer que nos produce? ¿Qué diferencia hay entre la alabanza de las flores —que son al fin y al cabo los órganos reproductores de las plantas— y unos poemas eróticos humanos?

A la postre, tanto el judaísmo rabínico como el cristianismo adoptaron una forma alegórica de interpretación del Cantar. Visto como alegoría, el Cantar celebraría la intensidad y el apasionamiento del amor entre Dios y su pueblo escogido.

20. ¿Por qué es tan difícil de entender el Apocalipsis?

Dos son los motivos de esta dificultad típica en los lectores del Apocalipsis.

Uno es el del propio estilo literario que se empleó para escribirlo, puesto que está escrito en clave, para que sólo fuera comprensible para los propios iniciados en la secta judía clandestina de *los cristianos.*

El otro motivo de esta dificultad, es la larga tradición de interpretaciones fantasiosas y descabelladas, cuya función ha sido las más de las veces, dar a entender la mucha sapiencia y espiritualidad de los que han brindado esas interpretaciones.

Empecemos por los rasgos del propio documento, escrito en clave secreta.

Desde luego, la finalidad última del Apocalipsis no es esconder sino revelar o desvelar. La propia palabra griega «apocalipsis» significa eso: revelación o descubrimiento. Hay cosas encubiertas, que el libro de Apocalipsis promete destapar para que se puedan ver con claridad.

Pero lo que pretende mostrar es tan políticamente incorrecto, tan manifiestamente subversivo para las autoridades imperiales romanas y sus lacayos en todo el mundo, que es necesario contarlo de tal suerte que sólo los iniciados puedan comprenderlo con claridad. Para esto se echa mano de un género literario que habían venido desarrollando los judíos en las últimas décadas y siglos, que es el de dar a entender los diversos regímenes históricos, la sucesión de guerras y civilizaciones, con todo un bestiario de seres mitológicos y fenómenos astrológicos. La inspiración para esta forma de referirse a la historia humana, seguramente viene de determinados pasajes de «los Profetas Posteriores» (Isaías, Jeremías, Ezequiel y los Doce). La segunda mitad del libro de Daniel es un buen ejemplo de este tipo de literatura judía.

Sin embargo, los autores de este tipo de literatura tenían que escoger entre escribir tan en clave que tal vez nadie fuera capaz de descifrar lo que querían decir, o escribir de forma medianamente inteligible y arriesgarse a que si el escrito caía en manos de sus enemigos, éstos pudieran —a pesar de todo— enterarse de lo que venían a sostener.

Los libros de Daniel y el Apocalipsis escogen este segundo camino. Al final, es bastante transparente para cualquiera persona conocedora de la historia, que Daniel procura inspirar y alentar la resistencia no violenta de los judíos contra la tiranía de Antíoco IV Epífanes de Siria. Y resulta igualmente transparente que el Apocalipsis contiene un veredicto fulminante contra el Imperio Romano y toda la civilización romana, a la vez que exalta la eficacia de la resistencia no violenta —hasta la muerte— del «Testigo fiel y verdadero», Jesús, que aparece en el libro como un Cordero inmolado pero vencedor.

Puesto que hay grandes extensiones del Apocalipsis dedicadas a describir el fracaso de la civilización humana —concreta pero no exclusivamente, la civilización romana—, resulta chocante el nivel exagerado de violencia de esas partes del libro. El Apocalipsis parece organizado hasta cierto punto como un programa de juegos romanos, donde cada acto procura superar el anterior en el espectáculo de la muerte humana brindada en vivos colores de sangre, destripamientos, estertores de dolor, devoración por bestias… Desde luego, en la medida que Juan de Patmos, el autor, estuviera intentando provocar asco y rechazo de tanta violencia en lectores acostumbrados a asistir al circo, lo tenía muy difícil —y esto tal vez explique por qué el libro contiene escenas de tan exquisita crueldad y brutalidad.

Pero quien se lleva los aplausos y los himnos de alabanza no es nunca el César sino Otro, a quien nunca alcanzamos a ver, que está sentado en un trono celestial junto al Cordero —muy lejos del trono de Roma. De hecho, el Apocalipsis alterna escenas que suceden en el cielo con las de combates y muerte en la tierra, indicando que todo está vinculado y estrechamente entrelazado. La violencia que sufre la tierra es fiel reflejo de la rebeldía entre los astros que son atrapados por la cola del Dragón primigenio. Y la victoria del Cordero que se ha dejado arrebatar la vida aquí en la tierra, es también una victoria cósmica, universal, que llega hasta el último rincón del cielo con su resplandor y majestad.

Llegamos así, entonces, a observar que para entender el Apocalipsis hay que olvidar toda la larga tradición de fantasías futuristas y sueños descabellados —o pesadillas, más bien— sobre este o aquel tirano de turno en cada momento histórico, que los presuntos intérpretes han ido

identificando sucesivamente como el malo del libro. Los malos de cada generación son todos ellos la bestia, son todos ellos los cuernos y tiranos denunciados por el Apocalipsis; pero muy por encima de ellos, es la propia disfuncionalidad de la civilización humana la que tiene que caer para que puedan gobernar por fin El que está sentado en el trono y el Cordero. Nuestra sucesión de civilizaciones están todas en bancarrota porque están todas cimentadas sobre el mito de la violencia justificada, el mito de la guerra y la muerte necesarias para que haya justicia y paz.

El Cordero inmolado nos ofrece una alternativa. Que organicemos nuestra civilización humana basándonos en el amor, el perdón, la indefensión, el depender única y absolutamente de Dios. Es sólo cuando los humanos aprendamos a dejar que Dios sea quien lo controla todo, en lugar de pretender que sean nuestros gobernantes quienes lo (y nos) controlan, que por fin culminará en luz y alegría todo el potencial que encierra nuestra existencia como seres humanos.

No es éste el lugar ni la oportunidad para abundar más en este tema. Sólo que se vea que el Apocalipsis no es en absoluto difícil de entender si dejamos de dejarnos seducir por esas presuntas interpretaciones que siempre acaban defraudando con el paso del tiempo —y aceptemos que el único mensaje del Apocalipsis es el mismo mensaje de toda la Biblia cristiana: Que Jesús, el Cordero inmolado, en el propio acto de dejarse matar, ha vencido de una vez por todas toda la bestialidad y brutalidad que es capaz de dominar el corazón de los hombres.

21. ¿Es verdad todo lo que pone en la Biblia?

¡Desde luego que sí!

Esa respuesta afirmativa es necesaria y es, de hecho, una presuposición que acepta como «reglas de juego» todo cristiano. La Biblia es toda ella necesaria para entender lo que Dios pretende de nosotros en tanto que sus criaturas; y en el testimonio bíblico no hay engaño.

Dicho lo cual, es inmediatamente necesario observar que aunque todo lo que pone la Biblia es cierto, no lo son todas las interpretaciones de lo que pone, ni todas las formas de entender sus verdades. De hecho, a la luz de la extrema antigüedad de esta colección de do-

cumentos de muy diversos géneros literarios, sería muy raro que no nos equivocáramos, pensando entender cuando no nos estamos enterando de la fiesta.

Pero hay otro problema más hondo que el de solamente la antigüedad de estos documentos. Al fin y al cabo, ese es un problema que con dedicación y estudio sería posible superar en cierta medida. Pero tenemos un problema psicológico o espiritual de fondo, que es el de nuestra resistencia a cambiar; nuestra resistencia a ser radicalmente transformados por el testimonio de Dios en Cristo, que es el mensaje de la Biblia cristiana.

La Biblia viene a constituir una especie de espejo en el que la humanidad nos podemos ver —y horrorizarnos de nuestros desaciertos, nuestra crueldad e insolidaridad con el prójimo, nuestras formas de destrozar nuestros matrimonios y familias, nuestras ciudades, países y civilizaciones. La Biblia viene a pronunciar un veredicto divino de todo lo que habíamos considerado ser nuestros mayores logros: Todo ello resulta ser «pecado»; está construido sobre bases de injusticia y violencia, egoísmo y desamor.

La Biblia nos ofrece también una alternativa y una esperanza: la de dejarnos gobernar por Dios.

Pero en cuanto decimos eso, es evidente la trampa que esconde esa afirmación. Porque es precisamente en su afán por dejarse gobernar por Dios, que la gente religiosa —en la Biblia y en nuestra propia generación— cae bajo el influjo de personajes que, pretendiendo ser maestros de los hombres e intermediarios de Dios, nos llevan a cometer toda suerte de crueldades y violencia contra nuestros semejantes. Tal es así, que la *maldad religiosa* es de las peores maldades que asolan a la humanidad.

Como dijo Steven Weinberg: «La gente buena hace el bien y la gente mala hace el mal. Pero el que la gente buena haga el mal… eso sólo lo consigue la religión».

La Biblia, entones, también nos ofrece multitud de ejemplos de esto mismo. Toda clase de personas que actuando «de buena fe» y pretendiendo ser fieles y coherentes con lo que pensaban que Dios les exigía, cometieron genocidios, atrocidades indecibles, crímenes de lesa huma-

nidad, maldades tan palmarias que nadie sería capaz de proponérselas si no fuera bajo la inspiración del fanatismo religioso. La Biblia nos lo cuenta todo, sin inmutarse. Y se atreve a contárnoslo sin interpretar los hechos más que lo mínimo necesario —y a veces pareciera que ni siquiera nos aporta ese mínimo necesario.

La Biblia nos obliga a cada lector, a cada lectora, a ser agentes morales. Nos obliga a decidir si vamos a aceptar que esto o aquello de verdad fue palabra o voluntad de Dios —del Dios verdadero, el Padre de Jesucristo. Nos obliga a decidir si tales o cuales conductas pueden o pudieron ser, alguna vez en la historia de la humanidad, compatibles con el testimonio del Cordero inmolado.

O decidir si la Biblia sencillamente nos informa de que hubo personas capaces de pensar que Dios inspiraba tal o cual acción, pero obligándonos a decidir hoy que se equivocaron y proponernos solemnemente que nosotros nunca jamás caeremos en tamaño engaño.

Todo lo que pone la Biblia, entonces, es cierto. Tan cierto como que estas barbaridades —y también estos logros y esta belleza de espíritu— son parte del registro histórico de la humanidad y ocurren cada día en nuestra propia generación. Todo lo que es inmenso, maravilloso, bello, luz, armonía, amor, virtud… todo eso que cuenta la Biblia es una verdad tan cierta como el resplandor del sol. Y también lo es toda la bajeza, la vileza, el despropósito, la insinceridad, el uso de la religión para perseguir fines personales y saciar ambiciones desmesuradas… En ningún detalle de estas realidades nos miente la Biblia. Ni en la grandeza ni en la pequeñez del espíritu humano.

La Biblia —toda ella— nos cuenta la verdad. Pero para ello tiene que valerse del vehículo del lenguaje humano. Y aquí, en el lenguaje humano, la verdad tiende a hallarse por alusión, veladamente, en sentidos encubiertos o a contrasentido de lo que a primera vista pudiera parecer querer decir. Cuando en Génesis tenemos el cuadro de Dios que pone sobre un torno de alfarero el barro y con sus manos da forma al ser humano antes de soplar en él el aliento de vida… esto es una verdad meridiana. ¡Somos en efecto seres terrícolas, hechos de los minerales que se encuentran en este planeta —y a la vez somos, maravillosamente, cada cual, un ser creado expresa e individualmente por Dios.

¡Pero seríamos groseramente torpes si imagináramos que Dios se materializó como un Gran Alfarero que moldeó a Adán dejando escurrir el barro entre sus dedos sobre el torno!

¡Eso nos dejaría a Dios como creador de Adán, sí, pero no como creador de cada uno de nosotros, que hemos nacido por procesos biológicos. No, hay que suponer que todo ser humano —desde que existe el ser humano como tal— ha nacido, como nosotros, por los procesos biológicos que evolucionaron con el paso de miles de millones de años en este planeta. Pero tiene que ser posible añadir, como lo hace este relato de Génesis, que en ello hay también un «no se qué» de aliento divino que nos otorga nuestra individualidad y espiritualidad como seres humanos.

Toda la Biblia, incluso esta imagen tan «materializada» de Dios, nos descubre verdades y es, por consiguiente, cierta. Pero esas verdades se han tenido que explicar mediante metáforas, vuelos de imaginación, figuras, paradojas…

¿Se detuvo de verdad el sol en el cielo el día de la batalla que cuenta en Josué, capítulo 10? ¡Por supuesto que sí! El día duró todo lo necesario como para cumplir todos los objetivos militares que se había propuesto Josué —unos objetivos a todas luces imposibles de conseguir en tan pocas horas.

Pero… ¿se detuvo de verdad el sol? Si tenemos en cuenta lo que hoy sabemos de astronomía, la idea resulta ridícula, imposible y además, inoportuna. Desde luego si se detuvo el sol, tuvo que detenerse con él todo el sistema solar y la rotación de la Vía Láctea entera alrededor del agujero negro en su centro —y tal vez el movimiento de todas las galaxias del universo. Y aunque todo eso hubiese sucedido, ese día habría seguido durando las mismas 24 horas que siempre, puesto que la duración del día no depende del movimiento del sol. En todo caso tendría que ser el giro de la tierra sobre sí misma lo que se detuviera, provocando el efecto óptico de que era el sol el que se había detenido. O sea que no. El sol no se detuvo ni tiene sentido que el sol se detuviera para los efectos observados.

Los escribas de Israel no eran ni tontos ni ignorantes. Todo lo contrario: eran sabios y eran profesionales del conocimiento disponible

en su era y su civilización. Pero era materialmente imposible que alcanzaran a comprender los conocimientos científicos que ha desarrollado la humanidad en el transcurso de los últimos dos o tres siglos. Es descabellado esperar que los escribas de Israel se adelantaran miles de años a la acumulación lenta y trabajosa de los conocimientos científicos de la humanidad. Y además, si hubiesen escrito que se detuvo el giro de la tierra sobre sí misma, nadie habría sabido a qué se referían, ni qué podía tener eso que ver con la batalla en que estaba inmerso Josué. Los sabios escribas de Israel vivieron en su propia era y escribieron para lectores y oyentes de su propia era —y escribieron ciñéndose a los conocimientos disponibles en su propia era. Más que eso no era ni necesario ni útil para expresar las verdades que era su deber comunicar.

¿Es por ello falso el relato de que el sol se detuvo? Quien es tan porfiadamente torpe como para imaginar que la única manera de ser esto cierto es que sea cierto materialmente como fenómeno astronómico, insistirá que sí —es decir, que el relato bíblico es falso. Los que entendemos que las palabras humanas pueden ser ciertas y no mentir aunque lo que expresan no sea siempre exacto, nos conformamos con constatar que Josué consiguió los objetivos militares que en cierto momento parecían imposibles con las horas que le quedaban al día. Y para expresar eso, nos parece perfectamente válida la metáfora o figura de que el sol se detuvo en su deambular por el cielo.

Siempre que Josué haya existido y que esa batalla haya acontecido. Lo cual nos lleva a la siguiente pregunta.

22. ¿Los hechos históricos narrados en la Biblia sucedieron todos tal cual pone?

En principio, sería posible sencillamente saltarnos esta pregunta sin considerarla seriamente, mediante una afirmación dogmática: Dios sembró directamente en las mentes de los autores bíblicos la información exacta de cada hecho y cada conversación que narran. Quien se da por satisfecho con esa respuesta, puede saltar directamente a la siguiente pregunta.

Supongo que quien ha aguantado hasta este punto en la lectura de estas preguntas y respuestas, no va a querer saltar ahora a la siguiente pregunta sin leer los párrafos a continuación. Confío que quien siga leyendo no se arrepienta de ello; pero queda advertido de que lo que sigue a continuación no es esa afirmación dogmática. Al contrario, yo estoy convencido de que los autores de la Biblia jamás pensaban estar escribiendo historia exacta de los hechos, sino que sabían que estaban *interpretando* la historia conforme a la visión de la vida que les aportaba su fe en Dios.

Si era imposible —y además el resultado habría sido incomprensible para sus contemporáneos— el que los sabios escribas de Israel dispusieran de todo el cúmulo de descubrimientos científicos que la humanidad tardaría miles de años en adquirir con mucho trabajo y esfuerzo, también era imposible que dispusieran de la clase de herramientas y metodología de investigación histórica que hoy poseemos.

De hecho, no hay ningún material en la Biblia que sea realmente equiparable a lo que es el estudio moderno de los hechos históricos, con métodos científicos de control, cuyo fin es filtrar las *opiniones* sobre lo que sucedió, distinguiendo claramente entre opiniones y recuerdos subjetivos, y hechos históricos de fiabilidad objetiva contrastada.

Tampoco es que nuestros historiadores modernos estén libres de la opinión subjetiva. Pero al menos suelen ser conscientes del problema. Algunos, entonces, escriben de maneras franca y abiertamente subjetivas sobre el pasado, dejando claro que lo que vierten por escrito son opiniones y dejando ver claramente el sesgo que procuran imprimir a su manera de describir el pasado. Mientras que otros intentan todo lo contrario: conscientes del sesgo de sus propias opiniones, procuran con tanto mayor esmero hacer constar las opiniones contrarias —aunque más no fuera en notas a pie de página y en una extensa bibliografía al final de sus escritos— para que quien así lo desea, pueda investigar por su propia cuenta y sopesar la multitud de opiniones discrepantes sobre los hechos acontecidos.

Con la historia sucede, entonces, algo parecido a lo que sucede con la información periodística. Hay quien nos brinda la información de formas claramente manipuladas, queriendo aparentar seriedad periodística y aportando fotografías, secuencias filmadas y la opinión de

(presuntos) expertos que nos informan sobre lo que «realmente» ocurrió. Pero hay también periodistas que se esfuerzan sinceramente por superar el sesgo de sus propias opiniones o el sesgo de los que les proporcionan la presunta información (que ya puede llegarles intencionadamente tergiversada y manipulada), tratando de brindar al lector o televidente una interpretación más neutral o fehaciente de los hechos acontecidos. En ningún caso es fácil, incluso para los profesionales más concienzudos —a pesar de toda la tecnología y los métodos de investigación a nuestra disposición hoy día— poder afirmar a secas: «Esto es lo que sucedió». No es fácil para lo que es noticia hoy ni lo es narrar la historia de un pasado remoto.

El que no sea fácil ni quizá nunca del todo posible, sin embargo, no resta de la realidad de que los historiadores serios realizan hoy día el máximo esfuerzo por conseguirlo y por neutralizar el sesgo interesado de su propia ideología personal.

Para la investigación del pasado hay todo un amplio abanico de fuentes de información.

En primer lugar y de especial importancia, está la documentación original pertinente. Boletines oficiales de los órganos estatales, censos, certificados de nacimiento y defunción, documentación de pago de impuestos o de compraventa de bienes inmuebles, etc.

En la Biblia no tenemos ninguna información de este tipo. A lo sumo —en unas poquísimas instancias— tenemos toda una larga cadena de copias de documentos antiguos, cuya calidad como copia fiel desconocemos; por ejemplo algún censo militar y listas de poblaciones en determinados territorios. Pero en ningún caso disponemos de los propios documentos originales ni podemos precisar de qué época datan ni para qué fines fueron redactados.

Para la investigación histórica hay también documentación muy útil pero que necesitará ser contrastada con otras opiniones: la correspondencia de los protagonistas, sus opiniones vertidas al ser entrevistados por periodistas, sus memorias escritas en el ocaso de sus vidas, la información periodística que aparecía en los medios de comunicación, etc. Luego también las crónicas o anales de los reyes y los escritos histo-

riográficos realizados anteriormente sobre la misma época y lugar por otros autores.

En el Antiguo Testamento tenemos bastante de esto: las opiniones transmitidas de generación en generación por los sabios escribas de Israel, acerca del cómo y el porqué de determinados episodios de la historia de sus antepasados. Opiniones claramente confesionales, inspiradas por una manera concreta de entender el desenlace de la historia nacional de los judíos. Ninguna otra motivación de ninguno de los protagonistas cuenta salvo esta única motivación: que Dios castiga a los que se olvidan de su Ley y recompensa a los que la cumplen. ¡Naturalmente, los propios protagonistas —tanto los reyes y particulares judíos como los de todas las naciones vecinas— habrían sostenido opiniones muy diferentes acerca del cómo y porqué de los hechos y sobre las motivaciones de las personas involucradas!

Existe también otro tipo de fuente de información que nos ayudará a comprender los tiempos y las formas de pensar en aquel momento histórico: el arte pictórico y esculpido, la arquitectura, la música, las obras de teatro, la poesía… y las novelas escritas en la época. Desde luego no hubo un tal Sherlock Holmes que viviera en la Calle Baker de Londres a finales del siglo XIX. Pero los cuentos sobre este detective imaginario que escribió Sir Arthur Conan Doyle, nos pueden aportar utilísimos conocimientos acerca de la vivencia a diario en las calles de Londres en aquellas décadas. Las novelas nos «mienten» descaradamente en el sentido de que lo que nos cuentan que pasó es pura ficción nacida de la imaginación del novelista. Pero por otra parte nos pueden contar muchísima verdad acerca de las ideas, las motivaciones, las supersticiones, religión, ideales, prejuicios morales y políticos, etc., de la época cuando se escribió la novela. A su propia manera, entonces, la novela nos puede resultar tanto o más útil que la crónica de las batallas de un rey, para reconstruir «la verdad» sobre su reinado.

El Antiguo Testamento, en tanto que obra literaria de singular valor como prosa y poesía de la nación hebrea, podría todo él ser considerado como de especial valor para comprender la mentalidad, las costumbres y las convicciones de los que nos lo legaron. Como en última instancia quienes nos legaron estos textos fueron la propia cadena de quienes la fueron copiando, sólo nos puede ser de utilidad para un

período anterior, en la medida que seamos capaces de desentrañar los anacronismos que conservan. Es decir, cuando los escribas de los últimos siglos a.C. terminan de dar su forma presente a estos escritos, si (1) conservaron fielmente el registro de las motivaciones, prejuicios, convicciones y mentalidad de eras anteriores y si (2) somos capaces de descubrir de qué época datan esas ideas anteriores a las de los escribas que nos las transmiten, entonces (3) la literatura de Israel nos puede aportar datos útiles sobre determinados períodos de un pasado remotamente anterior a estos escribas. De lo contrario, lo que siempre nos indicarían sería la mentalidad y las opiniones del propio colectivo de escribas de Israel. Esto también sería muy útil, desde luego; aunque muy limitado en cuanto a lo que nos pudiera informar sobre el mundo en épocas anteriores.

En el caso del Nuevo Testamento, sabemos que todos sus escritos datan de un período abarcado por unas muy pocas décadas, sobre las que además tenemos abundante información de otras muchas fuentes griegas y latinas. Es mucho más fácil, por consiguiente, utilizar el Nuevo Testamento como textos literarios que nos ayudarán a comprender las ideas y hábitos, religión y convicciones de las primeras generaciones cristianas en el Imperio Romano.

Sobre otros tipos de manifestaciones de la cultura humana: arte, escultura, arquitectura, etc., volveremos más adelante al abordar lo que puede contribuir la arqueología a la comprensión de los tiempos bíblicos. En todo caso tenemos en la Biblia, eso sí, la descripción de algunos edificios y el listado de los instrumentos musicales y la vestimenta que se emplearon para determinados actos litúrgicos.

En la reconstrucción de los hechos históricos también nos puede ser muy útil —en el mismo sentido y como parte de su legado literario— la mitología de un pueblo. Los mitos son cuentos sobre los dioses y espíritus que controlan la existencia humana. El término «mito» no es en absoluto equivalente a la palabra «mentira», como se cree popularmente. Pretendían describir los aspectos más profundos y escondidos de la realidad, los motivos últimos de que las cosas fueran como eran. Estas historias sobre la actividad de los dioses pretendían explicar los fenómenos naturales, los ciclos anuales del clima, las realidades ocultas que hacían que determinados reyes hayan llegado a ostentar un poder

de vida y muerte sobre cientos de miles de sus semejantes o que conducían al desenlace favorable o desfavorable de las batallas. Hoy tal vez no nos satisfagan como explicación ni de los fenómenos naturales ni de los acontecimientos históricos. Pero no nacieron como mentira sino como intento de aportar una visión coherente de la realidad. Los mitos fueron en gran medida instrumentos de propaganda política que defendían la legitimidad de los gobernantes de turno. Pero incluso entonces, su credibilidad dependía de su verosimilitud: tenían que parecer dar sentido real a las vidas de las personas que adoraban a esos dioses y les atribuían esos poderes y ese control sobre la realidad.

En la Biblia tenemos también, naturalmente, bastante mitología. No, desde luego, en el sentido de «mentira», sino en el sentido de ser narraciones donde quienes actúan y controlan los destinos humanos son seres sobrenaturales: dioses, demonios, ángeles, querubines, etc. La mitología bíblica es asombrosamente sobria para su era, puesto que es notable el impulso monoteísta que inspiró a sus autores. En lugar de una proliferación florida de diferentes dioses que ganaban o perdían poderes según pasaba el tiempo y por la rivalidad que había entre ellos, tenemos con claridad meridiana un único Dios digno de ser adorado como tal: el Señor, el Dios de Israel. (Aunque en el Antiguo Testamento los dioses de los pueblos vecinos a veces parecen cobrar vida como seres que de verdad existían y se oponían al Dios de Israel; y en el Nuevo, los demonios llegan a ostentar a veces precisamente la clase de poderes que los paganos atribuían a sus dioses.)

Desde el siglo XIX se difunde extensamente el género literario de la novela histórica. La narración de una historia anovelada, donde los personajes históricos interactúan con diálogos verosímiles y donde podemos ver sus motivaciones personales secretas, ya venía siendo explorada ampliamente en toda Europa en obras de teatro y poemas épicos y óperas desde hacía siglos.

El Cantar del Mío Cid sería un ejemplo temprano en la literatura castellana. Los hechos que apartan de Burgos a Rodrigo Díaz de Vivar y lo impulsan a la conquista de Valencia, y el frustrado matrimonio de sus hijas con los Condes de Carrión —que despejaría el camino para que casaran con las casas de Navarra y de Barcelona— son sin duda históricos. Pero en el Cantar tenemos discursos pronunciados ante un público

y conversaciones privadas, hazañas de armas, algunas escenas cómicas y otras trágicas. Un fraile más hábil con la espada que con el misal, a quien el Cid acabará concediendo el obispado de Valencia. Tenemos el pueblo llano de Burgos y las mesnadas del Cid, que hallan voz y expresan sus comentarios sobre los hechos… En fin, todos los ingredientes de una novela histórica. O de una historia anovelada, que vendría a ser más o menos lo mismo.

Esta venía siendo la usanza de los libros de historia desde tiempos de los griegos y romanos. Para variar el estilo y que no decayese el interés del lector (o del oyente, que era lo más frecuente) había que sazonar la fría relación de los datos con discursos apasionados, conversaciones privadas, detalles personales que no son esenciales para la propia historia pero en cambio humanizan o ennoblecen a los protagonistas. Tampoco sobraba suscitar pasiones de vez en cuando narrando los vaivenes de una batalla. O adelantarse a los hechos con los augurios y premoniciones de algún sabio o mago de turno. O despertar el fervor religioso con apariciones de la Virgen o de algún santo notable.

Todo esto se consideraba legítimo en los libros de historia, siempre y cuando las palabras que se ponía en boca de los protagonistas en sus diálogos indicaran fehacientemente las opiniones y actitudes que era verosímil atribuirles. Desde luego no habría sido considerado correcto atribuir una lealtad política a quien profesaba otra; ni líos amorosos a quien era recordado especialmente por su castidad. Pero si el autor no falseaba a propósito los hechos y los personajes, atribuyéndoles a sabiendas virtudes o defectos que sabía bien que no les eran propios, tenía bastante libertad para improvisar todas las conversaciones, cartas y escenas que le parecieran oportunas para realzar el interés de su historia.

¿Es falsa la historia redactada así? No necesariamente. La novela histórica o historia anovelada puede transmitir el conocimiento de hechos históricos contrastados. Puede ser, además, la única forma de historia que suscite el suficiente interés como para ser copiada, releída, recordada… y transmitida a otras generaciones. Las secas y áridas listas de hechos, impuestos recaudados, partidas de nacimiento, bodas y defunciones, etc., correrán muy peor suerte en la competencia por ser mantenidas vivas y transmitir su información a las generaciones

posteriores. ¿Pero los hechos históricos transcurrieron tal cual los pone una historia anovelada? Sí y no. Aunque transmiten fielmente muchos datos históricos, ya hemos dicho que el autor ha tenido amplia libertad para imaginar cómo pudieron suceder los hechos y crear escenas enteras de su imaginación. Escenas y conversaciones que son necesariamente pura invención —pero que no por eso constituyen una falsificación o mentira. Escenas y conversaciones sin las que, tal vez, el resultado sería *menos cierto*, puesto que carecería de los elementos que humanizan o ennoblecen a los protagonistas para que les podamos ver acaso más claramente como realmente fueron.

Los sabios escribas de Israel no disponían de otros métodos de investigación y narración histórica que los que eran propios de su civilización y su era. El resultado es que los relatos históricos bíblicos tienen mucho más en común con la novela histórica, o historia anovelada, que con ningún otro estilo literario. Sería por ello muy azaroso atreverse a afirmar que tal o cual personaje dijo en efecto estas palabras y no otras que iban a parar en lo mismo; o que en determinada batalla murieron exactamente éstos miles (siempre en números redondos) de combatientes y civiles y no otro número cualquiera. Es posible que como en las novelas históricas, haya personajes enteros surgidos de la imaginación de un autor... pero que esa invención, en lugar de falsear y restar credibilidad a la historia, realmente consiga acercarnos a la historia con más exactitud que si ese personaje no se hubiera inventado.

Aquí hace falta recuperar, otra vez, la noción de que lo que nosotros consideramos «historia» en la Biblia, no nació como historia en el sentido moderno, sino como «la Ley y los Profetas». En tanto que Ley, pretende instruirnos los valores, actitudes y conductas apropiadas para ser el pueblo santo de un Dios santo. Y como Profetas, pretende hacernos comprender el veredicto del Dios de Israel sobre todos aquellas generaciones de Israel e inspirar fe y confianza en la intervención benigna de Dios en nuestras propias vidas. Puede funcionar perfectamente como Ley y Profetas sin que sus autores hayan tenido que adelantarse miles de años a los métodos de investigación y escritura histórica al uso hoy en día. De hecho, es necesario preguntarnos si contando las cosas

como nuestros historiadores las contarían hoy, acaso no se perderían elementos esenciales de su testimonio como Ley y Profetas.

En el Nuevo Testamento, ya hemos observado que sólo Lucas, en sendos prólogos a su evangelio y al libro de Hechos, indica conocer los métodos más avanzados de historiografía al uso hace dos mil años. Y también hemos indicado que al final, pudo más su impulso como «evangelista» que el propósito de escribir con imparcialidad histórica. Al final los evangelios y Hechos —lo más parecido a historia que tenemos en el Nuevo Testamento— tampoco son historia sino la reconstrucción de los hechos según se ven con los ojos de la fe, confesando que Jesucristo es el Señor y el dador del don del Espíritu Santo a la Iglesia. ¿Contienen los evangelios y Hechos datos históricos de valor para recordar el ministerio de Jesús y las primeras décadas de la Iglesia? ¡Por supuesto que sí! ¿Sucedieron los hechos exactamente como los narran, entonces? El propio hecho de que disponemos de cuatro evangelios que son todos diferentes entre sí, ya nos da la respuesta. Hay que suponer que si contásemos con cuatro narraciones sobre los primeros años de expansión de la Iglesia, también serían diferentes entre sí.

¿Podemos fiarnos de lo que ponen? ¡Pues claro! Siempre que entendamos que la versión de los hechos que traen se parecerá mucho más a lo que nosotros hoy día entenderíamos ser una historia anovelada o una novela histórica, que a datos históricos fríos e imparciales, estos escritos nos resultarán de enorme utilidad para los fines de edificación de la Iglesia con que fueron escritos.

Y por último, para tiempos muy remotos, la investigación histórica moderna dispone de los descubrimientos hallados en excavaciones arqueológicas. Las antiguas ruinas de las ciudades del pasado nos pueden aportar datos que nos ayuden a contrastar lo que pensamos que hemos aprendido de las fuentes escritas. Nos pueden dar a veces un marco de referencia temporal para establecer cuándo pudieron ocurrir determinados hechos. Los hallazgos de monedas, piedras talladas o edificadas unas sobre otras, sellos estampados en vasijas de barro, huesos humanos y de animales domesticados, herramientas y todo tipo de utilería de bronce (los objetos de hierro se oxidan hasta desaparecer con el tiempo), nos pueden sorprender con una riqueza insospechada de información.

También es posible descubrir palabras escritas en tiempos muy remotos. Al contrario que la Biblia, que tuvo que ser copiada multitud de veces hasta llegar a nosotros hoy, las letras talladas en piedra o pintadas en una pared, son «originales». Se escribieron, el lugar fue destruido por una guerra o por el paso del tiempo… pero esos escombros hoy nos hablan sin la intermediación de toda una multitud de copistas y ponen hoy lo mismo que ponían entonces. Lo que ponen puede no ser cierto; pero al menos sabemos que cuando se escribieron, alguien pensó que eran dignas de tallar en piedra o pintar en una pared.

Por la propia naturaleza de la excavación arqueológica —cuyos hallazgos están sometidos al capricho de la conservación durante miles de años y el hallazgo oportuno en condiciones de excavación científica que garanticen la fiabilidad del descubrimiento— no será normalmente capaz de informarnos sobre individuos particulares que susciten nuestro interés por figurar en la Biblia. Por no haber, no hay ni rastro de la mayoría de los reyes de Israel y de Judá. Se ha descubierto una inscripción del siglo IX a.C. que menciona la derrota de «la casa de David», lo cual confirmaría la existencia de un reino fundado por alguien con ese nombre. De Salomón, ni eso.

Pero podemos saber si Jericó era una ciudad habitada y amurallada en la época cuando se supone que sus murallas cayeron ante las alabanzas del ejército de Josué. Podemos calcular las hectáreas que ocupaba Jerusalén en el siglo X a.C., cuando fue conquistada por David y embellecida por Salomón; calcular la densidad de su población; y de esos datos tener una aproximación de la importancia real de la ciudad en comparación con otras ciudades vecinas. Y podemos comparar esos datos con los de otros siglos anteriores y posteriores, hasta estar en condiciones de afirmar que sólo hubo dos reyes en tiempos bíblicos con quienes la población de la ciudad de Jerusalén aumentó notablemente: el rey Manasés (que desafortunadamente es «el más malo» de todos los reyes de Jerusalén según 2 Reyes); y Herodes el Grande (que desafortunadamente es «el malo» de la historia de la Navidad).

Lo más aproximado a datos arqueológicos que nos aporta la Biblia, son ciertas afirmaciones en el sentido de que tal o cual piedra o señal permanece «hasta hoy» como memorial de algún evento en el pasado remoto. «Hasta hoy», naturalmente, es hasta entonces, cuando se escri-

bió eso. Lamentablemente, ninguna de esas señales han permanecido hasta el presente; por lo que es imposible estudiarlas y tratar de evaluar la información que se suponía que aportaban.

Quizá sea este el momento oportuno para comentar la idea final que dejábamos en el aire al finalizar la respuesta a la pregunta anterior. Los restos arqueológicos y los escritos que se conservan de las otras naciones de aquella era, sólo «confirman» la existencia de unos pocos reyes de Samaria y Jerusalén, pero no de ningún otro personaje importante del Antiguo Testamento. Por consiguiente, es imposible saber —en el sentido científico, como resultado de una investigación histórica contrastada— si todos los personajes bíblicos existieron. Esto da pie a que no falten quienes pongan en duda la existencia de los patriarcas, de Moisés y Josué y los jueces, de Saúl, David y Salomón… y todos los hechos que les atribuye la Biblia. Esa duda radical es una opinión minoritaria, pero es una opinión posible y respetable desde un punto de vista estrictamente histórico, puesto que nuestra única fuente de información sobre casi todos ellos es el texto bíblico. Un texto cuyos manuscritos más antiguos que poseemos, son de muchos siglos después de los hechos narrados.

Al día de hoy, entonces, la mayoría de los expertos tiende a fiarse bastante de la capacidad profesional de los escribas de Israel para transmitir una narración histórica más o menos ajustada a los hechos transcurridos, aunque anovelada en muchos particulares. Quien escribe me inclino por aceptar esta opinión mayoritaria, aunque no me siento en absoluto capacitado para afirmarla rotundamente.

Sin embargo una minoría opinaría que lo que nos ha llegado es un extenso tratado sobre las virtudes del Dios de Jerusalén, cuyas coincidencias con los hechos históricos son muy escasas. «Israel» habría sido un pequeño reino regional de religión politeísta cuya capital, Samaria, fue destruida por los asirios. «Judá» habría sido un reino insignificante más al sur cuya capital, Jerusalén, sólo habría cobrado algo de importancia en el siglo inmediatamente antes de su destrucción por los babilonios. Durante los siglos X-VI a.C. (el período tratado en 1 Samuel - 2 Reyes), los filisteos habrían sido siempre la potencia regional dominante, aunque sometidos a la presión y frecuentemente al vasallaje de los grandes imperios de Egipto y la Mesopotamia. El

despegue definitivo del monoteísmo que a la postre sería característico de la religión judía, habría sucedido entre los escribas de la Diáspora a partir del siglo VI a.C.

Resumiendo para llegar a una conclusión, entonces:

Incluso con los métodos modernos de fotografía, filmación, grabación en audio de declaraciones y entrevistas, documentación extensa de todo tipo de actos y hechos, es muy difícil evaluar objetivamente si la presunta «información» que nos dan los periodistas en la televisión y los periódicos, refleja fehacientemente los hechos que pensamos estar viendo en el telediario o leyendo en el periódico. De hecho, nos consta por las constantes rectificaciones posteriores, que una enormidad de lo que se nos da como información fiable de los hechos, venía a ser incompleto en el mejor de los casos; y otras veces, claramente manipulado y falso. Tanto más difícil es decir sin el más mínimo asomo de duda que esto o aquello sucedió en el pasado remoto, del que no disponemos de esa riqueza de documentación.

Pero los autores de la Biblia no disponían de la metodología ni de los medios tecnológicos para realizar investigaciones históricas contrastadas.

De hecho, ni siquiera lo intentaron.

Lo que nos legaron fue sus convicciones y su fe, sus opiniones y el veredicto del Dios a quien adoraban, sobre las generaciones de sus antepasados. Y una manera de ver el pasado que les inspiraba a ser fieles con ese Dios y obedientes a sus preceptos hoy, con la esperanza, la fe y la confianza de que el mismo Dios que había guiado a sus antepasados, les daría a ellos y a sus descendientes la bendición de su cercanía, su amor y su guía.

No es lo mismo que afirmar rotundamente que «los hechos históricos narrados en la Biblia sucedieron todos tal cual pone». Pero es lo que hay.

Dicho todo lo cual, no es en absoluto desdeñable el esfuerzo por transmitir fielmente la información que los escribas de Israel tenían disponible sobre sus antepasados y que, aunque más o menos incompatible con la trama de la «historia anovelada» que iban creando, pudiera contener datos pertinentes.

Así, por ejemplo, tenemos dos versiones sobre la expansión de la humanidad por toda la tierra. En Génesis 10 tenemos una difusión progresiva y natural, donde cada rama de la familia humana se dirige en una dirección diferente hasta constituir los antepasados de todos los países conocidos por los hebreos. (Naturalmente, nada sabían ellos de los indios, los chinos, los japoneses, los australianos, los polinesios o los americanos, cuyo origen por consiguiente queda sin explicar.) Paralelamente, en Génesis 11 tenemos el pintoresco relato de Babel y un intento de contravenir la orden de Dios de «llenar (toda) la tierra», donde es sólo al cabo de una intervención posterior de Dios que empieza la dispersión humana por el mundo. Esto nos indica que los escribas de Israel prefirieron transmitirnos dos versiones incompatibles de un mismo fenómeno histórico, al ser incapaces de determinar cuál de los dos sería el verdadero.

Entre las leyendas que conservaban los escribas acerca de los patriarcas de Israel, hallamos la de la matriarca en el harén de un rey extranjero. El problema es que se recordaban versiones diferentes de la leyenda. En una versión se trata de Sarai en el harén del rey de Egipto; en otra, es Sara en el harén de Abimelec, rey de Gerar; y en una tercera versión también figura Abimelec, pero en este caso la matriarca es Rebeca. Indecisos sobre cuál versión es la correcta, los escribas las incluyen todas (en Gn 12, 20 y 26, respectivamente) aunque la idea de *reincidencia* en un mismo error acaba resultando muy inverosímil. En cualquier caso, es obvia la intención de no dejar caer en el olvido ninguna información, aunque ésta resultase incompatible con la que tenían de otras fuentes.

Otro ejemplo sería el de la creación de una segunda versión de la historia del reino de Judá en los libros de Crónicas. La reflexión posterior sobre los hechos y tal vez (aunque es imposible de precisar con seguridad) la existencia de datos que no habían hallado cabida en Samuel-Reyes, inspira a los escribas a brindarnos esta segunda versión de los hechos, que no sustituye la versión de Reyes sino que pone en paralelo otra manera de explicarlos. Esto es muy parecido a lo que hacen los historiadores hoy cuando les es imposible juzgar cuál de las versiones de lo sucedido es la más exacta.

Es notable, por ejemplo, la diferente evaluación del rey Manasés que hallamos en 2 Reyes y 2 Crónicas. 2 Reyes culpabiliza a Manasés de la caída de Jerusalén a pesar de las importantísimas reformas realizadas por su sucesor Josías, tachándolo de ser el peor de todos los reyes de la historia de Jerusalén. Los escribas que crearon Crónicas, sin embargo, no pueden más que notar que a pesar de todo, ningún rey de la dinastía de David se aproximó ni de lejos a los 55 años de gobierno y prosperidad que se recordaban del reinado de Manasés. ¡Algo tenía que haber hecho bien para que obtuviera tanto éxito!

El hecho de que se conservasen cuatro evangelios, por otra parte, indica también un esfuerzo historiográfico digno en las primeras comunidades cristianas, que admiten con asombrosa modernidad, el que puedan existir diferentes maneras de contar el ministerio y la pasión y resurrección de Jesús. Tal vez ninguno de los cuatro sea «exacto» en todos sus detalles; pero si leemos los cuatro, esta superposición de narraciones de los hechos puede acercarnos a la auténtica realidad histórica mejor que una versión única.

En cualquier caso, las dificultades que entraña poder hacer afirmaciones con rotundidad sobre hechos acontecidos en el pasado —cualquier pasado, no sólo el bíblico— deberían llevarnos a relativizar la importancia de la Biblia como «historia» y reafirmar su importancia imperecedera como «ley» o «sabiduría» y como «profecía». Las narraciones bíblicas —y toda la Biblia— resultan «proféticas» en cuanto que declaración de cómo ve Dios nuestras vidas, familias, naciones y civilizaciones humanas. Las narraciones bíblicas —y toda la Biblia— brindan «sabiduría» (o «ley» en el sentido de *instrucción* o *formación en valores*) en cuanto que son el producto de generaciones de sabios que meditaron sobre la vida humana y sobre el Dios que da sentido a nuestra existencia. Inspiran también «sabiduría» y «profecía» en quienes leen y meditan estos textos desde otras civilizaciones, miles de años más tarde. Leyendo y meditando y aprendiéndonos de memoria estos textos, llegamos inevitablemente a conclusiones propias acerca de la vida, la conducta moral y ética en relación con el prójimo y la justicia y el amor que agradan a Dios.

Una última reflexión. Las dificultades que entraña poder hacer afirmaciones con rotundidad sobre hechos acontecidos en el pasado está

impulsando últimamente a algunos a replantearse el mensaje del Antiguo Testamento. Durante todo el siglo XX se ha tendido a enfatizar «la Historia de la Salvación» —la actividad de Dios en la historia de Israel— como el mensaje principal del Antiguo Testamento. Esto llevó a desenfatizar otros temas que también figuran, como el de la Creación. Si nos centramos excesivamente en la historia de un grupo nacional particular durante el milenio hasta la llegada de Cristo, es fácil perder de vista que este planeta Tierra existió como creación divina durante muchos millones de años antes de que apareciera el hombre; y que la humanidad existió durante cientos de miles de años antes de aprender a escribir y a recordar su «historia».

La Biblia nos enseña que nuestra existencia humana tiene un propósito y está dirigida por Dios hacia su culminación de reconciliación de la humanidad con Dios. Pero esta historia existe *superpuesta a otras realidades* que son fundamentalmente cíclicas. La Tierra gira sobre su eje cada 24 horas. Los ciclos lunares y las estaciones del año son también movimientos circulares. La contaminación atmosférica —y otros eventos puntuales— produce cambios climáticos predecibles que han puesto en aprietos la existencia de la vida dando lugar a extinciones masivas seguidas de una nueva maravillosa diversificación a partir de las especies sobrevivientes. Es hora de recuperar la visión de Génesis, de que este planeta es el Huerto de Dios y que la humanidad somos hortelanos por cuenta ajena, para cultivarla y cuidarla con responsabilidad.

O aprendemos a convivir pacíficamente con este planeta o desapareceremos y dentro de algunos millones de años la existencia de la humanidad sólo será un dato más que esconde el registro fósil de las piedras. A lo que más se parecerá es a la invasión masiva de un virus que se difundió muy rápidamente pero que al final fue eliminado para que el planeta pudiera recuperar un equilibrio biológico. Y desde esa perspectiva, poco importa «la Historia» de los últimos dos o tres mil años; y poca significación parecerá tener el hecho de que Dios haya intervenido o no en esa Historia para favorecer a algunos de los humanos más que a otros, porque unos «hallaban gracia delante de él» pero otros no.

Esta visión del Dios bíblico como Señor de la Creación, ordenador de los grandes ciclos de la existencia de nuestro planeta, Creador no sólo

del ser humano sino de *todo* lo que existe y que lo declaró *todo* «bueno», parecería merecer énfasis a la par que la elección de Israel y la historia subsiguiente. Esto nos haría volver al testimonio bíblico y recuperar por ejemplo el discurso «naturalista» de Dios ante las quejas de Job, así como los salmos donde los cielos y la tierra también —no sólo los seres humanos— cuentan la gloria de Dios...

23. ¿Quién debe leer la Biblia?

¡Todo el mundo está invitado a leer la Biblia!

Jamás en la historia de la humanidad, ha habido un libro como éste, disponible en tamaña multitud de lenguas y dialectos, idiomas vivos y lenguas muertas —o en vía de desaparición, como los muchos idiomas tribales que sólo hablan unos pocos miles de individuos. Y para las lenguas de mayor divulgación, como el español, ¡qué riqueza de abundancia de diferentes traducciones hay a disposición del lector o la lectora!

Casi todo el mundo *puede* o *podría* leer la Biblia si quisiese (o si no lo tuviese prohibido por sus gobernantes), lo cual es un fenómeno asombroso e incomparable.

¿Quién debe leer la Biblia?

Desde luego, todos los cristianos se beneficiarían enormemente de cultivar el hábito diario de pasar algún tiempo dedicado a la lectura de la Biblia, a aprenderse de memoria algunas de sus enseñanzas y salmos y a meditar y reflexionar sobre la luz que aportan a su vida.

A los cristianos que saben leer, se les presupone el hábito de lectura bíblica. Y para los que son analfabetos, en muchos idiomas existen ya grabaciones de lecturas realizadas por actores y actrices u otros lectores sobradamente competentes, para que puedan oír la versión en audio de ciertas porciones o incluso, en algunos casos, de toda la Biblia. Se les presupone, además, una especial *motivación para aprender a leer.* Esa motivación añadida ha sido típica de todos los cristianos desde que se inventó la imprenta y el acceso a los libros dejó de ser el privilegio de unos pocos.

¿Quién debe leer la Biblia?

Toda persona del mundo occidental; donde se incluye no sólo a los europeos sino también a los americanos, africanos y asiáticos que reconocen en Europa las raíces de su cultura, lengua, literatura, arte, música, y tradición religiosa cristiana —aunque ya no practiquen el cristianismo ni tal vez ninguna otra religión.

El arte, la música, la literatura y la mentalidad de Occidente no se pueden alcanzar a entender sin la enormidad de la influencia de los textos bíblicos. Por pura curiosidad histórica y aunque más no fuera para no ser un ignorante acerca de las raíces de su propia cultura, todo occidental debería conocer —como mínimo— las historias bíblicas más representativas. Y toda persona en Occidente que se considere verdaderamente culta, debería haber leído extensas porciones de la Biblia; aunque es fácil de comprender que se salte por alto ciertos pasajes especialmente «pesados» y áridos (como las genealogías de los primeros capítulos de 1 Crónicas).

También harían bien en leerla los que se identifican claramente como *no* occidentales. Aquellos para quienes su seña de identidad es un nacionalismo asiático, africano o aborigen americano o australiano, aquellos que reivindican el postcolonialismo y el antiimperialismo, deberían leer la Biblia precisamente para comprender la cultura y la forma de pensar de los occidentales —que ellos rechazan. Así, al insistir en rechazar la cultura y las formas de Occidente, al menos comprenderán en mayor profundidad contra qué luchan; puesto que la Biblia es tan fundacional para la cultura occidental.

Tampoco errarían en leerla los musulmanes, hindúes, budistas y practicantes de todas las otras religiones del mundo. Como todo el mundo que ha sido tan colonizado por Occidente, sus religiones han acabado por definirse en gran medida como lo contrario a o distinto que el cristianismo. Leyendo la Biblia tal vez descubran que mucho de lo que trae tampoco era tan diferente de lo que ellos también creen; y en lo que les parece ofensivo o repulsivo o inaceptable desde el punto de vista de su propia religión o reivindicación particular, al menos sabrán de dónde les vienen a los cristianos estas ideas y estas costumbres que rechazan. Y con conocimiento de causa… mejor podrán defenderse contra el cristianismo, si es lo que pretenden hacer.

¿Quién debe leer la Biblia?

Tienen también especial responsabilidad de leer la Biblia, por último, aquellos ateos cuyo ateísmo nace del rechazo frontal contra el cristianismo. Hay ateos que lo son por otros motivos. Pero los que son ateos porque juzgan inaceptable el cristianismo que han visto o que les han querido imponer desde pequeños, deberían saber sustentar ese rechazo juzgando no solamente los actos de los cristianos sino la fuente de la enseñanza cristiana. Tal vez descubrirían que las mismas conductas y actitudes que ellos rechazan, son rechazadas también por la Biblia. Porque hay mucho cristiano que cree supersticiosamente en la Biblia, pero no vive como ésta manda vivir.

Quién sabe, tal vez en torno a la Biblia leída con sencillez y apertura, algunos cristianos practicantes y algunos ateos descubramos tener muchos más valores en común que lo que se sospechaba. Y tal vez también compartamos un mismo rechazo de cierto estilo de religión fanática, oscurantista e intolerante, que ofende la sensibilidad moral de tanta gente de bien. Leyendo la Biblia juntos, quizá descubramos que por lo menos algunos cristianos, tampoco creemos en los dioses o en el dios en que no creen los ateos. No en balde la acusación más habitual contra los primeros cristianos, en el Imperio Romano, era precisamente la de ateísmo.

24. ¿Por qué me aburre la lectura de la Biblia?

La lectura puede aburrir sencillamente por no resultar interesante. Es una obviedad, pero tal vez sea el fondo de la cuestión.

¿Y por qué no resulta interesante? Hay diversos motivos, de diversa índole.

En primer lugar, hay mucho material en la Biblia que no tiene nada o casi nada que ver directamente con nuestra vida urbana y digitalizada, estresada y llena de una sobrecarga de estímulos sensoriales. Las vidas y costumbres de los personajes bíblicos nos resultan inexplicables, su tecnología se menciona de paso como si tuviéramos que conocerla. ¿Qué es el «bieldo» que trae en su mano el Cordero de Dios según Juan el Bautista?, ¿Qué son la «era» y el «lagar»? La mayoría de los lectores de

la Biblia hoy día no tendríamos la más mínima noción de cómo enganchar una yunta de bueyes o poner a un caballo o un asno los aperos para montarlo. Si tuviéramos que vivir de alimentos cultivados por nuestras manos, no sabríamos por dónde empezar. ¡Nos moriríamos de hambre antes de haberlo aprendido! Nuestras nociones de esa vida que se vivía hace miles de años, se limitan a esos ratos que aguantamos algún documental en la televisión, mientras hacíamos «zapping» durante la publicidad de un programa que sí nos resultaba entretenido.

La mayoría de la humanidad vive hoy día en ciudades de un tamaño inimaginable para los protagonistas de la Biblia. La Jerusalén del rey David tenía menos que 10.000 habitantes; la Nazaret de Jesús, tal vez doscientos. Es verdad que la gente vivía muy amontonada en las ciudades amuralladas, pero el tamaño de éstas era tal que hoy día no nos parecerían en absoluto ser ciudades sino pueblos más bien pequeños… o castillos muy grandes.

En segundo lugar, recordemos que el Antiguo Testamento no se escribió —al menos no en primera instancia— como literatura popular, literatura de divulgación. Al contrario, eran conocimientos especializados que sólo necesitaban conocer muy pocas personas. Todo el ritual de sacrificios, las horas y las formas y los pasos a seguir… sólo incumbía a los sacerdotes. Quien no ejercía el oficio hereditario de sacerdote, no necesitaba esa información entonces y jamás la utilizaría en la práctica hoy.

Hay instrucción cuyo único sentido es orientar las decisiones de quienes serían jueces dirimiendo pleitos entre sus vecinos. Esos vecinos tal vez tuvieran algunas nociones de esas «leyes», pero se orientaban en su conducta a diario por lo que les parecía natural, correcto y honesto. Se dedicaban a sus asuntos y esperaban poder vivir en paz sin que nadie se metiera con ellos. Con suerte, entonces como hoy, uno podía pasar discretamente por la vida sin jamás pasar por un tribunal. Esas «leyes», en tal caso, jamás les afectarían; y hoy, la legislación vigente en cada uno de nuestros países es otra que aquella.

Hay información en forma de listas, que era parte del legado de los conocimientos que debían conservar los sabios escribas de Israel, pero que hoy sólo son de interés o utilidad para los especialistas en investigar

el mundo de la Biblia. Listas de antepasados, listas de funcionarios reales, listas de pueblos según sus diferentes comarcas tribales... Hay resultados de algún censo que ya entonces sólo podía interesar a unos pocos funcionarios pero que además, con el paso de los siglos se han quedado en unos números redondos tan inflados que darían una densidad de población imposible para el territorio comprendido. Era en todos estos casos información que ya entonces sólo interesaba a los profesionales que debían anotar y conservar esa información.

En tercer lugar, la Biblia puede aburrir a quien sencillamente carece del hábito de leer. De leer en general, no sólo leer la Biblia. A quien el propio acto de leer le resulta trabajoso, la paciencia se le agota muy rápido si lo que lee no le parece inmediatamente pertinente a su vida. Alcanza a leer la factura de la luz y las marcas de los artículos en el supermercado sin dificultad —pero abrir un libro tan grueso como la Biblia le parece abordar una tarea tan enorme que se desanima antes de empezar.

Quien no tiene el hábito de la lectura, tal vez crea que la Biblia es prácticamente infinita. Se muestra admirado de que haya personas que se la leen entera una o varias veces al año. Pero, claro, a esas otras personas, el propio acto de leer no les resulta en absoluto trabajoso. Y con la propia facilidad de lectura que han adquirido, son capaces de dar un repaso a una columna de texto bíblico en pocos instantes, darse cuenta que no hay nada allí más que nombres y números... y retomar una forma mucho más detallada de la lectura en el punto donde el texto se pone más interesante. Quien carece de esa habilidad, no sabe darse cuenta cuando llega a esos pasajes menos interesantes y por temor a perderse algo importante, seguirá fatigándose en la lectura. ¡Y acabará aburrido!

En cuarto lugar, a muchas personas les puede aburrir la lectura de la Biblia porque, por decirlo de una manera familiar, la Biblia «nos toca las narices». Los seres humanos tenemos una fuerte resistencia al cambio; especialmente, al cambio en profundidad, de nuestras actitudes, nuestras conductas y nuestra manera de entender la vida. Pero en gran medida, el propio propósito de la Biblia —vista ahora ya no como información privilegiada sino como un texto al alcance de todos los cristianos— es precisamente esa clase de transformación. Sorprendidos

y horrorizados por guerras y crueldades en el mundo bíblico, nos damos cuenta de lo fácil que sería caer en las mismas trampas y fanatismos hoy día. Viendo cómo algunos destrozaban su vida familiar, recapacitamos sobre cómo tratamos a nuestra familia. Viendo el inmenso e incomprensible perdón de Dios, nos damos cuenta que es posible perdonar y que de hecho se espera que perdonemos. Viendo cómo la gente era capaz de sacrificarse y entregar su persona y sus posesiones por amor a Dios, sentimos una llamada interior a imitarles.

Y todo esto es capaz de poner a uno a bostezar con un sueño que se le echa encima cada vez que abre la Biblia —porque si abandonamos la lectura o nos quedamos dormidos, no tendremos que abordar esas transformaciones personales que la Biblia nos propone.

Hay sin duda muchos otros motivos por los que la lectura de la Biblia puede aburrir, pero aquí nos quedaremos con un quinto motivo y nada más. Hay quien halla aburrida la lectura d la Biblia precisamente porque no le pasa lo que acabábamos de describir. La Biblia no le habla. No le estimula a cambiar. No se siente más próximo a Dios al leer. La lectura no despierta en ella la fe o la esperanza. Oyen predicar la Biblia y se quedan admirados de lo que el predicador haya sido capaz de enseñar y profundizar en una historia o en unos versículos que a él o ella no le decían nada. Escuchan cómo otros, partiendo de unos pocos versículos que describen una batalla o una escena doméstica… son capaces de sacar conclusiones sobre la espiritualidad, sobre la fe en Dios, sobre la consolación en el dolor y sobre la ira de Dios contra el pecado. Porque el caso es que si no se lo explicaban, ellos jamás se habrían enterado que era posible sacar esas enseñanzas tan profundas de esos versículos.

Y se frustran. Y viendo que pasan las páginas y ellos siguen sin sacar nada en limpio y sin sentir que Dios se les acerca en la lectura, se cansan y se aburren. O siguen leyendo porque se espera de ellos que lean la Biblia. (¡Pero la Biblia no les dice nada!)

Lo que esas personas tal vez deberían saber, uno de los grandes secretos acerca de la Biblia, es que eso nos pasa a casi todos, casi todo el tiempo. Eso de las profundidades místicas de la lectura bíblica es a veces un don de Dios, repartido así como el Espíritu reparte otros muchos dones para edificar la Iglesia. Otras veces es la experiencia de un período muy determinado de la vida, un tiempo de explosión del

interés en las cosas espirituales cuando la Biblia parece toda ella estar hablando con una claridad luminosa. Pero la vida es larga y ninguna etapa dura toda la vida.

Y en cuanto a los predicadores, el día que tengas por delante la responsabilidad de explicar tu fe a otra persona o a todo un grupo, descubrirás que la Biblia te pone ideas en la mente y te sorprenderás de encontrarte dando agua desde lo que te venía pareciendo un pozo seco. ¡Nada agudiza tanto el espíritu y la imaginación para sacar lecciones de la Biblia, como la propia responsabilidad de saber que delante de uno hay personas que necesitan oír —hoy también— la Palabra de Dios para sus vidas! Esto no tiene ningún «secreto», entonces; es sencillamente la dinámica del ministerio cristiano, donde Cristo mismo guía a su Iglesia dando la luz necesaria a las personas que en cada momento tengan esa responsabilidad.

Pero aunque la Biblia aburra, conviene seguir leyéndola. El día que Dios quiera hacerte oír su voz, si te pilla con el hábito de leer la Biblia, tanto más fácil será que tú estés en condiciones de escuchar sus palabras y recibir su bendición.

25. ¿Por qué ponen algunos una mano sobre la Biblia para realizar un juramento solemne?

Sencillamente por superstición. El acto del juramento es un atavismo, son restos que nos quedan por costumbrismo ancestral, de un tiempo cuando era posible imaginar que invocando por testigos a los dioses, se podía garantizar que la persona no mintiese. En aquellos tiempos se suponía que al poner la mano sobre un objeto sagrado se activaba la presencia como testigo, del dios representado por ese objeto. Y se suponía que las palabras del juramento tenían un poder mágico para obligar a ese dios a castigar a la persona que juraba en falso. Para los cristianos, una Biblia o un crucifijo venía perfectamente al caso.

Hoy todo el mundo es tan descreído que puede jurar y juramentar sobre todas las cosas más sagradas que se le pasen por la cabeza, pero

sin el más mínimo temor de que si miente le vaya a suceder algo malo misteriosamente, por castigo divino.

El libro físico de la Biblia, como objeto fabricado en una imprenta por procesos industriales en los que seguramente participan muchos obreros sin fe ni creencia cristiana, no tiene ningún poder mágico en sí mismo. Como cualquier otro libro, su poder no está en la tinta y el papel y la encuadernación, sino en las ideas que puede estimular en la persona que lo lea. No tiene más poder que ese. ¡Pero tampoco menos!

III. Guía rápida de los libros de la Biblia

GÉNESIS

Con cincuenta capítulos, Génesis es uno de los libros más largos de la Biblia. Es sin embargo uno de los más interesantes y «humanos», en el sentido de que casi todo el libro versa sobre cuatro generaciones de una familia de iraquíes que se marchan de donde vivían, cerca de lo que es hoy Nasiriya, para emigrar a la región fronteriza entre Turquía y Siria. De allí emigran también, esta vez a la región de lo que es hoy Israel y Palestina, donde viven durante una o dos generaciones en distintos lugares, dedicándose a la ganadería trashumante. Al final la familia, a todo esto unas setenta personas, se establece definitivamente en el delta del Nilo.

Pero lo que impulsa la trama del libro es especialmente el tema de la sucesión generacional del papel y los honores de patriarca familiar. El matrimonio que primero se establece en Palestina no tiene hijos, lo cual les preocupa enormemente. El marido, ya anciano, alentado por su esposa, tiene por fin un hijo con una esclava. Pero algunos años más tarde, milagrosamente, la esposa, a todo esto extremadamente vieja, da a luz un heredero legítimo. Éste no se casa, con una prima, hasta los cuarenta bien cumpliditos. El matrimonio tiene hijos mellizos, muy diferentes entre sí. El mellizo que nació primero debería, por derecho, heredar el papel de patriarca del clan; pero el segundo se las apaña para hacerse con la sucesión, marginando al mayor así como en la generación anterior había sido marginado el hijo de la esclava.

En la siguiente generación hay doce hijos, y con las irregularidades de la sucesión que ha habido hasta aquí, parece natural preguntarse cuál de ellos será el que prevalezca y se quede con el premio de la sucesión. Uno de los más jóvenes, siendo todavía un chaval, sueña que sus padres y sus hermanos le rinden honores. A los hermanos mayores esas ambiciones no les hace ninguna gracia. ¿Qué hacen, entonces? Lo raptan y lo venden como esclavo; y le dicen al padre que ha muerto.

Eliminado el chaval ambicioso, quedan otros once para disputarse la preeminencia. El hijo mayor se descalifica como heredero por un asuntillo de alcoba que mantiene con una de las concubinas de su padre. Otros dos parecen descartados por el cabreo que pilla su padre cuando ellos, para vengar la violación de su hermana, matan a todos los hombres de un pueblo después de que el patriarca había llegado a un acuerdo para casarla con el violador. El cuarto, Judá, rompe con la costumbre familiar de casarse con primas procedentes de la vieja tierra, y como si fuera poco, acaba teniendo hijos también con su nuera. ¿Será eso suficiente como para descalificarle a él también?

Mientras tanto, al chaval vendido como esclavo no le van nada mal las cosas en Egipto. Después de algunos tropiezos y un tiempo de cárcel acusado de liarse con la esposa de su amo, acaba nada menos que como primer ministro del Faraón de Egipto. ¡Casi nada! Tiene dos hijos, a los que lleva a ver al abuelo cuando ya está moribundo. Éste, el viejo Jacob, al que quizá la parecerían insuficientemente revueltas las cosas, le vaticina al menor, Efraín, mucha más importancia que al mayor; y luego insiste que, en la sucesión, estos dos nietos sean considerados hijos suyos.

O sea que, ¿quién será el más importante? ¿Judá, el cuarto hijo del que no se sabe si sus irregularidades matrimoniales son del todo descalificantes; o Efraín, el nieto menor y favorito del abuelo? El asunto queda resuelto (más o menos) al final del libro, en las bendiciones finales que pronuncia Jacob antes de estirar la pata. Todo esto es de especial interés porque, mucho más tarde, habrá en Palestina dos reinos rivales a la vez que hermanados: el del norte, Efraín o Israel; y el del sur, Judá. Pero eso es adelantarnos a otros libros de la Biblia.

Aparte del interés humano, el libro da lugar a profundas e interesantísimas reflexiones acerca de Dios, el ser humano, y la correcta relación entre Dios y la humanidad. No tienen desperdicio los primeros once capítulos, por ejemplo, que a modo de prólogo, narran la creación del universo y dejan claro que el Dios de esa familia protagonista, lo es también de toda la humanidad y de todo el universo.

Éxodo

Este libro (al igual que muchos otros en la Biblia) es conocido en lengua hebrea sencillamente por sus primeras palabras. Su título es «Estos son los nombres» o, abreviando, *Shemoth*, «Nombres». Es un título curioso para un libro igualmente curioso por su contenido tan enormemente variado, que cubre:

- La historia de Moisés, un miembro adoptivo de la familia real egipcia, prófugo de la justicia de su país, que se acaba convirtiendo en el caudillo de un importante número de esclavos que se escapan y huyen al desierto.
- La dura pero sobrenatural supervivencia de esos esclavos fugados en el desierto, donde acaban estableciendo una alianza con el Dios que les ha liberado y les protege.
- El diseño, la fabricación y la consagración del «tabernáculo», una especie de templo móvil, con todo su mobiliario y la vestimenta especial de sus sacerdotes.

Con su primer párrafo, el libro de Éxodo manifiesta la intención de que se lea como continuación de la saga familiar que habíamos visto en el libro de Génesis. Sin embargo ahora han pasado muchos años. Entre tanto, los descendientes de estos inmigrantes iraquíes que al terminar el tomo anterior gozaban de enormes privilegios políticos, económicos y sociales en Egipto, han sufrido un grave revés. Una nueva dinastía reinante ha castigado su lealtad a la dinastía desplazada, reduciéndoles a la condición de esclavos.

Aquí se complica la descripción del grupo que será el protagonista del libro. Por una parte serán conocidos siempre como «los descendien-

tes de Israel». Pero por otra parte también se les conoce como «hebreos», una palabra que, por lo que conocemos de la correspondencia real egipcia, significaba algo así como «terroristas», «bandoleros» o «mercenarios». En vista de la diversidad racial y nacional de los protagonistas que deja ver el libro en distintos puntos, está claro que aunque se entiendan como la continuación de la familia de Génesis, durante sus generaciones de esclavitud han fundido su identidad con la de otros muchos esclavos de orígenes muy dispares. De ahí que se les identifique como «hebreos», que no tan sólo como «descendientes de Israel».

Aunque al comienzo del libro su opresión por los egipcios se fundamenta en que su población es más numerosa que la de los propios egipcios, de inmediato aprendemos que, con todo, es un grupo al que prestan servicio tan sólo dos parteras, cuyos nombres se conocen. Ese dato daría a entender un grupo de apenas varios centenares de personas. Con ello concuerda lo que relata en general el libro de Éxodo. No hay nada en el desarrollo de los hechos posteriores, que haga pensar en cientos de miles o en millones de personas.

O por lo menos esto es cierto hasta que topa el lector con las enormes cantidades de bronce, oro y plata, los cientos de metros cuadrados de tela de lino bordado, cantidades ingentes de pieles exóticas, y todo un bosque de madera de acacia, que se emplean en la construcción del templo portátil. Todo esto da a entender no sólo una población mucho mayor, sino unos recursos naturales y condiciones de vida muy distinto a lo disponible en un desierto donde cada día se come de puro milagro (el famoso *maná* del cielo). Pero aquí termina el libro de Éxodo y esa duda queda en el aire, para hallar respuesta, tal vez, en otro libro posterior de la colección bíblica.

La historia del éxodo de los esclavos, como tal, sólo abarca los primeros trece capítulos (de un total de cuarenta). Sin embargo es con creces la parte del libro que más memorable resulta y por eso no es de extrañar que entre los cristianos el libro se conozca como *Éxodo*. Pero el libro trae muchas otras cosas. A mediados del libro leemos, por ejemplo, acerca de cómo Moisés baja del Monte Sinaí con unas losas de piedra donde vienen grabados los «diez mandamientos». Aunque la palabra «mandamientos» no describe con exactitud la naturaleza de su contenido. Se trata más bien de los «diez compromisos» que asume el

pueblo como su parte de la alianza acordada con Dios, que también se compromete con ellos.

Es difícil exagerar la importancia de este libro en la colección bíblica. Es donde primero aprendemos inequívocamente que el Dios del Antiguo Testamento es un Dios de misericordia y compasión, libertador de los oprimidos y esclavizados, defensor de los pobres y oprimidos, enemigo furibundo de todos los «dioses» que defienden el orden y la estabilidad de los regímenes injustos de los hombres.

LEVÍTICO

Dicen que en las obras de teatro no hay segundo acto que resulte tan interesante como el primero y el tercero. Algo así nos pasa con Levítico, con respecto a Éxodo y Números. Estos tres libros de la Biblia son claramente una misma obra, obra donde también hay que pensar en Génesis, que hace de prólogo a la totalidad. Pero si Génesis y los primeros capítulos de Éxodo resultan fascinantes por su narrativa y sus historias inolvidables, la narración en Levítico queda reducida a un esqueleto seco y parco, la percha donde colgar un extenso recital de ordenamientos litúrgicos y prohibiciones, preceptos y tabúes de todo tipo.

El primer versículo nos sitúa en escena: El Señor llama a Moisés a la tienda para hablarle. (Se trata de la «Tienda de Reunión» personal de Moisés —Éx. 33.7-9—, no confundir con la gran carpa litúrgica o «Tabernáculo» que se construye en los capítulos finales de Éxodo.) Los capítulos a continuación, se sobreentiende entonces, contienen lo que el Señor le dijo.

En los capítulos 8-9 esta relación de los preceptos y tabúes ordenados por el Señor se interrumpe con la narración detallada de la ordenación de Aarón y sus hijos, que de ahora en adelante se harán cargo del ritual; pero Nadab y Abiú (dos de los hijos de Aarón) cometen un error en el rito al no haberse aprendido bien las formas, y Dios los mata.

Tras ese breve paréntesis narrativo, Levítico vuelve a la relación de preceptos y tabúes, y así hasta el capítulo 24, donde se cuenta de un

caso de blasfemia cuyo castigo (la muerte) sienta precedente expreso para cualquier caso futuro de blasfemia. Es digno de observar que se estipulan a continuación dos conductas específicas que han de ser castigadas expresamente con la pena capital: «blasfemar contra el Nombre» y matar a un ser humano. Posteriormente, y hasta el final del libro, Levítico vuelve al tema de los preceptos y tabúes divinamente ordenados para los hebreos.

¿Sobre qué cosas, entonces, versan estos preceptos y tabúes?

En los primeros capítulos de Levítico, el tema es las formas y detalles del ritual litúrgico hebreo. Aquí tenemos los procedimientos para «holocaustos» (donde arde todo el animal ofrendado), para ofrendas de cereales (incluso tortas, panes, sopas, etc.), para ofrendas de «paz» (donde Dios y todos los miembros del grupo comparten del banquete de carne como símbolo de comunión), para ofrendas para arreglar las cosas cuando se ha incurrido en faltas por ignorancia: errores de ritual, liturgia, «santidad» (es decir, la separación entre las cosas o personas consagradas y las profanas), etc.

Sobre el tema de «santidad» o separación entre lo «puro» y lo «inmundo», vuelven a incidir muchos otros capítulos de Levítico. Hay tabúes sobre la carne que los hebreos pueden comer, sobre los flujos genitales de ambos sexos, y sobre infecciones en la piel, el cabello, las viviendas y demás artefactos. Hay tabúes sobre el incesto y otras conductas en relación con el sexo, tabúes específicos para los hijos de Aarón, tabúes sobre los animales y las cosas presentadas al Señor. También tenemos el tabú contra la sangre como alimento.

También hallamos algunas (relativamente escasas) normativas que afectan a la justa y recta convivencia entre las personas —amén de los tabúes sexuales, que seguramente también pretenden disminuir los conflictos en la sociedad.

En el capítulo 16 tenemos el ritual del día (anual) de expiación. Seguramente el principal interés de este capítulo —quizá del libro entero— para los cristianos, sea el uso que hace del rito de expiación el autor del libro de Hebreos, en el Nuevo Testamento, al explicar la superioridad de la obra redentora de Cristo. El ritual en sí es curioso, tal vez incluso fascinante, entre otras cosas por el papel que desempeña el

«chivo expiatorio» sacado del campamento y entregado a Azazel. La figura de Azazel no trae ninguna explicación, pero casi parecería tratarse de algún monstruo mítico o demonio del desierto, algo así como «el coco» o «el hombre del saco» temido universalmente por niños desobedientes, pero que en este caso se da por satisfecho con la sustitución de un chivo anual en lugar de llevarse a todos los pecadores de Israel.

Otro capítulo de especial interés para cristianos es el 25, donde se establecen el año sabático (cada 7 años) y el año jubilar (cada 49 años). Esta disposición ofrece una visión radical de rectificación de los desequilibrios económicos en la sociedad, poniendo límites prácticos al paulatino enriquecimiento de los más afortunados y empobrecimiento de los más desafortunados. Y probablemente fue una fuente directa de inspiración para el mensaje de Jesús de Nazaret, si se piensa en el especial énfasis en una economía radicalmente solidaria que él puso en toda su prédica.

NÚMEROS

El título de este libro de la Biblia es mucho más bonito en hebreo, donde se titula *En el desierto*. Un título así invita a leerlo, porque suena a aventuras exóticas, mientras que el título castellano, *Números*, tiene todo el gancho de un texto de matemáticas.

Es verdad que el libro trae muchos números, especialmente en los primeros capítulos, que son de un censo de los hebreos en Sinaí. Son números con los que es difícil saber qué hacer. Si se suma el número de todos los varones de edad militar censados aquí (unos seiscientos mil) y luego se hacen proyecciones sobre lo que pudiera ser la población total de varones y mujeres, niños, adultos y ancianos, se acaba con dos millones o más, lo cual no cuadra con la naturaleza de los relatos de Éxodo-Levítico-Números, donde todos parecen conocerse entre sí.

Ni con altavoces de miles de vatios sería verosímil que tanta gente hubiera podido escuchar los típicos discursos de Moisés al pueblo, ya que estaríamos hablando de un «campamento» que, con su ganado y sus pertrechos, resultaría ser la ciudad más grande de toda la antigüedad, muchísimo más grande incluso que Roma en sus días de mayor

esplendor. Mientras unos acampasen al pie del Sinaí, por ejemplo, otros forzosamente tendrían sus tiendas a 15 o 20 kilómetros del Sinaí y tardarían uno o dos días en enterarse de que Moisés se había propuesto escalarlo para encontrarse con Dios.

A mí, personalmente, me parece perfectamente verosímil que Dios pudiese proveer milagrosamente toda la comida y el agua potable que semejante población hubiera requerido. ¿Acaso hay algo imposible para Dios? Pero me llama la atención que, en ese caso, no se dijera nada acerca de la monumental infraestructura de distribución que hubiera sido necesario montar: miles de carretas para transportar toneles de agua potable todos los días hasta cada rincón del «campamento». Algún sistema para deshacerse cada día de miles de metros cúbicos de orina y materia fecal. ¿Cuántos kilómetros cuadrados de bosque habría que talar cada mes (¡en un desierto, nada menos!) para que cada familia de este «campamento» tuviera leña para cocinar su comida día tras día?

Algún erudito opina que en estos capítulos, siguiendo un uso antiguo y posteriormente olvidado, la palabra hebrea que normalmente se traduce como «mil» significa algo así como «patrulla», una unidad muy pequeña de soldados. No es lo mismo decir treinta mil, que treinta patrullas que sumaran un total de por ejemplo 150 soldados.

O tal vez cuando que se redactó este libro, pusieron a posta esos números elevados, por algún motivo simbólico. Sabemos, por ejemplo, que hasta el día de hoy los judíos, en la Pascua, recitan «Nosotros éramos esclavos en Egipto, etc., etc.» No «Nuestros antepasados», sino «Nosotros». Quizá quien escribió estos números puso la población total de los reinos de Israel y Judá en su propio día. Sería una manera de afirmar teológicamente, «Nosotros —no nuestros antepasados sino nosotros mismos— salimos de Egipto y atravesamos el desierto y vimos con nuestros propios ojos la fidelidad de Dios. Por tanto nosotros —no nuestros antepasados sino nosotros personalmente— no tenemos excusas si abandonamos al Señor». Quizá vaya por ahí la cosa. Pero sospecho que nunca se sabrá.

Cambiando de tema, vayamos al contenido del libro: Si durante los últimos 21 capítulos de Éxodo y todo el libro de Levítico la acción se detuvo para dar lugar al largo recital de todo tipo de preceptos y

tabúes, ahora en Números, a partir del capítulo 10, el pueblo de los esclavos prófugos de Egipto vuelve a ponerse en marcha. Cuando Dios les ordena entrar al Canaán de sus antepasados, sin embargo, el pueblo tiene miedo de los habitantes del país y se resiste. Como castigo por esa desobediencia, Dios jura que toda esa generación morirá en el desierto y sólo serán sus descendientes los que hereden la Tierra Prometida.

El malestar y las murmuraciones continúan. Moisés y su hermano Aarón resisten como pueden (con bastante ayuda sobrenatural, por cierto) una serie de alzamientos de distintas personas o grupos que no están conformes con su liderato. Pasan los años. La generación de los que huyeron de Egipto va muriendo por distintas causas. Entre los difuntos se encuentra el propio Aarón, del que hereda el sacerdocio su hijo Eleazar.

Por fin se disponen una vez más a entrar a la Tierra Prometida. En el transcurso de las primeras conquistas figura el fascinante relato del profeta Balaam, famoso por el hecho de que le habló su burra, que —más lista que él— había visto al ángel del Señor con la espada desenvainada, dispuesto a matarle.

Josué es designado por Dios como sucesor de Moisés cuando éste muera y el libro termina con instrucciones que deja Moisés acerca del reparto de la tierra una vez la hayan acabado de conquistar. A todo esto, tres y media de las doce tribus de Israel ya están instaladas a lo largo de la ribera oriental del río Jordán, en territorio conquistado para ellos por Dios.

DEUTERONOMIO

Génesis fue un libro ágil, interesante, con una trama impulsada por el deseo de descubrir en cada generación de una familia iraquí que emigra en varias etapas hasta llegar a Egipto, quién será el sucesor del patriarca anterior. Éxodo había empezado con igual interés humano, desde las circunstancias extraordinarias por las que el bebé Moisés conserva la vida y culminando en la liberación de los esclavos. A partir de ahí se nos había empantanado un poco la trama que en Levítico, por ejemplo, había desaparecido como tal, para dar lugar a una larga sucesión de pre-

ceptos y tabúes. Al final, Números había concluido con los descendientes de aquellos esclavos dispuestos a cruzar el Jordán para entrar a la Tierra Prometida, con Josué como sucesor designado de Moisés.

Llegamos así a Deuteronomio (que significa algo así como «Segunda Ley», «Ley Bis», «Ley II»). Aunque muchos de los detalles de las disposiciones y los preceptos varían bastante entre Deuteronomio y los libros anteriores, ese título (Ley II) es una descripción bastante buena de lo que trae este libro. Cuando llegamos al final, después de repasar todo lo que Dios le había dicho al pueblo en el transcurso de cuarenta años de liderazgo de Moisés, volvemos a tener al pueblo dispuesto a cruzar el Jordán, con Josué designado como sucesor de Moisés. Como única novedad respecto a donde nos encontrábamos al terminar Números, el último párrafo de Deuteronomio cuenta cómo murió Moisés.

Y dirá más de uno: «Vaya tostón, ¡no?»

En fin... depende. El interés de Deuteronomio reside fundamentalmente en las diferencias entre lo que aquí pone y lo que ya habíamos visto en las disposiciones de Éxodo, Levítico y Números. El hecho de que alguien, en algún momento del desarrollo nacional y espiritual de Judá, sintiera que hacía falta repasar la historia de las revelaciones recibidas por Moisés en el desierto, apuntando otras disposiciones nuevas, distintas a veces a las que venían allá, indica cierto grado de insatisfacción con aquellos otros libros. Se llegó a considerar que estaban incompletos, que había demasiadas cosas que habían quedado sin apuntar. Deuteronomio no niega los libros anteriores. Sencillamente vuelve a tomar el mismo punto de partida (los cuarenta años en el desierto bajo el mando de Moisés) para ofrecer una configuración distinta respecto a la visión para el pueblo de Dios que recibió Moisés. Es, quizá, un Moisés actualizado y puesto al día para las circunstancias que debía enfrentar la nación judía siglos más tarde.

En síntesis, la idea fundamental de Deuteronomio es que si Israel sigue la instrucción que recibió de Dios en el desierto por medio de Moisés, tendrá largas generaciones de paz y prosperidad, bendición y bienestar. Pero si se olvida de esa instrucción y adopta las costumbres y las formas de piedad religiosa que eran típicas de la población que su llegada a la Tierra Prometida debía desplazar, entonces Israel sería una

nación maldita que sufriría guerras y pestes, violencia y opresión. Esta idea ya venía esbozada en Números, pero en Deuteronomio se repite y desarrolla, se repasa y machaca una y otra vez como un estribillo que acompaña cualquier otra cosa que se diga.

Esto sienta las bases, entonces —pone un marco de explicación— para todo lo que sucede posteriormente en la historia de Israel que hallaremos en los libros de Josué, Jueces, 1 y 2 Samuel, 1 y 2 Reyes. Tal es así que los estudiosos de la Biblia han dado en calificar esos libros a continuación como «historia deuteronomista», porque comparte tan claramente la misma manera de entender el porqué de las cosas que suceden a Israel.

No se trata principalmente de instrucciones sobre ritual religioso o espiritualidad. La instrucción de Deuteronomio enseña a convivir con el prójimo de tal manera que haya paz, armonía, justicia, perdón y reconciliación.

Está claro que el punto de partida esencial es que sólo hay un Dios legítimo y todos los demás dioses sólo conducirán a la ruina. Deuteronomio arremete también contra la proliferación de lugares donde durante casi toda la historia de Israel se sacrificó el ganado (para comer la carne). Pero ese amor a Dios «con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza», cuyo culto admite un único matadero nacional (un único templo), se tiene que plasmar inseparablemente en un amor al prójimo.

Por poner un ejemplo que aparece en dos o tres ocasiones a lo largo del libro: En el territorio de Israel hay que designar varias ciudades donde pueda refugiarse quien haya matado a alguien por accidente (el ejemplo que pone es que el hierro del hacha se suelte del mango y salga volando cuando uno está cortando leña). En esas ciudades, el homicida podrá vivir fuera del alcance de cualquier pariente del difunto que se sienta obligado a vengarle.

Se equivoca quien opina que el Antiguo Testamento enseña el principio de «ojo por ojo y diente por diente» a secas. No, aquí tenemos un ejemplo de la idea de que la venganza no es siempre la mejor manera de obtener justicia.

Josué

En la división hebrea de los libros de la Biblia, el de Josué abre una nueva sección. Los primeros cinco libros se conocen como la *Torah*, palabra hebrea habitualmente traducida como *Ley*, pero cuyo significado es *Instrucción* o *Enseñanza.* Ahora con el libro de Josué empieza la primera de dos secciones de profetas, la de los *Profetas Anteriores* (Josué, Jueces, 1-2 Samuel, 1-2 Reyes). Esto significa que en la opinión de los judíos, que al fin y al cabo son el grupo étnico en el cual y para el cual se escribió la colección bíblica, lo interesante en estos seis libros no es tanto la política y los eventos históricos como tales, sino la revelación de los propósitos de Dios que dieron a conocer en esos tiempos los profetas.

Aunque entendamos que Josué es un libro de profecía (revelación de los propósitos y la voluntad de Dios) y no de historia (narración razonada de eventos del pasado, basada en investigación de documentos y testimonios fehacientes), el hecho es que este libro *profético* toma la forma de narración *histórica* sobre eventos del pasado. Esto hace que al leerlo sea casi irresistible tratar de reconstruir mentalmente qué fue lo que de verdad pasó. Para ello, sin embargo, el libro de Josué ofrece datos muy contradictorios. En síntesis lo que está claro es que los hebreos o israelitas se establecen en lo que es hoy Israel y Palestina, penetrando desde la ribera oriental del Río Jordán. Hubo batallas, algunas de bastante importancia. Las tribus israelitas se repartieron el territorio donde residirían. Aunque se les atribuye una ideología religiosa de exterminio de las personas de otras etnias, la realidad es que durante muchas generaciones convivirían más o menos pacíficamente con los demás grupos étnicos, conocidos en general como «cananeos».

Basándonos en los relatos de Josué y Jueces y en las investigaciones arqueológicas, existen tres teorías acerca de la relación entre «cananeos» e «israelitas» en aquellos siglos: Según una teoría, los israelitas entraron como conquistadores genocidas, algo así como los anglosajones en Norteamérica con relación a los «indios». Según otra teoría, los israelitas entraron como inmigrantes pacíficos (aunque con conflictos

esporádicos recordados como «batallas»), algo así como las olas de inmigrantes que pululan por Europa hoy día.

Por último tenemos la teoría del alzamiento de los campesinos: Inspirados y adoctrinados por un grupo relativamente pequeño de inmigrantes (esclavos fugados procedentes de Egipto que durante cuarenta años en el desierto han tenido un encuentro transformador con un «nuevo» Dios, invisible, que ellos llaman *Yahvé* o *Jehová*), los campesinos explotados y esclavizados de Canaán se alzan contra sus señores feudales y adoptan una nueva religión e identidad como israelitas.

Está bastante claro que «Canaán» e «Israel» son la misma gente, pero con una fe y una conducta social radicalmente distintas. El tema es saber cómo es que aquella tierra y aquella gente pasó de ser «Canaán» a ser «Israel». La Biblia nos ofrece algunas pistas: En este libro, Josué renueva dos veces el pacto entre Dios y el pueblo, de donde tal vez cabe deducir que quizá se iban añadiendo muchos nuevos adeptos a la sociedad (y religión) hebrea, y había que crear ocasiones para catequizar y recibir formalmente como israelitas de pleno derecho a esta gran masa de gente. Y es con una ceremonia de esas características que concluye este interesantísimo libro.

Ahora bien, si catalogamos este libro y los siguientes en la Biblia, no como «historia» sino como «profetas», al leer los relatos de Josué nuestra atención se detendrá en otro tipo de detalles que los meramente históricos. Mucho más interesante será aprender, por ejemplo, principios acerca de cómo Dios actúa y cómo da a conocer su voluntad a los que le buscan:

Hacia el principio del libro los israelitas cruzan ahora el Río Jordán en seco, así como antes habían cruzado el Mar Rojo: en cada generación cabe esperar que Dios actúe con el mismo poder que en la anterior. La fe y la confianza en la Alianza entre Dios y su pueblo (el «Arca del Pacto» es el símbolo más importante aquí) hacen que se desmoronen «murallas» de oposición como las de Jericó. No podemos esperar, como Acán, que Dios nos bendiga, si entre tanto pretendemos robarle lo que es suyo, con falsedad e hipocresía. Si alguien quiere unirse el pueblo de Dios, aunque haya sido una prostituta como Rahab, será bienvenida y adoptada en la familia.

Las únicas batallas que interesan son aquellas donde es Dios quien lucha por los hombres, no al revés: poca cosa pintan los soldados humanos si Dios puede hacer que las murallas se caigan solas, si puede derrotar enemigos con una tormenta de granizo o detener instantáneamente la rotación de la Tierra sobre su eje (con referencia a aquello de que «el sol se detuvo»).

Estas y muchas cosas más podemos aprender de este libro *profético*, por muy embrollados que resulten sus datos *históricos.*

JUECES

El libro de Jueces es uno de los más interesantes y entretenidos de la Biblia, a pesar de que en sus historias abundan la violencia y la crueldad, incluso el morbo.

Ahí está, por ejemplo, la historia de Aod, representante de los hebreos para entregar los tributos al rey Eglón, que los tiene invadidos y oprimidos. Cuando va a presentarse ante el rey, se ata una espada corta a la pierna, escondida debajo de la ropa. Puede que hubiera estado actuando como espía para el rey, ya que cuando le dice que tiene algo que contarle en secreto, Eglón le lleva a su cámara privada. Allí Aod le clava su pequeña espada en el vientre. El rey es tan obeso que le entra la hoja entera y la empuñadura también se hunde en la grasa —y Eglón empieza a vaciar los intestinos por la herida. Aod huye echando el cerrojo. Los siervos del palacio no se atreven a entrar porque piensan que Eglón está haciendo sus necesidades. Por fin rompen la puerta y lo encuentran muerto.

Es de una crueldad singularmente espantosa la historia del levita que da a su concubina a una panda de rufianes benjaminitas para que abusen de ella toda una noche, y luego la descuartiza. Para castigar el suceso los israelitas matan a toda la tribu de Benjamín, hombres y mujeres, ancianos, niños y bebés, menos seiscientos guerreros que se refugian en el desierto. Entonces las demás tribus deciden que hay que conseguirles esposas, para que no desaparezca una de las tribus de Israel. Pero como todos han jurado que no darán sus hijas en matrimonio a los benjaminitas, toman por la fuerza para ellos a las chicas de

Jabes-Galaad y de Silo. O sea que al final, procurando castigar una violación se acaban cometiendo otras seiscientas, amén de masacres escalofriantes.

Es célebre la historia de Gedeón. Gedeón es un maestro del arte de la guerra de guerrillas que prefiere actuar con un mínimo de tropa, sacando de ella el máximo provecho terrorista. El ejército enemigo se matan entre sí en la confusión del ataque nocturno. Gedeón es un fiel israelita de los que recuerdan el éxodo y rompen radicalmente con la religión pagana. Cuando sus compatriotas lo quieren coronar como rey, él se niega rotundamente, insistiendo que Dios es el único rey legítimo de los israelitas. La piedad de Gedeón no está reñida con su libido, sin embargo, y con sus muchas mujeres tiene setenta hijos.

Algunas de estas historias son profundamente creíbles por el realismo con que describen rasgos de personalidad, sufrimientos, temores y esperanzas humanas. Otras historias son absolutamente inverosímiles y está claro que se trata de farsas, cuentos y leyendas populares. Tal el caso de las aventuras y desventuras de Sansón, que es una caricatura del típico forzudo con pocas luces en la azotea. Sansón es una especie de Hércules, invencible por su fuerza sobrenatural; pero es un tonto perdido, que piensa con la entrepierna y no con la cabeza.

Al igual que lo que ya habíamos dicho sobre el libro de Josué, el de Jueces está en la colección de *Profetas Anteriores* de la Biblia Hebrea. En la terminología bíblica, los «profetas», más que adivinar el futuro, revelan la voluntad de Dios. Por consiguiente, el interés de Jueces, en cuanto libro *profético* en la Biblia, no reside en la historicidad o no de sus relatos sino en lo que aprendemos aquí acerca de la naturaleza de la relación entre Dios y su pueblo.

Aparte de incontables reflexiones edificantes sobre Dios y sobre la vida que son posibles con la lectura de las diversas historias que trae Jueces, yo señalaría dos que se observan en la colección como un todo:

El libro establece desde el principio una clara relación entre, por una parte, abandonar a Dios y sufrir derrotas, opresión y violencia; y por otra parte clamar a Dios y ser rescatados y salvados de los enemigos. Ésta es claramente una de las lecciones más importantes que nos ofrece Jueces.

En los últimos capítulos surge otro tema paralelo: el de que a falta de un rey el pueblo se desmadra. Por su idealismo de devoción al Dios que los rescató de los faraones egipcios, los israelitas sostenían que les bastaba el Señor solamente como rey. Pero las cosas no son tan sencillas, porque se puede no tener un rey humano y sin embargo tampoco vivir como Dios manda. Al final, nuestras convicciones más seguras y nuestros sistemas políticos más perfectos de nada sirven si acabamos marginando a Dios.

1 Samuel

Cuatro siglos después de Cervantes, seguimos divirtiéndonos con los desvaríos de *El Quijote*; y en pleno siglo XXI se hizo una película (*Troya*) basada en *La Ilíada* de Homero. La Biblia es Sagrada Escritura para los cristianos, sí, pero no deja por ello de ser buena literatura. Como otras obras literarias monumentales de la humanidad, tiene relatos capaces de enganchar a cualquier lector moderno así como ya enganchó a los de muchas generaciones pasadas.

Buen ejemplo de ello es 1 Samuel.

El gran reto al que tiene que hacer frente Israel en este libro, es el de los filisteos. Se trata de un pueblo aguerrido y dominante, que aparece en la historia poco después que los hebreos o israelitas. Los cananeos, los israelitas y los filisteos hablan todos la misma lengua y parecen compartir además muchas de las mismas costumbres y cultura en general. Del relato sobre Sansón se deduce que incluso resultaban más o menos naturales los matrimonios mixtos entre israelitas y filisteos. Los filisteos, sin embargo, parecen haberse organizado militarmente de tal manera que los israelitas, acostumbrados a defenderse de los cananeos, se las vieron ahora en serias dificultades.

Si con Sansón, en el libro de Jueces, tenemos las primeras escaramuzas entre israelitas y filisteos, el libro de 1 Samuel abre con el conflicto ya plenamente declarado. Tras una derrota israelita inicial donde pierden hasta el mismísimo Arca del Señor, bajo el mando del profeta Samuel consiguen por fin la victoria. Pero es una victoria sin consecuencias permanentes. Los israelitas acaban decidiendo que la única manera

de derrotar definitivamente la organización militar filistea es adoptar ellos mismos esa misma militarización. Deciden que la situación exige un *rey*, es decir, un caudillo militar y político con autoridad dictatorial y permanente, con un ejército también permanente y profesionalizado.

Samuel, que era de la vieja escuela, de los que consideraban que el único rey legítimo para Israel era su Dios que los había liberado de la esclavitud en Egipto, al final tuvo que adaptarse a los nuevos tiempos y les nombró un rey. Pero el anciano Samuel y el joven rey Saúl no podían entender las cosas de la misma manera. Aunque lo intenta, Samuel no consigue hacer de Saúl un nuevo Josué. Por fin decide intentarlo con otra persona: David.

La segunda mitad del libro narra, entonces, la progresión de David desde pastor de ovejas a músico y escudero del rey, después general supremo del ejército y yerno del rey; luego prófugo exiliado del reino y por fin vasallo filisteo y jefe de una banda criminal que se dedica al pillaje y la masacre. Y aquí dejamos a David, del que se sabrá más en el segundo tomo de Samuel.

Samuel, Saúl y David son, entonces, los tres personajes principales del libro. Desde siempre David ha sido el favorito de los lectores. Pero para la sensibilidad moderna, quizá resulta más interesante la tragedia de Saúl:

El joven Saúl sale un día a buscar unas asnas de su padre que se han extraviado… y se encuentra con un reino. Un hombre de extraordinaria sensibilidad para lo espiritual, en al menos dos ocasiones que nos constan, cae en éxtasis o trance profético. Los trances proféticos de Saúl son de tanto renombre que de ello sale un refrán israelita. Aunque como militar no es tan hábil como su hijo Jonatán ni su yerno David, consigue para los israelitas una independencia más o menos estable del dominio filisteo, que es, en principio, todo lo que se exigía de él.

Pero el viejo Samuel, profeta y «juez» de Israel a la usanza antigua, sigue vivo. Samuel espera mucho más de él: quiere que haga como Josué y extermine a viejos enemigos en el nombre de Dios. Saúl intenta agradar a Samuel pero a la vez se siente obligado por su cargo a pensar y actuar como general y como político. Sus motivaciones no son las mismas que las de Samuel. La intensidad de la devoción a Dios que

exige Samuel no puede más que parecerle fanatismo, intransigencia e intolerancia.

Maldecido públicamente por Samuel, observa que además David es mucho más popular que él entre el pueblo y el ejército. Dios lo abandona y le manda un espíritu maligno que lo atormente. Presa de profundas depresiones, Saúl acaba comido por la envidia de la popularidad de David. Se deja llevar del odio y la amargura hasta la más extrema irracionalidad y el delirio asesino. En el pueblo de Nob, extermina a todos los sacerdotes del Señor por imaginarlos desleales a la corona.

Los filisteos vuelven a presentar batalla. Saúl intenta profetizar, consultar a Dios de alguna manera. Pero esto es imposible: Dios le ha vuelto la espalda. Desesperado, acude a una médium y habla con un fantasma. Ya nadie le puede ayudar; ni siquiera David, su mejor general, que ha huido de él y está a las órdenes del enemigo. Al final muere, junto con todos sus hijos, en batalla contra los filisteos.

Y así concluye el primer tomo de Samuel. Ni un «juez» como los de antes (Samuel) ni un rey a la moderna (Saúl) han conseguido acabar con el dominio filisteo, que ahora se las promete más terrible que nunca.

2 Samuel

Si ya nos habíamos aventurado a opinar que una de las cosas más interesantes de 1 Samuel era «la tragedia del rey Saúl», la historia del rey David que hallamos en 2 Samuel también hay que calificarla como una gran tragedia épica, probablemente de las más bellas de la literatura humana, a la vez que bíblicamente profunda en lo que de ella cabe deducir acerca de la naturaleza humana, la fuerza corruptora del poder monárquico absoluto, y la implacable justicia de Dios contra los que se dejan seducir de esa fuerza corruptora.

Antes de entrar a contar en síntesis esa tragedia, vuelvo a hacerme la reflexión acerca de lo que significa que en la Biblia hebrea estos libros no tienen la consideración de textos de historia sino de libros *proféticos.* No es que figuren profetas entre los protagonistas de 2 Samuel salvo tal

vez Natán y Gat, al fin de cuentas funcionarios asalariados de la corte. No, describir como *profético* el libro de 2 Samuel es recibir el libro como proclamación de cómo ve Dios las cosas. (Es importante recordar que en la Biblia *profetizar* no es tanto vaticinar el futuro como proclamar la opinión de Dios.) Y Dios suele ver las cosas de otra manera que los mortales; y justo al contrario que los poderosos, los ricos, los reyes y los generales.

Al terminar 1 Samuel dábamos por muertos en batalla a Saúl y toda su descendencia. Pero se han salvado un hijo, Is-boset, y el general Abner. David es ungido rey de Judá, con sede en Hebrón. Al cabo de siete años tanto Abner como Is-boset, rey de Israel, son asesinados. Entonces las tribus de Israel deciden aceptar a David como rey y éste traslada su capital a Jerusalén, ciudad jebusea que conquista para esos efectos. Esa reunificación y esa conquista alarman a los filisteos (de quien David hasta entonces parece haber seguido siendo vasallo fiel). Los filisteos atacan. David los derrota pero los instala en su guardia real personal y como tal (los cereteos y *los peleteos*), figurarán de una manera determinante durante su reinado y hasta coronar a Salomón.

Ahora David trae a Jerusalén el Arca del Señor. El Arca era el antiguo símbolo de la Presencia de Dios entre las huestes hebreas, pero su prestigio como talismán de guerra había sufrido considerablemente al ser conquistada en batalla por los filisteos en tiempos de Samuel. Sin embargo a partir de ahora servirá como símbolo de la aprobación divina de la dinastía de David.

La ascendente de David culmina con varias guerras de conquista contra los pequeños reinos independientes alrededor del territorio de Israel y Judá.

Es durante una de estas guerras de conquista que los abusos de poder de David culminan en su traición de Urías, uno de los oficiales más renombrados de su ejército. El texto no deja claro si David viola o es seducido por la esposa de Urías. Sí deja claro que para quedarse con ella lo manda asesinar.

Instalada así en su propia familia la corrupción y el abuso del poder real, los últimos años de David van de mal en peor. El príncipe heredero Amnón viola a su hermana, la infanta Tamar. Como su padre no reaccio-

na, el príncipe Absalón mata a Amnón y huye al exilio. Perdonado por su padre al cabo de algunos años, se va ganando prestigio entre el pueblo como la única persona en la Casa Real que tiene en cuenta la justicia y los intereses del pueblo llano.

Confiando en su apoyo popular, el príncipe Absalón protagoniza un frustrado golpe de Estado contra el viejo rey David. Muerto el sublevado, David llora amargamente a su hijo, al cual tal vez ve como un reflejo del idealismo de su propia juventud. Pero de inmediato se produce otro alzamiento popular que ya no pretende coronar a nadie de la casa de David, totalmente desprestigiada. Aplastado este alzamiento también, al viejo David todavía le queda sufrir (en 1 Reyes) un último intento de golpe de Estado protagonizado por otro de sus hijos.

A todo esto David sigue hasta el final persuadido de su especial elección y favoritismo ante Dios. Sabiendo que Dios es justo, no puede imaginar otra causa de sus victorias y su poder, que el beneplácito divino. A finales del libro hay una extraña colección de anécdotas que dejan ver el surrealismo que se instaló en su corte. Y en medio de ello, como un ejemplo más, tenemos dos salmos compuestos por David. Ambos comienzan con alabanzas a Dios pero derivan en alabanzas de sí mismo. Nos dejan ver un pobre hombre atrapado en el típico delirio de los poderosos, convencido de su propia superioridad sobre todos los mortales.

Pero 2 Samuel nos revela la cruda verdad. El éxito de David está basado no en la superioridad moral del rey, sino en la oscura y siniestra figura de su sobrino, el general Joab, comandante del ejército. Sus asesinatos a traición, siempre políticamente oportunos aunque públicamente denunciados por David, han eliminado a todos los rivales y «estorbos», entre ellos el príncipe Absalón, amado hijo del rey.

1 Reyes

La primera mitad del libro de 1 Reyes cuenta del reinado de Salomón. La tercera parte cuenta del reinado de Acab de Israel. Y existe también una segunda parte, la más breve con creces, que describe la sucesión de reyes de Israel y Judá que vivieron y reinaron entre aquellos dos.

Del mensaje —importantísimo— de esa segunda parte trataremos cuando veamos 2 Reyes. En síntesis, lo que hace es abundar en la tesis de fondo que inspira toda la «historia deuteronomista» desde Josué hasta 2 Reyes: quien sigue «los mandamientos» del Señor obtendrá bendición y quien los desobedece sufrirá maldición.

Pero la atención que en 1 Reyes se centra tan detenidamente en Salomón y Acab invita a compararlos. Y lo que descubrimos es que Salomón fue un rey bueno, que vivió conforme a los mandamientos de Dios y halló bendición… pero no del todo. Poco a poco el relato va acumulando pruebas de que Salomón ni fue tan bueno ni obedeció tanto a Dios, arrojando una oscura sombra de duda sobre él. Y Acab fue un rey malo que desobedeció a Dios y cosechó maldición… pero no del todo. Como David, fue capaz de arrepentirse y ser perdonado por Dios; y también como David, los crímenes cometidos bajo su mando parecen más o menos achacables a otras personas.

Por los pecados de Salomón, el rey bueno, la casa de David perderá dos tercios del reino; mientras que a Acab, el rey malo, Dios le concede victorias milagrosas sobre sus enemigos.

Quizá una de las claves para comprender esto es la identidad de los profetas que trajeron la palabra del Señor en un reinado y en el otro.

Acab tuvo que vérselas nada menos que con Elías, poderoso y ungido profeta de Dios, de milagros espectaculares y visión clara acerca de la importancia de adorar solamente a Yahvé (Jehová). Elías cuestionó públicamente la política que seguía Acab y en varias ocasiones consiguió que Acab se sometiera a la autoridad de su persona y su proclamación de la voluntad divina.

Pero Salomón es su propio profeta. Lógicamente, las únicas «palabras de Dios» que se oyen y proclaman en el reino, entonces, son palabras de aprobación divina del rey, de su política, de su sabiduría personal y de su enriquecimiento desmesurado a costa de sus súbditos esclavizados. Como el propio rey ejerce de profeta proclamando la aprobación divina de todos sus actos, ningún otro profeta se atreve a alzar la voz.

Al final uno empieza a preguntarse si no es preferible un rey malo que recibe duras palabras de corrección por parte de un profeta autén-

tico, que un rey bueno que prescinde del engorro de cuestionamientos proféticos porque presume él mismo de recibir palabras divinas que sólo sirven para confirmar su política. Aunque plantearse tal elección es triste. ¡Ni una cosa no la otra es del todo deseable!

1 Reyes cuenta también de la construcción del templo de Jerusalén. El relato culpabiliza a todos los reyes de Israel (el reino del norte) de seguir con los pecados de Jeroboam I, que estableció dos centros alternativos de culto, dentro de sus fronteras. Esto nos indica que el libro fue escrito en el reino de Judá, ya que en Israel siempre se asumió (incluso los profetas como Elías y Eliseo) que Jerusalén, en cuanto capital de Judá, no era lugar idóneo para las peregrinaciones de los ciudadanos de Israel. Ahora bien, como 1 Reyes da tanto protagonismo al templo de Jerusalén, éste merece algunas observaciones.

Con todos los detalles de su construcción que trae el relato, es fácil no caer en la cuenta de que el templo no fue el edificio más grande construido por Salomón. Existía un gran salón, monumental, que daba a la sala del trono del rey. Dicho salón se conocía como «el bosque del Líbano» por la impresión que producían sus columnas de troncos de cedro.

El caso es que por su estilo, su tamaño y su estética arquitectónica, el templo estaba perfectamente ensamblado dentro del complejo monumental del Palacio Real que construyó Salomón.

El efecto visual probablemente era de constituir una especie de capilla palaciega. El impacto psicológico procurado, equiparable al de las capillas en los palacios reales españoles, es de que Dios y la corona son inseparables. El poder del rey es tan eterno e inevitable como el propio poder de Dios, del cual la dinastía reinante es la más pura expresión. El rey y Dios cohabitan en un mismo complejo palaciego y rebelarse contra uno es tan inconcebible como rebelarse contra el otro, porque los dos poderes son en esencia un mismo poder, eterno e inviolable.

La construcción de este templo, que seguía además a rajatabla los modelos arquitectónicos de los templos cananeos, exige olvidar la visión de Dios como libertador de los esclavos. Supone la imposición de una visión «pagana» de la religión, donde el dios del país ya sólo puede defender los intereses de la corona. Todo esto presagia el infeliz desen-

lace que llegará en 2 Reyes, sexto y último tomo de la colección de *Profetas Anteriores* de la Biblia Hebrea (nuestro Antiguo Testamento).

2 Reyes

Guerras, sangre, profetas milagreros, sacerdotes impíos, conspiraciones, represalias. No hace falta ir al cine para ver historias que perviven en la imaginación. ¡Todas estas cosas están en la Biblia!

Con 2 Reyes culmina la narración épica que arranca con Josué y el asentamiento de los israelitas en la Tierra Prometida, alcanzando su apogeo con la adopción de la monarquía y la construcción del Templo de Jerusalén. Narración que concluye ahora, en este último tomo, con la destrucción de los reinos de Israel y Judá, engullidos con violencia inimaginable por el Imperio de su día. Si comentábamos que las historias de Saúl y David encierran cierto sentimiento trágico, ¡cuánto más esta gigantesca historia nacional, vista como un todo! Desde que en Jueces se analiza el ciclo continuo de infidelidad–castigo–arrepentimiento–salvación–infidelidad (pero incluso desde antes, con las bendiciones y maldiciones del libro de Deuteronomio) era previsible que la continua tendencia a la apostasía conduciría a esta nación a un desenlace trágico.

Así esta narración épica resulta ser una «filosofía de la Historia» tanto como Historia a secas. Más que los hechos en sí, lo que interesa a los que recopilaron estas historias y las unificaron en una narración continua, es la *interpretación* de los hechos: su *significado.* Cada rey es evaluado rigurosamente según hizo lo malo o lo bueno ante el Señor. Se pretende demostrar que a cada cual le tocó más o menos el destino que se tenía merecido, conforme obedecía o no los mandamientos de Deuteronomio.

El argumento de *explicación del porqué* de la Historia propuesto por Deuteronomio y por esta «historia deuteronomista», resulta especialmente serio precisamente porque evita la distorsión de los hechos que derivaría de pretender atar todos los cabos sueltos. Clasificado cada rey como «bueno» o «malo», sin embargo sus actos y su fin, como la vida misma, resultan más complejos que el blanco y negro. Josías, por

ejemplo, alabado como el rey más perfecto en su obediencia a los mandamientos, muere relativamente joven, derrotado por los egipcios. Mientras que Manasés, descalificado como el peor de todos los reyes, reina 55 años y muere viejo y en paz.

Ahora bien, si a pesar de los datos que no encajaban los redactores podían mantener esta idea de que Dios guía la Historia recompensando a buenos y malos conforme a sus obras, es porque *ninguna otra teoría* promete tanto como explicación de los hechos. El «deuteronomismo» ayudaba entonces —y ayuda ahora— a discernir un sentido último en un mundo donde es difícil hallarle una lógica al desarrollo de la Historia.

Hasta el día de hoy el «deuteronomismo» sigue ofreciendo esperanza a los oprimidos y sigue poniendo en tela de juicio a los gobernantes malvados, como ninguna otra filosofía de la Historia. De hecho las teorías de uso corriente hoy día desisten de hallar sentido a la Historia, concebida desde un darwinismo sin ilusiones, donde sólo sobreviven los más fuertes.

En cuanto al estilo de la redacción, en 2 Reyes como en toda la saga histórica desde Josué, hay escenas de la más exquisita crueldad y violencia, narradas con una voz asombrosamente ecuánime. Es todo lo contrario a la prensa sensacionalista a la que estamos acostumbrados. Tal vez, cuando el nivel de horror de los hechos es en sí exagerado, la distancia emocional que consigue una narración impasible es la única manera de evitar un morbo que acaba contaminando al lector. ¿Qué se puede añadir o comentar, por ejemplo, a 2 Reyes 13,16: «Entonces Menahem arrasó Tifsaj [...] y abrió en canal a todas las embarazadas»? Uno se queda mudo de horror: todas las palabras sobran.

Y así tantos otros episodios.

Porque en el fondo la historia abarcada entre Josué y 2 Reyes es una historia sórdida, triste y deprimente, como la historia de todas las naciones de la humanidad. Algunos destellos de grandeza, sí, ¡pero al precio de cuánto sufrimiento, cuánta crueldad e inhumanidad!

Recordemos que estos libros no pretenden ser Historia sin más, sino profecía; es decir, revelación de cómo ve Dios a la humanidad. En ese sentido, esta historia nacional resulta un apto botón de muestra de la acuciante e imperiosa necesidad de salvación divina que padece la

humanidad entera. Y deberíamos reflexionar que —tanto en Israel y Judá de antaño como en nuestro mundo hoy día— el que se mencione mucho a Dios o se alegue gobernar conforme a la voluntad divina, no suele estar reñido con los atropellos, la corrupción y la barbarie. Cuando se piensa cómo enfocó Jesús aquello de ser «rey de Israel» o «hijo de David», hay que llegar a la conclusión de que leyó y meditó muy profundamente en todos estos libros y en su terrible desenlace en 2 Reyes.

El lado menos oscuro del libro lo ponen las amenas escenas de los milagros del profeta Eliseo, acompañado a veces por su «Sancho» particular, tan torpe y poco entendido como Eliseo era sabio y entendedor.

Isaías 1-39

Normalmente los judíos eran muy pudorosos y vergonzosos acerca de sus partes íntimas. Pero un día Isaías, notable profeta y consejero de la corte de Jerusalén, salió desnudo a la calle. El rey había decidido establecer una alianza con Egipto, pero Isaías entendía que el único resultado de esa alianza sería la derrota, la ignominia y la esclavitud. Puede que el profeta hubiera visto alguna vez una caravana de esclavos de guerra, desnudos, azotados y desesperados, arreados por sus vencedores como ganado, destinados a una nueva vida de vil servidumbre y cruel deshonra. Durante tres años, mediante la vergüenza indecible de su propia desnudez, Isaías dio testimonio de su repudio de la alianza militar con Egipto.

Con el libro de Isaías empieza la tercera sección de la Biblia Hebrea (el Antiguo Testamento cristiano). Esta sección se conoce como los *Profetas Posteriores*, aunque varios de ellos —Isaías, por ejemplo— vivieron durante la época cubierta ya por 2 Reyes. Como se ve de inmediato desde el primer capítulo de Isaías, con esta colección de libros nos encontramos ante un notable cambio de estilo literario. Estos libros tienen todos como título el nombre de un profeta; y su contenido característico es la colección de sus declaraciones como portavoces de Dios.

A veces pienso que en lugar de *profetas*, deberíamos llamarlos *poetas*, por la singular belleza y la fértil imaginación con que empleaban palabras corrientes para decir cosas absolutamente sorprendentes. Su uso de la lengua es sugerente más que descriptivo. Cuando uno lee Isaías, por ejemplo, es fácil darse cuenta adónde quiere ir a parar; pero es algo que se entiende con la imaginación más que con la lógica.

Junto con las colecciones de declaraciones, oráculos y poesías del profeta titular de cada libro, encontramos también:

- relatos escritos por terceros acerca del profeta;
- comentarios y explicaciones acerca del profeta y su época;
- diversos añadidos, cuyo fin es actualizar el mensaje para lectores de un determinado momento histórico posterior.

En el caso del libro de Isaías, estos añadidos incluyen la friolera de 27 capítulos finales, que se suelen atribuir a uno o dos profetas de una generación muy posterior. Sobre esos capítulos finales trataremos más adelante. También es posible, a través de los primeros 39 capítulos del libro, observar la adaptación del mensaje de Isaías para esa generación posterior. El resultado es que a pesar de todo, el libro resulta armonioso y coherente.

En Isaías 1-39 tenemos, entonces, más o menos, el material más directamente relacionado con Isaías, hijo de Amoz. El primer versículo nos sitúa en escena, en relación con cuatro reyes del antiguo reino de Judá. Los últimos 3 capítulos (36-39) son una copia más o menos exacta de 2 Reyes 18,13-20,19. Algunas de las profecías que se encuentran en los capítulos enmarcados de esta manera, traen también alguna referencia histórica que indica cuándo y por qué se pronunciaron.

¿Por qué dedicó Isaías su vida a proclamar insistentemente las cosas que contiene este libro? En el capítulo 6 tenemos narrada una visión del Señor en su santuario de Jerusalén, capital del reino de Judá. Es una visión de la santidad del Señor, santidad que es todo lo contrario de la realidad de Isaías mismo, pero también de la nación. La visión es también una experiencia de purificación, de llamamiento profético y de envío a predicar el mensaje de Dios en Jerusalén.

El mensaje no es agradable. Es un mensaje de juicio y disgusto divino, de terribles castigos que han de venir por la perversidad del pueblo y de sus gobernantes. Es un mensaje muy parecido a lo que habían dicho una generación antes Amós y Oseas en el vecino reino de Israel.

Sin embargo, a pesar de lo dura que es esa visión inicial, el mensaje que proclama Isaías está lleno de esperanza. El capítulo 1 nos ofrece una síntesis de sus ideas principales:

Dios había elegido la dinastía de David y la ciudad de Jerusalén para que fuesen santos, dignos del Templo de su morada, dedicados exclusivamente a servirle a él. Pero ahora le han rechazado, han abandonado la justicia y la solidaridad. Por eso vendrán días de duro castigo. Y sin embargo no será un castigo de destrucción y aniquilación sino de purificación. Los malvados perecerán, sí, pero los que permanecen fieles y los que se arrepienten serán redimidos.

Cuando por fin llegaron los días de guerra, derrota, violencia y peligro de aniquilación que él mismo había anunciado de antemano, Isaías se reafirmó en la esperanza. A pesar de las apariencias, el rey tendrá sucesor y el pueblo vivirá en paz y en armonía. Las naciones vecinas, tanto las invasoras como las aliadas, serán destruidas; pero en Jerusalén reinará la justicia bajo la ley de Dios. Y la paz y la prosperidad serán la recompensa de los que han sabido esperar en el Señor.

El mensaje de Isaías pudo ser reinterpretado y utilizado con provecho por la generación posterior que añadió los capítulos 40-66. Pudo ser reinterpretado y utilizado con provecho por Jesús y los autores del Nuevo Testamento. Y hoy también.

Isaías 40-66

Si en los capítulos 36-39 de Isaías teníamos una copia del material de 2 Reyes sobre el rey Ezequías y su relación con el profeta Isaías, de repente con el capítulo 40 se abre una nueva sección de oráculos proféticos en forma de poesía. Y rápidamente nos damos cuenta de que estamos en una situación histórica muy diferente.

Isaías, hijo de Amoz, había alentado al rey Ezequías a creer que Jerusalén no sería destruida, al menos no durante su generación. Pero le había advertido de que llegaría el día cuando Jerusalén sería saqueada por los Babilonios. Ahora, sin embargo, nos encontramos con una voz profética nueva, cuando se aproxima el final del tiempo del exilio que siglos atrás había anunciado Isaías. En realidad lo de Babilonia había sido mucho peor que lo predicho por Isaías. Jerusalén no sólo había sido saqueada sino totalmente arrasada y su población llevada a cautiverio.

Pero un nuevo profeta se levanta ahora entre los exiliados, para anunciar que los años de su castigo y su aparente olvido por parte de Dios, tocan ya a su fin. No conocemos la identidad de este profeta. Como sus poesías proféticas vienen en el libro de Isaías, capítulos 40-55, se le suele conocer como Isaías II. Construye claramente sobre el legado de Isaías, hijo de Amoz, con su convicción férrea de que Dios no puede olvidar eternamente a Sion. Dios no marginará eternamente de sus planes a su pueblo escogido, no importa lo graves que hayan sido sus pecados.

Son capítulos de una belleza sublime, evocadora de anhelos y aspiraciones nobles y puras. En ellos se repiten de diversas maneras imágenes de júbilo, canto, danza y sorpresa: el alivio de los exiliados que volverán a Jerusalén para reconstruirla e inaugurar una nueva era de paz y prosperidad.

Israel es el Siervo del Señor que ha sido rechazado por sus vecinos. Ha sido humillado hasta el polvo, pero volverá a levantarse como señal de la verdad y la bondad de Dios. Todas las demás naciones sirven a ridículos dioses fabricados por manos humanas con materiales viles. ¿Cómo iba Dios a dejar desaparecer para siempre a su Siervo, el único pueblo que sirve al Dios vivo? Al contrario, Babilonia será castigada y Dios exaltará a su Siervo más allá de todo lo imaginable. Sion la abatida, estéril y privada de descendencia, descubrirá que tiene «hijos» que volverán a ella desde todos los rincones del mundo para aprender la Ley y adorar al Señor en su Monte Santo.

La reconstrucción de Jerusalén será así el principio de una expansión misionera sin precedentes, donde el testimonio y la piedad de los retornados inspirarán la obediencia universal de su Ley entre las naciones.

Sin embargo aunque se cumplió, para asombro de todos, el regreso de los judíos a Jerusalén, la realidad posterior no fue todo lo maravilloso que cabía esperar. Los capítulos 56-66 nos llevan, entonces, a una tercera situación histórica. Las poesías proféticas en estos capítulos se suelen atribuir a un tercer profeta, también anónimo, que se ha dado en llamar Isaías III.

En los once capítulos finales del libro de Isaías, entonces, esta tercera voz profética denuncia la infidelidad de los retornados que, en lugar de vivir como escarmentados, dedicándose con pureza y santidad a servir al Señor, parecen querer reconstruir cuanto antes sus vidas tras el exilio sin tener en cuenta lo que agradada a Dios ni la justicia con el prójimo.

Sin embargo, igual que Isaías hijo de Amoz e igual que los poemas de Isaías 40-55, esta tercera voz profética también confía plenamente en que el Señor se saldrá con la suya y acabará salvando y restaurando a la perfección a su Siervo, Israel. El llamamiento misionero de Jerusalén como lumbrera de las naciones se cumplirá. Llegará por fin la anhelada y postergada era cuando en Jerusalén se impongan la justicia y la misericordia y desde Sion salga instrucción para todas las naciones.

Es una esperanza inagotable, que perdura y se mantiene firme aunque las circunstancias presentes dan evidencia de una Jerusalén reconstruida, sí, pero que dista mucho de la piedad exigida; y cuya debilidad, fragilidad y pobreza la hacen presa fácil de cualquier enemigo que le pueda salir.

Es difícil imaginar el Nuevo Testamento sin la segunda y tercera parte del libro de Isaías. El Nuevo Testamento entero rebosa de citas de estos capítulos. En particular la imagen de Israel como Siervo sufriente del Señor, castigado, abatido y rechazado pero al final triunfante, fue aplicada por los apóstoles desde el principio a la figura de Jesús. Jesús mismo parece haber tomado inspiración directa de la figura del Siervo sufriente, figura que le ayudó a explicar a sus seguidores la Pasión que le esperaba pero también su resurrección posterior.

JEREMÍAS

El ministerio profético de Jeremías se extendió durante cuatro décadas y el libro resultante es la mayor de las colecciones dedicadas a un profeta bíblico. (Es verdad que el libro de Isaías, con 66 capítulos, es más largo que los 52 de Jeremías; pero como ya hemos visto, Isaías contiene las profecías no de uno sino de tres profetas.)

Como ningún otro libro de esta colección de *Profetas Posteriores* en la Biblia Hebrea (salvo tal vez Oseas), la vida y las experiencias personales de Jeremías son inseparables de su mensaje profético, y el contenido de este libro resulta sorprendentemente personal y autobiográfico… incluso íntimo.

Por ejemplo, en el capítulo 16 Jeremías cuenta por qué nunca se ha casado: Dios mismo se lo prohibió. Y en el capítulo 12 deja ver algunos de sus sentimientos al respecto:

He dejado mi casa,
He abandonado mi heredad,
He entregado a la amada de mi alma
en manos de mis enemigos.
Mi heredad vino a ser para mí
como león en la selva;
rugió contra mí;
por tanto, la aborrecí.

En el transcurso de los años del ministerio de Jeremías, los vaivenes políticos y religiosos en Jerusalén fueron absolutamente dramáticos. Las últimas dos o tres generaciones antes de la destrucción del templo, hubo una alternancia entre reyes que 2 *Reyes* califica como los peores de toda la historia, y los mejores. En esas circunstancias tan cambiantes, lógicamente, el mensaje de un profeta debía ajustarse siempre a la condición espiritual real, presente, a la que se dirigía la palabra del Señor. Y en Jeremías tenemos, efectivamente, toda una amplia gama de mensajes, desde el llamado al arrepentimiento, pasando por la enseñanza de la voluntad de Dios cuando hay esperanza de que ésta sea atendida, pasando por las críticas más duras y condenatorias sin

cuartel cuando está claro que jamás habrá un arrepentimiento genuino, y culminando con palabras de consolación y esperanza cuando el pueblo de Dios, ya derrotado y sumido en la desesperación, necesita saber que a pesar de todo Dios sigue ahí, que su amor es eterno e indestructible.

La oposición que tuvo que sufrir Jeremías fue brutal. Él mismo era de la casta sacerdotal que frecuentemente sale muy mal parada de sus denuncias proféticas. Al fin sus parientes de su pueblo natal (Anatot) lo amenazaron de muerte si no callaba. Al parecer esa experiencia fue fulminantemente traumática y llevó a Jeremías a abandonar su ministerio y perder la fe en Dios.

Pero ahora, cuando más hundido y deprimido se encontraba, descubrió que Dios le volvía a hablar al corazón, con amor, dulzura y consideración, palabras de restauración y curación interior. ¡He aquí la clave —se dio cuenta Jeremías— acerca del futuro de Jerusalén! La ciudad entera tendría que sufrir un hundimiento total equivalente la larga depresión que él acababa de pasar. Sólo entonces serían capaces de dejarse curar el alma, dejarse ministrar por la ternura de Dios. Dios escribiría sus leyes ya no en tablas de piedra sino en las mentes y los corazones de las personas. Sólo si se experimentaban encuentros personales con Dios, auténticas conversiones, cuando ni el templo ni la raza judía ni la ciudad ni la dinastía de David ya sirviesen para nada, sería posible que surgiese un pueblo dispuesto de todo corazón a agradar a Dios. ¡Jerusalén será totalmente arrasada! —entendió Jeremías. ¡Los babilonios, por muy paganos y enemigos, salvajes y crueles que fuesen, eran en realidad los libertadores de Jerusalén al destruirla! Porque allí, en medio del más cruento de los dolores, es donde por fin los judíos serían capaces de encontrarse con Dios y recibir con integridad su amor eterno.

Lógicamente, este mensaje, el de la rendición incondicional a los babilonios, fue recibido como alta traición por la corte y el sacerdocio. ¿Acaso no había prometido Dios a David que su dinastía reinaría eternamente? ¿Acaso no había profetizado ya Isaías, generaciones atrás, que el templo donde se invocaba el nombre de Dios era sagrado e inviolable?

Luego, después de la caída de Jerusalén, Jeremías se ve envuelto en una última controversia. Algunos de los judíos que no han sido llevados al exilio, no quieren aceptar la soberanía babilónica y proponen una emigración en masa a Egipto. Jeremías se opone al plan, pero al final se lo llevan a él también, contra su voluntad.

Los últimos capítulos del libro contienen diversas profecías contra las naciones vecinas. Aunque todos acusaban a Jeremías de ser partidario de los babilonios, el caso es que estas profecías incluyen el anuncio de que Babilonia también caerá un día, como ahora ha caído Jerusalén… y entonces, ¡oh maravilla!, Dios devolverá por fin a su tierra a los exiliados de Israel.

EZEQUIEL

Nada, en ninguno de los libros hasta aquí en la Biblia, prepara al lector para la visión con que abre el libro de Ezequiel. Ezequiel, un sacerdote jerosolimitano que trataba de adaptarse a la dura vida de los exiliados a tierras babilónicas junto al río Quebar, intentando acostumbrarse a la idea de jamás volver a ver el amado Templo que sus antepasados habían servido durante siglos, «Vi —dice— visiones de Dios». Tras forzar al límite la capacidad de expresión de las palabras humanas a lo largo de todo un capítulo, Ezequiel admite que es imposible describir lo que vio, al concluir con las palabras «Tal era el *aspecto* de la *semejanza* de la *gloria* del Señor.»

Pero lo más pasmoso de esta visión de ruedas dentro de ruedas, caras de bestias, alas que revolotean, llamas de carbones encendidos, el ruido de todo un campamento de guerra —en definitiva, el Señor en toda su divina majestad— no es la visión en sí sino el horror de encontrársela tan lejos de su casa. Porque si la gloria del Señor había descendido sobre el Templo en días de Salomón y lo había llenado para nunca jamás marcharse, como siempre se había creído, ¿entonces qué hacía ahora junto al río Quebar? ¿No sería que, en efecto, la gloria del Señor había abandonado su Santo Templo? Y si la gloria del Señor había abandonado el Templo y la Tierra Prometida, ¿acaso cabía ya abrigar alguna esperanza?

Ezequiel, aunque mucho más joven que Jeremías, seguramente le había oído profetizar contra Jerusalén en el atrio del Templo. Tal vez se horrorizó tanto como cualquier otro sacerdote ante las palabras aparentemente blasfemas pronunciadas con tanto fervor y convicción por Jeremías. Pero Jerusalén había sido derrotada —aunque no destruida— y ahora en el destierro como todos los de las clases privilegiadas de Jerusalén, Ezequiel iba a padecer visiones proféticas que anunciaran a los exiliados las mismas cosas que Jeremías seguía anunciando a los que quedaban allá en su ciudad natal.

Como otros profetas bíblicos, Ezequiel observa que el juicio que se cierne sobre Jerusalén y los judíos es parte de una actividad divina que se mueve entre todas las naciones. Por eso una porción importante del libro está dedicada a los juicios del Señor contra las demás naciones. El punto de partida de estas profecías es que el Señor no es sólo Dios de los judíos sino de toda la humanidad. Dios podía tener un pueblo escogido, por qué no, para invocar su Nombre y traer bendición a las naciones. Pero esa elección no eximía —sino todo lo contrario— a ese pueblo de vivir ejemplarmente, dando así entre todas las naciones testimonio de las virtudes de Dios mismo.

Impactado por lo que veía cada vez con mayor claridad acerca del desastre que se cernía sobre Jerusalén, y emocionalmente sobrecargado además por un profundo sufrimiento en su vida privada, Ezequiel al fin se quedó mudo.

Su silencio duró tres años, hasta que un día llegó alguien con la noticia de que Jerusalén había vuelto a ser derrotada y esta vez el rey Nabucodonosor la había arrasado y quemado por completo —y con ella el Templo del Señor— hasta que de toda su gloria pasada ya no quedaban más que escombros humeantes. En ese momento, a mitad del libro, Ezequiel recuperó el habla y sus visiones empezaron a ser de ánimo y reconstrucción, ya no de castigo y ruina.

En sus profecías figura frecuentemente la idea del **Espíritu** del Señor, que transforma los «corazones de piedra» en «corazones de carne», devuelve vida a huesos secos reconstruyendo así una nación derrotada y esparcida a los cuatro vientos por el destierro, y hace de guía mostrando al profeta lo que ha de ver y entender.

Y en el capítulo 18 tenemos una de las más tempranas y clarividentes expresiones de la responsabilidad personal del individuo, frente a teorías de «maldiciones generacionales» o bendiciones raciales. Si a pesar de sus promesas «eternas» Dios podía destruir Jerusalén por el pecado de sus habitantes, también podía perdonar y bendecir al individuo que se esfuerza por agradar al Señor, no importa cuántos y cuán graves fuesen los pecados de sus antepasados.

Por último, el libro de Ezequiel concluye con capítulos dedicados a describir una utopía, un Israel idealizado, concebido como una especie de jardín paradisíaco, perfectamente simétrico y ordenado, por el que fluye un río milagroso que nace en el umbral del Templo Reconstruido. Y es que a veces soñar fantasías genera las energías necesarias para sobrevivir tiempos duros y, cuando por fin sea posible, reconstruir algo mejor que lo que hubo en el pasado.

OSEAS

Con un desparpajo que quita el aliento, Oseas compara las intimidades de su perturbada vida familiar con la relación entre Dios e Israel. El libro abre con la «palabra del Señor» donde Oseas recibe instrucciones divinas de casarse con una prostituta llamada Gómer. Luego, el nacimiento de sus hijas y los desquicios matrimoniales de Oseas y Gómer harán de plataforma desde donde analizar las intenciones de Dios respecto a Israel. Es una perspectiva sin duda sorprendente, a la vez que sumamente eficaz para comunicar el mensaje de Oseas.

En la Biblia Hebrea (nuestro Antiguo Testamento) la colección de *Los Profetas Posteriores* consiste de cuatro grandes rollos, o libros. Como ya hemos visto, el primer libro de la colección, el de Isaías, contiene los escritos de tres profetas. El cuarto rollo, del que nos vamos a ocupar a continuación, contiene los escritos de nada menos que doce profetas. La colección entera de cuatro rollos está organizada por orden más o menos cronológico, empezando con Isaías, luego Jeremías y Ezequiel, para concluir con varios profetas posteriores al retorno de los exiliados y la reconstrucción de Jerusalén. Este cuarto rollo también está organizado más o menos cronológicamente, desde un poco antes que Isaías.

Tal es el caso de Oseas, con cuyas profecías empieza el libro de estos «doce profetas menores».

La relación entre Dios y su pueblo que describe Oseas es problemática a todos los niveles. La maldad, la violencia y la corrupción que observa Oseas en la sociedad israelita son tan profundas que constituyen una especie de defecto de carácter, para el que ninguna iniciativa de Dios llega a constituir solución definitiva.

Oseas se casó con Gómer porque oyó una «palabra del Señor» al respecto, pero no nos consta que a Gómer le pasase lo mismo. El caso es que no sabemos cuáles fueron las motivaciones de ella, ni siquiera si se tuvo en cuenta su opinión o si la casaron sin consultarla. Los problemas matrimoniales de Oseas desembocaron en una ruptura. Gómer cayó en una vida cada vez más depravada y triste. Por fin Oseas recibió nuevas instrucciones divinas sobre ella. La compró del proxeneta en cuyo poder había caído y se la trajo de vuelta a casa. Aunque la perdonó y amó, es probable que ella nunca le correspondiera. Puede que le considerase un puritano amargado, excesivamente rígido. El amor puro e idealista que él le profesaba tal vez fuese algo para lo que ella sencillamente no estaba preparada o capacitada. ¿Quién puede explicar los porqués del enamoramiento humano, a veces correspondido intensamente y otras veces rechazado o incomprendido?

De la tragedia de la vida sentimental de Oseas fluyen algunas de las frases más líricas y conmovedoras de toda la Biblia respecto al amor no correspondido de Dios por su pueblo Israel.

Desde que el Dios de la Biblia exige *fidelidad* exclusiva y celosa, probablemente es inevitable que se recurra a la metáfora del adulterio para describir la conducta de los que abandonan a Dios o pretenden adorarle a él y también a otros. Y de hecho el vocablo *adulterio* figura extensamente en la reprensión bíblica de esas conductas y actitudes. Pero antes de Oseas nadie había desarrollado esa metáfora tan extensa y emotivamente para comprender la verdadera dimensión del pecado de Israel y la intensidad del dolor que provoca en el Señor.

Ante estas realidades Oseas ve con auténtica alarma la reacción previsible de Dios. Se avecina la destrucción de Israel, que será aniquilada en una guerra cruel y sangrienta. Resumiendo, son tres las manifesta-

ciones de la ruptura de la alianza con su Dios que ha provocado Israel: (1) han desvirtuado el culto a Dios, que se expresa ahora, entre otras cosas, mediante rituales orgiásticos a la usanza cananea; (2) han institucionalizado la violencia y la opresión, el abuso de autoridad y una criminalidad generalizada en la sociedad; (3) el sacerdocio ha sustituido rituales y sacrificios en lugar de la enseñanza de la Ley de Dios.

Aunque es inevitable el castigo fulminante, la destrucción total de Israel, Oseas es capaz de albergar alguna esperanza. Después de todo, ahí tiene él su propia experiencia personal de vivir un amor irracional y obsesivo, un amor incapaz de rendirse ante el rechazo y el desprecio de la persona amada. ¿Acaso puede un hombre amar más que Dios? Y si un hombre es capaz de perdonar locamente, ¿no lo será también Dios mucho más? De alguna manera, Oseas intuye que el amor de Dios se tiene que acabar saliendo con la suya. Aunque mientras tanto Israel haya desaparecido como país, relegado por la historia al museo de los experimentos nacionales fracasados.

Amós

La estrategia que sigue la apertura del libro de Amós sería divertida si el contenido de sus profecías no fuese tan tremendo.

Uno se puede imaginar cómo los israelitas debían frotarse las manos de placer al escuchar las palabras de juicio y condenación contra todas las naciones de sus enemigos tradicionales, enumeradas una tras otra. Contra cada una de ellas arremete Amós con las palabras: «¡Por tres pecados de Damasco (o Gaza o Tiro o Edom, etc.) y por el cuarto, no revocaré su castigo!”», para pasar a describir sus maldades nacionales. Para colmo de regocijo para los israelitas, Amós parece dedicarse con especial saña a los pecados de Judá, reino vecino con que Israel siempre mantuvo una especie de rivalidad fraternal desde que se independizó tras los abusos del reinado de Salomón.

¡Cómo se les quedaría la cara entonces cuando a continuación Amós empieza a analizar la condición de Israel! Porque Amós, a la postre, se centra en Israel, a los pecados de Israel dedica el grueso de sus denun-

cias, y con los castigos que aguardan a Israel más se extiende su profecía.

Amós fue el primero de los profetas de cuyas palabras tenemos una colección escrita a modo de «libro» en la Biblia.

Los israelitas y judíos conservaban una antiquísima tradición, probablemente ya desde hacía siglos en forma de libros, con las palabras atribuidas a Moisés, el profeta que Dios había usado para liberar de Egipto a sus antepasados. ¡Es casi inimaginable el impacto que tuvo que tener Amós en cuanto profeta del Señor, para que ahora sus palabras también fuesen recordadas y conservadas por escrito, como no se había hecho con ningún profeta en los siglos desde Moisés! ¿Por qué se conservaron las profecías de Amós y no las de tantos otros profetas anteriores? La respuesta está sin duda en la naturaleza de su mensaje, un mensaje tan novedoso y revolucionario como el del propio Moisés en la corte de Faraón.

Israel y Judá no eran los únicos países con larga tradición de profetas y profecías. El profetismo era un elemento habitual de la religión de aquellos siglos y culturas, donde nunca faltaban personas consideradas en posesión del don de hablar de parte de los dioses. Equiparables en muchos sentidos a brujos, hechiceros o chamanes, se les atribuía milagros y poderes sobrenaturales. Algunos profetas bíblicos actuaron así: Moisés, Elías y Eliseo, por ejemplo. Pero a Amós no se le conoce ningún milagro. Los profetas paganos frecuentemente hablaban en trances extáticos donde perdían el control de sí mismos. Algunos profetas bíblicos actuaron así, notablemente los reyes Saúl y David —pero Amós no.

Lo habitual en los profetas de todas las religiones era que, al igual que el sacerdocio y la religión en general, estaban al servicio de la corona. Con sus profecías y actividad protegían de sus enemigos al reino. En la Biblia es ese el papel que desempeñan en primer lugar todos los falsos profetas; luego también algunos aspectos de la actividad de Natán, Eliseo e Isaías. Pero no así Amós.

Y en Israel hubo —muy especialmente— una larga tradición de profetas que se oponían a las autoridades, predicando una visión alternativa para la sociedad, visión impulsada por el Dios de Israel. Sus palabras eran profundamente críticas de la corrupción y los abusos de

los poderosos, en defensa de los derechos de los pobres, los humildes, el campesinado oprimido. Entendían que Dios no podía estar implicado en la corrupción del régimen gobernante y promovieron los diversos golpes de estado con que se intentó durante siglos —sin éxito— impulsar un cambio de política social en Israel. Piénsese en Ahías silonita, Jehú hijo de Hananí, Micaías hijo de Imla; y en algunos aspectos de la actividad de Elías y Eliseo. Pero Amós tampoco encaja en esa línea profética. Amós no tiene ningún papel reconocido por la corte israelita y la sociedad en general, ni siquiera el papel de «profeta crítico» o predicador de la revolución social al estilo de Moisés.

No en vano Amós niega expresamente ser «ni profeta ni hijo de profeta» (Am. 7,14) e ironiza mordazmente sobre las pretensiones fanfarronas de los profetas: «¡Desde luego, Dios jamás haría nada sin antes desvelar sus secretos a los profetas!» (Am. 3,7).

Amós da por perdido sin esperanza el proyecto político de Israel. Simbólicamente, ni siquiera se molesta en echar sus discursos en Samaria, la ciudad real. Amós denuncia así el cambio operado en el alma de Israel, que ya no es el pueblo oprimido que hubo que rescatar en Egipto sino una nación rebelde y perversa que Dios mismo se ha propuesto destruir.

Y el motivo de todo ello es quizá religioso; pero es especialmente la corrupción de la justicia, el desmoronamiento de la solidaridad social, la prosperidad económica construida sobre las espaldas de los marginados, los sin techo, los desposeídos.

Miqueas

Las personas religiosas no son siempre buenas y la religión no siempre hace buenas a las personas. Antes bien, cuando el sentimentalismo piadoso y la devoción a Dios se mezclan con intereses personales o de raza o de nación o de clase social, el efecto puede ser desastroso.

Esto lo pudo constatar Miqueas de Moréset, profeta bíblico contemporáneo de Isaías.

Y por eso el mensaje de Miqueas sigue tan plenamente vigente hoy, miles de años después de su breve andadura por esta tierra. Porque en nuestra generación también existen personas piadosas y devotas, honesta y sinceramente religiosas, que justifican en presuntos mandamientos divinos los crímenes y atropellos, inhumanidad, injusticia e insolidaridad de sus gobernantes. Y hoy también los gobernantes más peligrosos para los derechos humanos son a veces los que viven con mayor intensidad su fe religiosa.

Así se explica la reacción de incredulidad horrorizada y pío escándalo que suscitaron las profecías de juicio divino inminente que pronunció Miqueas contra su propia nación, contra las clases sociales gobernantes y sus profetas mimados, y contra la propia capital Jerusalén:

> *Estos profetas me dicen: «¡Deja ya de profetizarnos! ¡No nos vengas con que el oprobio nos alcanzará!»*
>
> *Los descendientes de Jacob declaran: «¿Acaso ha perdido el Señor la paciencia? ¿Es ésta su manera de actuar? ¿Acaso no hacen bien sus palabras? ¿Acaso no caminamos con el Justo?»*
>
> —Miqueas 2,6-7 (NVI).

Si Amos y Oseas, unas décadas antes de Miqueas, habían profetizado la ruina y destrucción, por sus pecados, de Israel y de Samaria su capital, ahora Miqueas empieza a decir lo mismo acerca de Judá y su capital Jerusalén. Isaías llevaba algunos años diciendo algo parecido, pero Isaías no estaba persuadido de que las cosas hubiesen llegado hasta tal punto que la destrucción de Jerusalén fuese inevitable. Todo lo contrario, por aquellos años Isaías todavía estaba convencido de que tras la destrucción del reino de Israel, ahora Jerusalén y Judá escarmentarían con la invasión extranjera a que el reino sería sometido, se volverían al Señor con arrepentimiento sincero y piedad renovada, y el resultado sería un período de avivamiento espiritual nacional como pueblo escogido de Dios, que vive conforme a los mandamientos de Dios. Cuando llegó la invasión asiria Isaías insistió, en contra de los pesimistas, que Jerusalén *no* caería; porque en Sion, en el Templo de la Ciudad de David, Dios tenía fijada su morada.

Sin embargo Miqueas no ve ninguna señal ni de arrepentimiento sincero ni de favoritismo eterno de Dios frente a una ciudad cuyos vicios

característicos son la opresión, la violencia, la corrupción, y los contrastes escandalosos entre la deslumbrante riqueza de unos pocos y la piojosa miseria de casi todos. Quizá el pesimismo acentuado de Miqueas en comparación con Isaías, se debe a que si bien Isaías era un funcionario de la corte, Miqueas fue uno de los ancianos de Moréset, población periférica de Judá, donde había una guarnición militar fronteriza. Siendo perfectamente previsible que el ejército imperial asirio arrasaría Moréset, ¿qué simpatía le podía quedar a Miqueas por la supervivencia de una capital nacional de la que sólo salían desde hacía generaciones recaudadores de impuestos agobiantes, reclutadores que se llevaban a los jóvenes para hacer de «carne de cañón» en sus interminables guerras, y «nobles» engreídos que extorsionaban a los campesinos libres hasta quedarse con sus tierras ancestrales?

La interrelación entre Isaías y Miqueas —y con Jeremías un siglo más tarde— nos ofrece una clásica lección de la riqueza de los matices del testimonio bíblico acerca de cómo actúa Dios, y acerca de la naturaleza de la profecía bíblica. Isaías estuvo en lo cierto. Jerusalén no fue destruida en aquella generación. ¿Se equivocó entonces Miqueas al opinar que sucedería lo contrario? Cien años después de aquellos hechos Jeremías menciona que todavía hay quien recuerda bien las profecías de Miqueas y las respeta como válidas. Jeremías, citando el precedente de Miqueas, predicó que Jerusalén ahora ya no sería perdonada... y vivió para verla destruir hasta los mismísimos cimientos.

Y sin embargo, como ya hemos mencionado, Jeremías fue también un profeta de inagotable esperanza en una intervención restauradora de Dios incluso más allá de «la destrucción final» de su pueblo. Y **el libro de Miqueas** ha sido redactado de tal manera que aquí también, inevitablemente, tengamos líricos y bellos pasajes acerca de «los postreros días» cuando Dios levantará un Mesías del linaje de David y volverá a redimir, como libertador que reúne a su pueblo de su triste dispersión y cautiverio en tierras extranjeras, para instruirles en su Ley y su Verdad y hacer de ellos el pueblo que siempre debieron haber sido: Un pueblo cuya piedad religiosa los lleva a vivir en justicia y solidaridad y paz.

ABDÍAS, NAHUM, HABACUC Y SOFONÍAS

Los escritos sagrados de los judíos se conservaban en grandes rollos de pergamino. El rollo consistía de rectángulos de pieles de oveja raídas, adobadas y estiradas hasta quedar tan finas que eran casi transparentes. Se cosían en disposición horizontal hasta llegar a tener una longitud considerable. Se escribía sobre ellos con tinta y pincel en columnas de un ancho manejable y se enrollaban hacia el centro sobre sendas varas sujetadas a los extremos. La colección de los «Profetas Posteriores» consistía en cuatro de estos rollos, en el último de los cuales venían doce documentos conocidos como los «Profetas Menores» —menores en extensión, se entiende, no en edad ni en importancia. Ya hemos tratado sobre Oseas, Amós y Miqueas, tres de esos doce documentos. Ahora abordaremos otros cuatro: Abdías, Nahum, Habacuc y Sofonías.

Abdías es el más breve, con sólo 21 versículos; y viene entre Amós y Jonás. Nahum, Habacuc y Sofonías vienen juntos (entre Miqueas y Hageo), y constan de sólo tres capítulos cada uno.

Abdías es una serie de maldiciones y reproches dirigidos contra la nación vecina de Edom, tratada aquí de nación «hermana» pero que a pesar de esos vínculos ha traicionado a los judíos e israelitas, participando en el saqueo de su destrucción.

Es notable que mientras Abdías da voz a sentimientos de rabia, rencor, ira y tal vez odio, en absoluto emprende el siguiente paso, el de la instigación a la violencia, el llamamiento a levantarse en armas para vengarse de conductas tan reprochables. Sencillamente vaticina que un día cambiarán las tornas. Dios reivindicará a los que ahora sufren mientras que a los que hoy ríen, mañana les tocará llorar. Israel y Jerusalén se restablecerán y entonces «el reino será del Señor», palabras con que concluye el documento.

Nahum tiene bastantes parecidos, aunque ahora la que se lleva las broncas es la ciudad de Nínive, capital de Asiria.

Estos libros nos enseñan que hay que respetar los sentimientos de rabia, impotencia, odio y rencor, de los que han sido víctima de violencia inaceptablemente terrible, sanguinaria, implacable y feroz. Pedirles que

perdonen sin darles oportunidad de siquiera expresar esos sentimientos sería redoblar la violencia sufrida. Sería ponerse de parte de los violentos, hacerse cómplices de sus crímenes. Pero resulta curiosa la forma que toman estos vituperios y maldiciones. Porque a pesar de lo oscuro de sus sentimientos, las palabras de Nahum alcanzan una belleza poética. Hipnotizan con el ritmo de sus versos y estrofas de maldición, transformando el horror de lo vivido en belleza de palabras inolvidables mientras dejan constancia, para el futuro, de injusticias padecidas pero jamás aceptadas.

Habacuc consiste en una especie de diálogo entre el profeta y el Señor. El profeta se queja de la injusticia y violencia que padece el mundo y Dios le cuenta que está preparando a los babilonios para castigar a los opresores. Luego Habacuc se queja de que ahora los babilonios han resultado ser inaguantablemente violentos, injustos y sanguinarios. El Señor anima a Habacuc a pensar que aunque la justicia parezca tardar, sin falta llegará. La respuesta del Señor se alarga y extiende, hasta hacerse aplicable a otras situaciones de injusticia, que no sólo la opresión de las naciones victoriosas en guerra. En este discurso Dios mismo toma la palabra contra los asesinos, contra los violentos, los injustos, los que se aprovechan del mal ajeno, contra los tiranos, contra los que construyen la civilización a sablazo y con sangre. Por último Habacuc ya ni cuestiona ni protesta sino que pronuncia una oración de confianza en la intervención divina.

Aunque todo parezca indicar lo contrario, Habacuc está dispuesto a creer que Dios es bueno y que hará prevalecer el bien.

Sofonías es el único de estos cuatro documentos que sitúa las palabras del profeta en un momento histórico concreto, a saber, poco antes de la destrucción de Jerusalén. Como sus contemporáneos Jeremías y Ezequiel, Sofonías tiene claro que el juicio de Dios caerá sobre Judá y su capital Jerusalén. Se acerca «el día del Señor», pero ese día no será de salvación sino de castigo. Y como Jeremías y Ezequiel, Sofonías tiene claro que la limpieza que Dios está empezando en su propia casa, se extenderá también a las naciones vecinas, que no son mejores que Judá y acaso sean peores. Y por último y también como sus contemporáneos Jeremías y Ezequiel, Sofonías tiene claro que la destrucción de Jerusalén y el destierro de su población, que parece algo tan definitivo, no

puede ser la última palabra. Dios al final ejercerá de Salvador, de restaurador y de perdonador. Volverá a reunir a su pueblo y por fin habrá paz y justicia en la tierra.

HAGEO Y ZACARÍAS

Pongámonos en situación: Los judíos en Jerusalén están sufriendo un bajón anímico después de la euforia inicial del retorno tras el exilio en Babilonia.

Hageo está seguro de que la solución está en la reconstrucción del Templo de Salomón. ¿Cómo es posible que los regresados del exilio hayan reconstruido sus propias casas pero siguen sin reconstruir la casa del Señor? ¿Cómo pueden esperar buenas cosechas y prosperidad mientras el Templo está en ruinas?

Zorobabel (el heredero de la dinastía de David, que el rey persa había puesto como gobernador en Jerusalén) y Josué (heredero del linaje de sumo sacerdotes del Templo) apoyaron la prédica de Hageo.

Siete semanas más tarde, Hageo vuelve a profetizar con promesas y palabras de ánimo para estos dos personajes. Y después de otros dos meses, ya se procede a echar los cimientos para la obra de reconstrucción. También en esta ocasión Hageo profetiza prosperidad, éxito y buenas cosechas como resultado, y redobla sus alabanzas del príncipe real Zorobabel, de la casa de David.

En medio de ese período de casi cuatro meses, empieza a recibir visiones y a predicar Zacarías. El mensaje inicial de Zacarías es el mismo que el de Hageo, muy especialmente en sus palabras de promesa y exaltación del sumo sacerdote Josué y del príncipe real Zorobabel. Según Zacarías son dos «ungidos» (*mesías*, en hebreo) en quienes se ha fijado el Señor para restaurar a los judíos como su especial «heredad» entre las naciones. Zorobabel conseguirá sus victorias de manera sobrenatural, «no por ejército, ni con fuerza, sino con mi espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos». Según la visión del capítulo 5, en esta *era mesiánica* que se avecina, la Maldad (personificada en la visión como una mujer) será encerrada en un recipiente con tapón de plomo y llevada por dos mujeres aladas a una tierra muy lejana. Los judíos

volverán de todas las tierras donde fueron dispersados y en Jerusalén vivirán días de gloria y prosperidad.

Sin embargo al comienzo del capítulo 7 tenemos una nueva fecha. Han pasado dos años y la casa del Señor ya está acabada. Pero está claro que, en la opinión de Zacarías, nada ha cambiado. Jerusalén sigue en bancarrota moral y espiritual y el desánimo y la falta de prosperidad en la colonia de los regresados del exilio cunde igual que antes.

¿Cómo explicar esto?

Si ya no se puede achacar la condición negativa de Jerusalén a que no se diera prioridad a la reconstrucción del Templo, Zacarías se ve obligado en sus visiones a pensar en otros factores que hacen eco de la prédica de los profetas de antaño. Algo le queda todavía por hacer a la población de Jerusalén, incluso habiendo terminado el Templo: Han de buscar a Dios de todo corazón y han de vivir con justicia y equidad con el prójimo, acordándose muy en particular de los desvalidos, de las viudas y los huérfanos, los extranjeros y los pobres. Entonces sí vendrá por fin la era de prosperidad y salvación, de gloria y alegría sin fin.

Los líderes de los judíos (tal vez —aunque no lo pone— los mismos Josué y Zorobabel en que dos años antes Hageo y Zacarías habían fijado tantas esperanzas) son pastores perversos, que maltratan y se comen a las ovejas del rebaño de Dios, en lugar de cuidarlas y atender a su bienestar. Ahora, por tanto, se avecinan días muy difíciles, de guerra, derrota, muerte y sufrimiento.

En el último capítulo, entonces, Zacarías anuncia la culminación de todos esos males en un día extraordinario, único, en el que no habrá ni día ni noche aunque «al caer la tarde habrá luz». Ese día se estrenará, por fin, la tan postergada nueva era maravillosa de paz, prosperidad, justicia, santidad, gloria y alegría, que el Señor traerá a Jerusalén. Todas las naciones de la tierra acudirán allí a adorar al Señor y las bendiciones de Dios alcanzarán a todo el mundo, no sólo a los judíos.

Lo que está claro en estos libros es que *se empieza a agotar un modelo*. Desde la adopción de la monarquía en Israel unos cinco siglos antes, la esperanza de renovación espiritual exigía dos cosas: En primer lugar, Dios levantaba *profetas* que criticaban la infidelidad religiosa. Y en

segundo lugar y gracias a la influencia de los profetas, *la corona* imponía por decreto las reformas necesarias.

Después de Zorobabel ya nadie espera nada de la dinastía «eterna» de David, que desaparece de la historia para siempre. (Es cierto que siglos más tarde se atribuirá a Jesús esta estirpe, pero desde linajes secundarios, distintos al de la sucesión dinástica.)

La era de los grandes profetas del Antiguo Testamento también está por concluir. Sólo nos queda por ver tres escritos muy breves de esta colección.

Y a todo esto nos falta todavía medio milenio para el nacimiento de Jesús.

JOEL, JONÁS Y MALAQUÍAS

Joel abre con la descripción de una sucesión de plagas sufridas pocas décadas después *de* la refundación de Jerusalén. El desastre natural es de tal dimensión que, en la segunda mitad de este documento, el profeta empieza a desentrañar la significación espiritual del prodigio. Joel entiende que se acerca «el Día del Señor, en el Valle de la Decisión», cuando Dios por fin restaurará plenamente a su pueblo escogido que se refugia en Jerusalén, mientras que las naciones paganas sufrirán su merecido castigo, tal vez la aniquilación.

En estas predicciones cabe destacar dos cosas en particular: En primer lugar, tenemos aquí (en continuidad con otros precedentes en los profetas) los albores de la literatura *apocalíptica* judía, donde un lenguaje recargado de simbolismo y alusiones escondidas da a entender el advenimiento de una era totalmente nueva, una ruptura con la historia de la humanidad hasta aquí… pero sin que se sepa nunca hasta qué punto los distintos detalles —como el oscurecimiento del sol y la luna— deben entenderse en un sentido exclusivamente figurado y metafórico.

En segundo lugar, Joel siempre ha sido un profeta de especial interés para los cristianos, por la cita extensa que hace Pedro de este

documento en su sermón del día de Pentecostés, cuando el derramamiento inicial del Espíritu Santo.

Jonás es sin duda uno de los personajes más memorables de toda la literatura bíblica. El autor sitúa la historia en una época tres siglos antes y cuenta que en tiempos de los asirios un judío llamado Jonás ha de aprender mediante una sucesión de experiencias todas ellas muy duras, que Dios no hace acepción de personas por motivos raciales o nacionalistas. Los marineros fenicios y los asirios ninivitas —ahora desaparecidos, pero que en el siglo VIII a.C. habían llegado a acabar para siempre con el reino de Israel— se manifiestan en esta historia mucho menos rebeldes contra Dios que el propio Jonás (el caso de los marineros) y más proclives a un arrepentimiento nacional que el propio Israel (el caso de los ninivitas). La salvación *viene de los judíos*, naturalmente, por lo que en un caso y en el otro es la intervención de Jonás lo que los salvará; pero a la vez, la salvación es *para todas las naciones.*

Por cierto, en ningún momento se dice que Jonás fuera profeta. Al contrario, se pretende que se identifiquen con él *todos* los judíos piadosos. Profeta lo fue, eso sí, al autor anónimo de esta historia edificante. La idea de que los judíos han de ser una luz para las naciones, invitando a todos a temer y adorar al único Dios verdadero, tiene amplios precedentes en todo el Antiguo Testamento. Pero es en Jonás que por primera vez se establece con claridad meridiana esta responsabilidad como una misión activa que han de emprender los judíos piadosos. Reconocer esto es observar que la misión del apóstol Pablo a los gentiles, siglos más tarde, no es en absoluto novedosa sino que cuadra dentro de la propia tradición judía.

Cuando Malaquías, los judíos llevan algunas décadas asentados en Jerusalén y ya han reconstruido el templo. Pero los sacrificios se ofrecen a desgana y con una profunda negligencia. Los animales que se ofrecen dan auténtica lástima. Los sacerdotes son corruptos e ignorantes. El pueblo se desentiende de su obligación de mantener el ritual con sus diezmos. Y la vida familiar de los habitantes de Jerusalén es igual de triste, plagada de divorcios y de enemistad entre padres e hijos. Total que, aunque Malaquías no lo expresa con estas palabras, podríamos decir que los judíos jerosolimitanos adolecen de un desconocimiento

profundo de la Ley de Dios y de su razón de ser como pueblo escogido del Señor.

Malaquías anuncia, entonces, que ha de llegar en breve un siervo del Señor, que conseguirá: (1) Restaurar el auténtico sacerdocio levítico como predicadores de la instrucción divina entre el pueblo. (2) Poner arreglo a la corrupción del sacerdocio saduceo responsable del ritual litúrgico en el templo. (3) Poner en marcha la renovación de la vida familiar de los judíos. (4) Renovar la instrucción generalizada del pueblo en la Ley del Señor que proclamó Moisés.

Con estas ideas y esta esperanza concluye la sección bíblica de *Los Profetas*. Históricamente, poco después de Malaquías aparecen en escena Esdras y Nehemías. Ellos cumplieron hasta tal punto con lo esperado por Malaquías, que durante los siguientes milenios el pueblo judío por fin prosperó y medró y sobrevive hasta el día de hoy —pero eso lo iremos viendo poco a poco en la relación de los libros de la Biblia que nos quedan por delante.

En la Biblia cristiana, sin embargo, Malaquías figura inmediatamente delante de *los evangelios*. Reorganizado así el orden de los libros bíblicos, se puede observar hasta qué punto es especialmente en Jesús, siglos más tarde, que se cumplirán —mucho más perfectamente— las esperanzas y los anhelos de Malaquías.

Salmos

Con el libro de los Salmos empiezan «Las Escrituras», la tercera gran colección de la Biblia Hebrea (después de «La Ley» y «Los Profetas»).

Hace 30-40 años empezaron a aparecer nuevas técnicas de reproducción gráfica nunca antes soñadas. Hasta entonces se escribía cada vez un original —aunque existía la posibilidad de hacer una o dos copias muy inferiores, con papel de calco. Para obtener más copias había que encargar el trabajo a una imprenta. Pero con la invención de la fotocopiadora y de los proyectores de transparencias, empezó a surgir la posibilidad de que cada grupo de cristianos se configurase su propio «cancionero» de himnos y coritos favoritos. Desde los 80, la informática

ha transformado todo esto una vez más, brindándonos posibilidades que hace 50 años eran inimaginables.

Remontándonos miles de años atrás, los procedimientos para la creación del libro de los Salmos no tienen nada que ver con nuestras colecciones de himnos y coritos favoritos. La colección del libro de los Salmos sólo pudo producirse en el templo de Jerusalén. Allí cantores profesionales mantenidos por la corona creaban, copiaban laboriosamente a mano y guardaban, coleccionaban y organizaban como podían, sus pliegos de papiro o pergamino. Eran cánticos de alabanza o de lamentación, de júbilo o arrepentimiento, según la necesidad del momento. Se estrenaban en el fausto de alguna celebración de importancia para la corte y para la vida política de la nación. Si gustaban al rey o al pueblo o si producían el efecto deseado en la Deidad, se conservaban para reutilización posterior.

Muchos salmos tienen un aire profundamente personal, pero todos tienen siempre una amplia repercusión nacional.

Numerosos salmos están asociados a distintos episodios de la vida del rey David. Sin duda, por cuanto había sido el fundador de la dinastía reinante, los reyes y políticos buscaban siempre en la vida de él alguna referencia paralela para la comprensión de sus propias circunstancias, lo cual otorgó cierta ejemplaridad universal a las experiencias de David.

Pero otros salmos —algunos muy posteriores al rey David— tienen que ver con otros muchos momentos en la historia nacional judía, en su largo periplo por la monarquía (los que más), el exilio babilónico, y la posterior reconstrucción de Jerusalén y del Templo. Muchas veces, incluso aunque un salmo no lo diga con claridad, es posible adivinar las circunstancias cuando se compuso. Otras veces eso ya es imposible y nos queda tan sólo la belleza de sus cadencias y la imaginación poética de sus palabras.

También es posible adivinar en algunos salmos una «prehistoria», una composición y uso anterior a su adaptación litúrgica para el Templo. El Salmo 18, por ejemplo (= 2 Samuel 22), aplica al Dios de Israel los atributos y las virtudes que otros pueblos atribuían al dios Baal, adorado como Señor de las tormentas y las batallas. Quizá este salmo sea, entonces, la adaptación de una antigua alabanza a Baal, «convertida» al

Señor para su uso legítimo en Jerusalén. El Salmo 119 pareciera haber tenido su origen en la escuela, por la manera machacona con que enseña el alfabeto hebreo con la primera letra de cada verso, a la vez que su temática es la importancia sagrada de los libros.

En cualquier caso, es reconfortante descubrir cuántos de los salmos, cuando se leen con imaginación y con amor a Dios en las circunstancias tan dramáticamente distintas del cristiano o cristiana modernos, resultan universales en su sentimiento religioso.

Desde luego, las circunstancias y la significación de que un rey confiese sus pecados o anuncie públicamente su devoción a su dios personal, son absolutamente distintas a lo que sucede cuando cualquier particular hace lo mismo hoy día. En el primer caso puede suponer un golpe de timón político o puede venir acompañado de una declaración de guerra (piénsese en tantos salmos que hablan de enemigos, agravios e injurias intolerables). Pero en el segundo caso el alcance del salmo no sobrepasa los límites de una declaración de fe o confianza puramente personal e íntima.

Pero es precisamente porque desde hace miles de años es este segundo sentido el que se da habitualmente a las palabras de los salmos, que los salmos siguen siéndonos tan útiles hoy en la formación de nuestros hábitos de alabanza, en el vocabulario de nuestras oraciones y en la expresión de nuestra fe y confianza en Dios.

Se cree que los cristianos siguieron desde el principio la costumbre hebrea de entonar los salmos bíblicos. (También se valían de otros muchos «himnos y cánticos espirituales» —véase Efesios 5,19.) Desde comienzos de la Edad Media, en muchos monasterios se viene entonando el salterio entero semanalmente. Con la Reforma Protestante, los calvinistas pusieron especial énfasis en cantar los salmos en lugar de otros himnos (despreciados, estos últimos, por carecer de la necesaria inspiración divina, que su doctrina sólo podía reconocer en la Biblia). Hasta el día de hoy, un porcentaje importante de nuestras canciones y coritos tienen inspiración directa en la letra de los salmos.

Job

En general, los libros de la Biblia mejoran mucho cuando se leen de corrido, como leeríamos una novela. Es la única manera de no perderse en los detalles y conseguir apreciar el desarrollo de la historia o de la argumentación. Si esto es cierto en general, es especialmente cierto cuando llegamos al libro de Job.

Siempre he soñado con algún día realizar una lectura del libro de Job en voz alta, de corrido, delante de un público. Es un libro con una estructura dramática en su planteamiento que, sin llegar a ser teatro, pide de alguna manera que se monte en un escenario. Se trataría de una lectura dramática más que una obra de teatro, porque los protagonistas no hacen nada: sus palabras lo son todo. Descubrimos así la fuerza y belleza de estas palabras, el ritmo del paralelismo de la poesía hebrea, la riqueza de imaginación poética de unas páginas inolvidables.

A la vez nos sentiríamos algo abatidos por la fuerza de lo extraño, incluso exótico, del mundo de Job. Un mundo en el que es posible, por ejemplo, pasarse días enteros debatiendo entre amigos sobre el porqué del sufrimiento de uno de ellos, sin interrupciones para los telediarios ni para el fútbol, sin ese frenesí alocado de correr de aquí para allá con el nerviosismo de llegar tarde a todas partes, sin el incordio de los teléfonos y los móviles que suenan a todas horas. Al fin y al cabo, lo más exótico y extraño de todo el libro de Job es seguramente la escena donde Elifaz, Bildad y Zofar se acercan y al ver el triste estado en que está Job, se sientan en el suelo al lado suyo durante siete días y siete noches sin que nadie diga una sola palabra. ¡Señores, está claro que aquí hemos abandonado el siglo XXI! Me parece que yo no conozco a nadie capaz de sentarse durante *siete minutos* sin hablar y sin tele ni radio de por medio, ni nada que leer. ¡Siete días y siete noches de silencio!

El libro de Job plantea algunas de las cuestiones más difíciles de toda la existencia humana. Su desenlace es sumamente extraño: Unos, los que defienden la justicia de Dios en el sufrimiento humano, merecen por ello ser castigados por Dios. Mientras tanto Job, que se ha hartado de acusar y atacar la injusticia de Dios, es declarado justo. Pero ya había

sido extraño el planteamiento inicial, donde Dios y Satanás hacen una porra apostando cómo soportará Job los peores sufrimientos que se le puedan ocurrir al diablo.

Es imposible, en estos pocos renglones, entrar a intentar desentrañar satisfactoriamente el mensaje del libro de Job, cuál su respuesta a la realidad del sufrimiento inexplicable de los inocentes. Job nos obliga a enfrentarnos a la cruel dureza de la vida que padecen algunos, a quienes «Dios» no concede ni la más mínima oportunidad de escapatoria ni elección ni consolación. Lo único más crudo, cruel e inexplicable que este libro es la propia vida que sufren algunos. Y este sufrimiento o es o no es «la voluntad de Dios». Dios o lo impone a capricho o no lo controla en absoluto. Dios o es aliado de Satanás o es aliado nuestro. Y en esas circunstancias, quienes defienden a ultranza «la justicia de Dios», en esa misma defensa declaran que la justicia de Dios es tan incomprensible y alienígena, tan cruel y despiadada, que la única reacción lógica del ser humano tiene que ser el horror, el rechazo y el deseo de apartarse lo más lejos posible de semejante deidad.

Pero el personaje de Job elige otro camino: el de acercarse a Dios con sus quejas en lugar de huir despavorido de la presencia de un Dios que parecería carecer de sentimientos y compasión. Job, a la vez que acusa a Dios de injusto cree, locamente, contra toda lógica, que Dios atenderá a sus reclamaciones.

Dudo mucho que ni siquiera el libro de Job, ni toda la Biblia, nos consigan hacer comprender el lado más terrible de la existencia y del sufrimiento humano en guerras, hambres, esclavitud, torturas, enfermedades dolorosísimas y discapacidad, complejos y enfermedad mental, explotación sexual, maltratos y abusos deshonestos de niños y bebés, violencia y terror en el seno de algunas familias…

Lo que sí, tal vez, nos ayude a conseguir el libro de Job, es a no juzgar a las víctimas. Porque no se me ocurre nada más cruel que las palabras insensibles y desalmadas de la gente que, creyéndose piadosa y religiosa, piensa saber por qué el prójimo merece sufrir; los que no se cortan ni un pelo en meter siempre de por medio la tan manoseada «justicia de Dios».

¡Líbrenos Dios de los que disimulan como devoción a Dios su incapacidad de meterse en la piel de los demás!

PROVERBIOS

Después de un libro tan adusto y austero como lo es el libro de Job, el de Proverbios resulta especialmente refrescante y optimista.

Es interesante observar aquí el acierto de los sabios hebreos que siguieron un ordenamiento distinto al de los cristianos para los libros bíblicos en esta sección de la Biblia, sección que ellos llaman de Las Escrituras. Al glorioso libro de los Salmos, con sus inolvidables cánticos al poder, la sabiduría, los juicios justos y la gracia infinita de Dios, sigue el libro de Job que deja ver la otra cara de la vida. En Job es posible lo que algunos de los salmos y numerosos proverbios niegan por principio: que el justo sufra y no exista explicación por qué. Pero entonces nos llega esta nueva reafirmación de que la vida puede ser comprensible y bella. Porque si hay una cosa que afirma el libro de Proverbios, es que existe un orden y unos principios morales en el universo; que la vida sigue patrones predecibles, que la conducta humana suele desembocar en determinadas consecuencias lógicas, sean para bien o para mal.

Y a pesar de que no se puede negar el sufrimiento injusto de un Job, tampoco se puede negar el hondo conocimiento de la realidad de la vida que inspira los proverbios hebreos (así como la sabiduría popular de tantos otros pueblos, incluso los refranes españoles). Sí. Los haraganes, los chismosos, los que no dominan sus pasiones, los necios que desprecian los libros sagrados, todos ellos tienden a acabar mal como regla general y a pesar de las excepciones. Y los que cumplen honradamente lo que han dicho, los que son compañeros de fiar en los momentos de crisis, los que son generosos con sus limosnas, los que aceptan la instrucción y se dejan corregir, tienden a ser felices. No siempre todo lo felices que se pudiera desear, pero seguramente más felices que si actuasen con maldad en lugar de virtud. A continuación en el orden hebreo de estos libros tenemos el de Rut, que pinta un cuadro optimista de la vida. En Rut observamos lo que sucede cuando la gente vive valores muy próximos a los del libro de Proverbios. Y sí, son felices

al final, aunque en sus vidas también haya que atravesar tiempos de desdicha.

Nuestras Biblias cristianas pareciera que no se atreven a la yuxtaposición directa e inmediata de afirmaciones contrarias. Postergan el libro de los Salmos para que sus 150 poemas voluminosos hagan de colchón entre Job y Proverbios, como queriendo que no nos demos cuenta de la paradoja esencial que encierran. Ambos libros tan ciertos, ambos tan incompatibles en su manera de entender la vida. Pero la paradoja es la esencia del mensaje de estos dos libros vistos a la vez. De alguna manera Job y Proverbios dialogan eternamente entre sí, dándose y quitándose mutuamente la razón a la par que nosotros, los mortales, sufrimos y rozamos el éxtasis, y muchas veces cada cosa parece perfectamente merecida a su tiempo, pero otras tantas veces nos pillan por sorpresa y nos quedamos perplejos, sin explicación.

Algunas de las secciones de este libro están atribuidas a reyes y personajes del pasado cuya fama de sabios es legendaria. Y sin embargo en estos refranes casi todo parece sabiduría popular, más a propósito para un Sancho Panza, por ejemplo, que para los que como el Quijote, se antojan nobles hidalgos. Son instrucciones prácticas y sencillas para llevarse bien en familia y en pequeños pueblos agrarios tradicionales, donde todo el mundo conoce de sobra las virtudes y los vicios de cada cual y hay que saber convivir con toda la armonía y alegría que sea posible. En esa vida los hay que son prudentes y entendidos y los hay necios, insensatos y obstinados en tomar decisiones desacertadas. Y todo el mundo lo ve y lo sabe, y todos se deshacen en alabanzas del que ha actuado con inteligencia y menean la cabeza en desaprobación del que parece estarse buscando a propósito la ruina.

Destacan, tal vez, si es que cabe destacar algo en este libro del que cada versículo es una perla, los capítulos dedicados a la elección entre dos «mujeres» entre los capítulos seis y nueve. Ellas son muy distintas entre sí y llevarán al varón cada una a un destino opuesto. La prostituta o la mujer infiel de otro hombre, le tienta con placeres intensos pero pasajeros, que a la postre desembocarán en la desdicha. Jocmá sin embargo —en griego Sofía, en castellano Sabidurí-a—, es una «mujer» por cuyos encantos bien merece la pena dejarse seducir. Es por medio

de ella que Dios creó el mundo y lo gobierna. Y quien «se acuesta» con Sabiduría se levantará colmado de éxito.

RUT

A veces es difícil distinguir entre lo que podríamos denominar como «historia a secas» y una «novela histórica». Tal es especialmente el caso cuando se trata de un libro que es tan antiguo que en sí mismo constituye un documento histórico. Y se complica especialmente cuando su redacción incluye conversaciones, cierto desarrollo en la evolución de los personajes y un desenlace que genera satisfacción en el lector.

Nos consta que en sus narraciones de episodios históricos los historiadores del período romano procuraban recrear conversaciones verosímiles, aunque inevitablemente inventadas por el autor. Con un conocimiento de los personajes históricos protagonistas y sabiendo, además, el desenlace de los eventos, se procuraba hacer interactuar a los personajes a efectos de explicar el porqué de aquellos acontecimientos. No sabemos qué libertades pudieron tomarse los historiadores de la antigüedad remota, además, para inventar personajes o episodios con los que redondear la verosimilitud y el interés de sus narraciones históricas, sin por ello distorsionar los hechos conocidos fehacientemente por ellos y sus contemporáneos.

Seguramente sería legítimo situar especialmente en el siglo XIX de nuestra era el auge principal de la novela histórica, con autores como Walter Scott, Victor Hugo o León Tolstoi, aunque hubo desde luego importantes antecedentes en las obras de dramaturgos como Lope de Vega o William Shakespeare. En realidad, desde hace siglos la literatura de Occidente está plagada de obras cuyos protagonistas ficticios se sitúan perfectamente y con absoluta verosimilitud en episodios concretos del pasado. Interactúan y conversan con personajes consabidamente históricos. Y participan en hechos de impecable historicidad, de tal suerte que hacen comprensible esa historia, explicando así una era pasada y las decisiones que hubo que tomar en determinado momento histórico.

En muchos de estos casos sucede que a pesar de las licencias tomadas por la inventiva del novelista o dramaturgo, esa historia adornada con personajes, conversaciones y sucesos secundarios ficticios, sin embargo resulta perfectamente fiel al espíritu de la época recordada y tan «cierto» en cuanto esbozo general de los hechos históricos, como lo que se puede hallar en la lectura de un tomo cuyas pretensiones de veracidad como «historia», aparentemente sean mucho más severas.

Cuando leemos el *Cantar del Mío Cid*, el *Julio César* de Shakespeare o *Guerra y Paz* de Tolstoi, ¿qué nos importa que sean o no absolutamente fidedignos sus detalles o que el autor se haya sacado de la imaginación la mitad de los personajes y episodios? A estas obras les queda siempre un residuo de historicidad, de verosimilitud y hasta veracidad histórica, que es imposible negarles aunque sean «obras literarias» y no estrictamente «historia fehaciente».

La joven viuda Rut, con sus virtudes de humildad y lealtad inquebrantable a la familia de su marido y su disposición a emigrar a Israel y asumir como suyo propio el Dios y las costumbres de Israel, ocupa un lugar imborrable en el recuerdo de toda persona que lee la Biblia. Noemí, luchadora y sobrevividora a pesar de sus muchas desdichas, que en su ancianidad ve colmadas sus aspiraciones y anhelos cogiendo en brazos el «nieto» de su alma, ya que no de su sangre, ha inspirado a incontables mujeres a seguir esperando que cambie su suerte, que Dios por fin se acuerde de ellas. Booz, descendiente de Judá y antepasado del rey David, sintetiza en su nobleza personal las virtudes de toda su estirpe.

Así también es innegable el hecho de que el linaje de David no podía ser «israelita puro» como no lo era el de nadie, puesto que desde sus remotos ancestros en Génesis, la mezcla de razas venía resultando tan natural e inobjetable a los israelitas como lo es hoy día también para toda persona de bien.

Siglos después de David, más cercano en la historia a Jesús que a David, el judaísmo se debatía entre dos tendencias encontradas e irreconciliables. Unos mantenían en alto el ideal de Israel como luz de las naciones, integrados con naturalidad, como Daniel o Mardo-queo, en la burocracia de los emperadores paganos y testificándoles sobre el Dios

creador de cielo y tierra. Otros, sin embargo, mantenían en alto el ideal de Israel como raza pura sin mezclas, prohibiendo como deslealtad religiosa los matrimonios de judíos y mujeres de otras etnias.

El libro de Rut procura inclinar la balanza hacia esa primera tendencia, la tendencia integradora, no racista. Una tendencia que casi podríamos tildar de evangelizadora o misionera, donde Dios espera recibir la adoración y obediencia de cualquier persona, no importa su origen. Donde, también, el pueblo de Dios recibe con generosidad a los inmigrantes, especialmente si son refugiados políticos o pobres desesperados y sin medios para sobrevivir.

Sea «historia a secas» o «novela histórica», mientras exista la Biblia como Sagrada Escritura inspirada por Dios, el libro de Rut luchará en las mentes de sus lectores contra toda tendencia a la xenofobia, al rechazo del inmigrante, a la cerrazón racial y el exclusivismo religioso.

Cantar de los Cantares

¡Vaya sorpresa! ¡Un extenso poema de exaltación del erotismo… y en la Biblia!

La lengua hebrea emplea la redundancia para indicar el superlativo. El título de este libro indica, entonces, que en la opinión de los judíos que realizaron la colección de Las Escrituras, este es el más bello o más importante de todos los cantos bíblicos.

Desde los primeros siglos de la Iglesia se ha tendido a interpretar el Cantar de los Cantares como alegoría de la relación con Dios. Volveremos a examinar esa posibilidad de interpretación, pero no sin antes observar la belleza que este libro bíblico encuentra en la relación de pareja heterosexual humana.

En realidad, la relación erótica a la que Cantares dedica sus versos presenta problemas tanto para los «liberales» como para los «conservadores» cristianos en nuestras discusiones sobre cuáles relaciones sexuales pueden ser legítimas.

Por una parte, como ya he indicado, la pareja protagonista de Cantares es clara e inequívocamente heterosexual. Una espina clavada en los que reivindican la legitimidad de las relaciones homosexuales.

Sin embargo Cantares carece de esa misma claridad inequívoca en cuanto a que los amantes sean legítimo marido y mujer o que, en caso de que así fuera, se trate de un matrimonio monógamo. Al contrario, puesto que el primer versículo atribuye estos versos a Salomón, que sabemos que tuvo la friolera de mil mujeres entre esposas y concubinas, habría que calificar la relación aquí descrita como una pasión pasajera. Una espina clavada en los que reivindicamos la exclusividad de las relaciones sexuales para el matrimonio monógamo.

El Cantar de los Cantares, resulta así ser un texto «subversivo» dentro de la colección bíblica, un texto que en algunos sentidos va a contracorriente de lo que parecería quedar firmemente amarrado en el resto de la Biblia. Es así como opino que hay que entenderlo, y es así como entiendo que hay que aceptar su legitimidad bíblica como revelación divina respecto a la vida humana.

Esto es admitir que todo lo que sabemos que agrada a Dios puede ser cierto y que a la vez, sin embargo, puede que haya otras verdades, otras perspectivas, otras maneras de vivir la humanidad, que Dios pueda también aprobar. Como sucede cuando leemos el libro de Job y tantos otros pasajes bíblicos, descubrimos que el ser humano puede *conocer* a Dios íntimamente, pero jamás *comprenderle* del todo.

En el orden que dieron los hebreos a Las Escrituras, Cantares viene después del libro de Rut. Así los valores tradicionales del matrimonio monógamo judío que hallamos en el libro de Rut —que privilegia la estabilidad familiar por encima de cualquier otro valor— nos ofrecen la «perspectiva bíblica» desde la que es menester leer Cantares. Y de inmediato, a continuación de Cantares, viene el libro de Eclesiastés, que nos lleva a cuestionar a fondo la utilidad de la «sabiduría» salomónica (que al final no es más que vanidad de vanidades).

El orden que siguen los libros en la Biblia cristiana no nos ofrece semejante marco útil, que nos ayude a interpretar «correctamente» el libro de Cantares. Supongo que esto se debe al auge del neoplatonismo en la época cuando se fijó el canon de la Biblia cristiana. Muchos

cristianos de aquella época tendían a negar la importancia del mundo material y sensorial, hasta tal extremo que la única manera «cristiana» de entender Cantares que podían imaginar era la alegórica: Todos los sentimientos bellos y hondos de que es capaz el ser humano, la capacidad humana de apasionarse, enamorarse, enloquecer de deseo, sólo pueden colmarse si se vuelcan en Dios.

Interpretado Cantares desde siempre con referencia al amor mutuo entre Cristo y la Iglesia, desaparecía el presunto problema de su erotismo desbordante, puesto que no iba de erotismo sino de espiritualidad.

La interpretación alegórica de las Escrituras ya no está bien vista. Pero no por ello deja de tener, por lo menos para la interpretación de Cantares, mucho de encomiable.

La rendición incondicional de nuestra generación ante la seducción del erotismo sin barreras al final no hace otra cosa que crear un ídolo. La idolatría del sexo no es peor, pero tampoco mejor, que cualquier otra idolatría. Y a la postre toda idolatría, siempre, es un engaño. Hoy, a pesar de todos los pesares, sigue siendo cierto que *nada satisface* (por lo menos, no a la larga) como una justa relación de amor y devoción a Dios.

Eclesiastés

«Vanidad de vanidades —dijo el predicador—; vanidad de vanidades, todo es vanidad» (Ec 1,2).

Con estas palabras tan tajantes, secas y desalentadoras, empieza uno de los discursos más sorprendentes de la Biblia.

Nos encontramos aquí en una sección de la Biblia Hebrea donde los libros son relativamente breves y nos llevan repentina y sorpresivamente de un tema o un estado de ánimo a otro… y luego a otro más. Haciendo un breve repaso, vemos que hemos ido de Rut a Cantar de los Cantares y ahora a Eclesiastés, al que en el orden hebreo de la Biblia seguirá Lamentaciones y luego Ester. De alguna manera cada uno de estos breves escritos pone en entredicho el anterior; pero a la vez ayuda a interpretarlo o a contextualizarlo en el amplio abanico del pen-

samiento bíblico sobre la vida (en relación con Dios). Y es que la Biblia, como la vida misma, es complicada y contiene multitud de voces y perspectivas; y nada en ella nos permite el triunfalismo facilón de quien se cree poseedor de «Toda la Verdad».

El libro de Eclesiastés exige ser leído con atención; entre otras cosas, porque leído superficialmente parecería que fue escrito por el rey Salomón, que reinó en el siglo X a.C.; mientras que su estilo y especialmente su argumento, nos sitúan necesariamente en una fecha de composición muchos siglos más tarde. Eclesiastés es, de hecho, uno de los últimos libros bíblicos antes de Cristo. La fuerza especial de la argumentación de Eclesiastés sobre la vanidad y transitoriedad de los esfuerzos humanos exige que su «Salomón» sea un rey de un pasado remoto ya cuando se redactó el libro. Que sea un personaje histórico pero antiquísimo, del que se recuerda que fue fabulosamente rico e inigualablemente sabio… pero que murió como mueren todos los mortales. La ciudad que construyó, el templo glorioso donde adoró y sus palacios suntuosos donde vivió, fueron arrasados a una por el fuego de los conquistadores; y cuando se escribe este libro, ya nadie recuerda ni siquiera dónde pueda ser que yacen sus huesos. Huesos que con toda probabilidad ya tampoco existen, deshechos en polvo por la enormidad del peso de los siglos transcurridos.

El autor de Eclesiastés, entonces, nos propone imaginar qué opinaría este Salomón ahora, después de tantos siglos y desde este olvido al que todos estamos destinados, acerca de las cosas por las que nos afanamos, preocupamos y cargamos de trabajo tú y yo.

Ni del mismísimo Salomón queda ya ni rastro, apenas la tenue memoria histórica escrita en libros que sólo unos pocos pueden leer (no existía entonces la imprenta, eran muy pocos los que podían leer una Biblia o siquiera verla en una vitrina). Todo lo que construyó Salomón, todo lo que consiguió, sus disertaciones que se dice que escribió sobre todos los temas del saber humano… todo ello desaparecido para siempre. El paso inexorable de los siglos torna así de perecederos y vacíos nuestros esfuerzos tuyos y míos. ¿Dentro de cien o doscientos, dentro de mil años, recordará acaso alguien que tú exististe? ¿Sabrá alguien que yo fui su antepasado? ¿Recordará o le importará a alguien cuánto ganábamos, qué pisito nos compramos con tantos sacrificios y

ahorro, de qué coches presumimos de ser dueños, cuáles los artilugios de tecnología punta que aspirábamos poseer?

(Entre los objetos que heredamos los hijos al morir mi madre con 90 años de edad, había algunas fotografías de finales del siglo XIX y principios del siglo XX, que ella recibió a su vez de sus padres. Sabemos que son fotos de familia, de *nuestra* familia. Pero muerta mi madre, nadie sabe ya quiénes fueron esas personas que nos miran con rostros serios en tonos sepia, como queriendo insistir que sí, que existieron, que no los olvidemos…)

Salomón —es decir el «Salomón» literario que nos crea el autor de Eclesiastés— quiso investigarlo todo, quiso saberlo todo, quiso vivirlo todo y desde todas las perspectivas humanas. Naturalmente hubo que gastar en ello una fortuna fabulosa, una fortuna «salomónica», porque no se puede probarlo todo sin primero tener los medios para permitírselo. Y sin embargo «Salomón» siempre choca con la misma realidad: De nada vale tanta sabiduría, tanto conocer, tanto investigar, tanto dedicarse a «la buena vida» de lujos y despilfarro… ante la enormidad del paso del tiempo que borra las huellas de todo ser humano.

¿No será mejor, entonces, dedicarse sencilla y humildemente a amar a Dios y hacer bien al prójimo? Al fin y al cabo todo lo demás es vanidad; una bruma insustancial que disipa el viento.

Lamentaciones

Tres poemas de horror y pasmo constituyen la columna vertebral del libro de Lamentaciones.

Los capítulos 1, 2 y 4 (de los cinco que contiene el libro) empiezan con la exclamación «*Ejá*», que es a la vez el título del libro en hebreo y que significa, aproximadamente: «¡Cómo…!» Es una palabra que expresa incredulidad, la incapacidad para encajar el suceso que se intenta describir, la imposibilidad de comprenderlo. La caída y destrucción de Jerusalén y del Templo que un día había llenado la gloria del Señor —la

crueldad de los sufrimientos padecidos durante el asedio y la violencia y carnicería del ataque final— significan para los judíos el fin de una era.

En cierto sentido es *el fin del mundo*, un mundo donde se podía confiar que el Señor moraría eternamente en Sion y que la dinastía de David reinaría para siempre, conforme a las promesas divinas que había escuchado su fundador. Si la descendencia de David se había prometido tan duradera como el mundo mismo, entonces su derrota y desaparición —y la quema y destrucción total del Templo del Señor— equivalen, efectivamente, al fin del mundo. El futuro a partir de ahora, entonces, es un futuro más allá del mundo conocido hasta aquí. Nada tiene que ver con el mundo «normal», con sus promesas, su Dios y su estabilidad. Este mundo nuevo es un infierno que nada tiene que ver con las promesas de prosperidad y gloria, nada tiene en común con el beneplácito divino que los pobladores de Jerusalén habían creído su privilegio eterno.

Uno de los rasgos interesantes de estos poemas de horror y lamento por la desaparición del mundo «normal» conocido hasta entonces, es la feminización de la ciudad. Es un tema que nos obliga a considerar la distancia en el tiempo y en las ideas fundamentales sobre la vida, que existe entre el mundo bíblico y el nuestro. La ciudad, cuyas murallas habían sido penetradas por la fuerza, sugería a la imaginación la idea de una mujer violada; y desde luego el ejército invasor, con su envidiada fuerza arrolladora, se entiende masculino y viril. La ciudad penetrada ha perdido su honor. El ejército penetrador, al contrario, gana honor y gloria con una victoria que ha demostrado su virilidad. La feminidad y masculinidad, entonces, no eran conceptos neutros sino que llevaban parejos la debilidad e inconstancia moral —la culpabilidad— en el caso de la mujer; la virtud, constancia y rectitud, en el caso del varón. Concebida la virginidad femenina como un bien absoluto, cuya pérdida a destiempo supone una mancha permanente en la honra de una chica y de toda su familia, en estos tres capítulos medulares de Lamentaciones, la población entera de Jerusalén queda feminizada y culpabilizada en última instancia de su «penetración», que la privará para siempre jamás de la honra de una casta virginidad.

Sin embargo los otros dos capítulos de Lamentaciones contienen reflexiones que ayudan a sobrellevar la gravedad de lo ocurrido. Por lo

menos, contemplan la posibilidad de un futuro aceptable, ofreciendo así una pequeña chispa de esperanza y por tanto de consolación.

En los capítulos 3 y 5, entonces, el autor ha recuperado la masculinidad de su perspectiva. Quizá sea porque aquí no parece que tengamos ya la inmediatez de la batalla y destrucción de Jerusalén y su Templo, sino el testimonio de un pueblo que lleva ya cierto tiempo desarraigado, desperdigado por el mundo y rememorando su terrible derrota. Aunque esta condición es también triste, no es tan desesperada como el día después de la batalla. Entonces, aunque el Señor sigue poniendo trabas a la prosperidad y la paz de su pueblo, ya es posible recordar que es también misericordioso y fiel. *«Porque no rechaza para siempre el Señor, antes bien, si aflige, también se compadecerá según su gran misericordia»* (Lm 3,31 BA). Es ya posible afirmar también que *«tú, oh Señor, reinas para siempre, tu trono permanece de generación en generación»* (Lm 5,19 BA). Lo cual indica haber caído en la cuenta de que el trono del Señor siempre ha estado en el cielo y no en ninguna ciudad ni ningún templo.

[El libro de Lamentaciones es anónimo. Tradicionalmente se ha atribuido a Jeremías, contribuyendo así a su fama como «el profeta llorón». Pero el libro de Jeremías es muy distinto a Lamentaciones; aquel es un libro lleno de esperanza y promesa a pesar de sus circunstancias trágicas, éste es de una tristeza incandescente.]

Ester

Parece un cuento de hadas:

Rey, fabulosamente rico y poderoso, busca chica guapa, humilde y buena, con intenciones matrimoniales. Chica buena sin padres, criada por su tío, de condición humilde y raza despreciada, enamora al rey. Se casan y son felices. A la postre un noble, siniestro y malvado, procura matar al tío bondadoso que la había criado y a la vez aniquilar a toda su raza. Pero la chica, ahora reina, interviene justo a tiempo. El noble malvado muere en la horca que había preparado para el tío bondadoso. Y ahora sí todos son por fin felices —y «colorín colorado, este cuento se ha acabado».

La historia de Ester es un poco más complicada que eso, pero el aire de cuento de hadas es parte del encanto de su lectura —por muy Biblia que sea— y es un factor que hay que tener en cuenta al interpretarlo para provecho del pueblo de Dios. Con ese aire de cuento de hadas no puede ser —ni pretende ser— un relato puramente histórico sino una fábula con moraleja. Y lo que nos incumbe es desentrañar cuál sea esa moraleja.

Es interesante notar que Ester se publicó en dos versiones distintas. Una es la versión hebrea, más concisa y menos adornada, que es la que se emplea habitualmente en traducciones protestantes o evangélicas. La otra es la versión griega. Puede que sea tan antigua como la hebrea. Como el Antiguo Testamento griego fue la Biblia preferida de las primeras generaciones de los cristianos, esa versión más larga es la que figura en la Vulgata (la traducción al latín) y por tanto en las traducciones católicas más tradicionales.

La versión griega empieza con un sueño de Mardoqueo, donde Dios le revela lo que está por suceder. A continuación, Mardoqueo desbarata una conspiración contra el rey. A partir de entonces Amán, primer ministro del reino y uno de los conspiradores sin que se descubriera, busca la ocasión de acabar con Mardoqueo. Más adelante, cuando Amán consigue redactar un edicto sentenciando la aniquilación de todos los judíos, la versión griega añade dos oraciones, una de Mardoqueo y otra de Ester, donde confiesan los pecados de su pueblo y claman con fe conmovedora a Dios, rogando su intervención liberadora. Esta versión exagera incluso más que la hebrea la gloria del rey y el peligro que supone acercarse a él sin haber sido llamada. Ester se desmaya dos veces ante su presencia, pero por fin consigue abrir la boca e invitarle al consabido convite donde revelará que los planes genocidas de Amán la afectan directamente a ella. Aquí viene también el segundo edicto del rey, que se limita a anular el anterior.

En la versión hebrea es importante para el argumento la idea de que las leyes persas eran irrevocables, por lo que el segundo decreto sólo puede autorizar a los judíos a defenderse y atacar a los que forzosamente siguen autorizados para atacarlos a ellos. Por consiguiente y para los efectos deseados, en la versión hebrea los judíos cometen, con esa autorización, una masacre descomunal. Matan a nada menos que

65.500 de sus enemigos en un solo día, y en la capital obtienen permiso para seguir un segundo día de masacres.

El efecto del libro hebreo es que el presunto cuento de hadas esconde un genocidio a la inversa, donde los judíos alegremente asesinan a tanta gente que cuesta imaginarlo. Estas son muertes a la antigua, sin balas ni bombardeos sino clavando espadas y cortando cabezas, donde a los judíos casi les falta tiempo para bañarse de la sangre de tanta víctima, antes de dedicarse al jolgorio del banquete y la celebración. La dimensión tan exagerada del horror —la crueldad, la violencia, la descomunal sed de sangre que manifiestan los judíos— suscita espanto y rechazo cuando lo leemos. Ausente Dios del relato (en la versión hebrea jamás se menciona a Dios) nos muestra que si no es por Dios, el pueblo judío acabaría reducido a la misma barbarie que todos los demás pueblos. Sin Dios, el pueblo de Dios ya no es especial en ningún sentido que merezca la pena considerar.

La versión griega, sin embargo, aunque disminuye notablemente el número de las víctimas («solamente» 15.800) deja ver una realidad incluso más inquietante. Salvados y fuera de peligro ya por efectos del segundo edicto, pero fortalecidos por su devoción a Dios y la guía sobrenatural con que Mardoqueo ha llegado a la cúspide del poder, demuestran qué fácil es que la religión se pervierta, que el mensaje del amor, la gracia y la salvación divinas se convierta en justificación de atrocidades y genocidios.

Porque lo que empezó como un cuento de hadas se nos ha convertido en una casa de los horrores.

Daniel

Todos los libros de la Biblia son importantes y tienen sus motivos justificados por haberse conservado con reverencia en las comunidades judías y cristianas. Pero Daniel es de especial importancia porque su presencia en la Biblia legitima la experiencia de la mayoría de los judíos durante los últimos dos milenios y medio. Desde el exilio babilónico que acabó con el fallido experimento histórico de Israel con la monarquía, la mayoría de los judíos han vivido siempre desperdigados por toda la

tierra. La mayoría de los libros bíblicos posteriores al destierro privilegian a esa pequeña proporción de los exiliados que volvieron a Judea. Pero Jeremías, en su carta a los exiliados (Jr 29) había esbozado el programa de supervivencia y fidelidad a Dios en el exilio que han seguido mayoritariamente todas las generaciones de judíos desde entonces.

Y Daniel da un ejemplo de cómo vivir, prosperar y ejercer una influencia positiva, en las ciudades, naciones e imperios donde durante estos últimos 2.500 años han estado viviendo los judíos como etnia minoritaria.

Este libro —que fue, por cierto, el último en redactarse antes de los del Nuevo Testamento, a escaso siglo y medio antes de Cristo— se puede dividir fácilmente en dos mitades, que tienen cada una su manera muy particular de expresar su optimismo sobre la intervención de Dios a favor de los que esperan en él. En los primeros seis capítulos, tenemos una serie de historias edificantes donde Dios protege a los que resisten la idolatría. Mientras que los últimos seis capítulos traen una serie de visiones que explican el sentido de la historia humana.

Como sucede también con el libro de Ester, Daniel se difundió en dos ediciones diferentes, una más corta en lengua hebrea y la otra en griego. La edición hebrea es la que se suele traducir en las Biblias protestantes o evangélicas, mientras que la griega ha sido la preferida en las iglesias orientales (ortodoxas) y en la católica. La edición griega añade tres historias más a la colección de historias edificantes de la primera mitad de Daniel: las de Susana, y de Bel y el dragón.

Todas estas historias (menos la de Susana) siguen un patrón parecido: Típicamente, Daniel es un funcionario de primerísima importancia en la jerarquía estatal de un tirano extranjero. El rey valora muy positivamente la sabiduría y capacidad de Daniel sin que la devoción exclusiva de Daniel al Dios de Israel constituya un problema… hasta que surge una crisis que pone en peligro esa convivencia basada en la tolerancia y el respeto. Puestos a elegir entre su devoción al Dios de Israel y ya no sólo su lealtad al rey, sino la misma vida, Daniel siempre escoge su fidelidad a Dios. Luego esta fidelidad se ve recompensada cuando, en el desenlace de la historia, Dios interviene para auxiliar a Daniel; y el resultado final es que el tirano extranjero acaba alabando y adorando al

Dios de los judíos. El mensaje no podía ser más claro: Los judíos que viven exiliados, desperdigados por todo el mundo y viviendo bajo regímenes idólatras, pueden *normalmente* hallar a pesar de todo un espacio de paz, convivencia, respeto y prosperidad entre sus vecinos. Desde luego, *si hay que elegir* entre la fidelidad a Dios y esa tolerancia, es preferible afrontar la persecución antes que negar a Dios. Y la experiencia generalizada de los judíos, a pesar de las terribles excepciones que han sufrido a lo largo de los milenios, es que normalmente Dios acude a su auxilio, la crisis resulta ser momentánea y pasajera y los judíos vuelven a vivir en paz y armonía en medio de ese entorno idólatra. No sólo eso, sino que gracias a su obstinada fidelidad a Dios, fidelidad que hace lugar a la intervención divina, la superioridad del Dios de los judíos acaba siendo reconocida en todo el mundo.

Si las historias de la primera mitad de Daniel demuestran los beneficios de la lealtad personal a Dios, los relatos de visiones de la segunda mitad del libro esbozan una vista panorámica de la historia humana, que relativiza los sufrimientos de cualquier generación judía a que toque padecer la persecución. La segunda mitad de Daniel comparte con el libro de Apocalipsis y con algunos pasajes de los profetas de Israel —y con varios otros libros judíos de aquella época— un lenguaje lleno de imágenes sorprendentes y extravagantes. Es un genero literario especial, poblado por seres sobrenaturales a la vez que por «los reyes de la tierra» y las naciones de la humanidad. En estas visiones, todo parece indicar que la maldad y la perversidad y la idolatría tienen que prevalecer, por la violencia con que arremeten —hasta que al fin Dios interviene maravillosamente para restaurar su paz y bendición. El resultado final será entonces una existencia última, tan virtuosa y brillante como la realidad presente es horrorosa y oscura.

Esdras

Siguiendo el orden de la colección de «Las Escrituras» en la Biblia Hebrea (el Antiguo Testamento cristiano), después de Daniel vienen Esdras y Nehemías. Así como Daniel refleja la experiencia de esa mayoría de judíos que siempre han vivido esparcidos entre las naciones, con

Esdras emprendemos el camino a Jerusalén una vez que las autoridades persas lo permiten.

Una de las cosas que llaman la atención en este libro es la importancia del linaje. Es una tendencia que se acrecentará aun más cuando se escriban, posteriormente, los libros de 1 y 2 Crónicas. Hay, tal vez, cierto paralelo con cómo en España, con la Reconquista, todo el mundo se afanaba en demostrar que era *fijodalgo* (o hidalgo: *hijo de «algo»*, es decir, de linaje intachable de la antigua nobleza visigótica). Aquí también, la nobleza y el sacerdocio judíos habían sufrido un terrible varapalo, reducidos no a la Cornisa Cantábrica sino al exilio babilónico. Y ahora cada cual quería demostrar y hacer valer la pureza de su árbol genealógico y su estirpe nobiliaria o sacerdotal, ante el proyecto de reconstrucción nacional que se anunciaba.

No todo el mundo pudo demostrar su linaje sacerdotal para la entera satisfacción del gobernador, lo cual es verosímil suponer que creó cierto malestar. Por otra parte, cuando se pone en camino Esdras con una segunda tanda de regresantes, descubre que no se ha apuntado voluntariamente nadie de los levitas, a los que manda reclutar expresamente. A todo esto, entre las listas de los que participan en esta «operación retorno» hay mucho énfasis en el sacerdocio levita pero ninguna mención del linaje de Aarón. Algunas décadas más tarde, el profeta Malaquías tendría palabras muy duras respecto al sacerdocio levita, considerándolo violador de su pacto sacerdotal particular con el Señor, y responsabilizándolo de gran parte de los males que sufre la comunidad de los regresados.

Los desajustes y rivalidades de la antigua nobleza y los diversos linajes sacerdotales que vuelven con plena esperanza de recuperar el protagonismo que habían tenido sus antepasados, sin embargo, palidecen ante el reto de saber cómo relacionarse con los lugareños. Estos eran los descendientes de la plebe judía e israelita, que no había sufrido el exilio. A falta de instrucción, aquella población había apechugado como bien podía y había continuado, como desde hacía siglos, con una mezcla alegre de culto a Yahveh (o Jehová) y supersticiones y culto pagano. Los exiliados —ahora regresados— habían llevado consigo, copiado, reelaborado y editado en Babilonia los antiguos escritos nacionales sagrados de Israel y Judá. Los que se habían quedado en la tierra

recordaban las viejas tradiciones familiares que pasaban de generación en generación; pero claro, éstas no podían competir con el prestigio ni la inspiración de los libros de la Ley y los Profetas.

Los regresados, además, consideraban haber «pagado un peaje» con la dura experiencia del exilio, con que habían sido purificados de los errores y pecados del fracasado reino de la dinastía de David. Y entre los antiguos derechos de casta y esa pureza adquirida con el sufrimiento, era normal que vieran como prácticamente paganos —más peligrosos que enemigos— a la población del país que pretendía sumarse ahora a la reconstrucción del templo y el reinicio del ritual de sacrificios en honor al Señor.

La reacción de resentimiento y oposición, por parte de los lugareños, era previsible.

Los resentimientos se hacen extensivos a los gobernadores de las regiones contiguas, que mandan una carta a la corte persa, alegando que la reconstrucción del templo generaría una inestabilidad política que sólo podía ser perjudicial para la paz. Así las cosas, la reconstrucción del templo sufre las lógicas demoras de papeleos burocráticas en la lejana capital imperial. Aunque según los profetas Hageo y Zacarías, las demoras no se debieron sólo a las dificultades políticas sino también a falta de visión. Las familias de los regresados aprovecharon los obstáculos para dedicarse a sus propios negocios en lugar de volcar todos sus recursos y esfuerzos a conseguir la reconstrucción del templo.

La prédica de Hageo y Zacarías obtiene el resultado deseado. Conseguido por fin el apoyo inequívoco de la lejana corte persa, la reconstrucción del templo concluye y se celebra una imponente ceremonia de dedicación. Poco después llegan a Jerusalén Esdras y un segundo contingente de regresantes. Traen consigo un vasto tesoro de objetos de oro y plata para que el ritual en Jerusalén goce del fausto y la pompa dignos de una religión patrocinada por la corona imperial.

Y sin embargo el libro de Esdras cierra con una nota de desazón e inquietud. La pureza racial de las antiquísimas familias sacerdotales y nobles corre un grave peligro de disiparse. Inesperadamente, se están enamorando y casando con aquella antigua población lugareña, mestizada, que no había sufrido el destierro babilónico.

Nehemías

Al abrir el libro de Nehemías nos hallamos en Susa, la capital persa, con el judío Nehemías. Nehemías es un funcionario de la más alta confianza del rey. Al enterarse de que la colonia judía en Jerusalén no acaba de despegar como las profecías habían inducido a esperar, su aflicción es mayúscula. Consigue entonces que el rey persa lo envíe como gobernador y con esa autoridad, decide reconstruir la muralla de Jerusalén. Esa obra, de ingeniería militar, constituía un claro gesto autonómico respecto a los señores feudales que venían viendo Jerusalén como parte de su patrimonio natural. Por estos motivos, la empresa resultó harto delicada. De hecho, hubo que empezarla con el máximo secretismo. Una vez reconstruida, sin embargo, la muralla surtió los efectos deseados. De ahí en adelante los enemigos de Nehemías habían de valerse de otros procedimientos que la fuerza bruta para mantener su influencia en Jerusalén.

¿Quiénes eran aquellos señores feudales enemigos de Nehemías? Sanbalat parece haber sido el gobernador de Samaria, antigua capital de Israel. Tobías era gobernador de los amonitas, pero su nombre (que significa «Yahveh [o Jehová] es bueno») indica que con toda probabilidad era descendiente de israelitas o judíos. La presunta raigambre israelita o judía de Sanbalat y Tobías hacía de ellos rivales muy directos de Nehemías por la lealtad de los habitantes de Jerusalén. Nehemías, que por cierto narra el libro en primera persona como una especie de diario de su gobierno, informa de algunas conspiraciones contra él realizada por los propios judíos de Jerusalén, partidarios de Tobías. Al cabo de doce años, por ejemplo, Nehemías tuvo que volver a la capital persa. ¡Cuál no fuera su disgusto, cuando volvió a Jerusalén al cabo de cierto tiempo, al hallar a Tobías instalado nada menos que en una de las cámaras del mismísimo Templo! Tal era la lealtad que inspiraba Tobías en Jerusalén, incluso entre los sacerdotes del Templo.

Al margen de estas rivalidades políticas, Nehemías nos cuenta las diversas reformas de tipo religioso que consiguió imponer en colaboración con el «escriba» Esdras. A la larga, estas serían sus dos grandes contribuciones que dejaría como legado para la posteridad: Por una parte, la creación de Judea como provincia autónoma, con su capital

debidamente amurallada. Por otra parte, su colaboración con Esdras para establecer los libros sagrados judíos traídos del exilio, como autoridad máxima para la vida religiosa de la comunidad judía.

El sacerdocio queda establecido en sus diferentes funciones, indicándose que la repartición de responsabilidades se basaba en lo establecido por el rey David. Precisamente por eso, llama la atención en Nehemías —como en Esdras— el mutismo absoluto acerca de la línea sacerdotal descendida de Aarón, comúnmente conocida como «saduceos», por Sadoc, el sacerdote de ese linaje que vivió en tiempos de David. La conflictividad entre los distintos linajes sacerdotales y la repartición de responsabilidades en el Templo, quedarán así pendientes de una resolución definitiva hasta que pueda tomar nota de ello, a la postre, el libro de 1 Crónicas.

Seguramente uno de los episodios más emotivos narrados por Nehemías, es el de la reacción de la gente de Jerusalén cuando Esdras primero les leyó «el libro de la ley de Moisés que el Señor había dado a Israel». Este evento se preparó con gran atención al detalle. Se construyó una plataforma en una plaza de la ciudad. Sobre el escenario, el gobernador y Esdras y también varios intérpretes. Estos, al parecer, se iban alternando para la difícil tarea de ir traduciendo y explicando en arameo (la lengua de Babilonia, que a todo esto era la lengua popular del país), sobre la marcha y a la par que Esdras leía en hebreo (que ya casi nadie entendía).

Nehemías cuenta que fue tal la emoción que embargó a la asamblea al escuchar la lectura de la palabra de Dios, que se echaron a llorar. Y no era para menos. Esta fue la primera vez en toda la historia, que se sepa, que se haya leído la Biblia así, en público. Los manuscritos leídos ese día eran el único ejemplar que existía en todo el país; aunque probablemente copiados de ejemplares que habían quedado en Irán o Irak. Fue tanto el ruido del llanto contagioso de esa emoción, que los levitas tuvieron que circular por la multitud, llamando la atención a los más escandalosos, para que la gente pudiera escuchar lo que se leía. Téngase en cuenta que no existía megafonía y las miles de personas presentes sólo podían escuchar si todos guardaban silencio.

El acto culminó con el pueblo comprometiéndose, con juramento solemne, a vivir de ahí en adelante conforme a las estipulaciones de los mandamientos del Señor. Se levantó acta del asunto y Nehemías hace relación de la larga lista de los firmantes en representación de sus respectivas familias.

1 CRÓNICAS

De todos los libros de la Biblia, éste es sin duda alguna el más pesado de leer a lo largo de sus páginas iniciales. Pero incluso cuando uno, hojeando y pasando por alto las páginas que no parecen contener otra cosa que largas listas de nombres, por fin llega al capítulo 10 y encuentra material más interesante, el alivio es de corta duración. Al llegar al capítulo siguiente volvemos a tropezar con nuevas listas de nombres, así como en los capítulos 12, 15 y 23-27. Es posible que la doctrina cristiana afirme que toda la Biblia es inspirada por el Espíritu de Dios y apta para nuestra instrucción, pero me atrevería a afirmar, sin temor a equivocarme, que la inmensa mayoría de los cristianos jamás han leído el libro de 1 Crónicas entero. Y que quienes sí lo hayan leído, lo han hecho muy a la ligera —como quien cumple con un trámite o una obligación— y sin detenerse a considerar sus contenidos, con la posible excepción de dos versículos famosos que versan sobre Jabes, en el capítulo cuatro.

Si estas genealogías y listas de nombres nos aburren, es porque sabemos que no tienen nada en absoluto que ver con nosotros. Pero las genealogías está claro que eran muy importantes para la sociedad en que se escribieron. Importancia que conservan los dos tomos de Crónicas, que la tradición judía colocó al final de la Biblia Hebrea, como «última palabra» sobre la historia y fe judías.

Las genealogías, allí donde se les da importancia, tienen dos funciones paralelas y complementarias entre sí. Por una parte, son un «mapa» de la sociedad, indicando dónde cabe cada individuo y su familia, cuál su papel en esa sociedad, cuál incluso su profesión hereditaria y la relativa importancia de esa profesión con relación a otras. En ese sentido la función de las genealogías es dar estabilidad y continuidad a la sociedad en el transcurso de las generaciones.

Pero una sociedad nunca para quieta; y ciertas personas pueden adquirir una preeminencia en determinada generación, que sus antepasados no habían tenido; o a la inversa, algunas familias pueden entrar en declive. Las genealogías —mientras sean un instrumento oral y hasta que se «congelan» al ponerlas por escrito— son adaptables. En sociedades donde todo el mundo está más o menos emparentado, siempre es posible recordar algún vínculo de parentesco al que antes no se daba importancia pero que ahora interesa destacar. De manera que el «mapa de la sociedad» que brindan las genealogías tiene cierta flexibilidad y se puede ir adaptando a la realidad cambiante. De esta manera, las genealogías de Crónicas nos dan una «radiografía» de la sociedad unas pocas generaciones después de Esdras y Nehemías.

Y lo que descubrimos es una sociedad que ha superado los dos grandes problemas que quedan al descubierto en los libros de Esdras y Nehemías y en el profeta Malaquías. Por una parte, aquí se reconoce plenamente la división de tareas entre el linaje de sumos sacerdotes saduceos (descendientes de Aarón) y el sacerdocio levita, con sus funciones secundarias pero también esenciales en el templo y su dispersión entre la población judía. Malaquías, concretamente, había denunciado las deficiencias que observaba en esta cuestión, llegando a aseverar que los levitas habían traicionado su especial pacto con el Señor y debían sufrir una reforma a fondo. La ausencia de la más mínima evidencia de fricción o polémica en torno a estas genealogías, ahora, parecería indicar que esa crisis había sido superada.

Por otra parte, ha desaparecido también cualquier indicio de conflicto entre los regresados del exilio babilónico y el pueblo autóctono de la tierra, incluso los descendientes que sobreviven de algunas tribus del antiguo reino de Israel, al norte de Judá. Para Esdras y Nehemías, la presencia de esta población en una tierra que los exiliados, de alguna manera, se habían imaginado «vacía» y necesitada de ser repoblada, había supuesto una crisis de primera magnitud. La inferioridad de las tradiciones religiosas del pueblo llano autóctono con relación a los Libros Sagrados que habían traído consigo desde el exilio, hacía temer lo peor cuando los descendientes de los regresados empezaron a enamorarse y casarse con lugareños. Pero ahora esa crisis también parece haber pasado. Las instituciones judías, con el Templo y los Libros

Sagrados como columna vertebral de la sociedad, han conseguido dar la instrucción necesaria a sus hijos, como para dar estabilidad y garantizar continuidad a la religión.

Aparte de las genealogías, 1 Crónicas relata el reinado del rey David y sus preparativos para que su hijo Salomón construya el templo de Jerusalén.

2 CRÓNICAS

Al comparar los libros de Crónicas con los de Samuel y Reyes, las diferencias nos indican cuáles eran las prioridades de quien reescribió aquí la historia de la monarquía israelita. Dos cosas en particular llaman la atención al realizar esa comparación. En primer lugar, el autor de Crónicas se desentiende del reino del norte, Israel, con su capital en Samaria. El único reino que le interesa es el del sur, Judá, con su capital en Jerusalén. En segundo lugar, aunque es inevitable tratar la historia «secular», es decir, los altibajos de la dinastía de David, lo que cautiva la atención del autor de Crónicas es el templo de Jerusalén.

En 1 Crónicas habíamos visto mucha genealogía (especialmente linajes sacerdotales) y el reinado de David, prestando especial atención al traslado a Jerusalén del arca del Señor y a los preparativos para la construcción del templo. Ahora, en 2 Crónicas, la atención se centra en la suerte que corre el templo (y el sacerdocio del templo), con los vaivenes de la política de los descendientes de David.

Los distintos reinados se califican de buenos o malos con especial atención a este particular. Los reyes «buenos» son los que realizan reformas, recaudan fondos y hacen reparaciones en el edificio, aumentan el caudal de la tesorería del templo y convocan festivales religiosos donde el personal del templo demuestra su valía e importancia sacrificando cientos o incluso miles de animales para la multitud de peregrinos que participan en la romería. Los reyes «malos», en cambio, son los que dejan que el edificio se deteriore, vacían la tesorería del templo para comprar la inmunidad de la ciudad ante un ejército invasor, levantan en el templo altares para adorar a otros dioses a la vez

que al Señor —o incluso llegan a perseguir a los pocos sacerdotes que insisten en mantener una devoción exclusiva al Señor.

Algo de todo esto ya venía en la valoración de los reinados que se hace en los libros de Reyes. De hecho, en algunos lugares Crónicas sencillamente repite lo dicho allí y en otros muchos lugares se limita a remitir al lector a aquellos libros para mayor información sobre tal o cual rey. Las diferencias se notan en el énfasis relativo que se da a algunas cosas, lo cual se logra añadiendo detalles en algunos casos y omitiéndolos en otros para que, sin llegar a discrepar abiertamente, la impresión que nos llevemos tenga la impronta particular de la perspectiva de los sacerdotes del templo.

Un caso ejemplar sería el del rey Salomón, cuyo reinado ocupa la cuarta parte del libro. Recordado con especial cariño como el constructor del templo (junto con su padre, David, que había hecho acopio de materiales y había trazado algunos planos preliminares), de Salomón se destaca su profunda piedad religiosa ejemplar, junto con su sabiduría emblemática. La belleza de su oración en el capítulo 6 cuando la dedicación del templo —mezclando un hondo sentimiento religioso centrado en la presencia de Dios en el templo, con un no menos hondo nacionalismo— ha sido el modelo a seguir en incontables generaciones de intercesión patriótica en países cristianos hasta el día de hoy. 1 Reyes había añadido que después de construir el templo, Salomón construyó junto a él su palacio siguiendo el mismo estilo monumental, dando también cabida a un buen número de templos y altares paganos, para que las extranjeras en su harén pudieran adorar a sus dioses sin salir de aquel complejo palaciego y templario, la «Ciudad de David». Sobre ese tropiezo posterior de Salomón 1 Crónicas guarda silencio, dejando intachable el recuerdo de Salomón como constructor del templo y hombre de incuestionable piedad y devoción al Señor. Para preservar la buena fama del fundador del templo, 2 Crónicas no necesita contradecirse con 1 Reyes, entonces, sino solamente omitir aquello que pudiera deshonrarlo.

En consonancia con estos intereses, 2 Crónicas termina —y con él la Biblia Hebrea, aunque no nuestro Antiguo Testamento cristiano, que ordena de otra manera los libros— con el decreto imperial persa que manda reconstruir el templo de Jerusalén. La caída de Jerusalén y

destrucción del primer templo, que en 2 Reyes se cuenta al detalle como un gran trauma nacional, aquí se resume en pocos versículos, desde los que se salta inmediatamente al decreto de reconstrucción. Las bases del judaísmo quedan así asentadas para toda la posteridad. Los libros posteriores que, como Daniel, se integrarían más adelante a la colección de textos sagrados, se situarían por delante de Esdras-Nehemías y 1-2 Crónicas, como queriendo indicar que, reconstruido el templo, ya no queda nada nuevo que merezca la pena contar.

Pero para los cristianos, queda todavía el glorioso último florecer de escritura bíblica que crearía nuestro Nuevo Testamento. (Y para los judíos, el no menos glorioso florecer de escrituras rabínicas que culminaría con el Talmud Babilónico, hacia el año 600 d.C.)

Mateo

Los títulos de los evangelios son significativos. Titulados «Según Mateo», «Según Marcos», etc., la idea que comunican es que hay un solo y único evangelio, el de Nuestro Señor Jesucristo.

Probablemente nunca se sepa exactamente por qué el evangelio Según Mateo llegó a ser el que se impuso tradicionalmente como el primero. Es posible que sea porque de los cuatro, es el que hace mayores esfuerzos por referirse directamente al testimonio del Antiguo Testamento como anuncio, profecía y explicación de numerosos detalles de la vida, enseñanza, muerte y resurrección de Jesús. Las primeras Biblias cristianas que se conservan no dividían entre Antiguo y Nuevo Testamentos, sino que sencillamente añadían los libros cristianos a la antigua colección bíblica judía. ¿Qué mejor libro que Mateo para indicar esa continuidad de perspectiva, de fe, de esperanza y de contenidos específicos en cuanto a la conducta que Dios espera inspirar en los seres humanos? Arrancando como arranca, con una genealogía que traza la descendencia lineal desde Abraham hasta Jesús, Mateo sitúa desde los primeros renglones la vida y obra de Jesús como continuación y culminación de la antigua historia bíblica.

El evangelio según Mateo contiene más que sesenta citas o alusiones claras al Antiguo Testamento, muchísimas más que ninguno de los

otros evangelios. La estructura de su sección central, que abarca los capítulos 3-25, se divide notablemente en cinco partes (cada una compuesta por narraciones seguidas de enseñanzas de Jesús), como queriendo imitar la existencia de los cinco libros de la Ley de Moisés. Quizá la sentencia: «No he venido a abolir sino a cumplir» la ley y los profetas (Mt 5,17), es la mejor manera de decir en pocas palabras lo que Mateo quiere que entendamos acerca de Jesús.

Un ejemplo de todo esto podría ser la lista de «bienaventuranzas» con que abre el Sermón del Monte (Mt 5-7). No se trata de un listado de exigencias sino de la descripción del tipo de personas que ya existen —siempre existen— en la tierra y que son los destinatarios privilegiados de la atención y salvación de Dios. Son los destinatarios de las «buenas noticias» proclamadas por Jesús, pero también venían acaparando el interés de Dios a lo largo de todo el Antiguo Testamento. Se trata de los que sufren, los que padecen humillaciones y vejaciones y desprestigio social, los que son perseguidos por sus semejantes cuando lo único que procuraban es la justicia… y desde luego, los activistas por la paz.

Cuando en Mt 5,9 Jesús dice que los activistas por la paz «serán llamados hijos de Dios», el sentido es que todo el mundo reconocerá el parecido, tan claro como el parecido entre padre e hijo. Cuando dice: «Amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen, para que lleguéis a ser hijos de vuestro Padre celestial que hace salir su sol sobre malos y buenos…», la paternidad de Dios sobre los que se comportan como él se comporta, queda especialmente clara. El sol de Dios no muestra favoritismos. No brilla con especial calor e iluminación sobre los que aman a Dios, los que le están agradecidos y procuran hacer su voluntad. Al contrario, es igual de cálido y luminoso para los que desprecian a Dios en el cielo, y en la tierra cometen maldades horribles y crueles. Aquellos cuyo amor es parcial, por tanto, no se parecen a Dios y demuestran así no ser sus hijos.

Así y de muchas otras maneras parecidas, Mateo va preparando el camino con las enseñanzas de Jesús, para que cuando por fin los gobernantes matan a Jesús (pensando así estar protegiendo la estabilidad y armonía de la sociedad), comprendamos por qué Jesús —el primerísimo ejemplo de ser humano que es a la vez hijo de Dios— no podía responder con la misma moneda, devolviendo mal por mal.

Por último, el conflicto que describe Mateo entre Jesús y los «escribas y fariseos» —y con «los judíos» en general— es especialmente intenso y culmina con la espantosa frase donde los que procuran su muerte dicen: «Sea su sangre sobre nosotros y sobre nuestra descendencia». El judío Mateo, seguidor incondicional del judío Jesús descendido directamente de Abraham, no podía imaginar cuando escribió, los siglos de atrocidades antisemitas que cometerían «los cristianos» contra su propia raza judía, valiéndose de esta frase como excusa. La inhumanidad y crueldad del antisemitismo, de tan notorio arraigo en la cristiandad, nos obliga a reflexionar que para ser «hijos de Dios» hace falta algo más que solamente afirmar con la boca que se «cree en Jesús». Según el Jesús de Mateo, sólo son hijos de Dios los que se le parecen.

Marcos

¿Qué es un evangelio?

No es una biografía ni una historia.

No en el sentido moderno de la historia, para la que se exige un rigor científico de investigación de documentos originales de la época, que sean de fiabilidad incuestionable, que den testimonio de hechos que se pueden contrastar con otros testimonios que aporten perspectivas diferentes. No en el sentido de que se exige que el historiador procure ser más o menos imparcial. ¡Marcos ni pretende ni quiere ser imparcial!

Y no en el sentido moderno de la biografía, cuyo máximo interés es desvelar las motivaciones, las dudas internas, los tragos difíciles superados, y especialmente la evolución psicológica que lleva a una persona a ser transformada por sus experiencias vividas. En Marcos no vemos nada de las motivaciones secretas de Jesús, sus dudas y luchas interiores. Incluso la escena de la tentación en el desierto nos dice muy poco sobre Jesús a ese nivel. El Jesús de la última página de Marcos no ha cambiado nada, no ha aprendido de sus errores (si es que los tuvo), no es mejor persona ni más sabia con respecto al de la primera página.

Lo que se propone Marcos, es llevar a los oyentes (cuando se escribió, el analfabetismo era lo normal y los libros raros y caros; Marcos está destinado a *oyentes*, no lectores) a un encuentro personal con Jesús y a una decisión vital acerca de su proclamación de que: «El tiempo se ha cumplido y el reinado de Dios se ha acercado: Arrepentíos y creed la noticia» (Mr 1,15).

A esos efectos es útil tomar nota de la terminación extraña con que concluyó la primera versión de este evangelio. En Marcos 16,8, tres mujeres fueron al sepulcro para perfumar el cadáver y se encontraron la tumba abierta y vacía y un joven que les dijo que avisaran a Pedro y los demás, que Jesús había resucitado y se reuniría con ellos en Galilea. Pero las mujeres tuvieron miedo y no dijeron nada a nadie. Fin del evangelio.

Cuando a la postre aparecieron los evangelios de Mateo, Lucas y Juan, con sus pruebas y testigos de la resurrección, el final que había puesto Marcos pareció inadecuado y se ensayaron dos terminaciones más «completas». Una es bastante más larga que la otra pero ambas vienen a decir que sin embargo al final las mujeres sí le comunicaron el mensaje a Pedro. Así Jesús se pudo reunir otra vez con sus discípulos y darles sus últimas instrucciones para que anunciaran el evangelio por todo el mundo.

Pero si un evangelio no pretende ser ni biografía (con detalles íntimos sobre la persona) ni historia (imparcial) sino un vehículo para llevarnos a un encuentro personal y transformador con la fuerza del mensaje y el testimonio de Jesús, resulta que el final original, en Marcos 16,8, era asombrosamente eficaz:

La reacción de cualquiera al llegar a Marcos 16,8 es: «¿Pero cómo? ¿Nada más? ¿Cómo es posible que estas mujeres, que aguantaron el tipo durante todo el durísimo trago del juicio, el escarnio, la pasión y la muerte de Jesús... Justo ahora —cuando lo peor ha pasado y vuelve a haber esperanza— se dejen invadir del miedo y se guarden sin contar un mensaje tan extraordinario?»

«Mosqueados» por un final tan poco satisfactorio nos proponemos enmendar la falta, intervenir en la historia, completar nosotros lo que otros y otras con más miedo no se atrevieron a hacer. **¡Nosotros**

anunciaremos que Jesús ha resucitado! Y así Marcos nos ha llevado a salirnos de nuestra imparcialidad como espectadores —lectores u oyentes— y a «mojarnos» con el mensaje de Jesús.

Eso es lo que hace un evangelio. Y es en ese sentido el modelo a seguir en la evangelización, que nunca ha culminado, nunca ha sido tal evangelización, si no mueve a quien lo escucha a posicionarse con respecto a Jesús e involucrarse personalmente.

Todo el evangelio según Marcos imprime esa urgencia, la necesidad de decidirse. Marcos no tiene tiempo que perder en la Anunciación ni en la Navidad. Arranca directamente con un brevísimo prólogo sobre Juan el Bautista, para saltar de lleno al tema que le consume: el anuncio de la buena noticia del reinado de Dios y la necesidad de arrepentirse para recibirlo. El Jesús de Marcos empieza con un frenesí de actividad y para cuando empieza el segundo capítulo, ya tiene revolucionada toda Galilea. Hace frente a demonios, cura enfermos, cuenta parábolas, se impacienta con los líderes religiosos que son incapaces de ver que la hora ha llegado para un cambio de fondo en las formas y en las vidas. Y en todo lo que hace y dice nos obliga a decidir se le vamos a seguir o si dejaremos pasar esta oportunidad irrepetible.

LUCAS

Seguramente el rasgo más singular del evangelio según Lucas, es que no se tiene solo como relato de la vida, obras y palabras, muerte y resurrección de Jesús. Lucas es el primer tomo de una obra de dos tomos, siendo el segundo el de los Hechos de los Apóstoles. La continuidad entre las dos obras es evidente. Y en su concepción global como obra de dos tomos, Lucas demuestra la singularidad de su visión del proyecto que supone escribir un evangelio, en comparación con Mateo, Marcos y Juan, que dan por bueno concluir con la resurrección.

En Lucas-Hechos, entonces, el punto de inflexión es esa secuencia de hechos compuesta por la resurrección y ascensión de Jesús al cielo —y en los cuarenta días entre una cosa y la otra, el comisionado de los apóstoles para llevar el evangelio hasta lo último de la tierra. Con estos

hechos concluye el evangelio según Lucas; y con su reiteración arranca el libro de Hechos.

La primera cosa a deducir del lugar medular de estos hechos, es que el Jesús de Lucas es el Mesías de los judíos y Señor de la humanidad. Su ascensión al cielo no es un eufemismo para decir que murió, como cuando decimos de cualquier difunto que «se fue al cielo». Jesús asciende lleno de vida resucitada y con un firme propósito: el de manejar desde allí los destinos del Tiempo y de la Humanidad, hasta que todo culmine en su gloriosa reaparición para culminar su reinado universal de paz y armonía, justicia y amor.

La segunda cosa está estrechamente relacionada: para Lucas el mensaje de Jesús está en plena expansión. Anunciado inicialmente en la tosca y provinciana Galilea, cuando concluye el libro de Lucas y empieza el de los Hechos, se ha instalado en la capital judía de Jerusalén; y cuando concluye Hechos, ya ha llegado a la capital imperial de Roma. A todo esto el evangelio ha llegado también a Asia Menor —y de ahí cabe sospechar que seguirá en expansión hacia la Mesopotamia, Arabia, Asia Central y la India— y a Etiopía —desde donde cabe sospechar que seguirá difundiéndose por el continente africano. Puestos al caso, desde Grecia e Italia, cabe sospechar que llegará a toda Europa. El Dios de Lucas es un Dios misionero, que impulsa la expansión del evangelio hasta los últimos confines de la tierra, en un plan cuya envergadura quita el aliento y suscita admiración.

Llama la atención también en Lucas la singular importancia del Espíritu Santo. El Espíritu, en Lucas, ya está en el anuncio del nacimiento de Juan el Bautista y en la Anunciación y fecundación de María. Elisabet, la madre del Bautista, es la primera persona en ser llena del Espíritu Santo al escuchar el saludo de María; y su padre, Zacarías, es el segundo. ¡Y todo esto sin salir del Capítulo 1! Porque en el Capítulo 2, el Espíritu Santo mueve al anciano Simeón a profetizar sobre el niño Jesús en el Templo; y ya en el Capítulo 3, Juan el Bautista anuncia que Jesús bautizará «con Espíritu Santo y fuego».

El Espíritu del Señor figura destacadamente también al inicio del pasaje de Isaías que lee Jesús, en el Capítulo 5, cuando «en el poder del Espíritu» vuelve a Galilea y a su pueblo de toda la vida, Nazaret, después

de las tentaciones en el desierto. Para Lucas, esos versos funcionan como resumen del evangelio de Jesucristo y como contenido programático para la actividad salvadora de Jesús. Por ese motivo, porque sirven como síntesis del propio evangelio según lo entiende Lucas, merece la pena reproducir aquí esas palabras:

El Espíritu del Señor está sobre mí,
por lo cual me ungió
a anunciar la buena noticia a los pobres;
me envió
a predicar a los cautivos absolución
y a los ciegos recuperación de la vista,
a licenciar sin cargos a los derrotados,
a predicar el año agradable del Señor.

Para Lucas, entonces, el evangelio es eminentemente un mensaje de liberación, el anuncio de una nueva era de bienestar, justicia e igualdad —sin lugar para diferencias de clase social sino, en todo caso, especial consideración para los pobres y los esclavos (es en el sentido de «esclavos» que hay que entender el término «cautivos»). Pero es también una nueva era llena de prodigios y milagros, donde es posible que los ciegos vuelvan a ver (y donde también serán posibles otras muchas clases de curación milagrosa).

El anuncio de la anulación de distingos sociales se plasma, por último, en el evangelio según Lucas, en el especial esfuerzo que realiza por recoger y mencionar el testimonio de las mujeres que seguían a Jesús y que financiaron su ministerio. Desde el principio hasta el fin ellas se mantendrán fieles a Jesús. Y gracias a Lucas, jamás será olvidada esa presencia femenina en el grupo de los discípulos de Jesús.

Juan

Cuando a finales del siglo I de nuestra era Juan se propuso escribir su evangelio, no cabe duda de que tiene que haber sabido de la existencia de los otros tres evangelios (que llamamos «sinópticos» por la óptica o punto de vista similar con que se escribieron). Lo más probable es que Juan los haya leído y conocido.

¿Por qué, entonces, emprender la escritura de un cuarto evangelio?

Seguramente la respuesta está en que Juan escribe para una generación posterior, en circunstancias nuevas.

Ya veremos cuáles fueron esas circunstancias nuevas, pero primero quiero observar una continuidad entre Juan y los otros tres evangelios. Todos emplean el término «los judíos» para referirse a los que se oponen a Jesús. Y en los cuatro, la definición de ese término es diferente de lo que significa hoy. A veces es una designación regional: Jesús y sus discípulos eran «galileos», mientras que los «judíos» eran los que habitaban más al sur, en la región próxima a Jerusalén. Otras veces «los judíos» parecen ser, más específicamente, los habitantes de Jerusalén, como contraste entre esa conglomeración urbana y «el pueblo» campesino, quienes vivían en pequeñas aldeas rurales (como las de Jesús y sus seguidores). Otras veces «los judíos» en los evangelios parece indicar esa elite culta de los rabinos («escribas y saduceos y fariseos») que se entendían autorizados para hablar en representación de todas las personas, en todo el mundo, que hacían suya la tradición bíblica. En ningún caso, entonces, tenemos «antisemitismo» en los evangelios; sino sencillamente un conflicto interno entre judíos.

Como Marcos, Juan omite mencionar que el nacimiento de Jesús tuviera nada de extraordinario. El concepto de la virginidad de María carece de interés para Juan, como tampoco figura entre las doctrinas que enseñan los escritos de Pablo, Pedro, Santiago y el autor anónimo de Hebreos. Habíamos visto que Marcos empieza con Jesús ya adulto porque en su manera de escribir, imprimía la máxima urgencia al mensaje evangelizador de Jesús. Marcos fue, además, el primero de los cuatro evangelios en redactarse —y ya vimos que posteriormente su final tuvo tan poca aceptación, que se creyó oportuno añadirle algunos versículos. Pero que Juan —escribiendo *después* que Mateo y Lucas— decidiera no mencionar la virginidad de María, eso sí llama la atención.

En lugar de una narración de la Natividad de Jesús, lo que nos da Juan es un prólogo de tipo filosófico *helenista* (ver explicación más adelante) sobre el «Logos» divino. Traducido habitualmente como «la Palabra» o «el Verbo», el «Logos» es para Juan una especie de emanación de la Sabiduría divina, cuya pronunciación efectúa y hace eficaces

todas las obras de Dios —y que ahora se hace carne en la persona de Jesús.

He indicado que este prólogo de Juan es de tipo filosófico *helenista.* Esto significa que comparte muchas de las presuposiciones sobre la naturaleza de la realidad, con el mundo griego. Pero es necesario notar que a todo esto las sinagogas judías esparcidas por el mundo, eran parte de ese mundo griego. Más o menos como los cristianos estamos hoy día inmersos en el mundo occidental moderno. Y así como entendemos habitualmente que no hay —ni puede haber— ningún conflicto entre la Verdad de nuestra fe y cualquiera verdad que objetiva y científicamente se establezca como tal verdad en nuestro mundo, así también los herederos de la fe de Abraham en el mundo griego, se explicaban sus propias creencias utilizando conceptos propios de la filosofía de ese entorno helenista en que vivían.

Y es así como Juan explica en términos helenistas la naturaleza de Jesús como «Palabra» e «Hijo», y luego también explica la relación entre esa divina realidad hecha presente en Jesús, y la que ha de hacerse presente en nosotros sus discípulos. El Jesús de Juan nos invita, entonces, a «comer su carne y beber su sangre» y a ser así «uno» entre nosotros como él mismo y el Padre son «uno». El «Paráclito» (traducido habitualmente como «Consolador») —un término griego que sólo Juan emplea para referirse al Espíritu Santo— es una segunda emanación divina que nos llenará, paralela aunque diferente a la emanación del «Logos», y que hará que esa unidad entre nosotros y Dios (y entre nosotros mutuamente) sea posible, así como es posible la unidad entre él (Jesús) y el Padre.

Juan es así nuestro ejemplo a seguir en la labor misionera de interpretación del evangelio entre civilizaciones. Así como con Juan el evangelio consigue saltar desde el entorno rural galileo (de lengua aramea) al mundo filosófico helenista del Imperio Romano, a nosotros nos incumbe reinterpretarlo para cualquier otra civilización —pero muy especialmente para la nuestra.

HECHOS DE LOS APÓSTOLES

Con este segundo tomo a continuación de los hechos relatados en su evangelio, Lucas reanuda su narración acerca de los inicios del movimiento cristiano. Es una narración importante por varios motivos, entre los que no es nada desdeñable el de que nos presente la figura de Saulo de Tarso, o Pablo.

Imaginemos un momento lo perplejos que nos encontraríamos si hubiera que saltar directamente de los evangelios a la colección de las cartas de Pablo, sin un libro como éste de Hechos, que nos hiciera de transición y nos situara debidamente a Pablo en el movimiento de los primeros seguidores de Jesús. Bien es cierto que basándonos en esas cartas es posible adivinar bastantes detalles de la vida y ministerio de Pablo. Detalles, curiosamente, que no siempre coinciden con el relato en Hechos, que acusa otro punto de vista diferente —del propio Lucas. Esto es perfectamente natural: Si alguien escribiera mi vida de memoria, basándose en cosas que oyó acerca de mí y experiencias que compartimos conjuntamente, no es difícil entender que esa biografía —hecha por otra persona— y mis cartas que escribí en algunas de las situaciones que he vivido, probablemente resultarían contener versiones bastante discrepantes de algunos de los hechos. El caso es que aunque yo mismo escribiera una autobiografía de memoria (sin tener en cuenta lo que he ido escribiendo), esta vida según yo la vengo recordando y reinterpretando con el paso de los años, se parecería pero no sería igual a la que reflejan aquellas cosas que fui escribiendo puntualmente.

En cualquier caso —y aunque con las cartas de Pablo en mano podamos sopesar algunos de los hechos desde otra perspectiva— es de agradecer el trabajo que se tomó Lucas en presentarnos a Pablo, dejándonos entender cuál fue su importancia y el peso de sus opiniones en el movimiento cristiano incipiente.

Habíamos visto que Lucas entiende que la actividad y presencia y guía del Espíritu Santo —el Espíritu de Dios— es esencial para poner en marcha las vidas y ministerio de Juan el Bautista y del propio Jesús. Ahora, al abrir el libro de Hechos, volvemos a recuperar ese mismo protagonismo para el Espíritu. De una manera dramática en sus dos capítulos iniciales, Lucas nos deja entender que los discípulos de Jesús

podían tener todo el cúmulo de sus experiencias personales con Jesús y recordar las enseñanzas del Maestro... Podían conocer el dato —y superar sus dudas— sobre el revivir de Jesús, que ellos vieron con sus ojos y palparon con sus manos... Incluso podían haber sido testigos oculares de su ascensión al cielo... Y sin embargo, en tanto que no se derramase sobre ellos la plenitud desbordante del Espíritu, estaban incompletos como apóstoles; carecían del poder divino esencial para la labor de dar continuidad a la vida y enseñanza de Jesús.

Nada en el libro de Hechos es comprensible sin esa Presencia desbordante del Espíritu, que acude a llenar y rellenar continuamente a los seguidores del Camino en cada crisis que encuentran —que no son pocas.

El libro de Hechos es testigo de que las diferencias y discrepancias en el seno de la hermandad judía que ya habían culminado en la crucifixión, no sólo no se curan con el paso del tiempo sino que se complican cada vez más por la cuestión de los gentiles —un tema que Jesús nunca había abordado directamente.

Pedro y Bernabé y Pablo y Silas adoptan una línea «espiritualizante» de la incorporación de gentiles «mesiánicos» a Israel. Según esta opinión, con que asuman que el Dios de Israel es el único Dios verdadero y con que acepten que en Jesús su Hijo Dios ha inaugurado la tan anhelada Nueva Era cuando Dios gobernará directamente las vidas de los que tienen «fe», estos gentiles *ya son* —ya se manifiestan como— verdadero Israel. Israel conforme al Espíritu y no conforme a la carne. Pero esa opinión no convencía a todos. Al contrario, esta nueva doctrina de «espiritualización» de Israel pareció a muchos, sectaria y peligrosa. Les pareció que no podía más que conducir irremisiblemente a diluir la mismísima identidad de Israel, que dejaría ya de ser un pueblo escogido, *diferente* de las naciones paganas.

Es probablemente por el radicalismo de la propuesta de esta nueva «secta» judía —la de los «mesiánicos», es decir, *cristianos*— que Lucas se esmeró en su narración por amarrar cada paso emprendido a la Presencia desbordante y el impulso imparable del Espíritu de Dios. Frente a la acusación de desobediencia de la Ley y tergiversación de la

Escritura, Hechos ofrece testimonios oculares de que cuando «sopla» el Espíritu, no hay más remedio que soltar amarras y dejarse llevar.

Romanos

El tema que aborda Pablo en esta carta había perdido importancia e interés pocas generaciones más tarde, aunque volvería a recuperar intensidad otra vez durante el siglo XX: la relación entre el pueblo de Dios de toda la vida —es decir los judíos— y los «mesiánicos» (o *cristianos*) de otras etnias que la judía.

Es probable que ya desde mucho antes de que se le apareciera Jesús en visión mientras iba de camino a la ciudad de Damasco, Pablo perteneciera a esa facción dentro del fariseísmo que daba singular importancia a la presencia anunciadora o «evangelizadora», de los judíos de la diáspora en medio del mundo pagano. Según esta visión de las cosas, Dios había dispersado comunidades judías por todo el mundo con el fin de darse a conocer como único y verdadero Dios, justo y fiel, misericordioso y lleno de amor, Creador y divina Providencia para todo ser humano, terrible en su ira pero siempre dispuesto a perdonar. Es verdad que en Mateo 23,15 Jesús ironiza que aunque los fariseos eran capaces de mover cielo y tierra para conseguir un prosélito (un «gentil» convertido), éstos resultaban al final más perdidos que antes. Pero con esas mismas palabras Jesús reconocía el celo misionero que movía a muchos fariseos. Un celo misionero que siguió impulsando la vida de Pablo con más fuerza que nunca, una vez que reconoció que Jesús era el Mesías.

Con todo, reconocer que Jesús era el Mesías supuso para el fariseo Saulo de Tarso (el apóstol Pablo), una revolución a fondo de sus conceptos sobre la justificación del ser humano ante Dios. Romanos abre fuego con el cañonazo terrorífico de lo que en su día tuvo que ser para él un descubrimiento durísimo: que los judíos estaban tan perdidos en relación con Dios —con todo y disponer de la Ley de Moisés— como los gentiles. La propia jactancia del cumplimiento escrupuloso de cada detalle de la Ley era un callejón sin salida, un camino que no conducía a ninguna parte. Porque la única relación correcta con Dios había sido desde siempre, empezando por Abraham y especialmente en la Ley de

Moisés y en los Profetas, un depender absoluta y totalmente de la gracia divina. La sensación de seguridad que imprimía a sus vidas el escrúpulo legalista, era esencial e irremediablemente incompatible con *la fe*. La fe es lo contrario a la certeza y la seguridad: la fe es la renuncia a toda certeza y seguridad, salvo la de agarrarse a la gracia y el amor de Dios como un clavo ardiendo.

En Jesús, sin embargo, Dios había estrenado un nuevo modelo de humanidad, una nueva manera de ser seres humanos. Jesús era para esta nueva humanidad lo que Adán para la antigua: era el prototipo, el primero. La relación de Jesús con el Padre había sido directa y sin complejos: una relación de Hijo. Jesús había sabido depender absolutamente del Padre por la iluminación interior del Espíritu Santo, dejándose guiar directamente de esa luz interior que le hacía, en efecto, cumplidor de la Ley en toda su dimensión moral y salvadora.

Jesús había sido Justo ante Dios, porque había sabido depender del Padre y no de sí mismo.

Esa dependencia de Dios según la iluminación interior del Espíritu, había capacitado a Jesús para entregar su vida mansamente en lugar de defenderla. Jesús había asumido el riesgo de que se perdiera toda su influencia en el mundo, al dejarse matar como hereje judío y a la vez súbdito insumiso del Imperio. Al morir en la cruz sin defenderse, abandonaba toda pretensión de influir en el futuro, dejándolo todo absoluta y radicalmente en las manos de aquel Dios y Padre en quien creía. Ésta había sido la justicia de Jesús que le hacía Justo delante del Padre: la justicia de creer que Dios era capaz de enderezar todas las cosas, sin que nosotros tengamos que devolver mal por mal para establecer el bien.

Pablo se expresa confiado, en esta carta, de que toda la humanidad —primero los gentiles mientras los judíos dudan sobre Jesús, pero al final «todo Israel» también— conocerá y reconocerá esta nueva forma de justificación ante Dios. Para los que ya no andan según «la carne» sino conforme al Espíritu, ya no hay condenación. Y nada los puede separar del amor de Cristo.

Mientras tanto, Pablo espera que los consejos prácticos de convivencia armoniosa, una tolerancia de la diversidad a la vez que unidad

«en Cristo», conseguirá resolver las tensiones entre cristianos judíos y cristianos no judíos.

Y entre sus saludos finales, expresa el vivo deseo de venir a España con este evangelio.

1 Corintios

Bastante bien le habrá ido a Pablo su labor apostólica en Corinto porque, según Hechos 18, decidió reunir allí todo su equipo de predicadores y catequistas y quedarse un año y medio. Lo habitual en él eran visitas apostólicas bastante más breves.

Pablo arranca esta su primera carta a los corintios con alabanzas de la comunidad cristiana establecida allí, de la que dice que nada les falta de ningún don mientras esperan «el día de nuestro Señor Jesucristo». De inmediato, sin embargo, pasa a atajar e intentar corregir las graves deficiencias que no obstante padece la comunidad.

La primera deficiencia, una notable falta de unidad.

El caso es que seguramente fuera ese el fondo de la cuestión de **todos** los problemas que intenta corregir Pablo con esta carta. Cada aspecto del evangelio y de la conducta cristiana que aborda Pablo en el transcurrir de 16 capítulos, parece exigir su intervención precisamente por el desacuerdo y la desunión que ha llegado a ser habitual en los cristianos de Corinto.

Para llamarlos a la unidad, Pablo les recuerda primero cómo había llegado él a Corinto dispuesto a no conocer ninguna sabiduría que no fuese la presunta estupidez de la cruz, una sabiduría que solamente puede aceptar como sabiduría quien permite que el Espíritu de Dios actúe sobre su mente. Y en lugar del poder mundanal que le hubiera brindado el venir patrocinado por alguna familia noble o rica o famosa, Pablo prefirió hacer suya la condición de los «sin poder», trabajando con sus manos como cualquier esclavo, liberto, o libre de condición humilde. Ambas estrategias, la «estupidez» de su mensaje de muerte y resurrección, y el «sin poder» de su posicionamiento en la sociedad corintia, entendía él, Pablo, habían sido parte y esencia del mensaje predicado.

El único cimiento en que se basa la forma cristiana de la fe, es el cimiento que brindan los propios hechos de Jesús, un pobre hombre sin «enchufe» ni amigos influyentes, al que el Imperio crucificó. Pero este Jesús ninguneado y asesinado, había mediante su muerte y resurrección manifestado ser el auténtico Mesías de Dios. Este mismo Jesús es quien trae esperanzas a la humanidad, de que Dios vaya a reinar directamente sobre nuestras vidas, dejando de lado la presunta intermediación necesaria del Emperador y de sus funcionarios y militares. Es sobre ese cimiento que construyen todos los apóstoles y ministerios en la iglesia cristiana.

Este mensaje de «estupidez» y de negación del poder podía, si se aceptaban plenamente todas sus consecuencias por obra del Espíritu, transformar enteramente la vida en pequeñas comunidades de luz, amor e igualdad entre hermanas y hermanos, donde operan todos los dones del Espíritu para pleno beneficio de toda la comunidad.

Pero esto exige una ruptura total con los valores del Imperio, valores de altivez, orgullo y virilidad que sostenían con tanto entusiasmo los ciudadanos de Corinto.

No se puede vivir así, con este Espíritu de Cristo y este amor, y pleitearse con un hermano en un tribunal imperial. No se puede vivir así, con este espíritu y este amor, y renegar de la santidad adoptando conductas groseramente inmorales. No se puede vivir así, con este espíritu y este amor, fomentando divisiones partidistas en la propia comunidad cristiana. No se puede vivir así, con este espíritu y este amor, trayendo al ágape semanal comida que no se piensa compartir. ¡Hay que imaginar el triste espectáculo de que algunos llegan pronto y se dedican a la glotonería y la bebida, mientras otros (naturalmente los esclavos y trabajadores por cuenta ajena, que no disponen libremente de su tiempo) llegan tarde —directamente del trabajo— y se tienen que repartir las tristes migajas que se hayan dignado dejarles! No se puede vivir así, con este espíritu y este amor, en fin, queriendo «figurar» en todas las reuniones con «revelaciones» y «profecías» y «lenguas» y «manifestaciones del Espíritu» —y mandando callar a los demás por considerarlos menos «espirituales».

Este es más o menos el catálogo de los males que denuncia Pablo en la comunidad cristiana de Corinto.

La carta concluye más o menos como había empezado: con la «estupidez» de la esperanza en la resurrección. Pablo insiste que es necesario creer que resucitaremos a mejor vida porque si esto es imposible, entonces también es imposible que Cristo resucitara. Y si Cristo no resucitó —por ser eso imposible— entonces fue un farsante y un mentiroso; y la esperanza que Cristo nos inspira es pura fabulación. Pero Cristo sí que resucitó y nosotros también resucitaremos.

2 Corintios

Cuando hace unos cuarenta años empecé a leer asiduamente la Biblia, me llevé una primera impresión de que la insistencia con que Pablo defendía la valía de su ministerio apostólico resultaba contraproducente. Me parecía que Pablo dedicaba demasiados versículos en 2 Corintios a defenderse a sí mismo, robando protagonismo a verdades más «profundas» y «espirituales» que yo esperaba descubrir en la Biblia.

A la postre algunos años más adelante, decidí que el caso era al revés: Empecé a preguntarme qué clase de gente ingrata era ésta, que en una iglesia fundada por Pablo hacían caso omiso de su enseñanza y autoridad. La impresión que me producía era que nadie había sabido aceptar la auténtica valía de San Pablo hasta que, póstumamente, empezaron a coleccionar sus escritos y atesorarlos como auténticas perlas de sabiduría divina.

Últimamente veo la cuestión de una tercera manera. He llegado a la conclusión radicalmente contraria a mis primeras impresiones sobre lo que está en juego en el argumento de Pablo en 2 Corintios. Aquellas «verdades más espirituales» que me parecía que quedaban arrinconadas por la autodefensa del ministerio de Pablo, veo que aparecen con singular claridad precisamente en esa defensa. Pablo no se defiende porque se sienta personalmente ofendido o marginado sino porque lo que teme es que se esté perdiendo de vista *a Cristo*.

Los cristianos corintios querían adorar a Cristo como encarnación gloriosa de Dios y no caían en la cuenta de que Cristo no había sido una encarnación «gloriosa» sino singularmente «deshonrosa» y humilde según los valores comúnmente aceptados. Cristo había sido un «varón de dolores», rechazado y repudiado por todos, negado por sus propios discípulos, entregado a traición al odiado conquistador romano por sus propios hermanos judíos, crucificado por los romanos a sabiendas de su inocencia intachable —porque nadie consideró que su vida tuviera el más mínimo valor ni la más mínima honra ni dignidad humana.

En aquella era no tenía nada de extraordinario imaginar que los dioses pudieran tener hijos con mujeres humanas. Desde hacía milenios es más o menos lo que venía diciendo la propaganda estatal acerca de los monarcas. Luego había leyendas y mitos sobre figuras heróicas —Hércules, por ejemplo— descendidos de algún dios.

Al parecer, entonces, estos cristianos de Corinto habían asumido con naturalidad la proclamación de Cristo como Hijo de Dios.

Pero lo habían hecho sin reevaluar a fondo lo que significa que Jesús de Nazaret —la figura histórica que conocemos por los evangelios, con su particular biografía y forma de morir— sea ese Hijo. Porque si ese Jesús resulta ser auténticamente Hijo del Dios Altísimo y todos los demás pretendientes a hijos de los dioses no son más que fábulas para engañar a las gentes crédulas, resulta que la gloria de la deidad ha escogido manifestarse en la pequeñez y humildad y deshonra de este mundo, que no en las cortes imperiales ni en superhéroes mitológicos.

Y si esto es así, no hay nadie tan singularmente capacitado por el Espíritu para ejercer como apóstol, que una figura como la de Pablo, de apariencia poco imponente, enfermizo, que vive —como los esclavos y los pobres— con el trabajo de sus propias manos. Un hombre perseguido, encarcelado y objeto de burlas en todas partes, expulsado de las sinagogas, desacreditado por sus hermanos judíos y sin «enchufe» con las autoridades. Es precisamente en la debilidad de Pablo que se ve, con claridad diamantina, el poder y la magnificencia de la gloria de Dios y de Cristo. Un poder y una gloria *contrarios* a los que este mundo reconoce y admira.

Entonces lo que está en juego si se cuestiona la apostolicidad de Pablo, es que se reconozca la naturaleza de la gloria y el poder *de Cristo*, donde Dios ha escogido intervenir en la historia humana «desde abajo», desde la pobreza y marginalidad, negando protagonismo a los ricos e influyentes, a los militares y gobernantes. Nada más «profundo» y «espiritual», entonces, que esta carta donde Pablo explica la naturaleza de sus credenciales apostólicas, *tan a tono* con la naturaleza del propio Cristo que él predica.

El mensaje de esta carta es de singular importancia hoy día, cuando se han puesto tan de moda en algunos círculos precisamente el tipo de «superapóstoles» que entonces rivalizaban con Pablo en la comunidad cristiana de Corinto. El mensaje de prosperidad y éxito, ejemplarizado por su propio estilo de vida como famosos con enorme *glamour* y atención mediática —codeándose con las elites capitalistas y gobernantes— es todo lo contrario al estilo apostólico de Pablo. Pero —lo que es más grave— resulta ser una negación del estilo mesiánico de Jesús, que es lo que Pablo no quería que se perdiera jamás de vista.

Gálatas

Es imposible comentar la carta de Pablo a los Gálatas sin observar que el debate o la disputa en que incide, es una discusión interna entre hermanos israelitas. Para mayor detalle, es un debate entre *cristianos* fieles a las costumbres y formas de vida practicadas en la provincia de Judea —los «judaizantes»— y los que vivían conforme a las costumbres del mundo «civilizado», es decir *helénico* y romano, llamados aquí «los nacionales» (porque vivían entre las naciones), palabra traducida habitualmente como «gentiles». Por ponerle nombres propios, es un conflicto entre Jacobo y otros discípulos de Jesús, por una parte, y Pablo por otra —y que pilló a Pedro indeciso entre las dos tendencias. ¡El bueno de Pedro seguramente salió mal parado en la opinión de ambas partes! (Ga 2,7-14.)

No había en aquel entonces ni habría por varias generaciones, una división clara entre el «judaísmo» y el «cristianismo». Ambas religiones tardarían siglos en tomar la forma como se conocen hoy. Los *mesiáni-*

cos, que viene a ser lo que en aquel entonces significaba el mote de *cristianos*, eran, al igual que los *fariseos*, una corriente interna dentro de la población global israelita. La seña de identidad particular de los *cristianos*, dentro de la etnia israelita, era la creencia en que Jesús, hijo de María, había sido y seguía siendo el Mesías de Dios: el *Cristo* y *Señor* de Israel.

En determinadas ocasiones, los *cristianos* y los *fariseos* podían aliarse contra el resto de los israelitas de aquella era, porque ambos compartían una misma doctrina sobre la resurrección (Hch 23,6-10). Una doctrina que al parecer no era universal y probablemente ni siquiera mayoritaria.

Dos de los elementos de fricción entre los israelitas de Judea (y Galilea) y los israelitas del resto del mundo, y que afloran en esta carta de Pablo a los Gálatas, eran la «circuncisión» y la comunión en torno a la mesa con personas consideradas ritualmente impuras o inmundas.

Hacia el año 150 a.C. la circuncisión seguía siendo una incisión, pero no la amputación del repliegue de piel (prepucio) del pene, puesto que los atletas judíos en Jerusalén podían cosérsela y así participar en las competiciones (al desnudo, naturalmente) sin que se les notara (1 Macabeos 1,14-15). Precisamente para evitar esto, parece ser que fue en aquella época y lugar que se adoptó la forma de circuncisión que hoy se conoce. No consta que en tiempos del Nuevo Testamento esta forma novedosa de circuncisión se haya extendido universalmente entre los israelitas que vivían como enclaves minoritarios en muchas ciudades de todo el mundo.

De ahí que los «judaizantes», es decir, los que seguían la forma que se había impuesto en Judea, consideraban que sus correligionarios de otras partes eran «incircuncisos» y sospechosos de transigir con el paganismo. Lo cual en muchos casos era más o menos verdad. Era difícil vivir en una ciudad «civilizada» en cualquier parte del mundo y evitar carne sacrificada en templos paganos, juramentos que invocaban a los dioses como testigos para cualquier contrato, o votos de lealtad al César (al que se adulaba como «el menor entre los dioses pero el mayor entre los hombres» —es decir, divino a la vez que humano).

Naturalmente, Jesús y los doce y todos sus seguidores en Galilea, así como la primera comunidad cristiana en Jerusalén, eran «judíos» en este sentido, es decir, estaban circuncidados a la usanza «judaizante», la de Judea. Pero ahora Pablo se pone de parte de los «nacionales» (o «gentiles»), los que vivían entre las naciones y las gentes del mundo y seguían una forma de la fe israelita mucho más adaptada a las costumbres «civilizadas» de las urbes del Imperio Romano.

En esta carta Pablo adopta una postura radical, confrontante y dramática. Esto es porque considera que lo que está en juego es la propia esencia del evangelio. O estamos de parte de «la libertad», guiados por «la fe», impulsados por «el Espíritu», confiando sólo y exclusivamente en «la gracia» de Dios, o el resultado será una comunión impuesta a la fuerza, costumbrista y legalista, basada en ritos ancestrales de «la carne». Según lo ve Pablo, el hecho mesiánico de Jesús lo trastoca todo y abre nuevas posibilidades antes inconcebibles. En Cristo, Dios está haciendo algo nuevo equiparable al mismísimo llamamiento de Abraham. Y «los mandamientos» se resumen ahora en sólo uno: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Ga 5,14).

Pablo está convencido de que el resultado final, un estilo de vida que es «fruto del Espíritu», será más moral y piadoso y agradable a Dios, a la vez que más llevadero y libertador (Ga 5,22-24).

Efesios

El diccionario de la Real Academia Española trae una curiosa expresión que ha caído en desuso: es el término *ad efesios*, que significa «disparatadamente, saliéndose del propósito del asunto» —por alusión, como explica el diccionario, a la carta de Pablo a los Efesios. Es una curiosidad de nuestra lengua que esta carta —tan lúcida y clara, tan profunda y actual a pesar de sus dos mil años— haya venido a tener esa consideración de «disparate» o monserga pesada. Es mucho más penoso lo que esto viene a indicar acerca de la mentalidad de los castellanos de antaño, que lo que viene a querer sugerir acerca de la carta en sí.

Dicho lo cual, hay que admitir que el estilo de la carta es algo pesado —tal vez pomposo en su retórica— con oraciones interminables que las

versiones más recientes recortan en trozos más al gusto contemporáneo. Recuerdo imborrable de mi niñez es la vez que me tocó a mí —en la lectura diaria de un capítulo de la Biblia que hacíamos en familia todos los años que viví con mis padres— leer en voz alta el primer capítulo de Efesios. En el colegio me habían enseñado que con las comas se hace una pequeña pausa, pero sólo se respira al llegar al punto. Al terminar el versículo 2, entonces, me llené de aire los pulmones y me dispuse a seguir leyendo. Para cuando por fin, al acabar el versículo 10, hallé el siguiente punto, estaba en una situación de «desaliento» bastante notable. Pero cuando más adelante acabé de leer los versículos 15-23 de corrido y sin respirar —porque no encontraba el dichoso punto que me lo permitiera— sólo recuerdo las sonoras carcajadas de mis hermanos y padres, que estarían pensando que si no me caía desmayado a falta de fuelle, era de puro milagro.

En relación con la carta de Pablo a los Gálatas, proponíamos que se entendiera que todo el fragor de aquel debate era una cuestión interna entre *judíos mesiánicos*, que seguían tradiciones diferentes, según eran oriundos de Judea o de la dispersión judía que ya llevaba medio milenio.

Aquí en Efesios, en cambio, está claro que la palabra «gentiles» ha de entenderse a la usanza más habitual. No es una referencia a israelitas que vivían entre las gentes del mundo, sino que califica a esas propias gentes no descendidas de israelitas. En Efesios, no es que Pablo adopte la postura más «liberal» con respecto a las costumbres de Judea —lo que hace en Gálatas—, sino que comenta la enormidad de la transformación que han sufrido *estos otros* gentiles («gentiles» en este otro sentido, el más habitual), para poder llegar a estar plenamente integrados en la comunión de los cristianos.

Aquí en Efesios hay claramente un «nosotros» donde se incluye Pablo —los judíos o descendientes de Israel— y un «vosotros» que no comparten esa identidad previa a su aceptación del evangelio. Véase Ef 1,11-14; 2,1-3; 2,11-3,1; 4,17-19; 5,8. Pero a partir de ahora, todas las familia de la humanidad tienen una nueva identidad, que ya no procede de Abraham ni siquiera de Adán, sino de Jesucristo (Ef 3,14-15).

Ya era notable que Pablo en su carta a los Gálatas intentara construir puentes de aceptación entre los cristianos «judíos» —los de Judea— y

los cristianos israelitas de la diáspora en medio del mundo urbano imperial romano. Pero ahora ha habido otro proceso incluso más «ecuménico», más abierto al «otro», al que es diferente que uno. Ahora el evangelio ha roto el muro de contención en torno al pueblo escogido de Dios «de toda la vida» —desde el llamamiento de Abraham en Génesis 12— y está asimilando con absoluta naturalidad a personas de procedencia pagana.

Por eso mismo urge dejar instrucción clara sobre la unidad: «un Señor, una fe, un bautismo, un mismo Dios y Padre de todos» (Ef 4,5). Es una unidad precaria y frágil, que sólo será posible mantener si todos son «solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz» (Ef 4,3), «soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor» (Ef 4,2).

De ahí también la necesidad de que todos se estén sometiendo unos a otros, en absoluta mutualidad, según un modelo idealizado del matrimonio (Ef 5,21-33): Las mujeres casadas ejemplificarían ese sometimiento mutuo aceptando a sus esposos como «cabeza»; los esposos ejemplificarían ese mismo sometimiento mutuo mediante un amor que siempre da prioridad a la esposa. Y así entre ambos serían ejemplo de la unidad mística entre Cristo y su iglesia, y de todos los miembros unos con otros. A pesar de diferencias de un calado tal, que muchas veces la convivencia se verá seriamente en entredicho (como en cualquier matrimonio).

Filipenses

La primera impresión que da una lectura de corrido de esta carta de Pablo (firmada también por Timoteo), es la impresión de un contraste notable entre alegrías y satisfacciones interiores, del espíritu, de saberse querido por la comunidad de sus amigos fieles, por una parte; y por otra, de durísimas y deprimentes circunstancias exteriores: cárcel, enfermedad y la clara posibilidad de morir mártir.

Pablo tenía enemigos. Había personas que se oponían enérgicamente a todo lo que él representaba. Enemigos declarados del proyecto para su vida, que Pablo sentía que el Señor le había encomendado. Vivió

en una era cuando la «justicia» era esencialmente una cuestión de caerle bien al juez, de tener «enchufe» y contar con personas influyentes o ricas que «arreglaran» el asunto entre bastidores. Este era un régimen que podía crucificar a miles de judíos para castigar un alzamiento independentista, crucificar a miles de esclavos para meter miedo en el cuerpo a los demás. Era una sociedad que sentía una auténtica pasión por la violencia y la brutalidad, hasta el extremo de que las masas se apelotonaban por caber en el circo y ver despedazar a personas que las fieras se comían vivas. Como predicador de una pequeña «secta» minoritaria (los *mesiánicos* o «cristianos») dentro de una etnia sólo muy marginalmente tolerada (la de los judíos), Pablo era la punta de una chincheta en la silla del poder imperial. Y el poder imperial sólo conocía una manera de responder: la brutalidad bestial.

Tanto es así, que en cierto punto de esta carta pillamos a Pablo dudando de si merece la pena seguir viviendo, cuando la muerte sería toda una liberación. Sin embargo decide que no, que sí que merece la pena seguir viviendo… precisamente por la calidad y el calor de esas relaciones fraternales, de apoyo mutuo en las dificultades —y muestras vivas de afecto— que él experimenta por parte de la comunidad *mesiánica* de Filipos.

Pablo tiene un ejemplo claro que le inspira y que da sentido a todo su existir, con sus satisfacciones y también su dolor. Pablo siente que hay quien le comprende, alguien que ya lo ha sufrido todo —por él— y que está a su lado para hacer soportable cualquier cosa que le pase. Pablo sabe que Jesús, pudiendo estimar el ser igual a Dios como algo a que aferrarse, se despojó a sí mismo y sufrió las más viles y crueles vejaciones, hasta la muerte de cruz, identificándose así con todas las personas humilladas y hundidas por la maldad del enemigo y las dificultades de la vida. Pero Pablo sabe también que aunque Jesús murió así, humillado y vejado, objeto de burlas y desprecio, Dios lo levantó de la muerte y lo exaltó hasta lo más alto y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en el cielo y en la tierra y debajo de la tierra.

Pablo entiende que este mismo camino es el que espera en alguna medida a todos los que aceptan seguir a Jesús. El rechazo, la enemistad, la dureza del sistema penal romano, el peso de las cadenas… todo esto

es llevadero porque siempre habrá una última palabra de Dios, posterior a todos los males que nos puedan llover.

Dios siempre tiene y siempre tendrá la última palabra.

Pablo anima a los filipenses a considerar que esto es así con él, con Pablo, porque ya había sido así con Jesús. Les anima a considerar que también será así con ellos, si la oposición al mensaje del evangelio arrecia y acaba segando también las vidas suyas bajo la pesada bota del Imperio.

Entre tanto, lo que toca es ser agradecidos por esas chispas de alegría, de amor fraternal, de mutua comprensión y mutuo apoyo, la provisión de Dios para las necesidades vitales de cada día… Toca arrancar felicidad de las garras de la desdicha, arrancar entendimiento, paciencia y perdón de las garras de la enemistad. Toca vivir «en el poder de la resurrección», nos caiga lo que nos tenga que caer. Así las cosas, Evodia y Síntique, por ejemplo —sus muy buenas amigas y compañeras en el trabajo de la evangelización— deberán minimizar sus diferencias de opinión o temperamento y enfatizar la armonía y todo lo que tienen en común frente a la maldad del mundo que las rodea.

Y así estos renglones de Pablo (y Timoteo) a los Filipenses resultan ser una carta llena de ánimo, una celebración de la alegría que hay en la amistad cristiana, la declaración de una fe incondicional en el amor de Dios que todo lo arreglará al fin. No es un ánimo ni un a alegría individualista, sino los ánimos y la alegría que da sabernos amados en comunidad cristiana, en la maravillosa gracia de Cristo Jesús.

COLOSENSES

Al leer esta carta podemos apuntar tres observaciones preliminares:

Primero, la carta, que en el saludo de apertura firman Pablo y otra vez Timoteo, parece escrita a una comunidad que Pablo no conocía personalmente sino sólo a través de ciertos intermediarios de su plena confianza. El fundador de la comunidad parece haber sido Epafras, de quien la única otra noticia que tenemos en el Nuevo Testamento, es su mención como compañero de prisiones cuando Pablo escribe a Filemón.

La impresión que da la carta es que ahora Epafras se quedará con Pablo (o será reasignado a otro lugar) y los portadores de la carta, Tíquico y Onésimo, han de ser los que continúan su labor apostólica o catequética en Colosas. Pablo aprovecha la carta para recordar a un tal Arquipo, que Pablo está al corriente de qué tal él hace lo que tiene que hacer. Parece, entonces, que Pablo está organizando y supervisando todo un equipo misionero, que amplía su zona de influencia donde él no puede ir. Pablo mismo, naturalmente, se siente plenamente quién para escribir e instruir en la fe a estas comunidades, aunque no los conozca personalmente.

En segundo lugar, la carta es tan breve que no parece tener que estar atajando ningún «problema gordo» en particular. En cualquier caso, la enseñanza específica que contiene nos daría a entender que la situación podría ser como la que habíamos visto en su carta a los Gálatas, donde los cristianos son todos de la etnia israelita; o bien, alternativamente, como la que hemos visto en Efesios, donde la comunidad cristiana está aceptando de pleno a personas que proceden del entorno pagano. En cualquiera de los dos casos, como Pablo también explica en su carta a los Romanos, todos los *mesiánicos* o «cristianos», indistintamente, tienen motivos para avergonzarse de su pasado y desear pasar a una nueva manera de vivir, como seguidores de Jesús y súbditos del Reinado de Dios que Jesús había dicho que traía.

En tercer lugar, los *mesiánicos* de Colosas parecen estarse reuniendo como pequeñas células caseras. Sabemos que en casa de Filemón se reunía un conventículo cristiano (Flm 2) y no es inverosímil imaginar que fuera en esta ciudad. La carta especifica otro grupo, que se reúne en casa de una tal Ninfa. Según el capítulo 4, en Laodicea y Hierápolis (dos poblaciones que se hallan a menos de una hora de distancia, andando a pie) parece que también existen conventículos *mesiánicos.* A Pablo le parece natural que su carta a los laodiceos (que no se conservó) se pueda leer también en Colosas; y la destinada a los colosenses, en Laodicea. Por esto y por la extrema proximidad de estas tres poblaciones, no resulta inverosímil suponer que hubiera un intercambio más o menos frecuente entre las células caseras de la región; tal vez —¿quién sabe?— unos mismos predicadores y catequistas ministraban en todas.

Hasta aquí lo que podemos ver en Colosenses, a manera de pequeña «ventana» por la que espiar la vida de aquellas comunidades misionales primitivas.

Disponiéndonos a resumir en pocas palabras el mensaje principal que parece contener esta breve carta, quizá habría que quedarse con el tema de la gloriosa primacía de Cristo en el orden de la Creación; y paralelamente, la identidad colectiva de sus seguidores —los destinatarios de la carta, en este caso— conjuntamente con Cristo.

Sobre Cristo, esta carta dice que es la imagen o representación visible del Dios invisible. Dice que es el «primogénito» de toda la creación —lo cual tiene que significar muy especialmente su particular privilegio y honor entre todas las cosas y todos los seres creados; pero también se suele entender, en la teología cristiana, como señal de su preexistencia en el tiempo, anterior a todo el resto de la Creación. En cualquier caso este ser humano, el Mesías de Dios para Israel, es quien por su manera de vivir y morir y resucitar, explica el por qué de todas las cosas y da sentido a la vida humana y a la experiencia humana en el transcurrir de toda la historia de la humanidad.

Y a continuación pasa a enfatizar paso a paso, basándose en el bautismo cristiano como escenificación de la muerte y resurrección de Cristo, la plena identidad de los *mesiánicos* con éste su Mesías. El haber sido crucificados juntamente con Cristo mediante el bautismo ha de armarnos de fe y valor y esperanza, entonces, para vivir como plena encarnación de los valores «de arriba» —es decir divinos— en las a veces duras y peligrosas circunstancias de la vida aquí en la tierra, como pequeña «secta» incomprendida, malamente tolerada, a veces perseguida —como fue perseguido Jesús. Porque allí donde se manifiesta la gloria de Cristo, cuando ésta se manifiesta, se manifiesta también, conjuntamente, la gloria de sus seguidores (que son como él).

1 Y 2 TESALONICENSES

Hace poco leí una novela que a pocas páginas del final, reproducía una carta escrita por uno de los personajes de la historia, al protagonista principal. La novela llevaba al lector a ponerse en la piel del

protagonista, sus sentimientos al recibir el sobre, sus dudas antes de abrirlo; y después de leerla, su reacción emocional y sus acciones. Algunas frases de la carta, que en sí mismas no hubieran tenido nada de particular, palabras que superficialmente no tenían por qué tener ninguna significación especial, aludían sin embargo a temas que se habían ido desarrollando a lo largo de toda la novela. Adquirían, por tanto un significado y una importancia única, que sólo era posible comprender por cuanto el lector venía leyendo la historia de la relación entre ambas personas.

Tenemos un problema principalísimo cuando nos disponemos a leer las cartas del Nuevo Testamento. Nos falta esa riqueza esencial de contexto, donde pudiéramos descubrir significados personales en frases aparentemente triviales o poco originales, donde pudiéramos reconocer referencias claras a la larga y accidentada relación entre el autor de la carta y la pequeña comunidad de sectarios mesiánicos a quienes iba dirigida. Lo único que tenemos aquí, por ejemplo, son estos ocho breves capítulos repartidos en dos cartas, firmadas ambas por Pablo, Silvano y Timoteo y dirigidas al puñado de cristianos de la ciudad romana de Tesalónica (hoy día la segunda ciudad en importancia de Grecia).

Esto no quiere decir que carezca de interés leer estas cartas, que abordan algún tema que no se trata exactamente igual en ninguna otra parte del Nuevo Testamento. Sí quiere decir que probablemente no sea legítimo «sobreinterpretarlas», construir demasiada teología especial en base a lo que ponen, porque bien puede ser que no nos estemos enterando por qué es que ponen lo que ponen.

Ambas cartas contienen referencias a momentos difíciles, a la oposición de parte estatal o quizá de parte de parientes que no aceptan la interpretación «mesiánica» de la vida y la religión judías, que han adoptado los cristianos.

Puesto que Pablo en 1 Tesalonicenses hace un repaso más o menos detallado de cómo se inició su relación con la comunidad, lo generosamente que ellos le habían recibido y la ejemplaridad con que habían abrazado su mensaje, parece que algo o alguien ha puesto en duda su valía como agente divino o cuestionado su manera de entender el

mensaje sobre el Mesías Jesús. Por las recomendaciones expresas sobre las conductas a seguir, está claro también que al menos antes de recibir la carta, existían importantes discrepancias internas en el grupo, acerca de cómo los miembros de la comunidad debían comportarse. En 1 Tesalonicenses 4 por ejemplo, hay una instrucción de que cada uno conserve en santidad «su propio recipiente», sin defraudar en ello a los hermanos. Tan enigmático resulta esto, que algunas traducciones ponen «su propia esposa». Al parecer lo han entendido como una referencia sexual; aunque podría tratarse de recomendaciones sobre cómo comer en los ágapes, parecidas a lo que pone Pablo en 1 Corintios 11.

Para cuando se redacta 2 Tesalonicenses, hay gente que sufre la tentación de «cansarse de hacer el bien» y otros que se están dedicando al ocio, aprovechándose del trabajo de los demás. Aquí también parece ser que uno de los motivos —quizá el motivo principal— de la carta, es alentar a los cristianos de Tesalónica a mantenerse firmes en la verdad según la han recibido de Pablo, sin dejarse confundir por otros predicadores —ni tampoco por una carta que recibieron, redactada por alguien que fingía ser el propio Pablo.

Ambas cartas son especialmente interesantes, entre otras cosas, por un estilo apocalíptico; es decir, de revelación de cosas ocultas, pronosticación sobre el futuro, alusiones a milagros y portentos que han de producirse y que pondrán de manifiesto claramente la valía de cada persona, tanto los miembros de la comunidad mesiánica —en sus diversas facciones— como aquellos que son antagónicos al movimiento mesiánico y lo combaten.

La parte más comprensible de estas revelaciones es la que refleja fielmente la misma enseñanza de Jesús que hallamos en los evangelios:

Nadie debe llevarse a engaño pensando poder adivinar fechas para la llegada del «día del Señor», ese momento culminante de juicio y reivindicación, de castigo y recompensa divina. Ese día cada cual será puesto en su sitio; algunos para condenación y reproche, otros para confirmación de que todo lo que han aguantado y sufrido merecía la pena. El énfasis aquí también es parecido a los evangelios: la idea del «día del Señor» debe infundir ánimos y optimismo, jamás temor. Será

una era de alegría y felicidad sin sombras, porque Dios ejercerá de Salvador de los que esperan en él.

1 Y 2 TIMOTEO

Las últimas cuatro cartas de las atribuidas directamente a Pablo (la carta a los Hebreos es anónima), están dirigidas no a iglesias sino a tres individuos, a título personal. Pero haríamos mal en pensar que son «solamente» correspondencia personal y que por tanto carecen de interés para los cristianos hoy. Si la Iglesia conservó estas cartas entre su colección de escritos fundacionales, sólo puede ser porque durante los primeros siglos de nuestra era se consideró que eran de utilidad notable para configurar su doctrina y organización eclesial.

La relación entre Pablo y Timoteo tiene mención particular en el libro de los Hechos, donde el autor Lucas, sin embargo, no destaca a Timoteo en particular sino que nos hace entender que fue uno entre varios colaboradores estrechos con Pablo en su dilatada carrera apostólica.

La lectura de estas dos cartas me suscitan las siguientes observaciones a señalar, junto con otros muchos temas que sería posible destacar:

1. Las cartas indican claramente una transición generacional que es, a la vez, una transición de mentalidad en el pensamiento cristiano. En la prédica de Jesús y en la de por ejemplo Pedro y Esteban y el propio Pablo en el libro de los Hechos, destaca la frescura y urgencia de la hora, cuando se está precipitando la obra salvadora de Dios en Cristo: la inauguración del Reino de Dios que ya está empezando a transformar todas las realidades de la vida humana. En estas dos cartas, sin embargo, empiezan a perfilarse las formas que tomará la Iglesia, ya no como anuncio del fin de los tiempos, sino como institución que pervivirá durante los siglos y los milenios.

En un sentido importante, es un cambio fundamental de orientación respecto al propio *tiempo*. En las primeras décadas los seguidores de Jesús seguían orientados hacia un futuro inminente de culminación revolucionaria de aspiraciones de cambio radical para toda la humanidad. Ahora la actitud de la iglesia empieza a ser hondamente

«conservadora»; es decir, entiende su deber cada vez más como el de conservar las tradiciones recibidas de Jesús y los apóstoles, a darles forma institucional y simbólica para que sean fieles siempre a esa revelación de Cristo que se quedará anclada —irremediablemente— cada vez más en el pasado, cada vez menos en el futuro.

2. Esta concepción de la Iglesia como institución permanente y perdurable en medio de una historia humana *que continúa*, resulta en que se perfilen con mayor claridad los cargos de los que están al frente de la Iglesia.

Se puede debatir y de hecho se ha debatido hasta el hartazgo, si la mención de «supervisores generales» (en griego, *obispos*), «ancianos» (*presbíteros*) y «servidores» (*diáconos*) en estas cartas significa ya la aparición de un clero como el que conoceríamos a la postre. Lo que está claro es que esas tres palabras ya figuran en estas cartas; y que muy al margen de lo que significaran para Pablo, en la Iglesia no tardaron en significar precisamente ese clero profesionalizado y jerárquico. Un clero que acapararía cada vez más lo que significa *ser iglesia*, desplazando cada vez más al pueblo. En griego, el término «pueblo» es *laos*, de donde viene nuestra palabra «laicos»; es decir, esa masa de creyentes tradicionalmente más o menos ignorantes y carentes de la representatividad para el cristianismo que sólo les es propia al clero.

3. Por algún motivo (y el motivo es tema de intenso debate), la transición de la Iglesia a institución permanente en medio de una humanidad cuya historia continúa indefinidamente, y la mayor claridad con que se van definiendo los cargos que gobernarán esa Iglesia, supuso también un fuerte impulso de marginación para las mujeres en las comunidades cristianas. Durante algún siglo todavía, sería posible ver frescos en catacumbas romanas, por ejemplo, donde figuran mujeres presidiendo la celebración de la Cena del Señor; o que figuraran como protagonistas privilegiadas de un movimiento de renovación profética como el montanismo. Pero ya en estas dos cartas a Timoteo empezamos a ver una tendencia a cuestionar la integridad de cualquiera mujer que adquiera protagonismo. Si en el evangelio de Lucas fueron las discípulas femeninas quienes financiaron e hicieron posible así (y tal vez de otras maneras también) el ministerio de Jesús, ya en estas cartas vemos una fuerte erosión de su influencia en el movimiento cristiano.

Quizá eso fue necesario como concesión con el fin de impulsar la aceptación del cristianismo en el mundo imperial romano. En cualquier caso, el debate queda abierto sobre hasta qué punto esa tendencia a marginar a las mujeres, pueda seguir teniendo sentido hoy en un mundo con otras sensibilidades muy diferentes.

TITO Y FILEMÓN

Mucho de lo que ya hemos apuntado sobre 1 y 2 Timoteo, podría decirse también sobre las cartas a Tito y a Filemón.

Allí proponíamos la idea de que tal vez la creciente marginación de la mujer en ese momento histórico se debió a que la Iglesia cristiana tuvo que hacer frente a retos nuevos planteados por la realidad de estarse transformando en una institución permanente en medio de una historia humana que continúa indefinidamente. Quizá, sugeríamos, ese cambio se debió al *impulso misionero*, el deseo de promover el cristianismo como alternativa religiosa viable en medio del mundo imperial romano.

Algo parecido podríamos decir con respecto a la cuestión de la esclavitud, un tema que figura en la carta a Tito y es principal en la carta a Filemón. Sugeríamos que hoy día, cuando la sociedad en que vivimos tiene desarrollada otra sensibilidad muy diferente acerca del lugar que ocupa la mujer en la sociedad, tal vez nos toca adoptar otra estrategia diferente, precisamente porque nos mueve el mismo *impulso misionero* que entonces. Esto es, en efecto, lo que hizo la Iglesia durante el siglo XIX en todo el mundo con respecto a la esclavitud. Cuando —gracias a los nuevos aires de libertad individual y atención a los derechos humanos que promovió el secularismo humanista de la Ilustración— la sociedad humana se vio preparada para caer en la cuenta de lo terriblemente cruel que es la esclavitud como institución, la Iglesia reconoció que su estrategia inicial de silencio ante esa crueldad iba a tener que cambiar. La Iglesia iba a tener que situarse a la cabeza de quienes denuncian la inhumanidad de la esclavitud.

De hecho, al adoptar esta nueva actitud de denuncia, la Iglesia acabó por recuperar una parte importante del testimonio de ambos Testamentos de la Biblia, empezando con la liberación de los esclavos que relata

el libro de Éxodo y culminando con la proclamación de una nueva realidad social revolucionaria —el Reino de Dios— que predicó Jesús.

¿Qué hacer, entonces, con las cartas a Tito y a Filemón?

El extenso pasaje —la mitad de la carta— de Tito 2,1-3,8 tiene un carácter francamente conservador, que inequívocamente sostiene los intereses de los mayores, de los varones, de los amos y de los gobernantes. Esto no debería impedirnos observar que los valores que se exaltan aquí son todos valores propios de gente oprimida y marginada. Es difícil imaginar cómo un amo o un noble iba a poder hacer suyas estas actitudes de sumisión, humildad, mansedumbre y renuncia a todo derecho personal. Impulsando que los cristianos sean así, en el fondo se hace evidente que por eso mismo los que persisten en sus derechos como amos y nobles, difícilmente serán jamás cristianos de verdad.

Leyendo entre líneas así, también es posible recuperar la carta a Filemón como instrucción apostólica para el trato justo entre las personas.

Superficialmente, la carta a Filemón parece que sólo tiene el propósito de asegurar un trato benevolente para un esclavo que se había fugado. Pablo reconoce en todo momento el derecho que tiene Filemón a poseer a otra persona y disponer plenamente del cuerpo de esa persona para los fines y la utilidad que le parezcan oportunos en cuanto amo. Con esta carta en mano, Onésimo —obligado a ello por Pablo— tendrá que volver a presentarse ante el amo del que se había fugado, con la esperanza de hallar clemencia.

Así es como se leyó casi siempre —durante los largos siglos de la historia cristiana— la carta a Filemón.

Pero si leemos con atención al detalle, descubrimos que esta carta admite otra lectura, mucho más libertadora. Porque aquí Pablo no pide a Filemón que en lugar de crucificar a Onésimo —lo cual habría sido natural y entraba dentro de su derecho— se limitara a mandarlo azotar en una plaza pública. No, en la persona de Onésimo, Pablo invita a Filemón a recibir no al esclavo que se le había fugado, sino a una persona nueva. Una persona cuyo cuerpo ya no le pertenece porque es su hermano. Un hombre nacido recientemente, «engendrado» por Pablo mismo, por tanto un «hijo» de Pablo. Y aunque esa relación filial entre Pablo y Onésimo es claramente figurada y espiritual, la relación cordial y

fraternal que Pablo en todo momento destaca entre sí y Filemón, deberá obligar a Filemón a tratar a Onésimo como si fuera un hijo de la carne de Pablo, y un hermano carnal suyo, de Filemón.

Y esto, en el fondo, viene a suponer el abandono de todos sus derechos de amo.

Hebreos

Lo que ocupa al autor —o autora, el libro es anónimo— de Hebreos no tiene paralelo ni parecido en toda la Biblia. Es una comparación extensa entre la función del sacerdocio y de todo el ritual sacrificial del Antiguo Testamento, con la obra salvadora efectuada por la muerte de Jesús. Pablo ya había esbozado algunas ideas sobre los efectos universales de la cruz de Cristo. Al morir, Jesús se había identificado tan plenamente con toda la humanidad, que ahora nos podemos considerar «muertos y resucitados» —al menos muertos al pecado y vivificados para hacer buenas obras— siempre que nos identifiquemos con él. Esta idea guardaba cierta relación con algunos aspectos del ritual de sacrificios en el Templo, aunque Pablo nunca explicó detalladamente cómo ni en qué sentido.

Hoy día todo el mundo, al menos aquí en Occidente, sentiría repugnancia ante la idea de matar a otro ser vivo —aunque fuera sólo un animal— con el fin de limpiar las culpas del practicante de la religión. Y desde luego, si se tratara de asesinar a seres humanos, nadie dudaríamos de considerar que, más que borrar culpas, se estaría manifestando una criminalidad psicótica que es necesario reprimir con toda la dureza de la justicia. Decir esto es situarnos en escena al disponernos a leer un documento, Hebreos, que nos viene de una antigüedad muy remota, cuyas formas de entender la religión nos resultan poco menos que incomprensibles.

Sin embargo descubrimos rápidamente que a pesar de su temática tan chocante para el lector moderno, Hebreos es un libro de alabanzas y adoración, lleno de luminosidad, gratitud y gozo.

Empieza reconociendo las muchas y diferentes maneras que Dios, en su misericordia, ha hablado a los antepasados, todas ellas superadas

por éste su postrer discurso: el de hablarnos mediante la aparición entre nosotros de Cristo. Nadie como Moisés en la antigüedad había hablado tan privilegiadamente con Dios, como quien habla cara a cara con un amigo; pero Jesús es más que un amigo de Dios, es su Hijo. Las antiguas narraciones bíblicas son pura gracia de Dios y útiles para nuestra instrucción; sin embargo todo ello no es más que sombra que anuncia, imperfectamente, lo que ahora hemos visto al conocer a Jesús.

Cristo viene a ser un sacerdote de otra categoría, único e irrepetible como Melquisedec, rey de Salem, del que no se conocen ni antepasados ni descendientes. El sacrificio que Cristo presentó es tan completo y perfecto e infinito, que no tiene ningún sentido volver a matar animales para borrar culpas. Una vez que todas las culpas ya han sido borradas, matar animales es ahora sencillamente eso: matar animales. Es algo que se puede hacer para alimentarse, por qué no, pero que en absoluto tendrá ningún sentido ni ninguna virtud como religión o piedad o devoción espiritual.

Todo el ritual templario en Jerusalén, viene a decir Hebreos, no es más que una frágil y humana —por tanto siempre imperfecta— imitación del Templo que hay en el cielo, donde reside Cristo como sumo sacerdote perfecto del único ritual perfecto e infinito e irrepetible. Moisés, con el ritual de sacrificios que había instituido, había sido el instrumento divino para establecer un pacto entre Dios y los hebreos. Así también ahora Cristo es el mediador entre Dios y toda la humanidad. Establece así ahora una alianza eterna y perfecta entre Dios y nosotros. Destruida y aniquilada cualquiera barrera de enemistad o mutuo recelo entre Dios y la humanidad, podemos vivir como amigos de Dios, con la paz que viene de saber que Dios nos quiere como hijos.

El ritual sacrificial templario que estableció Moisés exigía derramamiento de sangre. Para lo que valga, viene a decir Hebreos, con este segundo y superior Moisés, con este único e irrepetible sumo sacerdote celestial, Cristo, también ha habido un derramamiento de sangre. Pero descubrimos que ese derramamiento de sangre no fue religioso sino político. Jesús fue asesinado por las autoridades romanas con la complicidad de los líderes de su propio pueblo. No fue asesinado sobre un altar en ningún templo sino fuera de la ciudad, en el patíbulo de los reos condenados por el ejército de ocupación.

Hebreos no lo dice en tantas palabras, pero es como si Dios, al ver la inmensidad de la injusticia que se cometió contra Jesús, hubiera exclamado:

—¡Basta ya! ¡Ni una sola muerte más! ¡Libraos de una vez por todas de la idea de que a mí (Dios) la muerte de ningún ser me provoca placer y aplaca mis iras! ¡Que de ahora en adelante a nadie se le pase por la cabeza que matándose los hombres unos a otros, se puede conseguir ningún bien! ¡Basta ya! ¡Se acabó! ¡Nunca más!

Santiago

Muy temprano en la historia de la Iglesia se difundió la opinión de que el autor de esta carta no es otro que Jacobo (Santiago es una contracción castellana de las palabras «Santo Iacob») el mayor de los hermanos menores de Jesús, que figura en Mateo 13,55, Marcos 6,3 y Gálatas 1,19. A deducir por esa mención en Gálatas, sería el mismo Jacobo que figura también en Hechos. Pero es poco probable que éste sea, en efecto, el autor de la carta. Aquí sólo se identifica como «Jacob, esclavo de Dios y del Señor Jesús Ungido». «Jacob» era un nombre muy corriente entre los judíos de la época. En los evangelios y en Hechos hay tres o cuatro; y cualquiera de ellos —u otra persona— podría haber escrito esta carta.

Dicho lo cual, las afinidades entre el pensamiento de Santiago y el de Jesús son notables. La carta es casi única entre las del Nuevo Testamento, en dedicarse exclusivamente a trasmitir la enseñanza «de Jesús» en lugar de enseñanzas «sobre Jesús».

Decir esto es caricaturar las cartas por ejemplo de Pablo, que traen mucha instrucción práctica de moral y conducta y actitudes, instrucción basada claramente en lo que se recordaba que había enseñado Jesús. Desde luego, hay en Pablo mucho más de esto que de especulaciones sobre Jesús.

Pero el caso es que Santiago *no escribe **nada** acerca de Jesús.* De hecho, sólo lo menciona por nombre dos veces: Una es su presentación inicial como «siervo de Dios y de Nuestro Señor Jesucristo»; la otra es

una mención de «nuestro glorioso Señor Jesucristo» —expresiones ambas de una claridad meridiana acerca de sus lealtades, en cualquier caso.

Por este rasgo tan particular, la carta de Santiago nos deja ver una realidad que la historia posterior acabaría por encubrir y hacer desaparecer del conocimiento generalizado de la humanidad: La realidad de que las «asambleas mesiánicas» (en griego, «iglesias cristianas») constituían una entre muchas otras corrientes dentro de lo que siglos más tarde cuajaría como dos religiones diferentes: la cristiana y la judía.

En la era apostólica no estaba nada claro que ese sería el desenlace.

Las fronteras entre la práctica de la religión de Israel y la de las otras religiones siempre había sido difícil de establecer —de ahí los continuos ataques bíblicos contra la «idolatría»—. Y a la postre casi siempre, los «cristianos» tendrían mucho más de supersticiones y especulaciones filosóficas paganas, que de auténtico seguimiento de Jesús el hijo de María. Es decir que los linderos entre el «cristianismo» y el «paganismo» seguirían igual de difíciles de establecer. Cuánto más, entonces, durante los primeros siglos de nuestra era, la frontera entre lo que hoy conocemos como las religiones cristiana y judía, resultaba muy borrosa.

La carta de Santiago se conservó en la Biblia cristiana y no en la judía; pero cuando se escribió, sus contenidos no habrían sorprendido —ni sorprenderían hoy, puestos al caso— a muchos de los practicantes piadosos de la antigua fe de Moisés y de los profetas. La misma fe que —naturalmente— creyó y practicó también Jesús de Nazaret, que nunca «se convirtió» a otra cosa que el judaísmo en el que nació y de cuyas leyes y profetas se formó su pensamiento, como el de Santiago.

Todos los autores de los libros del Nuevo Testamento se consideraban estar claramente en la línea de espiritualidad que viene de las antiguas tradiciones de Israel y Judá. Santiago tal vez sorprenda más por lo que no dice (acerca de Jesús) que por lo que sí (acerca de cómo vivir). Nos trasmite, fresca y renovada y llena de vitalidad, la enseñanza «de siempre, de toda la vida» sobre lo que significa servir a este Dios tan especial que nos hace una única exigencia: tratar a los demás como quisiéramos ser tratados, amar al prójimo, ocuparse de las viudas, los huérfanos, los pobres y enfermos…

Santiago tiene bien claro cómo vive quien, deseando agradar a Dios, se dedica a «vivir bien» —es decir, a vivir con bondad, sembrando armonía y amistad en su trato con todos, sin acepción de personas. Esto es vivir sabiamente, conforme a la propia Sabiduría divina. Es también vivir vidas llenas de fe y confianza y esperanza en Aquel que nos creó y nos cuida y ama y nos ofrece su regazo consolador para los momentos difíciles.

En las primeras Biblias cristianas, las cartas de Santiago, Pedro, Juan y Judas venían antes que las de Pablo. Aunque hoy esta carta ya no tenga esa posición de privilegio en nuestras Biblias, haríamos mal en descuidar su lectura o ignorar sus sabios consejos. Aunque no haya sido hermano de Jesús, está claro que el pensamiento de Santiago y el de Jesús se parecen como dos gotas de agua.

1 Pedro

Una de las primeras cosas que llaman la atención en esta carta es la dedicatoria inicial —muy parecida a la de Santiago— donde todo parecería estar indicando que la carta va dirigida a comunidades exclusivamente israelitas o judías… hasta que Pedro menciona al fin a Jesucristo en el versículo 2.

Esto nos vuelve a recordar que durante toda la era apostólica, las sinagogas mesiánicas o «iglesias cristianas» se identificaban plenamente como judíos en medio de un mundo idólatra. Judíos de nacimiento o por conversión; si por conversión, circuncidados o tal vez no (la distinción entre ser «prosélitos» o tan sólo «temerosos de Dios»). Personas, en cualquier caso, cuya identidad era adorar al Dios de Israel. Pero que aceptaban, además, las «buenas noticias» (*evangelio*) de que Jesús es el Mesías; y que lo habían crucificado pero resucitó y ascendió al cielo.

Al concluir su carta, Pedro indica encontrarse en Babilonia. Por las referencias a «Babilonia» en el Apocalipsis, se viene en pensar —desde siempre— que se trata de Roma. El caso es que en Babilonia venía estando —desde hacía seis siglos— la judería más importante del mundo. ¿Por qué no pudo haber estado allí entonces Pedro, predicando el evangelio entre los judíos babilónicos? Babilonia (en Irak) no está más

lejos que Roma de las regiones (hoy Turquía) indicadas en el encabezamiento de la carta.

Es curioso cómo esta vinculación entre Pedro y Roma establecida indirectamente, por inferencias adivinadas cuando pone que está en Babilonia, se junta con aquello de que «Así como que tú te llamas Pedro, yo construiré mi iglesia sobre esta piedra de toque», para argumentar la preeminencia eterna de los obispos de Roma sobre todos los cristianos.

Pero volviendo a esta primera carta de Pedro, hay que observar que está llena de alusiones a los escritos sagrados de Israel. En algunos casos son citas directas más o menos extensas. En otros casos, se trata de expresiones llenas de significado especial para los que conocían las Escrituras de Israel. Por ejemplo, en 1P 2,9 los términos «linaje escogido», «real sacerdocio», «nación santa», «pueblo adquirido por Dios», etc., son expresiones «bíblicas», cuyo significado particular viene de cómo emplean estos términos la Ley y los Profetas de Israel.

A pesar de que en su saludo de apertura esta carta es tan parecida a la de Santiago, 1 Pedro se acabará pareciendo mucho más a Pablo que a Santiago en la frecuencia con que vincula estas antiguas tradiciones de Israel al hecho central de los recuerdos que Pedro conserva de Jesús; y concretamente, los padecimientos de la cruz.

Para Pedro, la opción de la cruz —que cuando Jesús la anunciaba, a él le resultaba tan imposible de entender ni aceptar— ha pasado ahora a ser el paradigma de la conducta a imitar. Jesús padeció la cruz, nos informa Pedro, «dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas» (1P 2,21). Desde luego, Pedro ha acabado por aceptar plenamente que esta manera de responder con el bien al mal, es el único camino posible para los que verdaderamente creen en el Dios y Padre de Jesucristo.

Hay algunas indicaciones muy enigmáticas en 1 Pedro acerca de los ángeles y de lo que pudo haber estado haciendo Cristo en el mundo de la ultratumba en el tiempo transcurrido entre su crucifixión y resurrección. Entraremos a hablar más sobre estas cosas al tratar sobre las cartas de 2 Pedro y Judas.

Entre tanto, cabe observar que las exhortaciones de esta carta vienen a ser una especie de compendio de lo que significa seguir a Cristo:

Desde los últimos versículos del primer capítulo y hasta los renglones finales de despedida, lo más extenso de la carta se ocupa en relacionar la gloria de Cristo —que consiste en haber aceptado la humillación, el rechazo y la muerte más deshonrosa posible—, con las diferentes clases de padecimientos que pueden estar viviendo los destinatarios de la carta.

Está claro que esos destinatarios eran mujeres marginadas y ninguneadas por no haber nacido varones; esclavos que en aquella sociedad no tenían el tratamiento de personas, sin la más mínima dignidad o respeto como seres humanos; y en general, gente cuya condición de vida era extremadamente dura. Personas sometidas permanentemente al peligro de todo tipo de abusos, físicos, psíquicos y sexuales. Para todos ellos el mensaje de Pedro es que la glorificación de Jesús crucificado indica que Dios se guarda todavía una última palabra de reivindicación para los que esperan en él.

Habrá que saber resistir «las pruebas» de aflicción en esta vida, así como Cristo mismo resistió. Pero al final, el mensaje de Pedro es siempre luminoso y contagioso en su fe y esperanza. ¡Cristo venció! ¡Nosotros también venceremos!

2 PEDRO - JUDAS

Si se leen juntas estas dos cartas, se comprenderá que aquí tratemos sobre las dos a la vez, puesto que la carta de Judas parece en algunos sentidos ser sencillamente una recopilación de algunas de las ideas de 2 Pedro, presentadas de una manera especialmente sucinta y abreviada.

En nuestros comentarios sobre 1 Pedro habíamos dejado pendiente el asunto de cierta información que Pedro da a entender poseer respecto a los anhelos de los ángeles y especialmente sobre la actividad de Jesús en los dominios de ultratumba, en el período entre su muerte y resurrección. Se observará que en estas dos cartas (2 Pedro y Judas) también tenemos ese tipo de referencias, que no se basan directamente en ninguno de los textos del Antiguo Testamento. Por ejemplo, la mención de las «prisiones» o «cadenas» donde se en-

cuentran los ángeles que se rebelaron contra el Señor, aguardando el juicio final (2 P 2,4; Jud 6).

Se trata de un caso curioso —aunque no único— donde un autor del Nuevo Testamento cita escritos esotéricos judíos que sin embargo nunca alcanzaron el rango de Sagrada Escritura ni entre los judíos ni entre los cristianos. Tanto 1 y 2 Pedro como Judas, entonces, manifiestan una marcada influencia del libro de Enoc. Enoc, se recordará, fue la quinta generación después de Adán según el libro de Génesis; un hombre tan santo que no murió sino que fue traspasado directamente al cielo desde la tierra.

Unos siglos antes de Cristo, los sabios judíos decidieron que había cesado el espíritu de profecía. A partir de entonces, había que remitirse exclusivamente a los *textos escritos* como fuente de información acerca de Dios. Entonces apareció una cierta moda de seguir escribiendo «revelaciones proféticas», pero dándoles la apariencia de ser muy antiguas —anteriores al cese del espíritu de profecía. Así aparecieron libros que se presentan como escritos por «Esdras» y «Baruc», así como por los patriarcas y Adán y Noé… Y naturalmente, ¿quién mejor como fuente de revelación de secretos divinos que el propio Enoc, que ascendió al cielo sin morir, cuatro generaciones antes de Noé y el Diluvio?

Los mitos e información esotérica que «revela» el libro de Enoc, entonces, fueron rechazados tanto por la Sinagoga como por la Iglesia, como pura especulación carente de inspiración divina. Probablemente cundió el convencimiento de que se trataba de una falsificación. Pero Pedro y Judas —en cuyo descargo hay que aclarar que escribieron antes de que se generalizara el rechazo del libro de Enoc— dieron por válidos algunos aspectos de esas presuntas revelaciones y los relacionaron con su fe en Jesucristo y con la idea de un juicio final cuando se decidirá la suerte última de todos los seres creados, tanto ángeles como demonios como humanos.

Ni 2 Pedro ni Judas son en sí especulaciones esotéricas, sin embargo, sino cartas de instrucción clara y práctica para las iglesias cristianas. Iglesias que, además, afrontaban una crisis severa por la aparición de falsos maestros que amenazaban con desviarlas de la pureza original del evangelio de Jesucristo.

2 Pedro empieza catalogando virtudes que hay que ir añadiendo unas a otras hasta culminar con la del amor. Como sucede con las cartas de Pablo, hay una valoración muy relativa de los «conocimientos» y las «revelaciones» esotéricas, en comparación con las conductas virtuosas —caracterizadas por el amor fraternal— que no mienten. Pedro demuestra recordar así la idea de Jesús de que «por sus frutos los conoceréis» (más que por presuntas revelaciones de secretos divinos).

Al ir avanzando en la lectura de estas cartas, vemos claramente el problema fundamental que suponen los falsos maestros y falsos profetas. Estos demuestran no tener el más mínimo temor de Dios, como si no existiera un juicio final cuando cada cual recibirá sus justos merecimientos. Es cierto que ese juicio parece demorar —aunque hay que recordar que «para el Señor un día es como mil años, y mil años como un día» (2 P 3,8). Pero son demasiados los escritos que indican que el juicio final es seguro, como para que se ignore o se menoscabe con ligereza.

Al final Pedro vuelve a encomendar a sus lectores la norma de la *conducta recta* como respuesta a las supuestas revelaciones de los que presumen de conocimientos esotéricos. Hay que aferrarse a la fe que ya ha sido revelada —por ejemplo por Pablo (2 P 3,15)—, para resistir el error de los que al fin de cuentas no predican más que el libertinaje (2 P 3,17).

Frente al peligro ocasionado por embusteros y embaucadores, sin embargo, es refrescante la afirmación final de fe que expresa Judas (vv. 24-25) en un Dios que es poderoso para guardarnos sin caída y presentarnos sin mancha ante su gloria, con gran alegría.

1, 2 Y 3 JUAN

Siempre que leo el primer capítulo de **1 Juan**, me parecen palabras tan bellas, verdades tan monumentales, que habría que ponerles música y cantarlas.

Desde luego, no tiene desperdicio el argumento —en este capítulo 1— de que si confesamos nuestros pecados, Dios nos perdona porque

Dios es fiel y justo. Aquí estaríamos obligados a replantearnos una parte importante de los razonamientos teológicos de la tradición cristiana. Por algún motivo hemos llegado a la conclusión de que como Dios es justo está obligado a castigar, que no perdonar. Pero Juan nos dice que es precisamente porque Dios es justo que perdona. La idea de una justicia concebida de tal suerte que se reconoce como tal justicia en el acto de perdonar —que no de castigar— es harto curiosa y contiene miga para meditar largas horas.

En cualquier caso, una de las características de estas tres cartas son las declaraciones breves y tajantes. Juan pinta trazos de negro intenso sobre un lienzo blanco purísimo y no hay lugar para medias tintas. «Dios es luz y no hay ninguna oscuridad en él». «El que ama a su hermano permanece en la luz… pero el que aborrece al hermano está en la oscuridad». Vamos, Juan: ¿No es posible amar, pero sólo imperfectamente; aborrecer, pero no a secas sino a ratos, según te toquen o no las narices? «Todo el que permanece en Dios, no peca; todo el que peca, ni le ha visto ni le ha conocido». No sé, quizá habría que saber qué entendía Juan que es pecar. Yo desde luego me confieso atraído a «la Luz» como una polilla en una noche de verano; pero lo que es actuar a veces con egoísmo o insinceridad o impaciencia… también.

Quizá la propia exageración tajante de estos pronunciamientos —y otros por el estilo— constituyen una invitación a meditar y a luchar con uno mismo y con Dios, por alcanzar ser todo lo puros y luminosos y amadores que Juan entiende que ya deberíamos estar siendo.

La segunda carta —brevísima— parece como escrita en clave por si acaso cayera en manos enemigas. El saludo con que abre pone: «El anciano a la señora elegida y a sus hijos, a quienes amo…» El saludo final reza: «Te saludan los hijos de tu hermana elegida». ¿Y quiénes son esta gente? ¿Y quién es el propio anciano que escribe? En fin… de esta carta vamos a rescatar, en cualquier caso y como mínimo, la exhortación otra vez a guardar el amor de hermanos y hermanas, como señal de autenticidad cristiana.

En **la tercera carta** vemos el mismo recelo a dejar constancia por escrito de las cosas. También es brevísima y «el anciano» expresa la intención de ver a Gayo —el destinatario de la carta— en breve, para

hablar las cosas cara a cara. Se adivina en cualquier caso una división bastante dura en la comunidad de Gayo, donde un tal Diótrefes está tomando medidas —al parecer con cierto éxito— para excluir a los partidarios del autor de la carta. De esta carta, al igual que de las otras dos, nos quedaremos con la idea de la importancia del amor y también de «la verdad».

Tal vez la delicadeza de la situación tiene que ver con un término que sólo aparece en estas cartas: «anticristo» —es decir, «contra el Ungido». Desde luego toda la Biblia está llena de personajes que se oponen a los «ungidos» (*cristos*, en griego) de Dios, pero nunca se había empleado ese término «anticristo» como descalificativo rotundo de las personas. Juan explica que son personas que pertenecían a la hermandad pero que ahora están adoptando conductas o ideas (o ambas cosas tal vez) contrarias a las que defiende Juan. La primera carta enfatiza la importancia de tener no sólo al Padre sino también al Hijo, de donde quizá cabe deducir que la doctrina «anticristiana» consistía en negar la eficacia de Jesús como Ungido o Mesías y como Hijo de Dios.

Por la misma época de estas cartas, algunos judíos empezaron a incluir en sus rezos una maldición contra los que sembraban discordia y confusión en sus sinagogas. Puede que Juan y otros cristianos se dieran por aludidos; y sintiendo cuestionada su valía como israelitas de bien, contraatacaron creando este mote de «anticristo» como acusación.

Aunque «Diótrefes» (el de la regañina en 3 Juan) no es un nombre judío sino griego. Quizá era entonces un cristiano griego que intentaba echar a los judíos.

En cualquier caso, en aquella era ni el cristianismo ni el judaísmo eran todavía las dos religiones diferentes que se conocen hoy. En las décadas y siglos que tardó en gestarse esa división, era quizás natural que los mutuos reproches a veces subieran un poco de tono.

Razón de sobra para volver a insistir en estos dos valores fundamentales e irrenunciables que defienden estas tres cartas: «la verdad» desde luego, pero también «el amor».

EL APOCALIPSIS

La colección de los «libros» o escritos que componen la Biblia cristiana, cierra con una obra cargada de imaginación desbordada por el Espíritu. La naturaleza fantástica de esta obra —acoplada a la invitación expresa, en Ap 13,18, a que «el que tiene entendimiento» descifre sus secretos— ha generado interpretaciones de una diversidad incluso más alucinante que el propio texto interpretado.

La interpretación del Apocalipsis es cosa seria, porque en dos milenios de cristianismo, esas interpretaciones han generado guerras, alzamientos revolucionarios, suicidios colectivos y otros muchos desmanes y crueldades. No es de extrañar, entonces, que la mayoría de los cristianos, si es que acaso leen el Apocalipsis, sería con la presuposición de que será un libro «difícil» y poco menos que indescifrable. Una pena, porque la propia palabra «apocalipsis» significa, en griego, «revelación» o «explicación». Su propósito no es esconder secretos sino darlos a conocer.

La clave para entender el Apocalipsis es sencillísima y fácil de aplicar. El propio Apocalipsis se encarga de explicarla con claridad diáfana. Pero el resultado de aplicar la clave de interpretación que brinda el propio Apocalipsis es una doctrina tan «normal», que los que pretenden hallar en este escrito cosas más «interesantes», nunca se dan por satisfechos. Les parece mucho más «espiritual» dar rienda suelta a la imaginación —casi siempre violenta— sin ningún tipo de freno ni control.

En Ap 19,10 pone claramente: «El testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía».

Esto significa que todo lo que pone el Apocalipsis, todo lo que creemos estar entendiendo al leerlo, tiene que cotejarse estrechamente con «el testimonio de Jesús», es decir, con los evangelios: Mateo, Marcos, Lucas y Juan. El «mensaje» del Apocalipsis, si lo estamos entendiendo correctamente, siempre casará exactamente con las palabras y con el ministerio de Jesús de Nazaret, el hijo de María. Es verdad que para decir estas mismas cosas que Mateo, Marcos, Lucas y Juan, el autor del Apocalipsis le ha echado mucha más imaginación y fantasía. Pero la doctrina que enseña, es la misma:

Muchos del pueblo de Israel en la época de Jesús, anhelaban que Dios levantase un «león de Judá», un nuevo rey David, que pudiera imponer por sus conquistas militares una nueva era de oro como la antigua monarquía de Israel. En la persona de Jesús, Dios mandó ese «Mesías» esperado. Pero en lugar de un «león», resultó ser un Cordero como inmolado. El Cordero controla el destino no sólo de Israel sino de toda la humanidad. Pero lo hace desde la cruz, no con la espada. Lo hace con su enseñanza sencilla, humana y práctica, de devoción a Dios y amor al prójimo —incluso al enemigo—, con una forma de ser y de actuar siempre no violenta. El poder de Jesús reside en sus palabras tan sabias y prácticas. Su «espada» con que «conquista» el mundo entero, sale de su boca: consiste en la propia fuerza persuasiva de su manera de entender cómo vivir vidas hondamente humanas, vidas piadosas y abnegadas.

Ese poder de las palabras de Jesús acabará destruyendo toda «carne», es decir toda tendencia al pecado y la maldad en el ser humano. La «destrucción» resultante es demoledora, pero necesitará siempre de la complicidad y cooperación de las propias personas así «conquistadas» o santificadas. Al final «los reyes de la tierra» —toda fuerza que se resiste a reconocer la sabiduría y autoridad de las palabras de Jesús— acaban, todos, sin excepción, «trayendo tributo» a «la Nueva Jerusalén» cuyas puertas están siempre abiertas. Es decir que al final la fuerza persuasiva de las palabras de Jesús podrá más que todas las armas de la tierra y de los infiernos. ¡Al final todo el universo, toda cosa creada en la dimensión material así como en la dimensión «celestial» o espiritual, aclamará al que está sentado en el trono y al Cordero, reconociendo que sus palabras son más fuertes que la mismísima muerte!

El camino a la victoria de las palabras de Jesús, sin embargo, es un camino costosísimo. La resistencia humana contra ese mensaje será extremadamente violenta. Se cobró la vida de Jesús y se cobrará las vidas de miles de millones de seres humanos… arrastrados a matar y morir en su afán tozudo de negar una verdad tan sencilla como que el amor es más fuerte que la muerte.

Escrito en una era de crueldad exquisita, la de los romanos —simbolizada por el circo, donde la vida humana se arrebataba como espectáculo para regocijo de multitudes hambrientas de ver morir

muertes espantosas— el Apocalipsis tiene algo de espectáculo circense. Pero al final, en sus últimas escenas, toda esa violencia se desvanece y lo único que queda son escenas de paz y consuelo, armonía y luz.

Bibliografía

Al preparar la segunda edición de este libro, he decidido intentar paliar, aunque sea mínimamente, un defecto que algunas personas me han comentado. Había escrito este libro de memoria, sin consultar los muchos libros donde he estudiado y aprendido aquello que afirmo saber.

Aunque escribí las tres partes en momentos muy diferentes y por motivos muy dispares, es común a todo el material que aparece aquí, el haber sido escrito como material de divulgación, para lectores que yo suponía que difícilmente iban a querer entretenerse con engorrosas notas bibliográficas.

Esto me ha dado, también, la libertad para escribir desde el corazón y la memoria, cosas que tengo interiorizadas y he hecho mías aunque, naturalmente, proceden de medio siglo de estudios y a la postre, lecturas constantes para enriquecer mi entendimiento de la Biblia. Lo que he puesto aquí es muy «mío»; es como veo yo las cosas. Pero desde luego, he llegado a estas conclusiones por lo mucho que he leído a otros autores, que en toda justicia, tal vez debería haber ido reconociendo con notas a pie de página.

Si hay una excepción a ello, es tal vez la tercera parte, mi resumen del contenido de los libros de la Biblia. Para escribir eso, en cada oportunidad me limité a volver a leerlos en la Biblia, para descubrir adónde me llevaba esa lectura.

Como es imposible para mí reconstruir ahora las fuentes de la información que brindo aquí especialmente en la segunda parte del libro (las «preguntas frecuentes»), lo que ofrezco a continuación es un muestrario —una proporción minúscula— de los autores que hallo en mi biblioteca personal. Son libros que hoy me parecen especialmente útiles o interesantes, cuya lectura tengo el recuerdo de que me haya impactado y enriquecido. Pero por cada uno de estos, hay otros muchos que también han influido en cómo veo yo estas cuestiones.

Se notará que casi todos estos libros están en inglés. Era éste otro de los motivos por los que me resistí, cuando redactaba este libro, a citarlos; por suponer que de todas maneras, casi nadie entre mis lectores iba a tener interés en consultar esas fuentes en una lengua extraña para ellos.

Albertz, Rainer, *Historia de la religión de Israel en tiempos del Antiguo Testamento*, 2 tomos (Madrid: Trotta, 1999)

Bible and Culture Collective, *The Postmodern Bible*, (New Haven: Yale U., 1995)

Birch, Bruegemann, Fretheim & Petersen, *A Theological Introduction to the Old Testament* (Nashville: Abingdon, 1999)

Blenkinsopp, Joseph, *Sage, Priest, Prophet: Religious and Intellectual Leadership in Ancient Israel* (Lousiville: Westminster John Knox, 1995)

Brueggemann, Walter, *An Unsettling God: The Heart of the Hebrew Bible* (Minneapolis: Fortress, 2009)

Carr, David M, *Writing on the Tablet of the Heart: Origins of Scripture and Literature* (Oxford: University Press, 2005)

Cross, Frank Moore, *From Epic to Canon: History and Literature in Ancient Israel* (Baltimore: Johns Hopkins U. Press, 1998)

Davis, Ellen F., *Scripture, Culture, and Agriculture: An Agrarian Reading of the Bible* (Cambridge: University Press, 2009)

Edelman, Diana, *The Origins of the 'Second' Temple: Persian Imperial Policy and the Rebuilding of Jerusalem* (London: Equinox, 2005)

Finkelstein & Mazar; Schmidt, ed., *The Quest for the Historical Israel: Debating Archaeology and the History of Israel* (Atlanta: SBL, 2007)

Gottwald, Norman K., *The Hebrew Bible: A Socio-Literary Introduction* (Philadelphia: Fortress, 1985)

Gottwald, Norman K., *The Politics of Ancient Israel* (Louisville: Westminster John Knox, 2001)

Grabbe, Lester L., *A History of the Jews and Judaism in the Second Temple Period*, 2 vols. (London: T&T Clark, 2004, 2008)

Horsley, Richard A., *Scribes, Visionaries, and the Politics of Second Temple Judea* (Louisville: Westiminster John Knox, 2007)

Instone-Brewer, David, *Traditions of the Rabbis from the Era of the New Testament*, vols. 1, 2a (Grand Rapids: Eerdmans, 2004, 2011)

Levinson, Bernard M., *Legal Revision and Religious Renewal in Ancient Israel* (Cambridge: University Press, 2008)

Lipschits, Knoppers & Albertz, eds., *Judah and the Judeans in the Fourth Century BCE* (Winona Lake, Eisenbrauns, 2007)

Mendenhall, George E. *Ancient Israel's Faith and History: An Introduction to the Bible in Context* (Louisville: Westminster John Knox, 2001)

Miller, John W., *How the Bible Came to Be* (New York: Paulist, 2004)

Moore, Megan Bishop, *Philosophy and Practice in Writing a History of Ancient Israel* (New York-London: T&T Clark, 2006)

Parker, D. C., *An Introduction to the New Testament Manuscripts and Their Texts* (Cambridge: University Press, 2008)

Römer, *The So-Called Deuteronomistic History: A Sociological, Historical and Literary Introduction* (London: T&T Clark, 2007)

Sharp, Carolyn J., *Irony and Meaning in the Hebrew Bible* (Bloomington: Indiana U. Press, 2009)

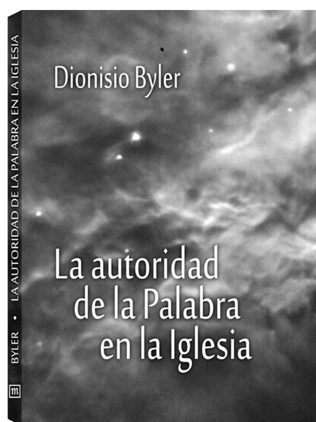
Trebollé Barrera, Julio, *La Biblia judía y la Biblia cristiana* (Madrid: Trotta, 1998)

van der Toorn, Karel, *Scribal Culture and the Making of the Hebrew Bible* (Cambridge: Harvard U. Press, 2007)

van Seters, John, *The Edited Bible: The Curious History of the "Editor" in Biblical Criticism* (Winona Lake: Eisenbrauns, 2006)

Watts, James W., ed., *Persia and Torah: The Theory of Imperial Authorization of the Pentateuch* (Atlanta: SBL, 2001)

Si este libro ha sido de su agrado e interés, Biblioteca Menno le ofrece, por el mismo autor:

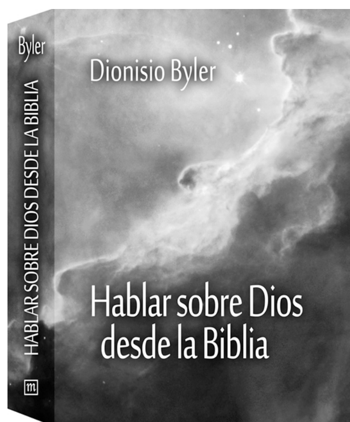


La autoridad de la Palabra en la Iglesia

El 1er libro de la Trilogía de Byler sobre la Biblia.

En las diferentes tradiciones protestantes o evangélicas, la máxima autoridad para sus doctrinas y su práctica está en la Biblia. Pero, ¿cómo funciona esa autoridad? ¿Cómo ejerce autoridad hoy una colección de textos escritos hace miles de años?

El autor opina que la autoridad de cualquier texto es inseparable de las personas que los reconocieron como sagrados y de quienes hoy los interpretan. Pero en última instancia, la máxima autoridad para la iglesia tiene que ser Jesús, a quien la Biblia misma conoce como «la Palabra».



Hablar sobre Dios desde la Biblia

El 3er libro de la Trilogía de Byler sobre la Biblia.

Desde el Génesis hasta el Apocalipsis, los escritos de la Biblia son el punto de partida para la reflexión humana sobre Dios y sobre el sentido de la vida en clave cristiana.

Aquí Byler procura limitarse a hablar sobre Dios y hacerlo a partir de los textos bíblicos. Aceptado el reto, sin embargo, rápidamente descubrimos que es imposible hablar sobre Dios desde la Biblia, sin que se nos cuele todo el universo. Es imposible hablar sobre el Dios de la Biblia, sin hablar a la vez sobre cómo hemos de vivir sobre esta tierra.

¿Todo lo que te preguntabas? ¿Algunas cosas que preferirías no saber?

Quien escribe no es adivino. No sabe, naturalmente, qué es lo que cada persona se pregunta o al contrario, lo que preferiría no saber.

Sin embargo, tal vez el título de este libro no resulte del todo fraudulento. Se encontrará aquí mucha información de gran utilidad, tanto para los que tienen el hábito de leer la Biblia, como para los que todavía no hayan adquirido ese hábito. Y hay quien profesa creer la Biblia pero preferiría no enterarse cuál es la naturaleza verdadera de esta colección que ha llegado hasta nosotros desde un pasado muy remoto.

Con el paso de los siglos el mundo de la Biblia, de sus autores y sus primeros lectores, se nos queda cada vez más distante. Esta colección de escritos garabateados originalmente a mano sobre papiro y pergamino, sigue anclada a su propia era —que no es la nuestra. Y sin embargo, una de las aventuras más emocionantes del saber humano es descubrir sus secretos y su mensaje para el siglo XXI.

Dionisio Byler es profesor de Biblia y Griego en la Facultad de Teología SEUT (El Escorial, España). Ha escrito varios libros y cientos de artículos breves de pensamiento cristiano. El presente es el segundo libro de su trilogía sobre la Biblia, cuyos otros componentes son: *La autoridad de la Palabra en la Iglesia* (2002) y *Hablar sobre Dios desde la Biblia* (2011).